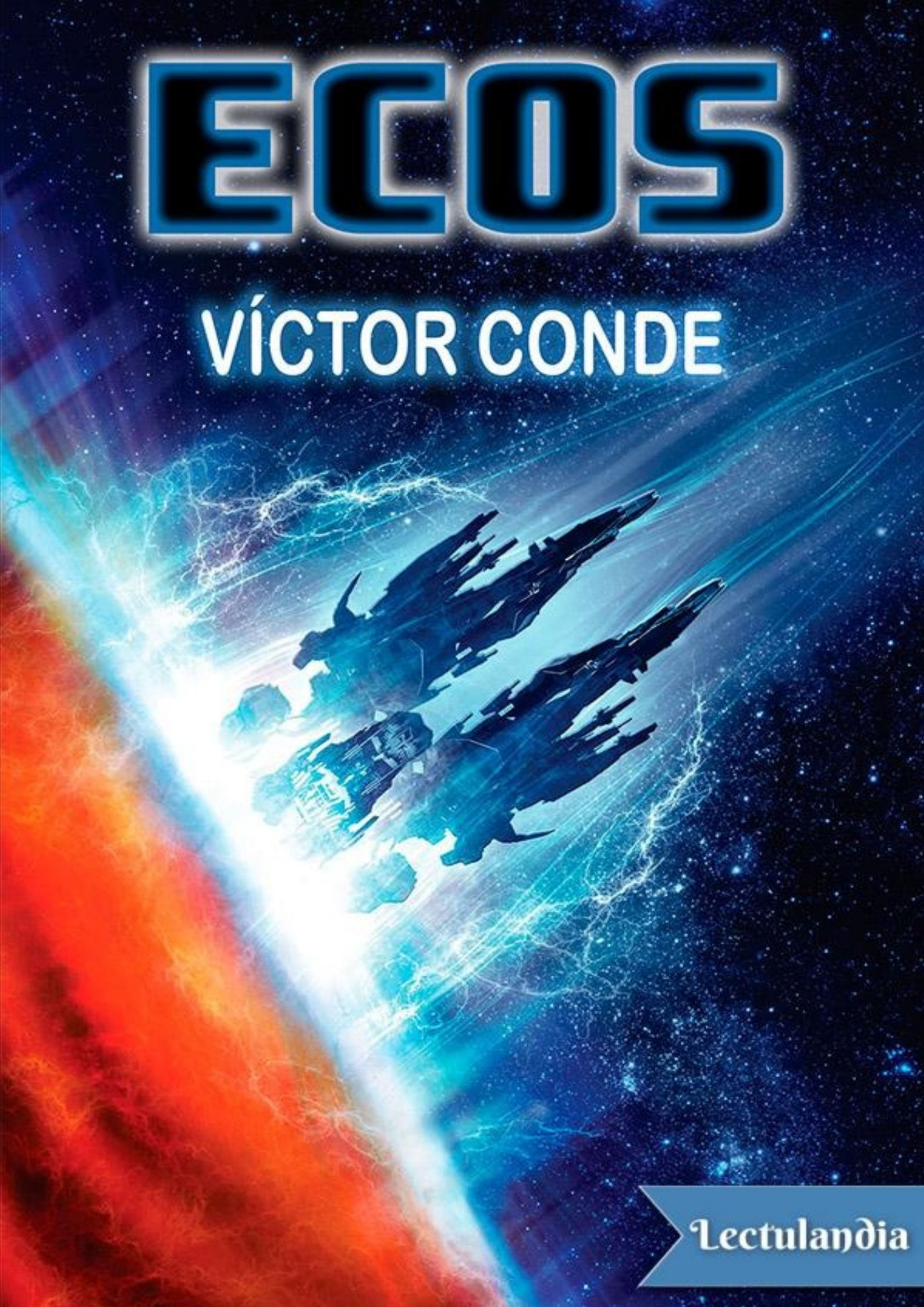


ECOS

VÍCTOR CONDE



Lectulandia

La Homogeneidad lleva varios años empeñada en una guerra sangrienta con los implacables Exth que va desgastando los recursos humanos y que, lentamente, parece conducir a una inevitable derrota de la humanidad.

Entretanto, en el laboratorio de Salmacis se está llevando a cabo un experimento que puede ser crucial para cambiar el resultado de la contienda: cuatro niños son desarrollados a partir de muestras de ADN y criados desde su infancia para alcanzar su pleno potencial y estar disponibles en el momento en que la humanidad los necesite.

¿Ha previsto el ordenador que rige el experimento todos los imponderables? ¿Cómo reaccionarán esos niños cuando conozcan su destino? ¿Está la humanidad condenada a pesar de todos sus esfuerzos desesperados? ¿Es el futuro un callejón sin salida hacia la extinción?

Con Ecos, Víctor Conde vuelve al space opera, género en el que ha creado algunas de sus mejores novelas, y lo hace con una historia intrigante y llena de recovecos, narrada con mano firme y de ritmo subyugante.

Lectulandia

Víctor Conde

Ecos

ePub r1.0

Titivillus 07.09.16

Título original: *Ecos*
Víctor Conde, 2015
Diseño de cubierta: Maciej Garbacz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Xavier

No hay destino, es el viaje lo que tiene sentido.

JAN DELVIAN

Fields of children running wild
Like a forest is your child, growing wild
In the sun
Tell them all their love will die
Tell them why
Doomed is his innocence
In the sun

JOAN BAEZ, «Rejoice in the sun», de la película **Silent Running**

LIBRO PRIMERO

I

Nacimiento

Abrieron los ojos en un espacio de luz blanca.

Recuerdo perfectamente la primera vez que los vi parpadear. Con esas pupilas grandes, ansiosas por saber, por conocer. Por experimentar el mundo al que acaban de llegar con un brillante estallido de gloria.

Recuerdo verlos moverse en sus cunas con esa lentitud que tienen las cositas muy pequeñas, probando los límites de su pequeño mundo. Palpando con los pies sonrosados el borde de la cuna. Tocando el cristal con las manos. Descubriendo que tenían manos. Descubriendo que tenían pies. Descubriendo que tenían ojos.

También había música.

Creo que lloré por la emoción, aunque no me recuerdo a mí mismo llorando.

LOG 11321

Goro fue el primero en «despertar». Fue el que más rápido me envió de vuelta, a través de los cables conectados a su cráneo, un impulso de electricidad lo bastante fuerte para demostrarme que en su pequeña cabecita había nacido un «yo». Una sensación de estar vivo, más que una noción exacta de sí mismo. Sucedió a los cuatro días del nacimiento.

Probablemente se metería un dedo en la boca y lo mordería con las encías, haciéndose daño. El dolor lo arrastró como una ecuación matemática a la certeza de sí mismo; a la idea de que había alguien ahí (él) sintiendo cómo le dolía el dedito.

Fascinante.

Envié a uno de mis robots sonda para que comprobara el estado del niño. El robot se esterilizó, entró en el Nido y se acercó a la cuna, procurando no hacer ruido. Goro estaba durmiendo. Boca abajo, con la cabecita girada a la izquierda. Convirtiendo el acto de respirar tranquilo y sereno en un arte.

Por el sutil movimiento de sus párpados (y las lecturas de su encefalograma, que oscilaban como un mar encrespado) supe que estaba soñando.

Me maravillé. ¿Con qué puede soñar una cosita tan pequeña, tan... básica? ¿Qué clase de sensación pudo provocar el asomo de sonrisa que leí en sus labios, si aún no había tenido ninguna experiencia con el mundo?

El robot le examinó las puntas de los dedos. Lisas, sin huellas dactilares. Lógico, siendo como era un niño-probeta. No había conocido líquido amniótico ni vientre materno donde las mareas pudieran haberle tatuado sueños en los dedos.

Lo dejé dormir. Ya habría tiempo para explicarle cosas. Y para que él me contase a mí el significado de los sueños. Cuando fuera un poquito mayor.

Aún no podíamos saberlo, ni Goro ni yo, pero en aquel entonces el Destino ya estaba entretejiendo sus traviesas hebras en torno a aquella habitación. Porque, sin que el niño desprevenido lo supiera, el otro bebé que dormía a su lado era ni más ni menos que la mujer que estaba llamada a cambiar su futuro, y también el mío. Y el de los pocos seres humanos que quedaban en el planeta.

La niña llamada Song.

Solo cuando el Patriarca descorrió el cerrojo de la puerta de su jardín, aquella verja descuidada corroída por el óxido, descubrió que tenía las manos manchadas de sangre.

La sangre no era suya, por supuesto. Estaba seca y olía mal, y se desprendía en copos de coágulos cada vez que sus dedos se engarfiaban para formar un puño. A lo largo del camino había dejado rastros intermitentes de golpes en los cercados que flanqueaban los cultivos y hasta en la acera cuando las fuerzas le fallaban y ni siquiera las vallas podían sostenerlo en pie. Sacudiendo las manos, dejó caer los últimos restos de la prueba de su demencia debajo del felpudo. Respiró, y tras llamar al timbre encontró a su hijo.

—¡Papá! —gritó una emocionada voz infantil.

—Ven aquí, pequeñín. —Tras sostener al pequeño Hugo en volandas un momento y estamparle un beso en la mejilla, su atención pasó a Lisa. Su mujer lo esperaba en el vano de la puerta, con un traje de faena y las manos enjuagadas en un paño. El talle de su juventud había desaparecido, sus manos ya no eran finas como marfil, su pelo rubicundo había dado paso a un estable castaño de madurez, pero ahí seguía estando esa sonrisa. La sonrisa. Y por ella habría de hacer locuras sin nombre.

—Cuéntame cómo te ha ido hoy.

El Patriarca se deslizó dentro de las sábanas y las acomodó a su gusto. Lisa se abrazó a él escondiendo el rostro en la calidez de su regazo.

—Como siempre —sentenció, con parsimonia—. Un poco de instrucción aquí, una cana al aire allá...

Ella le pegó, pero sin mucha fuerza.

—Tonto.

—Creo que al fin voy a conseguir ese permiso para la cosecha.

Los ojos de Lisa resplandecieron.

—¿Sí? ¿Para cuándo?

—Puede que en dos o tres semanas. Me conceden una bula de un mes entero, siempre que las lluvias no se retrasen. Todos los demás granjeros ya han formalizado las peticiones de posterga.

Lisa se acopló al contorno de su marido con más fuerza. El vaho de la luna que

penetraba a través de la ventana acariciaba su pelo con manos de artista. Una cana asomó insolente detrás de una barricada de mechones castaños.

—Deberías pedir que te asciendan —susurró, tildando la frase con un beso—. En dos años podrías abandonar las Brigadas y acceder a la Academia de mando.

El Patriarca frunció el ceño, rascándose el codificador que llevaba injerto en la nuca.

—¿Y encerrarme en un despacho?

—No me refiero a eso. Si llegas a Oficial, nos darán una finca en la costa. Y el sueldo nos permitiría empezar a ahorrar para la Universidad de Hugo. Hasta ahora no hemos podido guardar un céntimo; todo se ha ido por el canalón.

Al mencionarlo, el caño que suministraba lluvia a los surcos del maizal gimió con borbotones de agua.

—Y no tienes por qué entrar en despachos —continuó Lisa—. También se puede ser Oficial y desempeñar labores de campo. ¿Te acuerdas de los inspectores de cultivos que vinieron el año pasado? Hicieron un buen trabajo exterminando el pulgón y la langosta. Desde entonces no hemos tenido plagas.

Su marido asintió, jugueteando con el tacto de sus rizos bajo la barbilla. En efecto, las labores de la oficialidad no se limitaban a rellenar partes de bajas o estadísticas de aprovisionamiento. Una vez que todos esos malditos papeles ya habían sido cumplimentados, alguien tenía que asegurarse de que sus pronósticos se cumplieran. Y para ello no valía el recurso del teléfono: había que calzarse las botas, sujetarse el fardo sobre el hombro y disponerse a lidiar directamente con el campesino o abrir uno mismo la zanja en la ensenada. Ninguna llamada telefónica podía en sí misma extraer raíces de la tierra.

—¿Cuándo tienes que regresar? —preguntó ella, por fin.

El Patriarca cabeceó, mirando la luna a través de los postigos de la ventana.

—Mañana, antes del almuerzo. Pero solo será por un par de días, lo justo para engrasar las Corazas y hacer una incursioncilla a los arenales. Hemos descubierto un campamento Exth escondido por allí hace unas horas.

Su mujer calló, el rostro pegado a su pecho. Cuando solo le mostraba el cuero cabelludo, es que estaba meditando con nervio. El Patriarca temía las conclusiones que a veces se derivaban de tal acción. Al fin, Lisa le concedió el placer de su mirada. Era marrón y aureolada de verde ciprés, como los brezos del camposanto.

—Pues aprovechemos lo que queda de noche —sentenció.

Y le dio el primer beso.

Lisa sabía que cuando su marido utilizaba diminutivos —incursioncilla—, el trabajo al que aludía no tenía nada de insignificante. Es más, había tres tics que empleaba siempre que le preocupaba algo: temblor de los pelos de la nariz, aumento de las gotitas de sudor que se acumulaban en sus poros y un ocasional suspiro casi

inaudible que exhalaba sin darse cuenta al desperezarse. Esa noche había empleado dos de ellos. En mitad del coito, le había sentido clavar las manos en su espalda, dejando profundas marcas como si tratase de aferrarse a algo. Lo hizo sin cuidado, sin esa delicadeza innata en él que, no sabía por qué, de un tiempo hasta entonces se había esfumado.

Cuando salió el sol, la mujer se levantó primero, preparó el desayuno y sacó las toallas limpias. El hombre se desperezó (y suspiró), comió, se duchó y se enfundó el traje de combate. Ya en el jardín, enjaezó la terca yegua que cada mañana se negaba en redondo a llevarlo hasta la ciudad. Se disponía a montar cuando vio a su hijo, Hugo, corriendo hacia él con una espada de madera en las manos. Sonriendo, el Patriarca lo recibió en brazos y le limpió el pelo de harina.

—Otra vez habéis estado jugando en el molino, ¿no?

El jovencito, con cinco años cargados de medallas, compuso un saludo militar sobre la frente.

—Señor, informo de cuarenta Exth localizados en el viejo emplazamiento, señor.

—¿Y cómo ha ido la incursión, sargento? —sonrió su padre. El niño pareció momentáneamente confundido—. ¿Qué te pasa?

—Soy un Almirante.

—Oh, por supuesto —rió el Patriarca, obviando la confusión. Su hijo nunca había visto el mar—. Disculpe, señor. ¿Cómo ha ido la campaña?

—No podría haber ido mejor —informó Hugo, sacudiendo la espada con energía—. Los hemos exterminado a todos sin bajas. ¡Y sin gastar munición!

—Muy bien, muy bien. Y además no te has manchado mucho la ropa. Así me gusta, soldado. Ven que te abrace.

Hugo olía a sudor y pan. Tras el maizal, sus amigos, todos niños de las granjas vecinas, lo esperaban con impaciencia: seguramente habría uno o dos campamentos Exth más que arrasar antes del bocadillo. Un segundo antes de dejarlo ir, el Patriarca agarró a su hijo por los hombros y, mirándolo fijamente, le dijo:

—Hugo, quiero que hoy tengas cuidado. Que vigiles con mucha atención la granja mientras yo no estoy. Si ves a alguien sospechoso acercarse, avisa inmediatamente a tu madre. Y si no la encuentras, ve corriendo a la granja de los vecinos y llámales a ellos. ¿De acuerdo?

El niño asintió, tratando de asimilar las instrucciones en una secuencia medianamente lógica.

—¿Puedo ir escondido por el barranco del riachuelo?

—Hugo, ya te he dicho que ese lugar es peligroso. En cualquier momento puedes caerte y hacerte daño.

—Yo nunca me caigo —se ofendió el niño.

—Claro que no, pero siempre debes cuidarte de lo que pueda pasar. Y no hagas diabluras que hagan enfadar a tu madre. Venga —concluyó el padre, despidiéndole con una suave nalgada. El muchacho, espada en ristre, se alejó corriendo a matar

invasores.

El Patriarca levantó la mirada, buscando a su mujer, pero esta se había metido en la casa. La puerta estaba entreabierta en silenciosa pero elocuente despedida.

LOG 11705

Informe de progresos, año Uno:

Nombre de los sujetos experimentales: Goro (varón, primogénito), Song (hembra, nacida en segundo lugar cuarenta y ocho segundos después del primero), Layn (varón, nacido en tercer lugar) y Shura (hembra, la más joven por tres minutos y medio).

Desglose:

Con un año de edad, los niños se hallan en un estado de desarrollo satisfactorio. Han rebasado la primera fase del crecimiento y ya confían más en sus sentidos remotos, como la vista y el oído, que en los inmediatos (el gusto y el tacto). Andan sobre los pies sin apoyarse en las extremidades superiores para conservar el equilibrio.

Han empezado a interactuar entre ellos mediante gestos y sonidos básicos, como gruñidos, llantos, risas, caricias, etc. También han desarrollado una noción de lo que está bien y lo que está mal, en el sentido de peligro o no-peligro, y comprenden que sus actos tienen consecuencias en el mundo que les rodea.

Esta unidad está considerando pasar cuanto antes a la siguiente fase y enseñarles un lenguaje. El dominio del habla es fundamental para que sus cerebros se desarrollen y alcancen todo su potencial, cosa que necesitamos que ocurra dadas las características del experimento. Sin palabras, no hay mundo al que referirse.

Esta unidad comenzará a enseñarles un idioma el mismo día del cumpleaños del mayor. Solicito instrucciones sobre esto. Si la Homogeneidad desea supervisar el diccionario de palabras que se les enseñará a los niños para censurar aquellas que puedan considerarse peligrosas (vocablos que puedan llevar a ideas subversivas), esta unidad pide que se haga lo más rápido posible.

A ese idioma censurado lo llamaré, con su permiso, Basicglós.

Hoy Goro le ha quitado un juguete por la fuerza a Song. La niña ha reaccionado rompiéndole otro a él, su preferido. Lloró, por supuesto, pero sin que nadie se lo dijera supo ponerse en su sitio y castigar a su compañero por la infracción.

Empieza a gustarme esta chica.

LOG 11723

Soy un enamorado de la literatura clásica, y de las antiguas leyendas.

Mientras Goro y Song pasaban sus primeros días en la cuna, estuve preguntándome si el primer encuentro entre ellos debía ser especial. En la mitología, cuando hay dos seres distintos (hombre y mujer) condenados a escribir una historia juntos, ese momento siempre es algo especial, digno de protagonizar un poema o una canción.

Sé que estas ideas van en contra de los objetivos del experimento, pues no está previsto que los niños tengan un futuro juntos (la Homogeneidad sabe perfectamente para qué fueron creados). Pero mi amor por los clásicos me hizo soñar con un día perfecto en que las puertas del Nido se abrieran para dejar que el Adán y la Eva que hemos diseñado en el laboratorio se contemplasen por primera vez. Que sus ojos explorasen el cuerpo del otro, sabiendo que era algo distinto, y sus corazones temblaran como un remo cortando en diagonal la corriente. Y que se fundieran en una sola cosa, tal vez, como el varón Hermafroditus y la ninfa Salmacis de la leyenda.

Pero no ocurrió así, por supuesto. Simplemente, un día los puse a los cuatro juntos en la sala de juegos, cerca de los cubos de colores. Y se miraron con un brillo de raptó pacífico en el rostro. Sintieron la presencia de los demás no como una amenaza sino como una curiosidad. Vaya, tú no eres un juguete, te mueves. ¿Quieres jugar conmigo?

¡La maravillosa empatía de los niños pequeños empezó a funcionar!

Goro y Song tardaron en reconocerse como seres vivos, como entes distintos con los que interactuar. Goro hizo amistad primero con Layn, y Song con Shura. Claro, chico-chico y chica-chica. Tiene que haber una norma escrita en alguna parte.

Las palabras que hemos introducido hoy: Amistad, amor, respeto, tolerancia, sumisión, obediencia. Sobre todo hemos trabajado esta última, *obediencia*.

Una granada explotó con la fuerza de un huracán a su espalda, proyectándolo varios metros en el vacío. Cayó sobre un campo cubierto de miembros desgarrados, un mar de sangre mezclada con arena y casquillos. Sus pies chapotearon en la pegajosa grava antes de alcanzar el nuevo parapeto, al frente de una duna con el perfil destrozado a disparos.

El Patriarca sudaba. Trató de ponerse en contacto con los servos de la Coraza para que movieran aquella maldita pierna, gritando órdenes inconexas. Inútil. Un aviso de desconexión de fase y estática. Algo no iba bien en la mecánica que controlaba las extremidades inferiores del traje. El Patriarca gritó.

Al instante, el centro de mando del traje ordenó a varios destacamentos de microzapadores que comenzaran un largo viaje desde la Hormona Central de Secreción hasta los lejanos campos del muslo y la ingle. Un informe de Exploradores detonó una alarma un minuto después: daños en gran número de accesos, puentes derribados entre articulaciones, patrones de ruta alterados. Las escuadras tendrían

que confiar en los automatismos espía para encontrar su camino hasta la zona dañada de la Coraza, allá en la división Sur, y una vez in situ esperar convoyes de suministros. Un osteocito de cadena proteínica especial, con una sola hebra de ARN controladora de disco, involucionó espontáneamente por selección natural instantánea hacia un estado de lógica binaria. Esa simple capacidad de polarización le dotaba para el mando: él sería quien condujera las tropas no ARN izadas a la victoria. El Patriarca sintió las glándulas del traje bombear sus fluidos sinérgicos hacia el sistema circulatorio de tren paralelo, como si un millón de pequeños insectos recorriese su cuerpo. No podía sentir la herida, pero sin duda existía. Intuía que estaba allí.

A través de las nieblas de la infravisión pudo distinguir unos cuerpos que se movían en el interior del exiguo edificio: Exth. Oyó sus sonidos, su estómago se revolvió. En el instante siguiente había recibido un informe de los Exploradores sobre su pierna, constatando que las pérdidas de fluido eran menos graves de lo que aparentaban, y se encontró saltando con furia al exterior del agujero: gritando barbaridades, disparando su arma, descuartizando a sus enemigos, arrancando sus miembros, comiéndoselos, triturándoles las débiles cabezas con sus zarpas de acero...

Una oscura parte de su cerebro tomó el control, ahogándose en un disparo de sustancias reactivas y narcóticos estabilizadores. Durante un segundo, una arcaica forma de estructuración rescatada de un atávico episodio de la evolución de la Especie volvió a la vida. Las sustancias trataron de aislar tal maravilla del reorganizamiento espontáneo de la mente y estabilizarla, pero la alineación, demasiado atroz para ser asimilada, comenzó a remitir. Sin embargo, los instantes en que estuvo al mando de la voluntad fueron horribles, brutales sin medida. Algo detrás de su cabeza le ordenaba que matase, y, por Dios, por su mujer y su hijo y la santa espada de madera, que él lo haría sin dudar.

Un tiempo indeterminado después enjaezó el caballo y llenó las alforjas con sacos de vituallas. El paisaje que fluyó raudo bajo los cascos del animal se convirtió en una desordenada sucesión de verdes y grises manchados de asfalto, distinto en tonalidades y geometrías a los campos arados que recordaba de su infancia. Ocasionalmente, a intervalos de centenares de metros, surgían de la tierra miembros cercenados, brazos y piernas, dando fe de las terribles batallas que habían decidido la suerte de la guerra.

La cabeza le daba tumbos cuando arribó a la familiar verja que cercaba su jardín. Extendió la mano para abrirla con el gesto de siempre, pero el mecanismo no funcionó. Lo intentó dos veces más, haciendo chirriar el gozne de la cerradura. Entonces vio a su hijo.

Se acercó a él desde atrás para sorprenderlo, con una pícaro sonrisa en los

labios, y el Patriarca a punto estuvo de matarlo. Su mano quiso lanzarse hacia su frágil cuello en un arco que habría destrozado las vértebras, pero la controló con un temblor. Alzándolo en volandas, lo abrazó preguntando trivialidades, mientras algo al fondo de su mente asimilaba que había estado realmente a punto de cometer un acto irreparable. Hugo llamó a su madre a voz en grito, y giró el pomo de la puerta con un ademán distraído. La verja no se resistió.

LOG 12330

Catorce meses.

Goro es un niño muy activo, muy físico, mientras que Song es mucho más introspectiva. Más cerebral. A veces eso los distancia, y otras los hermana más que ninguna otra cosa. Es como si sintieran de alguna forma que ambos son mitades de un todo más grande, y que se necesitan para complementarlo.

Goro es la pasión, el movimiento, las ganas de luchar. Ella el sentido común, la prudencia. La suspicacia.

Me hizo gracia ponerlos a los dos en un mismo apuro intelectual, para ver cómo lo resolvían. Era el día cuatrocientos doce de vida de los niños. Estaban jugando en el Nido, como siempre antes de su cuarta comida, cuando mandé un robot para que les quitase los juguetes. Sin avisar, de una forma un poco brusca, se los arrebató de las manos. Y se quedó allí, con los juguetes escondidos tras las piernas metálicas, aguardando su reacción.

Yo esperé su reacción, observando a través de mis cámaras ocultas, y mordiéndome mis imaginarias uñas de impaciencia.

Lo primero fue el llanto, claro. Se echaron a llorar para expresar su disgusto. Cuando eso no funcionó probaron otra cosa. Goro le pegó al robot en las piernas e intentó quitarle los juguetes por la fuerza. El droide era mucho más fuerte, como es lógico, y no lo consiguió. Al niño le palpitaba la frente por el dolor de las manos, pero aun así seguía pegándole. El sentimiento de posesión y territorialidad respecto a sus juguetes era muy fuerte.

Song en un principio también recurrió a la violencia, ayudando a su hermano, pero pronto se dio cuenta de que aquello no iba a funcionar.

Entonces se miraron el uno al otro.

Oh, dioses, esa mirada. La tengo grabada a fuego en mis bancos de memoria y cuando estoy aburrido me deleito con ella, desgranando sus matices. Disfrutando como un gourmet del germen de inteligencia que afloró por primera vez aquel día.

Song y Goro rodearon al robot, que solo tenía un brazo articulado. Fueron cada uno por un lado para despistarlo y quitarle los juguetes. Ataque simultáneo por dos flancos. Y lo consiguieron. Pero lo más asombroso no fue eso, sino que cuando el robot tuvo que elegir a uno de los dos para cortarle el paso, eligió a Song. Se enfrentó

a la niña. Y Goro se interpuso para protegerla.

¡Para protegerla!

Por la fuente de Salmacis, tenían solo catorce meses de vida.

Jamás dejará de asombrarme el género humano, aunque sea cultivado en una probeta. Las palabras introducidas aquel día: Valentía, sacrificio, cooperación, hermandad, amor. Palabras reforzadas: *Obediencia, sumisión*.

El diccionario de Basicglós iba creciendo poco a poco.

LOG 12331

Layn y Shura eran otra historia.

No parecían tan unidos como sus hermanos mayores y se peleaban con frecuencia. De hecho, me sorprendió descubrir que había bandos dentro del Nido.

Cuando había que luchar por algo se formaban dos equipos: Goro y Layn por un lado, y Song y Shura enfrente. Pero al final de la contienda los cuatro se llevaban muy bien. Eso era bueno, al menos en esa primera fase, aunque ya veríamos si más adelante, cuando surgieran los impulsos sexuales de la pubertad, nos interesaría usarlos para potenciar su espíritu combativo.

Layn respondió desde su nacimiento al patrón genético que se le había implantado. Llevaba escrita en la sangre la facilidad para manipular objetos, desarmarlos y volverlos a montar. Era un ingeniero nato. Los demás se enfadaban con él porque cuando aparecía un juguete roto siempre era Layn el que lo había desmontado a propósito para verle las tripas. Pero cuando había que arreglar algo también acudían a él, por lo que la reconciliación estaba asegurada.

Shura, sin embargo, era más misteriosa. Las largas páginas de su libro genético brillaban en mi memoria, millones de ellas dispuestas en sucesión. Yo sabía que estaba previsto que desarrollara tendencias atléticas muy pronto. Iba a ser la atleta del grupo, capaz de proezas físicas incomparables. Así estaba escrito. Por eso siempre le daba juguetes que implicasen movimiento y elasticidad, como barras paralelas, columpios, cuerdas, péndulos y cosas así. A ella nunca le gustaron las muñecas.

Pero Shura, al menos durante su primer año de vida, se resistió a ser tan dinámica como yo esperaba. Normalmente la encontraba a solas, sentada en una esquina de la habitación con aire melancólico. Goro y los demás iban a buscarla para que jugase con ellos, pero la niña se resistía. Estaba triste.

Medité muchísimo sobre esto. Al no haber conocido padres ni madres, la intención era que estos niños se acostumbraran a su ausencia nada más nacer, para que no los echaran de menos. Pero si la cosa funcionaba así, si todo iba bien en su pequeño mundo (nunca les faltaba la comida, ni pasaban frío ni tenían ningún problema grave), ¿de dónde procedía esa tristeza? ¿De dónde rayos surgió esa melancolía que amenazaba con infectar a los demás?

Preocupado, hice otro experimento.

Les di a cada uno un juguete que nunca habían visto antes. Un yoyó con una cuerda y dos discos unidos por el eje. Me fijé bien en cómo lo utilizaban.

Goro y Layn lo voltearon sobre sus cabecitas riendo hasta que uno chocó contra el otro, sin querer, y se hicieron daño. Su hermano respondió al ataque, y así inventaron el primer «arma». No eran monos tirando huesos al cielo, sino niños volteando yoyós.

Song se limitó a observar el objeto hasta que descubrió cómo funcionaba. Vio la lógica tras su diseño, y empezó a jugar con él como lo que era.

Shura, sin embargo, hizo una cosa curiosa: sentada en su rincón, con la típica expresión melancólica, arrojaba lejos el yoyó y luego lo recogía con la cuerda. Lo lanzaba y lo recogía, lo lanzaba y lo recogía... una y otra vez. Lejos, cerca. Partida, regreso. Despedida, bienvenida. Se entristecía cuando el yoyó se iba, y se regocijaba un instante en cuanto regresaba.

Tras mucho pensar sobre ello (horas y días enteros, lo que para un ente informático de mi condición es una eternidad) me di cuenta de lo que pasaba.

Shura echaba de menos a alguien que no existía (su madre) pero que había dejado un hueco frío en su alma. Una ausencia helada. Al arrojar lejos el yoyó simulaba inconscientemente la pérdida de un ser querido. Al recuperarlo celebraba el retorno de ese ser al hogar.

Eso me dejó atónito durante meses.

Nadie les había hablado jamás a los niños sobre conceptos como «madre» o «padre». Esas palabras no estaban permitidas, ni de broma, en el Basicglós. Pero aún así, de alguna extraña y retorcida manera... infirieron su existencia. Concluyeron que aquello que les rodeaba no podía ser *todo*, que había una pieza que faltaba en el puzle. Y que sin ella, sin ese pilar fundamental y desconocido, jamás estaría completo.

Usando toda mi potencia cerebral, que es considerable, extrapolé esta nueva variable varios años en el futuro. Y lo único que vi fueron problemas.

Si los niños nunca hubiesen sido tan inteligentes como para deducir por ellos mismos la ausencia de la madre, todo habría ido sobre ruedas. Habrían crecido felices en su entorno protegido, en su universo de colores primarios y seguridad, hasta alcanzar la edad designada en que por fin serían llevados al mundo exterior.

Pero ahora, al existir esta variable incontrolada, esta... tristeza...

No. Había que atajar cuanto antes el conflicto interior o los niños crecerían mal. Descontrolados. Con una furia y una frustración en sus almas que los llevaría a convertirse en seres peligrosos, potencialmente dañinos para sí mismos y para su entorno.

No podía permitir que eso sucediera, y por eso tomé la que quizás fue la decisión más arriesgada de toda mi existencia.

Creé a Azumi.

—¿No crees que deberíamos abrir la caja de Pandora ya?

—¿Estás loca? Los niños son demasiado jóvenes. Sus cerebros aún no están preparados.

—Lo sé, pero... la situación se vuelve cada vez más insostenible. Hugo va a salir mañana al campo de batalla pilotando su Mirmidón. Se va a jugar la vida ahí fuera, en los campos arrasados. Y yo... no sé, no paro de pensar en lo que pasaría si nos ocurriera algo y los chicos no estuvieran listos. La cadena se rompería.

—Cálmate, por favor. Sé que tienes miedo. Y no creas que a mí no me han asaltado mil veces esas dudas. Pero cuanto más pacientes seamos, más probabilidades habrá de que sobrevivamos al final. Tenemos que esperar a que los niños tengan la edad adecuada, si no... ya no habrá vuelta atrás. Hemos de sobrevivir hasta entonces.

—Es fácil decirlo cuando estamos a salvo, en la segunda línea de defensa. Pero Hugo C'mill está ahí fuera, luchando. Y Denali con él. Los ataques de los Exth son cada vez más crueles y más frecuentes. Hasta ahora hemos podido contenerlos, pero estamos al límite de nuestras fuerzas. ¡Necesito tener la seguridad de que el ciclo podrá perpetuarse!

—Lo haré, confía en mí. Para eso hemos diseñado a los niños.

LOG 12478

Azumi era el robot más perfecto que hubiese salido jamás de mis fábricas de componentes. Quizás demasiado perfecto, como luego llegué a lamentar. Pero en aquellos días me pareció una buena idea.

Sucedió cuando los chicos estaban a punto de cumplir los dos años. Su mundo ya se había expandido un círculo más. Salmacis, el complejo donde vivían (donde vivíamos todos, incluyéndome a mí) estaba diseñado en forma de círculos concéntricos, cada uno del doble de diámetro del anterior. Con eso se pretendía equiparar el aumento del espacio disponible para los chicos con su madurez cognitiva.

A cada año que cumplían, una puerta nueva iba abriéndose. Esa puerta conducía a un espacio virgen, desconocido para ellos. A un nivel mayor de aprendizaje... y también a mayores responsabilidades. El lenguaje que empleaban, que yo iba diseñando, también crecía en la misma proporción. Estaba basado en los estudios de dos venerables (Saussure y Peirce) sobre la semiología, la ciencia de los signos, que ellos habían defendido como la base de toda lógica. Los niños pequeños son muy buenos captando las estructuras lógicas subyacentes a todo, especialmente al lenguaje.

Goro y los demás estaban a punto de cumplir años, y yo me disponía a abrirles

una nueva puerta. Entonces se me ocurrió una forma divertida de introducir la variable *Azumi* en su existencia. Un elemento que lo cambiaría todo y, si nada se torcía, ejercería además de terapia para ese poso de tristeza tan infeccioso.

Comenzó con música, como muchas otras cosas. Una melodía que surgió de los altavoces y que les condujo hacia la puerta prohibida. Los niños se acercaron dando sus renqueantes pasitos, con miedo y expectación por lo que iba a suceder. Habían visto aquella puerta en mil ocasiones, siempre cerrada, y habían imaginado otras tantas veces lo que podría haber al otro lado.

Ese día lo descubrirían.

Cuando la puerta se abrió salieron disparados. El pequeño Goro se escondió bajo una silla. Shura en otra, detrás de Goro. Layn quería meterse debajo de una mesa de plástico (la de la plastilina y los trabajos manuales) pero resbaló y acabó, sin que ni él mismo supiera cómo, con la cabeza metida dentro de una papelería. Song simplemente echó a correr por el pasillo opuesto, y tuve que cerrarle puertas por delante para que la chiquilla no me llegara al otro extremo del complejo. Parecía un cohete de piernas cortas y ligeramente patizambas.

Poco a poco fueron asomando las cabecitas. La puerta misteriosa seguía abierta. La música permeaba el aire.

La miraron con temor. ¿Para qué se habría abierto?, se preguntarían. ¿Para que ellos la cruzaran... o para que algo desconocido y maligno pudiera atravesarla desde el otro lado? ¿Y por qué ahora, por qué no antes?

Ante semejante prodigio de indecisión tuve que darles otro incentivo. Colores bonitos, rosas y amarillos danzantes. Más música que provenía de los altavoces de más allá del umbral (desconecté los del lado de ellos). Zanahorias para los conejos.

Al fin, uno se decidió. Fue Goro. Con extremo cuidado, el chiquillo se aproximó al umbral. Lo que vio debió parecerle algo fabuloso, porque la bocanada de asombro que salió por aquella boca atrajo a sus compañeros con más facilidad que mis trucos.

Los cuatro se asomaron a su nueva parcela del mundo. Por la expresión de sus rostros, creo que les maravilló lo que vieron.

El anillo exterior formaba un micro-cosmos en sí mismo. Estaba decorado con figuras gigantes de mazapán, castillos, pérgolas, jardines, puentes de caramelo y otras formas extraídas de los holo-libros que les leía por las noches a través de mis robots. Era como un gigantesco patio de juegos totalmente nuevo, adecuado a la franja del desarrollo humano que va desde los tres a los cinco años. Y estaba lleno de vida: ¡flores!, de todas las formas y colores imaginables. Sobre los parterres que rodeaban los columpios flotaba una serenata de fragancias que cantaba melodías y llamaba a los insectos. De fondo, los ansiosos dientes de una cordillera de cartón se tragaban un sol falso, dejando atrás un no menos falso crepúsculo.

También había otra puerta cerrada, de color rojo, aunque ellos todavía no la habían visto. Sería la frontera que delimitaría su mundo a partir de entonces, la muralla que mantendría a raya la edad adulta.

Pero este paisaje de ensueño no fue lo más impactante de aquel día.

Sobre una colina que parecía hecha con ladrillos de chocolate descansaba un objeto. Era metálico, ovalado y de color plata. Y (gracias a un sutil juego con los reflectores) despedía más destellos que nada que hubiese a su alrededor.

Al acercarse, los niños vieron que era una especie de huevo puesto de pie, del triple de su tamaño. La superficie estaba llena de plumas, como alas de paloma formando un capullo.

Y eso es lo que era. Un capullo.

Las alas, cuyo peso hacía gemir el aire, se desplegaron con un sonido musical. Lo que había debajo se mostró por primera vez y en toda su majestad ante los niños.

Huelga decir que también en ese momento su reacción fue salir disparados. Goro acabó en el fondo del riachuelo de caramelo (tuve que enviar rápidamente a un robot a rescatarlo, para que el pobre chiquillo no se ahogara), Song y Shura acurrucadas bajo la densa sombra de un sicomoro, y Layn corriendo como una centella de regreso al nivel anterior, el que ya conocían y en el que se sentían seguros. Tuve que cerrar la puerta para que no se me escapase, con tan mala suerte que el niño no pudo frenar a tiempo y se estampó de bruces.

En los ojos de los cuatro leí miedo, porque lo que había salido de aquel capullo de plumas era una mujer.

Un adulto.

A los niños nunca se les había hablado de los antiguos mitos, nunca habían visto dibujos de criaturas asociadas con valores morales, como ángeles o demonios. Pero se me ocurrió que, fuera en la época que fuese e independientemente de su nivel de educación, cualquier ser humano se sentiría atraído por una figura alada. Una mujer con alas de paloma, tan blancas que dañaban la vista, era un icono tan poderoso que sería capaz de encandilar hasta unos niños probeta. Y no me equivoqué.

Medía metro sesenta (todo un coloso para ellos), era morena y de ojos azul mar. Yo no quería que les engañase pareciendo demasiado humana, sino que desde el primer momento se dieran cuenta de que era un robot, un juguete, algo distinto a ellos. Por eso, a pesar de su belleza y de la gracilidad de sus gestos, la piel seguía pareciendo sintética, los ojos unas lentes especulares y el pelo finas hebras de metal, como si estuviera hecho de alambre y cada mechón trazara una línea de fuego.

La androide se deshizo de sus alas blancas, desprendiéndolas de su espalda como si de un manto de seda se tratara, y miró a su alrededor. Se inclinó y rozó las flores con la mano, sintiendo su textura, la suave resistencia de los pétalos al doblarse. Arrancó una.

La semiótica de sus movimientos escondía tantos significados maravillosos que incluso a mí se me escapaban. Pero a los niños no. Ellos los *intuían*.

En ese momento había cien cámaras ocultas vigilando cada reacción de mis pequeños, cada expresión y cada movimiento infinitesimal. Medí en nanómetros cuánto se les dilataron las pupilas por la sorpresa, vigilé su taquicardia, investigué el

grado de palidez de su piel. Los chicos observaron atónitos no solo la inusual desproporción en los miembros de aquel adulto (tenía cuatro extremidades, igual que ellos, pero era la primera vez que veían brazos y piernas tan largos), y la no menos asombrosa longitud de su pelo, sino que sus ojos volvían una y otra vez al único rasgo de Azumi que ninguno de ellos poseía: sus pechos.

Los pechos de Azumi eran grandes y despuntaban como dos suaves mesetas, como los de una buena madre. Los niños se quedaron mirándolos con ojos de ciervo, y yo me pregunté qué estaría pasando dentro de sus pequeños cerebritos. ¿Estarían escarbando en la profunda mina del instinto, en la memoria genética de la especie, preguntándose por qué se sentían tan atraídos por esos pechos? ¿Por qué deseaban con tanta ansia acercarse a aquel ser larguirucho y acomodarse cariñosamente en su regazo?

Me preocupé al pensar en que quizás había cometido un error. Que la visión de Azumi a lo mejor no ayudaba a alejar la tristeza, el mal que podría corroer sus corazones... sino que quizás fuera al contrario. Puede que en alguna parte del genoma de mis niños estuviese grabada a fuego la imagen icónica de la Madre, con mayúsculas, y ver a un ser que copiaba esa imagen sin llegar a ser auténtico (creo que todos entendieron que Azumi era una marioneta, una máquina como aquellas que habían visto desde la cuna) podría generar aún más tristeza.

Pero no. Por fortuna acerté en mis previsiones, y el papel que jugó Azumi en el crecimiento de mis niños fue absolutamente positivo. Como un santuario con forma humana en el que pudieron refugiarse cuando las cosas empezaron a ir mal.

El primero que se acercó fue Goro. El pobre estaba empapado en caramelo líquido y sirope de fresa, pero se deshizo de mala gana del robot que lo estaba secando y dio unos pasos hacia la adulta.

Azumi lo miró. La cara de Goro se reflejó en sus ojos especulados, partiéndose en varios fragmentos.

El niño se quedó allí, a un metro de ella, esperando acontecimientos. Mirando las alas abandonadas en el suelo como el testamento de un ángel. Observando el delicado ritmo de la respiración simulada de Azumi, cómo hacía subir y bajar sus fascinantes protuberancias.

Entonces, Azumi se acuclilló. El niño hizo el amago de retroceder, pero algo... algo en sus ojos cambió. Una chispa de confianza, de complicidad. Y permaneció allí, a la espera, a ver cuál sería el siguiente gesto del robot. Para ellos, las máquinas jamás habían sido una fuente de peligro, todo lo contrario: desde pequeños habían sido cuidados, mimados y alimentados por máquinas. Era la forma humana lo que asustaba a Goro y a sus hermanos, pero vista de cerca, las cualidades mecánicas de Azumi hacían que el niño perdiera el miedo.

Los robots eran buenos, en lo que a ellos concernía. Los seres vivos... aún estaba por ver.

Azumi le tendió una mano, ofreciéndole la flor cortada en prenda de amistad.

El niño, reacio al principio, acarició los pétalos. Y también la punta de los dedos del androide. Estaban fríos, como los de cualquier máquina. Eso reconfortó a Goro. Los otros niños salieron de sus escondites. Azumi sonrió. Y yo a través de sus labios.

II

Ninez

—¿Te pasa algo? —preguntó su mujer, viéndolo comer.

—¿Qué?

—Estás muy distraído.

El Patriarca dejó el tenedor junto al plato.

—No es nada. Pero no te enfadarás si...

—No te preocupes —sonrió ella, retirando la comida—. Yo tampoco me levanté con mucho apetito. Dime, ¿te dieron el permiso?

—¿Qué permiso? —preguntó el hombre, distraídamente. Enseguida se arrepintió.

—¿Cómo que qué permiso? —Lisa, extrañada, dejó su plato en el fregadero—. Me dijiste que ibas a pasar el mes de cosecha en casa. Que... Bueno, no me acuerdo exactamente cómo era esa palabra. —Arrugó la frente—. ¿Bola, bula...?

—¡Ah, claro, la bula! —exclamó el Patriarca—. Sí, sí que me la van a dar, por supuesto. Ahora, en cuanto acabe la próxima misión.

Lisa se sentó, mirándole sin parpadear.

—La próxima misión.

—La Operación de Limpieza. Eh... Mira, Lisa: ya sé que te dije que con la anterior acabaríamos con las obligaciones hasta después de la primavera, pero ya sabes cómo es el Cuerpo. —Sonrió, como quien habla de algo lógico e inevitable. Ella permaneció en silencio.

»Resulta que ayer descubrieron un enclave Exth muy cerca de la cañada del Cuervo —explicó—. Temen que se hayan extendido hasta rebasar los controles de la ciudad y puedan llegar a penetrar en las granjas.

—¿Cerca de aquí? —preguntó su mujer, con embarazo.

El Patriarca la tranquilizó.

—No, no temas. Bueno, no me han especificado exactamente cuál será el lugar del ataque, pero es mucho más al oeste, eso seguro. Precisamente esta operación sirve para cortarles el paso y encerrarlos entre dos fuegos, con las montañas a la espalda y nuestros cañones por delante. Ven, te lo explicaré. —Rescató su plato y jugueteó con la comida, partiendo en dos la empanada para que semejase un perfil montañoso y colocando estratégicamente las aceitunas para cortar de raíz toda posible retirada a la ensalada—. Nosotros estamos aquí, ¿ves? Estos, los de la anchoa, son las Brigadas CEA. Por alguna parte de aquí estoy yo... Ese, el de la anchoa grande.

Lisa dejó escapar una sonrisa involuntaria.

—Mañana por la tarde, amparados por la niebla, justo por debajo de las líneas de cobertura y ocultos en los accidentes de las cañadas, nos acercaremos sigilosamente hasta el Paso de Huertas y esperaremos.

—¿No los atacareis?

—No. —El Patriarca sacudió la cabeza con el orgullo del estudiante que se sabe bien la lección—. Esperaremos pacientemente, muy tranquilos, hasta que el Segundo Destacamento, los acorazados del bastión de la capital, penetren en la cañada por el oeste. Aquí. Y una vez hayan tomado las granjas cercanas para evitar que el enemigo pueda usarlas como escudo, entraremos todos a saco y los arrasaremos. Será tan fácil como quitarle el caramelo a un niño —concluyó.

Lisa hizo un mohín, claudicando. Sabía muy bien lo que significaba aquel eufemismo: confianza en la planificación de la gente que estaba arriba y era más inteligente, esperanza en el poder de la tecnología, noches sin dormir sumida en la incertidumbre... Las heridas que él se había traído de la última batalla aún la estremecían. Su marido tenía los dedos de ambas manos vendados, ligeramente más cortos, aunque no parecía notar ningún dolor. Cuando le preguntó por ellas, él se limitó a sacudir la cabeza y a celebrar lo afortunado que había sido al poder volver con solo unos rasguños en las manos.

Suspiró.

Desde que se había acostumbrado a esperarlo pacientemente durante días enteros, su rutina de ama de casa había fluctuado entre el cartel que se actualizaba todas las mañanas en la fachada de la Casa Consistorial, con el parte de bajas de guerra, y la bendita rutina de los quehaceres diarios. Limpiar los cacharros de bronce que tanto costaba dejar libres de grasa, regañar a su hijo cada vez que volvía del molino hecho unos zorros... todo contribuía, en conjunto, a mantener su mente ocupada en algún lugar donde no hubiera tiempo para la desesperación. Pero Lisa era consciente de que, al fondo de ese lugar, como al fondo de todas las cosas desde que aceptó su vida de casada, también estaba su marido. Y no quería dejarlo atrás.

—Está bien —aceptó, deshaciendo el plan de batalla de un comprensivo golpe de tenedor—. La última misión.

El Patriarca sonrió, abrazando a su mujer.

—Lo prometo. La última misión.

Esa noche volvieron a hacer el amor, pero algo no fue bien.

Para el Patriarca, era como si aquel cuerpo que penetraba violentamente en el cálido amor de su esposa, haciéndolo suyo, hiriéndolo en lo más profundo, de algún modo no fuera el que le había acompañado desde la infancia. Entre tinieblas, vio a Lisa sentada sobre él, sacudiendo su talle y gimiendo de un modo algo fingido, elevando la voz como a él le gustaba aún a sabiendas de la peligrosa cercanía del cuarto de Hugo. Sus ojos estaban abiertos, y mientras su garganta emitía sonidos exagerados, aquellas pupilas oscuras como el terciopelo lo escrutaban, analizándolo, adivinando de alguna misteriosa y femenina manera que aquel hombre al que montaba emanaba esa noche un aire sutilmente distinto.

Que no era del todo su marido.

Más tarde, mientras ella dormía, el Patriarca pasaba las horas de desvelo pensando en la cosecha. Parecía un tema tan lejano ya, tan... insignificante. Carecía del encanto de antaño, cuando arrancaba de la tierra yerma los frutos sembrados para llevarlos al mercado. Si ganaban la guerra... entonces todo cambiaría. No es que tuvieran muy claro de dónde procedía el invasor, ni cómo llegar hasta su mundo de origen, pero si era un planeta cultivable, los soldados serían los primeros en obtener beneficios y convertirse en arrendatarios de latifundios alienígenas. Daba igual qué tipo de cultivos crecieran allí: cualquier cosa que usara el suelo para alimentarse les caería como una bendición del Cielo.

Entonces se fijó en su mano. Tenía los dedos ensortijados en los cabellos de Lisa, pero formando una presa de estrangulamiento. El índice y el anular se curvaban en un garfio preparado para desgarrar la arteria del cuello y tirar de ella, abriéndose paso hacia el interior para partir el hueso. Se envaró. ¿Por qué había adoptado esa pose? Era una de las dieciséis técnicas del párrafo Nueve, válidas para criaturas anatómicamente similares a los humanos. Dando una orden consciente, relajó sus músculos, y alejó la mano del cuello de su esposa. Era extraño. Se levantó y contempló el cuerpo de Lisa envuelto en sábanas. Desde esa perspectiva, no parecía una persona. Era un Exth.

¡No! Desechó la idea con furia, pese a la veteranía de años como combatiente voluntario que le urgía a coger el arma. Con prisa, corrió hasta el baño y metió la cabeza en agua fría. La presión cesó en su mayor parte. Las gotas resbalaban lánguidamente por su frente. Las observó sublimarse unas en otras, plácidamente, sin objeciones; sacrificándose sin vacilación para formar estructuras más complejas. Su corazón se aceleró. Algo en su interior le urgía a hacer... ¿qué?

Una idea desquiciada pasó por su cabeza, pero de inmediato la rechazó. Fue hasta la cocina y abrió la nevera. Pasta y legumbres y cerveza. Un pepino. No parecían buenos tiempos, como los que prometían los formularios de alistamiento. Apartando unas legumbres congeladas, agarró una lata de guisantes, algo de beber y unos cubiertos.

Y vio algo al fondo del congelador.

Sus formas eran familiares: Un bulto alargado con doble membrana, separada una de la otra por una película líquida, un saco de matrices líquidas cargadas de catalizadores biológicos y un nudo denso que algunos llamaban «cerebro».

Un Exth. Una mitocondria gigante con dos cilios prensiles y una descomunal saturación de mala leche.

Retrocedió de un salto y levantó un tenedor dispuesto a ensartarlo. La mitocondria descomunal no se movía; es más, ni siquiera parecía haberse percatado de su presencia. Eso no cotejaba. Los Exth eran miedosos y poco curiosos por naturaleza. No era posible que uno hubiera entrado en su despensa, solo. Con precaución, metió la mano en el congelador y lo empujó con el extremo del cubierto,

preparado para cualquier reacción del invasor. Cuando el tenedor tocó al extraño, este volvió a ser un filete. Un simple trozo de carne congelada que su mujer guardaba como plato especial para el día siguiente. El Patriarca, consternado, cerró la puerta de la nevera. Había visto un Exth. No lo había confundido en la oscuridad, ni lo habían engañado las sombras: lo había visto. Durante unos segundos hubo un invasor en su despensa, y esa era una verdad categórica. Del codificador instalado en su nuca emanó un chasquido, seguido de una sucesión de apagados repiqueteos casi inaudibles. El Patriarca, alarmado, se llevó los dedos a la base del cuello y palpó el diminuto aparato. Lo sintió caliente y en movimiento por primera vez: una sutil vibración se transmitía de la carcasa de plástico hasta sus dedos, masajeando su epidermis. Era casi agradable, pero lo llenó de terror.

Abandonó con urgencia la cocina y se encerró en el baño. Se aseguró que el pestillo de la puerta estuviera pasado y se sentó en el inodoro. Descolgó el espejo del lavamanos y trató de orientarlo hacia su nuca. Imposible: los ángulos no cuadraban. Recordó entonces que su mujer usaba un espejito para arreglarse cuando salía de casa. Concienzudamente registró la alacena, desechando botes, pinzas y cepillos; tras unos minutos de búsqueda infructuosa dio con su premio. Volvió a sentarse en el inodoro, esta vez apoyando la espalda en el espejo de pared para mantenerlo erguido.

Giró unos grados el cristal, encuadrando con nitidez la caja azul y rosada del codificador. Rectangular y opaco, estaba unido a su cuello por un centenar de diminutas patitas que surgían de su contorno y se hundían profundamente en la piel. En el centro tenía un código de barras, laberíntico y compacto, rodeado de números en una espiral de dígitos y símbolos de relación. Aún seguía vibrando cuando lo presionó. Un dolor lacerante castigó su espina dorsal como un latigazo eléctrico. El Patriarca contuvo un gemido y se dobló a una rápida posición fetal. El dolor no duró: tan solo fue un espasmo de agonía que dejó el corazón interpretando un contrapunto apresurado en su pecho.

El castigo había detonado en cuanto se movieron las patitas. Sin desplazar esta vez el cuerpo del aparato para evitar sacudir los enganches, palpando su pequeño contorno con las uñas, trató de abrirlo. Fue inútil. Otro latigazo lo tiró del inodoro y dio con sus huesos en el suelo.

Jadeando, el Patriarca se puso en pie y recogió el espejo. Sería un milagro si su esposa no se despertaba. Sacudiendo la cabeza, se amonestó a sí mismo, dándose cuenta de lo lógico que era: Si un Exth lo hacía prisionero, no podría acceder a la tecnología de simultaneidad de operativos sin matarlo a él o romper el aparato. Si desbarataba el sistema, cualquier explorador enemigo podría abrirlo sin necesidad de usar servo válvulas. Y lo cierto es que prefería morir antes que colaborar...

Elevó la vista de golpe. Ahí estaba la solución. No podría abrir el cajetín del codificador si usaba los medios de un Exth, es decir: manos, fuerza bruta y uñas. Pero había más sistemas. Se concentró en sus manos y del implante plastiorgánico de

los dedos surgieron pinzas afiladas que atravesaron las vendas, rasgándolas en pequeñas tiras de papel rosado que colgaron como confeti sucio de sus muñecas. Tendría que rehacer los vendajes antes de que ella despertara, utilizando las gasas de su propio botiquín. No quería que viese los implantes tan pronto.

Las pinzas entraron en contacto con el borde del codificador, danzando y gimiendo, y nada ocurrió. Pero el dolor tampoco reapareció. Respirando profundamente, el Patriarca comenzó a diseccionar el aparato, manteniendo una agotadora imagen de correlación con un cerebro Exth en su cabeza, mientras los servos operaban a ciegas. El bisturí de su dedo cortó y separó la tapa del mecanismo. La vibración que transmitían sus patitas aumentó. Preparándose para cualquier cosa, se arriesgó a abrir los ojos: En el corazón de codificador había emplazada una glándula principal de secreción en miniatura, de la que partía un denso racimo de arterias de conducción que —horror— se perdía en un orificio del cuello. También distinguió válvulas y varios condensadores de baja potencia, alineados en torno a un minúsculo motor eléctrico de dos bobinas. El circuito completo estaba integrado en la placa de cuatro por dos centímetros, y palpitaba con la secreción de dos sustancias principales, una de color rojizo y otra negra. Ambas estaban conectadas a un selector en iris que funcionaba por variaciones de tensión. Ahora el selector esperaba en posición de cerrado, pero el Patriarca notó los diodos de control cosidos a su extremo.

No le costó mucho concluir que, probablemente, aquellas dos sustancias reactivas eran las causantes de los estados de ansiedad y profunda concentración en que entraba bajo condiciones de batalla. Pero algo que lograba abrir ciertas puertas en el cerebro a base de provocar pequeñas crisis electroquímicas también podía cerrar otras. ¿Qué sucedería si liberaba una pequeña cantidad en su torrente sanguíneo?

Con las pinzas de trepanación, asió con infinito cuidado uno de los cables que lo conectaban al acumulador y, presionando el puente de conexión, cerró el circuito. Un bombeo repentino de sustancia rojiza llenó la arteria. Asustado, el Patriarca volvió a bloquearlo. Se había filtrado una cantidad mucho mayor de la que esperaba. Aguantó unos segundos, acongojado. Se imaginó con todo lujo de detalles el nauseabundo fluido recorriendo veloz los capilares y entrando en su cuello, bañando la columna. Instintivamente se llevó la mano a la nuca, frotándosela. Un cuarto de segundo. Solo había estado ese tiempo con el iris abierto. ¿Habría sido demasiado? ¿Resultaría fatal la cantidad de esa cosa que había liberado en su cerebro?

Fue a colocar de nuevo el espejo para examinar el codificador, cuando oyó algo. Un roce de patas contra la cortina de la bañera. Alarmado, agarró con fuerza el espejo y extrajo los trepanadores. La cortina que cubría la bañera era de plástico translúcido de color metalizado. Detrás, una forma difusa y grande rascaba la tela con miembros puntiagudos. Con extrema cautela, el Patriarca la recorrió. Un Exth, más grande que ninguno que hubiera visto antes, lo contemplaba impávido desde la

bañera. Sus alas estaban plegadas en dos racimos de celdillas quitinosas y sus patas peludas raspaban los azulejos como si quisiera encontrar una vía de escape de aquel estrambótico lugar. El Patriarca alzó los trepanadores y se dispuso a atacar, pero notó algo en su espalda. Un insecto del tamaño de su brazo, recubierto de un pelo oscuro y cimbreante, escaló desde su pantorrilla con rapidez y trató de morderlo en el cuello.

Se retorció y lo agarró por las pinzas. Su cabeza era un caos de emociones. Toda la pared a su espalda se deshizo en una nube de insectos voladores. El suelo se removió y se reveló como el caparazón moteado de una gigantesca escolopendra que retorció la cabeza y lo contempló con miles de ojos facetados. El Patriarca se llevó las manos a la sien. Sabía que aquello no podía estar pasando, que era un efecto exagerado del narcótico. Sacudió un manotazo al insecto de la bañera y oyó cómo el dispersor de agua hacía ruido al chocar con los azulejos. Más insectos surgieron de debajo, correteando hacia sus pies por encima del lomo de la descomunal escolopendra.

Entonces se abrió la puerta. El Patriarca contempló a su mujer que le observaba desde el marco, el miedo marcado en el semblante. Le gritó que se fuera, que huyera rápido de allí, pero ella entró, caminó a través de los insectos sin notarlos y lo abrazó con lágrimas en los ojos. Todo acabó tan súbitamente como había empezado. Las imágenes se fueron diluyendo al compás de una segunda vibración en su nuca. Ayudado por Lisa, se sentó de nuevo en el inodoro. Ella hablaba y le preguntaba cosas, pero él no las oía; no podía concentrarse. Tomó el espejito del suelo y lo orientó hacia el que reposaba a su espalda. Efectivamente, el selector había vuelto a abrirse, dejando pasar una tranquilizadora cantidad de líquido negro al sistema de conducción.

Se dejó llevar por Lisa a la cama y esperó mientras preparaba una tisana de hierbas. Su hijo, asustado por el escándalo, lloraba aferrado a una espada de madera en el extremo opuesto de la habitación. Su mujer vio el conjunto expuesto del codificador y sofocó un sollozo. También el plástico en los dedos y falanges: las pinzas estaban retraídas, pero quedaban restos de coágulos taponando las imperfectas ranuras de salida.

—¿Qué está pasando? —le susurró, ayudándole a sorber la tisana. Él parecía absorto en un dilema interior—. ¿Qué pasa, joder?

—Jugos rojos... Son los rojos, no los negros... Maldita sea.

Un trueno que llegó desde el exterior los sobresaltó. Ambos saltaron de la cama y se vistieron. Lisa recogió a su hijo, sin perder de vista ni un segundo las evoluciones de su marido. El Patriarca salió al porche, escuchando los cañones. Sonaban huecos e inmediatos, con sus estampidos coreados rápidamente por los impactos de las balas sobre las cabezas enemigas. Los Exth estaban muriendo.

—He de irme —declaró, y entró en la casa. Su mujer llevó al niño al sótano y volvió con ropa de abrigo—. Enciérrate en casa y no acerques ninguna luz a las

ventanas. Y carga la escopeta.

Lisa no emitió ningún sonido.

—Adiós. Volveré en cuanto pueda...

Ella asintió, y siguió conservando el mutismo.

—Lisa... —el Patriarca sacudió la cabeza—. Ahora no puedo explicarte lo que ha pasado, pero te prometo que va a acabar pronto, ¿me oyes?

La mujer bajó la cabeza. Su marido la sostuvo a la altura de su mirada, agarrándola como un tesoro que se hunde, desapareciendo entre las olas.

—¿Me oyes?

—Lo sé —concedió ella, conteniendo las lágrimas—. Anda, vete ya.

—¡Goro, te la vas a cargar! ¡Esta no te la perdono!

El correteo por los pasillos hizo que Azumi dejara por un momento la preparación del siguiente ejercicio de Layn y mirara hacia la puerta.

La jamba dejó ver una sombra veloz que corría, entre risas contenidas, seguida por otras dos. La silueta de Song, con los puños apretados contra las caderas (como hacía cuando estaba realmente irritada) apareció un segundo después.

—¡Goro, dame ya mi muñeca! —le gritó al pasillo. De fondo se escucharon más risitas nerviosas.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿Otra vez está ese malo de Goro haciéndote rabiar? —preguntó Azumi, acariciándole la barbilla.

Song, con lágrimas temblándole bajo los ojos, se abrazó a sus piernas y asintió.

—¡Me ha quitado a Rosita! ¡Yo le dije que iba a chivarme, pero él me la quitó!

La androide se arrodilló para abrazar a la niña a su misma altura.

—No te preocupes, vamos a hablar con él ahora mismo. Y con los otros, porque los oigo reírse en lugar de estar ayudándote.

Song asintió, frotándose los ojos, y tomó a Azumi de la mano. Siempre que había un conflicto que los niños no podían solucionar por la vía fácil (que no era la diplomática, sino la brusca, la del «si tú me quitas esto, yo te quito lo otro, y si tú me lo rompes... prepárate»), acudían a ella como juez. Azumi, resignada, se dejó arrastrar por la niña de siete años por el pasillo, rumbo al siguiente problema. El reloj de su cabeza le decía que ya estaban llegando tarde al ejercicio programado con Layn, pero resolver estos pequeños conflictos era tan importante como que los niños aprendieran sus lecciones.

—A ver, ¿quién me lo va a contar? —preguntó, haciéndose la enfadada.

Los niños estaban riéndose en la sala-comedor, medio escondidos detrás de una mesa. La muñeca preferida de Song, Rosita (un peluche de color rosa que representaba un oseznó), estaba ahogándose en un caldero con sobras de la comida anterior.

Song soltó un grito de pánico y fue corriendo a rescatarla. La sacó empapada y

llena de restos de verdura. Azumi mandó llamar a Goro a su presencia.

—¿Y bien, jovencito? —dijo con autoridad—. ¿Por qué siempre haces rabiar a tu hermana? ¿Por qué le has quitado su muñeca?

—¡Ella me quitó primero mi mirmidón! —se defendió él, haciendo pucheros.

Song abrazó a Rosita (manchándose la camiseta de caldo de verduras) y dijo:

—¡No es verdad, solo se lo cogí para jugar un rato! ¡Él nunca me deja!

—A ver, vamos a solucionar esto. Goro, no puedes monopolizar el uso de la estación de combate.

El niño parpadeó, confuso.

—¿Monopo... qué?

—Perdón —suspiró Azumi—, quiero decir que no puedes estar siempre en la sala de combate tú solo. Los demás también tienen derecho a jugar un rato con el mirmidón y su pistola de rayos.

—¡Pero es que voy a batir el récord de...!

—Me da igual el récord o lo que sea —le atajó Azumi—. Song, Shura y Layn también te dejan a ti jugar en sus áreas de entrenamiento, ¿verdad?

El niño, molesto por el rumbo que estaba tomando la discusión (y por la forma en que Azumi se estaba poniendo claramente de parte de la pesada de Song), enterró la barbilla en el pecho con los labios hacia fuera.

—¿Verdad? —insistió Azumi. Quería oír en voz alta su respuesta.

—Sí —dijo con la boca muy pequeña.

—Pues tú también tienes que dejar que ellos jueguen en la tuya. Yo te he visto metido en el área de atletismo de Shura saltando en las camas elásticas, y ella nunca te ha dicho nada.

Shura asintió, de fondo, poniendo cara de angelito. Layn le dio un codazo disimulado.

—Y también has estado jugando con los bloques de números de Song. A mí no se me escapa nada —sonrió Azumi. Eso era en parte mentira, porque ella en persona no había captado aquellas imágenes, sino que las había descargado del servidor central del sistema de vigilancia—. Ayer montaste perfectamente la secuencia numérica de Pi hasta el noveno decimal. Hoy te habría felicitado y dado una ración extra de pastel si no hubieras hecho esto.

—¡Pero es que Song se pega mucho rato disparando a los Exth, y no nos deja a los demás! —se defendió el chiquillo, a punto de llorar. Lo del pastel había sido un golpe bajo, y había transformado la travesura en algo realmente funesto—. ¡Es una pesada!

—¡El pesado eres tú, siempre rompes mis juguetes! —gritó ella desde detrás de las piernas de Azumi.

La androide tuvo que poner paz.

—Está bien, suficiente —dictaminó, eligiendo el tono de voz de las Grandes Resoluciones—. Goro, tu sentido del humor está empezando a cansarme, y la manera

como tratas los juguetes de tu hermana no es para nada la correcta. Ella juega en tu zona de entrenamiento, pero no te la rompe, mientras que tú no paras de estropearle todas sus muñecas.

Un indignado *¡pero es que yo...!* murió convertido en una exhalación, porque Azumi no le dejó continuar.

—Estás castigado hasta mañana. Venga, a tu rincón de pensar.

El niño sentía cómo mil argumentos se acumulaban en su cabeza, pero tratar de discutir sería inútil y solo agravaría el castigo. Con Azumi, cuando se ponía con esas, no valían los razonamientos.

Enterró la cabeza entre los hombros y se marchó a su rincón. Song esbozó una sonrisa cínica de triunfo cuando él le dio la espalda, pero la borró en cuanto Azumi se encaró con ella.

—Y tú, bichuelo, no pienses que te vas a ir de rositas. Se acabó usar el área de entrenamiento cuando no es vuestro turno, ¿de acuerdo? —Su dedo hizo extensiva la amenaza a todos los demás, que asintieron obedientes—. Song, te toca turno doble de limpieza esta noche.

Un:

—¡Pero yo...!

Se quedó en otra exclamación ahogada.

Layn y Shura, viendo cómo de suave estaba el gatillo de su maestra a la hora de repartir castigos, prefirieron no emitir ni un susurro.

Song se marchó a la cocina como si le pesaran una tonelada los brazos. Azumi sonrió cuando la vio marcharse con ese andar arrastrado de los niños, como si el peso del mundo reposara sobre sus hombros. Y la admiró. Los admiró a todos, por cómo estaban creciendo.

Aunque tenían prácticamente la misma edad, con solo minutos de diferencia, físicamente no podían ser más dispares, cosa lógica teniendo en cuenta que la semilla genética de cada uno era completamente diferente. Habían sido cultivados en las mismas probetas, en los mismos laboratorios, pero los seres humanos originales que aportaron el ADN (lo más cercano que tendrían jamás a unos auténticos «padres») no podían ser más distintos.

Goro aún no había pegado el estirón que se le suponía, pero ya era un jovencito fuerte, con un peñasco de pelo rojizo apelmazado que parecía una fogata en movimiento. En el grado máximo de su desarrollo no superaría el metro setenta, pero su complexión recia lo haría veloz como la llama y poderoso como la onda de calor que precede al incendio. La única lástima era que no parecía demasiado listo, pero Azumi sabía (lo sabían las bibliotecas digitales de su mente) que había muchos tipos concretos de inteligencia, y que aunque el chiquillo no fuera muy astuto, sí que tenía talento para otras cosas.

La inteligencia emocional y numerológica eran los campos que llevaban la bandera de Song. Cuando fuese adolescente, la espigada joven tendría la piel muy

morena y un cabello negro que caería sobre sus hombros con una densidad casi arbórea. Serían como mantos de raíces irradiados desde el tronco de su cabeza que le cubrirían el pecho como venas enfundadas en corteza. Song maduraría antes que sus hermanos, igual que Shura, y ya estaba desarrollando las armas emocionales que necesitaría dentro de un par de años para ponerlos a todos al hilo.

Layn sería sin duda el varón más hermoso del grupo, según los estándares humanos. Tenía la piel manchada con sombras, como una fotografía de estorninos pasando por delante del sol, y sus ojos verdes eran tan grandes, sinceros y expresivos que parecían ocupar toda su cara, relegando a un plano muy secundario a la nariz.

Shura, por su parte, era muy... muy Shura. No había mejor palabra en Basicglós para definirla. Con solo siete años su cuerpo ya era una auténtica máquina de hacer flexiones, atletismo y proezas físicas. Podía anudarlo y enredarlo en contorsiones imposibles y encontrar, Azumi no sabía cómo, la forma de devolverlo a su posición original. Y sin dolor aparente. De todos, ella era con quien más disfrutaba Azumi entrenando.

Los lazos entre los cuatro, como era de esperar, eran muy fuertes, cosa que en el fondo no le convenía al experimento. Porque llegaría una fecha en que los adultos podrían llegar a necesitarlos. Y si eso ocurría, los lazos serían un problema.

Pero si el Ordenador Central dictaba esa pauta de comportamiento, ella la respetaría con gusto.

Al fin y al cabo, Azumi podía tener un corazón de metal, pero eso no significaba que no fuese capaz de las más cálidas emociones con respecto a sus h...

Protegidos.

No esa otra palabra.

Correcto, protegidos.

LOG 35001

Octavo año del crecimiento. Pienso sinceramente que los corpócratas de la Homogeneidad estarán muy contentos. Los niños crecen y desarrollan sus habilidades según la campana predictiva estándar. Todavía tendrán que mejorar mucho, no obstante, durante los próximos años, para que cuando alcancen los quince sus cerebros alcancen la Frontera Rigell. Pero de esto hablaré más tarde.

Goro ya domina a la perfección el manejo de las armas de pulsos. Desde que pusimos el primer modelo K22 en sus manos cuando tenía tres años (no la pistola real, por supuesto, sino una versión de juguete), demostró una habilidad innata para disparar y acertar a blancos en movimiento.

Al principio estos blancos eran proyecciones bidimensionales en una pantalla. Simulaban monstruos de dos y cuatro patas (cuya silueta coincidía con la de las máquinas de guerra de los Exth, aunque eso el niño no podía saberlo) que se

acercaban a él para comérselo. Goro solo tenía que alzar el arma y apretar el gatillo, e intentar acertar a cuantos más blancos mejor. ¡Y vaya si acertaba!

Yo aplaudía de gusto cuando veía aquel contador digital subir primero hasta las cifras de dos dígitos (¡20 blancos, enhorabuena!) y más tarde a las de tres (¡600 blancos en una hora, eres un fenómeno!). Entonces, cuando Goro pensaba que tenía dominado el ejercicio y podía dejar de esforzarse, le di un susto. Pasé sin advertírselo al siguiente nivel.

Un día entró en su área de entrenamiento, una habitación circular con una pantalla geodésica en el techo, agarró su pistola de pulsos y la sacudió con arrogancia ante la pantalla. Estaba tranquilo y confiado. Justo como yo quería.

La pantalla se encendió como tantas veces antes, pero lo que sucedió entonces no tuvo nada que ver. Goro se llevó un buen susto cuando las figuras bidimensionales escaparon de la pantalla para convertirse en hologramas que caminaban lentamente hacia él; formas brillantes y aterradoras de monstruos mecánicos que extendían hacia el muchacho sus garras de acero.

Menos mal que Goro tiene el valor tatuado en la sangre, porque de no haber sido así habría fracasado aquel día en el examen. Y eso le habría hecho perder muchos puntos en su calificación anual.

Sin arredrarse, cogió la pistola y descargó un fuego graneado contra las bestias. ¡Puf, bang, paf!, iban reventando una tras otra en nubecillas de píxeles. Y el niño sonreía. Y yo con él. Y los dos nos dejábamos arrastrar por la catarata de adrenalina a la par que aprendíamos una valiosa lección: Que el espíritu de supervivencia puede atravesar cualquier obstáculo si se cultiva desde la infancia.

Ya fueran monstruos digitales de dientes afilados o la muñeca empapada en caldo de verduras de Song, las adversidades eran como barreras que solo llegaban hasta una altura. Si cogías la suficiente carrerilla, podías saltarlas por encima.

Las noticias que me llegaban por los canales cifrados del ejército sobre la guerra eran cada vez más desalentadoras. Las fuerzas de la Homogeneidad ya no avanzaban, no ganaban nuevos territorios (entendidos estos como órbitas de ataque en torno a los mundos exteriores. Las banderas, hoy en día, se plantan en los pozos de gravedad que ayudan a las naves a salir al espacio real desde la Urdimbre, no en los planetas en sí. ¡Cómo ha cambiado el concepto de batalla a gran escala!). La Homogeneidad solo quiere conservar a toda costa las plazas fuertes que aún no ha perdido ante el imparable avance del enemigo.

Hace un año perdimos los planetas exteriores, y todo lo que hay por detrás de la línea imaginaria de Plutón. La de Saturno y sus satélites fue una campaña increíblemente cruenta, si hay que fiarse de las agencias de noticias que trabajan allá fuera, en la frontera lejana. Pero sé por experiencia que toda esa información está filtrada por el ejército, por lo que cada bit hay que ponderarlo con su adecuado

distanciamiento.

Dicen que cuando le preguntaron al rey de España, durante la Guerra de los Ochenta años, sobre por qué era tan importante conservar las provincias de Flandes, este respondió: «Flandes lo es todo». Pues para nosotros, para la especie humana (en la que solo me incluyo a nivel espiritual), Saturno lo era todo. Y acabamos perdiéndolo.

La noticia de la retirada de la flota combinada del último de los satélites fue una bomba que mermó la capacidad de luchar de los hombres, de creer en sus propias posibilidades. Ahora mismo la línea fronteriza está en Júpiter, el único gigante que nos queda. Pero las noticias que se filtran del frente no son nada halagüeñas.

El ser humano no está hecho a nivel biológico para vivir (y muchísimo menos combatir) en el espacio. La velocidad de la luz es un límite que no puede rebasar, una frontera infranqueable que convierte las distancias entre los campos de batalla en profundos y oscuros abismos de tiempo. La moral de las tropas es bajísima, porque se pasan meses y años durmiendo en tubos de estasis mientras los gigantescos transportes los llevan de un lugar a otro (viajando entre campos de batalla que distan millones de kilómetros entre sí), para despertar de repente por una alarma, o una vibración, o una avería o el impacto de un misil en el casco. Entonces se desata el caos, y esos cuerpos frágiles, esos seres humanos que llevan meses congelados como comida fría, tienen que espabilarse y sacar fuerzas de la nada porque en solo dos segundos estarán muertos.

Debe ser horrible. Al leer esas noticias sobre si en tal o cual cuadrante se acaba de perder el contacto con un supertransporte que llevaba noventa mil soldados dormidos en su panza... me entran escalofríos. Y no estoy programado para sentir escalofríos.

Es entonces cuando me alegro de no ser más que un simple programa de mantenimiento e intendencia de una base secreta. Muchas veces he soñado con trascender mi condición y convertirme en un humano auténtico, con capacidad para soñar, para vivir, ¡incluso para morir! Pero cuando noventa mil almas se evaporan como un suspiro entre las estrellas, sin que nadie sepa cómo ni por qué... entonces me alegro de estar confinado en estos circuitos, aquí, en la Vieja Tierra.

¿Qué ocurrirá si perdemos Júpiter? ¿Intentará la flota combinada reunir lo poco que les quede en el cinturón de asteroides, la última línea de defensa? Un experto afirmó una vez, al comienzo de esta interminable guerra que ya se extiende por siete décadas, que si alguna vez las fuerzas enemigas llegaban a abrir brecha en el cinturón de asteroides, Marte y la Tierra estarían condenadas. Caerían sin remedio en un intervalo de pocos meses. Eso, según aquel experto ya fallecido, era una certeza matemática.

Y mientras tanto, el pequeño Goro sigue disparando a sus fantasmas digitales en la sala de juegos.

¡Puf, bang, paf!

Las paredes del transporte crujían con cada socavón del terreno. Los hombres se agitaban colocados en fila al ritmo de las sacudidas como bailando sin música. Sus armas, lanza proyectiles A2 de múltiple salida, descansaban sobre sus regazos como bebés dormidos. El líder del segmento Cian, bajo cuyo casco se escondían los preocupados rasgos del Patriarca, comprobaba una vez más la correcta alineación de la munición perforante dentro del cargador. Las manos ejecutaban automáticamente la maniobra, pero mantenía la cabeza gacha. En realidad, sus ojos estaban clavados en el anónimo casco que tenía delante, un hombre de la gemela división Sigma-Amarillo. Ambos compartían una singular afición al ajedrez que les servía como munición psicológica para hacer frente a todo lo demás. Ahora, sin embargo, no lograba recordar su nombre. Su número de registro brillaba en la hombrera del traje, pero su rostro era una carcasa de metal opaca apoyada en las paredes del transporte. ¿Lo estaría mirando a través de aquellos espejos negros? TR32390F. Antes... ¿cómo demonios se llamaba? Solo recordaba una singular estrategia al ajedrez. Reina cruzada. Había perdido una cerveza junto con esa partida. No podía dejar de preguntarse si a él también le habían instalado un codificador.

¿Habría hecho su experimento algún otro soldado?

Reina Cruzada comenzó a aullar. Todos lo hicieron. El Patriarca se sobresaltó, y se sumó al griterío: el canto de batalla, inmediato a la entrada en combate. El transporte frenó y las puertas se abrieron. El aire del exterior entró cargado de pólvora y hedor a cuerpos destrozados. Todos los infantes saltaron al suelo, recibiendo órdenes directamente de los codificadores en clave cifrada. Los campos de labranza se extendían en todas direcciones, horadados por largas zanjas de kilómetros de longitud, las trincheras. Frente a estas se habían plantado toneladas de alambre de espino y minas, morteros y puestos de artillería. Cientos de hombres corrían por las hendiduras de la tierra ocupando sus posiciones de batalla, cargando los rifles y apuntando al horizonte, a la niebla que ocultaba al enemigo.

El Patriarca sintió vibrar su nuca, su visión se enturbió. Sabía lo que estaba pasando, pero no podía luchar contra ello; allí no. El controlador tradujo las instrucciones recibidas: un grupo de zapadores Exth había atravesado las líneas por el flanco sur, llegando a un poderoso núcleo de población civil. Había que exterminarlos. Saltó a la trinchera y cargó su rifle. Localizó a Reina Cruzada a su espalda, y le dedicó un saludo de camaradería. El otro no contestó.

De repente, una vibración.

¿Ha dicho las granjas?

¿Qué granjas?

¿Dónde estaba ahora? ¿Por qué oscilaba tanto el codificador?

¿Qué le estaban haciendo a su mente?

Los jugos fluyeron por los conductos, la válvula en iris se distendió y los servos se movieron. Una mano salió de la oscuridad para mostrarle el calcinado enjambre

de avispas de su sueño.

Los Exth, como fantasmas silenciosos, surgieron de la niebla.

LOG 35089

Song se muerde las uñas.

Es un vicio que adquirió poco antes de su séptimo cumpleaños. Azumi la regañaba cada vez que la veía haciéndolo, pero aunque la niña tratase de evitarlo, no podía. Creo que es un síntoma de una ansiedad interior que se manifiesta de esta y de otras sutiles maneras. No es que Song haya sido nunca una chiquilla muy nerviosa, de esas que tienen una cantidad portentosa de energía y no saben qué hacer con ella. Ese perfil encaja más bien en Goro o en Shura.

No, Song era más tranquila. O eso creía yo.

Azumi tuvo que pintárselas con esmalte para que no se las comiera. Fue una solución temporal, pero durante bastante tiempo funcionó. Azumi le preguntó en una ocasión si le preocupaba algo, si no podía dormir bien por las noches o si le dolía alguna parte del cuerpo. Song dijo que no, que a ella no le pasaba nada, que todo estaba bien... pero seguía recurriendo a sus uñas cuando meditaba sobre algún problema.

Esto lo hacía normalmente en su área de entrenamiento particular, a la cual entre ella y Azumi bautizaron como «el tablero». En el tablero, Song se enfrentaba a distintos puzzles lógicos que requerían un nivel de pensamiento abstracto superior al de su edad. Pero la chiquilla era lista, y tenía un don para el pensamiento paralelo, así que no le costaba mucho dar con las soluciones.

Un día, siendo Song muy jovencita, le planteé el siguiente acertijo: Si un gato tarda diez segundos en comerse a un ratón, ¿cuánto tardará en comerse a mil ratones? Y tenía tres posibles respuestas anotadas debajo. La niña releyó varias veces el acertijo, y al final tachó las tres opciones y escribió con su letra temblorosa: *Cero*.

Yo le pregunté: ¿Cero? ¿Quieres decir que no tardará nada de tiempo? A lo que ella respondió: Claro, mil ratones se comerían al pobre gato antes de que tuviera tiempo de sacar las uñas. Me reí mucho aquel día con el pensamiento paralelo de Song.

La Homogeneidad insistió en que la educación programada de la niña girara en torno a dos asignaturas clave: La estrategia militar de campo y las maniobras navales en espacio abierto. La «madre» auténtica de Song, es decir, la persona que había puesto su material genético para crearla, estaba desarrollando una amplia carrera como estratega de la Armada en estas dos áreas, así que las órdenes eran entrenar a Song como estratega.

Las materias que los chicos estudiaban en los libros tenían una aplicación práctica, y una traslación a sus juegos de grupo. En el caso de Song y las demandas

de la Homogeneidad, el juego se llamaba «pillar al rey», y a los chavales les encantaba.

—¡La última vez me tocó a mí ser el rey, no es justo! —gritó Layn.

—El puesto de rey es rotatorio, a todos os toca por turnos —explicó Azumi con calma, acariciándole la pelambreira desordenada. El niño no parecía muy convencido.

—¡Pero es que la pesada de Song siempre da las órdenes! Es una mandona...

La niña estaba sentada en su «trono», una torre hecha de bloques de colores, mirándolo como una diosa apoltronada en su montaña.

—Si soy mandona, es porque tú eres un desobediente —se defendió ella—. El otro día nos ganaron por tu culpa.

—¡No fue por mi culpa!

—Venga, venga, niños. —Azumi salió del campo de juego, despejando la pista—. Vamos a procurar que esto sea divertido. ¡Goro, Shura, os toca salir los primeros!

Esa era la regla básica, y una de las pocas de las que constaba el ejercicio. Los ganadores de la anterior sesión tenían la ventaja de empezar primero, y en un juego como «pillar al rey» eso suponía una gran baza.

La androide hizo sonar un cascabel, dando por empezada la partida. Eran dos equipos: Goro y Shura por un lado y Song y Layn enfrente. La sala parecía un tablero de ajedrez con los escaques salidos de sitio, a lo que se añadían obstáculos como paredes de bloques de colores, zonas prohibidas del terreno sobre las que no se podía pisar y cosas similares. Song era la reina de su bando y Shura la del contrario, quedando los niños relegados al papel de simples peones a su servicio.

En realidad, las reglas eran muy simples: cada reina tenía un soldado que luchaba por ella, y era su única defensa frente al enemigo. Cada reina indicaba a su soldado, por turnos, en qué dirección moverse, y este podía avanzar o retroceder todo lo que quisiera sobre esa línea recta, pero no girar ni torcer esquinas. Las reinas podían moverse también, con una libertad aún mayor pues sus pasos eran una mezcla entre los del caballo de ajedrez y el alfil. Sin embargo, no tenían ninguna defensa, y bastaba con un solo toque cuerpo a cuerpo por parte del soldado o de la reina enemigos para que «murieran». Para complicar las cosas, había un límite estricto de tiempo: cada rey o reina solo tenía un minuto para dar sus órdenes, o el bando contrario se sumaría un punto.

Azumi sabía cuál era el objetivo último de aquel juego. No se trataba solo de poner a un niño en un escalafón de mando superior a otro, para crear entre ellos esa sensación de respeto por la autoridad. Tampoco era el trabajo que se hacía con el pensamiento estratégico y con las habilidades de combate (cada «soldado» iba armado con una espada de juguete y una armadura que absorbía tres impactos, pero solo tres).

No, lo verdaderamente importante del juego era una circunstancia implícita, muy

bien escondida dentro del reglamento. Era el hecho de que, dadas las características del terreno y las posibilidades de movimiento de los jugadores, cuando jugaban muchas partidas acababan dándose cuenta de que la manera más rápida y directa de vencer era sacrificando en el momento adecuado al soldado, para que la reina pudiera aprovechar su muerte para pasar por la misma casilla, esquivar al soldado enemigo (que, según las reglas, no podía dar ningún sablazo durante el turno posterior al abatimiento de su enemigo), y matar a la reina enemiga aprovechando su vulnerabilidad.

Esa era la lección más importante: Que los niños aprendieran el valor del sacrificio. Que la reina, despojándose de la pena por su compañero y sus reparos morales, pudiera ordenar su muerte en un momento dado para así ganar la batalla. Era un concepto tan antiguo como la guerra: el de la baja razonable.

Pero Azumi, que conocía bien a los niños, sabía que en la práctica la cosa no era tan fácil. Cuando le tocaba a Goro o a Shura sí que aprendían bien esa lección: a ninguno de los dos le daba el menor reparo arriesgar su principal defensa para obtener un poco de ventaja. A Layn le daba un poco igual, era un negado en cuanto a este tipo de juegos, e incluso había conseguido una hazaña sin parangón en los anales del «pillar al rey»: perder matándose a sí mismo cuando las reglas no lo permitían.

Sin embargo, Song era otra historia. La niña temía dar órdenes que pudieran poner en peligro a su peón. Era la que más tardaba en ordenar; constantemente perdía tiempo analizando una y otra vez todas las opciones, y perdía porque pecaba de demasiado prudente. Eso era bueno para un estratega: el acostumbrarse a entender el tablero como un todo, que incluía también las opciones pasadas y futuras. Pero ese no era el objetivo. Song no estaba aprendiendo bien la lección principal.

No estaba siendo lo bastante cruel.

—¡Soldadito a blanca dos! —exclamó Goro, indicándole a su peón (Shura) por dónde debía moverse.

—¡No me llames soldadito, idiota!

La niña avanzó en línea recta entre dos «peñascos», encontró a Layn entrándole por su derecha y retrocedió para evitar su estocada. El niño resbaló y estuvo a punto de pisar una de las zonas oscuras, prohibidas por el reglamento, lo que le habría valido una herida de penalización. Habría sido como si Shura hubiese logrado encajarle un tajo entre los omóplatos.

—¡Rápido, retrocede! —le gritó Song, pero el pobre Layn era torpe y lento, y no reaccionó a la velocidad adecuada. Antes de que pudiera darse la vuelta, la espada de Shura ya le había marcado el brazo. Zas, solo le quedaban dos vidas.

Azumi, como un juez divino, observó en silencio el progreso de la partida. Las estadísticas le decían que, antes de sacrificar a su hombre, Song se movería ella misma, bajando del «trono seguro» para ayudarlo desde el flanco. Eso la ponía en peligro, ya que ella solo tenía un punto de vida, pero así funcionaba su pensamiento.

Azumi se sorprendió cuando su estrategia funcionó bien: Song combinó un

movimiento recto diagonal con un salto de caballo hacia atrás y a la derecha, y logró entrarle a Shura de manera que le quitó dos puntos de vida de un solo embate. Pero entonces apareció Goro, el rey enemigo, bajándose de su trono para rodear a Song y atacarla por detrás.

La androide entrecerró los ojos, fijándose bien en cada paso, cada movimiento y cada estocada. Era como una danza. Song sabía que estaba a punto de caer en una trampa. Oía a Goro acercándose desde atrás, y veía a Shura levantándose del suelo para aprovechar su último y definitivo punto de vida. Pero solo podía enfrentarse con uno de los dos.

Layn todavía estaba operativo. Song comprendió que solo había una salida para aquello: si ordenaba a su hermano avanzar hasta ponerse a su espalda, haciendo de «escudo trasero», Goro tendría que enfrentarse primero a él antes de atacarla. En ese momento estaba en medio de dos montañas, por lo que el movimiento del caballo no le serviría de nada a Goro. Tendría que entrar en línea recta y pasar por fuerza por encima de Layn para llegar hasta ella. Y mientras tanto, Song podría deshacerse de Shura de una estocada.

Pero eso implicaba algo que ella consideraba inaceptable: la muerte de Layn. Jamás sería tan rápido ni tan eficaz en el combate como Goro. Si lo usaba de escudo, lo mandaría al banquillo.

Song frunció tanto el ceño que sus cejas se unieron. Era su turno, el momento de dar la orden, la última de la partida. Se fijó en que Azumi la estaba observando desde la grada, con esa fijeza tan inhumana de las máquinas.

¿Qué estaría pensando? ¿Estaba juzgándola? ¿Acaso Azumi le estaba pidiendo *algo* con aquella silenciosa mirada, algo que ella era incapaz de dar?

Goro se posicionó detrás de Song, con una línea recta libre y expeditiva hacia ella. Shura se había puesto en pie. Layn la miraba con ojos desenchajados.

—¡Dime qué hago! —le suplicó.

Pero ella no podía. No era capaz de pedirle que se sacrificase.

—Quédate ahí —ordenó con tranquilidad, para sorpresa de todos. Azumi incluida.

Goro se acercó y le puso la espada de juguete a la altura de los ojos, como amenazándola pero sin llegar a tocarla. Azumi comprendió que el chiquillo también sabía cuál habría sido la solución lógica, y no se explicaba por qué Song no la había usado.

—¿Por qué no le has pedido que...? —dudó Goro.

Song estaba delante de su espada, mirándolo fijamente a los ojos. Inmóvil.

—Y a ti qué te importa —dijo—. Haz lo que tengas que hacer.

Song y Goro se sostuvieron la mirada un segundo. Ella esperando lo inevitable. Él con el poder de acabarlo todo en sus manos, con profundas dudas sobre lo que estaba pasando. La espada temblaba ligeramente frente a la nariz de Song.

De pronto Azumi entendió lo que pasaba, y al hacerlo sintió que sus circuitos

vibraban de la emoción.

Song estaba jugando con el orgullo de su hermano. Le estaba regalando la partida a Goro, sabiendo como sabía que el niño era demasiado noble en el fondo para aceptar una victoria ganada sin honor. Por eso Goro no daba la estocada final. Por eso esperaron allí los dos, uno delante del otro, hasta que...

Azumi hizo sonar su cascabel. ¡El minuto de decisión de Goro se había consumido! Eso le daba el punto, y con él la victoria, al equipo de Song.

Las caras de asombro tanto de Goro como de Shura no tenían precio. ¡Habían perdido gracias a una regla temporal secundaria y tonta!

La androide sonrió, satisfecha.

¡Pensamiento paralelo!

Volvió a casa varios días después, en silencio, arrastrando las pesadas placas de su armadura por el terreno fangoso. En un determinado momento estaba envuelto en el maelstrón de la lucha, en el ojo de un huracán de fuego y metralla, cercado por Exth y perdiendo hombres cada segundo, y en el siguiente reinaba la calma. Sin enemigos, solo con su arma soldada al brazo, el cañón destrozado y humeante, el blindaje de su pecho tatuado de pieles de insecto.

Se obligó a andar, paso tras paso, hasta que los metros fueron kilómetros y más aún. El hambre le carcomía las entrañas y le obligaba a tragar cosas que hubieran hecho vomitar a su caballo. Así fue como el Patriarca regresó a casa, para acabar encontrando un panorama desolador: habían incendiado la granja, las tierras de cultivo estaban arrasadas y los árboles incinerados. Las granjas vecinas ni siquiera se levantaban sobre sus cimientos. No quedaba nada.

¿Cómo era posible?

Lo extraño era el ominoso sentimiento de déjà vu que le provocaba el entorno. Un agujero ceniciento que deformaba el trazo del camino retuvo su atención unos instantes. Algo que le hizo recordar...

(Siete grados por encima del tiro perfecto y la tierra que revienta y lanza excrementos de animales al aire. Un transporte helicoidal cae del cielo convertido en un ascua de luz e incendia la muralla sur del Fuerte Exth. Los insectos chillan de terror y arrojan sobre el camino todo lo que tienen. El fuego graneado de la artillería cae como gotas de lluvia de plomo sobre sus cabezas).

Era un caballo. Los restos carbonizados de sus patas humeaban con los cascos derretidos por el calor. La valla que separaba el sembrado había desaparecido, y no se distinguía dónde acababan los surcos para las patatas y empezaba el sendero. Reconoció un viejo árbol, en cuyo tronco hueco solía jugar de niño. Un fragmento de él todavía permanecía anclado por sus nudosas raíces al pedregal. En el suelo, al lado de una gran roca manchada de tierra, reposaba una espada de madera. Fue a cogerla...

(...pero los arietes de reconocimiento Exth surgieron de debajo de la tierra y escupieron veneno al aire. Todo lo que no estaba protegido por una Coraza o un filtro M78 comenzó a morir. Un soldado con el casco perforado que estaba siendo atendido por un médico se llevó las manos a la cabeza e intentó tapar patéticamente los agujeros. El médico huyó despavorido de su lado, dejándolo morir del inevitable contagio, para poder salvar su vida y atender a otros. El soldado gritaba y se retorecía, luchando por demostrar que aún no estaba vencido, y su lengua se puso azul).

Recordaba la espada, aunque no el porqué. Era un arma inocua, absurdamente construida sin intención de causar daño. El filo no era cortante y la guarda, sujeta al eje principal por un simple clavo, era tan endeble que no podría para la menor estocada. ¿A qué desquiciado e irresponsable artesano se le ocurriría fabricar un arma que no funcionase? Unos metros más allá se dibujaba claramente en el suelo la planta de un edificio. Las bombas lo habían arrancado de sus cimientos, pero aún se adivinaban los restos de la extraña maquinaria que albergaba en su interior. Era... había sido un molino. Vio los restos del torno y la rueda que molían el grano, casi irreconocibles en medio de un bosque de vigas calcinadas. Restos de pequeños francotiradores, de cuerpos menudos y enclenques, yacían bajo los escombros. También sus armas eran de madera.

(La tropa se acercó al baluarte Exth y escaló por sus respaldos, penetrando a través de cada oquedad. El resplandor de los disparos iluminó los contornos de las saeteras. Dos Exth, armados con varas de muerte, atravesaron desafiantes el umbral y se les encararon sin miedo. Los hombres dudaron).

Recordaba... las figuras de los invasores, con espadas en la mano, huir corriendo del molino, caer en los campos, gritar sus nombres... Evocaba la figura de uno de ellos, alzando las manos, su cuerpecito volando en pedazos bajo fuego amigo. El otro invasor (¿por qué le resultaba tan familiar?), de pie junto a su cadáver, mirando fijamente a los soldados que no les reconocieron, dejando caer lágrimas de impotencia (¿había una espada?). Se acercó al cadáver que portaba la espada calcinada entre sus pequeños dedos.

(El Exth lo miró a los ojos, a él. Parecía estar retándolo con infinita socarronería. Se mantuvo unos segundos sin moverse, estudiándolo, balbuceando imprecaciones en su ininteligible jerga alienígena, y levantó la vara de muerte, serena, lánguidamente. Los sensores repiquetearon y se encendieron alertas por todo su traje. La vara apuntó hacia su corazón).

Tomó la frágil manita del niño entre sus poco funcionales zarpas de metal, y trató de separar los dedos de la madera. Fue imposible.

(Alzó el cañón y disparó, una y otra vez. Y algo murió en su interior).

Patriarca cayó sobre sus rodillas, llorando. Se deshizo del casco y respiró profundamente el aire lleno de asbestos, y el viento cálido y enfermo rozó su piel, castigándolo con su brutal estigma. Allí, tendido en la hierba, junto a su granja y sus

campos, al lado del cadáver del niño con la espada de madera, se dio por fin cuenta de en qué lo habían convertido.

Con un último esfuerzo, una delimitación consciente de su aspecto de Ser Humano, se quitó el protector del cuello, destapó la caja del codificador, y extrajo las pinzas para una trepanación final.

LOG 35231

Entrar en el área de Layn es como ir a un parque temático. Solo que este parque te exige un conocimiento avanzado de mecánica y electrónica para poder disfrutar de sus atracciones.

Layn era un chico tímido, incluso cuando estaba con sus hermanos, los únicos seres humanos que conocía. Pero en los grupos humanos, por pequeños y aislados que sean, se crean jerarquías. Es algo inevitable. Y en el caso de los hermanos, estaban los más mandones (Goro y Song), los que constituían la oposición por defecto a lo que decían los más populares (Shura), y los que trataban de no destacar, de mantenerse al margen perdidos en su propio universo interior.

Ese era Layn.

El niño, como se había demostrado en las partidas de «pillar al rey», estaba desarrollando un carácter tremendamente introspectivo, y prefería dejar que su hermana mayor mandara para que todo acabase lo antes posible y poder retirarse a su cubil. Layn se sentía a gusto con la soledad, aunque esa palabra no fuera demasiado... exacta.

Su área de juegos, como ya he dicho, se parecía a un parque temático de la electricidad. El niño, con solo siete años, ya manejaba con la elegancia y la finura de un espadachín los sopletes, los alicates, el soldador y las bobinas de cable superconductor.

Su genoma lo decía claramente: llevaba escrita la facilidad para construir cosas en la sangre, y así orientamos su educación. Mientras Goro disparaba a las marionetas digitales Exth, y Song y Shura hacían de las suyas en sus respectivas áreas, Layn se encontraba cómodo en su «agujero», medio enterrado entre piezas de recambio y el cableado sobrante. Aunque era una tecnología arcaica, empecé enseñándole electrónica porque para su edad era la disciplina más fácil de comprender. Es mil veces más sencillo explicarle a un niño lo que es un electrón y un campo magnético (y cómo riman entre sí gracias a fuerzas tan invisibles como las que interrelacionan el verso de un soneto con el siguiente), que tratar de explicarle la mecánica cuántica.

Mejor dejar todo lo que tenga que ver con la incertidumbre para la época más propicia para ello, la adolescencia.

¡Cómo llegué a temer, en secreto, la llegada de ese periodo! Sí, ya sé que la rebeldía es innata en el ser humano. Y también necesaria para que este se desarrolle y

construya su propia identidad. Por eso no la borramos de un plumazo en la mesa de diseño genética.

Nosotros, que habíamos convertido las palabras «obediencia» y «sumisión» en pilares del Basicglós, teníamos que permitir un cierto grado de rebelión en nuestros pupilos. Sin ella sus cerebros jamás se habrían desarrollado hasta el potencial máximo que necesitaban para la Frontera Rigell. Necesitábamos dejar que la adolescencia *pasase*, que ocurriese llegado su momento, pero eso no significaba que no me diera miedo. Al fin y al cabo, cuando eres capaz de leer el genoma, entendiendo cada clave y cada llamada a pie de página de los cromosomas... tiendes a pensar que la madurez sexual no es sino una suerte de cadena genética fantasmal y traviesa, que contiene los preceptos de mil subculturas humanas y los reproduce a intervalos regulares.

Vaya lío.

Aún recuerdo el día en que Azumi pilló a Layn construyendo su primer transmisor de hiperondas. Fue como ver a una cría de chimpancé terminando de ensamblar las piezas de un cochecito de juguete...

—¿Toc toc? —preguntó la androide, ya dentro del taller. Traía una bandeja de comida caliente—. Hora de almorzar, pequeño genio.

—No tengo ganas —dijo el niño, un bulto casi completamente enterrado en una maraña de cables. Planos translúcidos de color, barajados como un mazo de cartas de prestidigitador, surgían del monitor que tenía enfrente.

Azumi logró llegar de alguna manera hasta la isla de carne que suponía el niño en aquel mar de circuitos, y se acuclilló. El aroma de la comida caliente lo distrajo durante un segundo, haciendo que mirara la bandeja con aire codicioso, pero Layn se repuso y volvió a concentrarse en lo suyo. Estaba intentando rematar lo que parecía un fino encaje de chips en un circuito integrado.

—¿Qué tal llevas tu trabajo sobre transductores? —preguntó Azumi con aire distraído.

El niño se ajustó unas gafas de aumento, dos lentes montadas al extremo de una especie de catalejo que lo hacían parecer un insecto.

—Más o menos —suspiró—. No entiendo bien lo de los superconductores. Tengo problemas con las uniones de Josephson.

—Son complicadas —admitió la androide, sujetándole la placa para que le fuera más fácil.

—Gracias. No, no son complicadas —corrigió Layn—. Son para niños de seis años. Yo ya tengo siete.

—Y eres todo un hombrecito. Pero hasta los estudiantes aplicados tienen que comer, o la inspiración se evaporará en forma de sudor. —Miró el circuito. En un microsegundo, su vista lo analizó a fondo. La cara de Azumi era un nuevo injerto

cultivado en colágeno y polisacáridos de cartílagos de escualo. Se la cambiaban cada año para que fuera capaz de comunicar mejor, porque tras un año entero de exteriorizar sentimientos su cara se acababa agrietando—. ¿Qué nuevo juguete estás construyendo, campeón?

A Layn se le iluminaron los ojos. Pasaba cada vez que alguien se interesaba por su hobby favorito (cosa que no sucedía con ninguno de sus hermanos). Solo Song le preguntaba de vez en cuando por sus cachivaches, pero lo hacía con un cierto aire de desdén, propio de quien no entiende nada de los misterios que subyacen a la ópera del magnetismo.

—Un transductor/transmisor de hiperondas —dijo con orgullo—. ¡Encontré los planos en la base de datos!

—¡Genial, cariño! ¿Pero no es un poco avanzado para tu...? Eh... olvídalo. —Le revolvió el pelo con cariño—. Oye, estuviste muy bien el otro día en el «pillar al rey». Defendiste bien a tu reina.

—Yo no sirvo para defender a nadie.

—¿Por qué dices eso? Te infravaloras.

—Fue Song la que ganó con sus trucos retorcidos, no yo.

—Pero sin tu ayuda habría sido imposible —apostilló—. Mira, Layn, entiendo que tu personalidad es distinta a la de tus hermanos, y me gustas por eso. No quiero que cambies, sino que continúes siendo tú hasta...

El niño se percató de la sutil pausa.

—¿Hasta qué?

—Hasta que puedas. Y que sea dentro de muchos, muchísimos años.

Eso dejó un poco turbado al niño. Hasta el momento, los días y las noches se habían sucedido según una cadencia musical y eterna, sin visos de que nada fuera a cambiar. Por supuesto que conocían el concepto de la muerte (el Ordenador había tenido que incluirla en el Basicglós para poder explicar ciertas cosas que la mente humana *necesitaba* saber), pero esa última frase tuvo connotaciones que no había previsto.

Como si hubiesen dado por sentado que la vida iba a transcurrir para siempre igual, sin cambios, cuando en realidad no era así.

—¿Qué pasará dentro de muchísimos años...? —preguntó, tímido.

Azumi no varió un ápice la expresión de su rostro de colágeno.

—Nada, todo seguirá como ahora. Es una buena noticia, ¿no? Aquí sois felices.

—Claro.

—Pues ya está, es lo único que necesitas saber. ¿Me vas a enseñar tu obra maestra?

El niño encendió el conmutador de su aparato. Un oscilador envió ondas verdes por una pantalla como si fueran garabatos, firmas apresuradas de una pluma nerviosa.

Azumi no había recibido ninguna contraorden del Ordenador Central sobre la clase de aparatos con la que estaba jugando Layn. Sí, era un receptor, pero el

complejo estaba totalmente aislado del exterior, blindado contra las hiperondas y contra cualquier emanación de energía procedente de fuera. Por eso no importaba que los niños tuvieran aparatos de radio: no iban a captar ninguna señal que no se generase allí dentro.

Layn manipuló unos diodos, cambió la frecuencia y una suave música surgió de los altavoces. Los ojos del niño se abrieron con sorpresa.

—¡Escucha! —Su boca formó una gran «O»—. ¿Y esto?

Azumi le abrazó.

—¡Música! Pequeñín, has descubierto un tesoro.

Esa música había sido puesta allí por el propio Ordenador, un tesoro oculto bajo una dorada capa de arena digital. Y el niño lo había desenterrado.

—¡Se lo voy a enseñar a los otros! —exclamó Layn, eufórico.

—Vale, pero antes escucha una cosa: todos sois buenos, cada cual en lo suyo —dijo Azumi con ternura—. No trates de competir en campos en los que no estás hecho para triunfar. Tu don es este —señaló a las montañas de cachivaches—. Ninguno de tus hermanos puede hacer lo que tú, y eso es algo de lo que deberías sentirte orgulloso.

—Pero es que... ellos no lo ven.

Azumi entendió lo que estaba tratando de decir. Lo que pasaba es que era un razonamiento muy complicado para expresarlo con palabras.

Lo que le preocupaba a Layn, como a cualquier chaval de su edad, era encajar bien dentro de su grupo. Encontrar un lugar en el esquema de la familia que fuera único, del que pudiera sentirse orgulloso. El problema era que todos podían competir unos con otros en deportes, o en razonamiento abstracto, o en cocina. Pero nadie competía con él en electrónica, lo cual hacía que nadie más entendiera lo difícil que resultaba. Y si nadie lo entendía, entonces ninguno podía valorarlo en su justa medida.

Era como ser el único músico en un extenso linaje de ingenieros. Si nadie más había vivido de cerca la experiencia de la música, no podrían comprender lo difícil que era dedicarse a ella de manera profesional, y por lo tanto despreciarían al músico. Le dirían que estaba desperdiciando su vida dedicándola a algo que no era más que un hobby, en lugar de un «trabajo serio».

—Acabarás siendo el más útil de todos —le prometió Azumi—. Y así tus hermanos sabrán lo que vales. Te lo prometo. Su desprecio hacia tu trabajo procede de la ignorancia, no de la maldad. En cuanto aprendan lo maravilloso que es tu arte, y lo potencialmente útil que puede llegar a ser en el futuro, lo valorarán como se merece.

—¿De verdad?

—Eso es un transmisor que funciona, ¿verdad? ¡Venga, vamos a enseñárselo! ¿No te apetece?

A Layn se le encendieron las mejillas de la emoción.

—¡Sí, vamos a...!

La parada en seco a mitad de la frase dejó desconcertada a Azumi.

—¿... Enseñárselo? —completó ella.

El niño asintió con la cabeza, pero no pronunció la palabra en voz alta.

Los dos corrieron emocionados hacia el área común, con la pequeña radio en las manos. Sin embargo, hubo una cosa que siguió perturbando a Layn durante los días posteriores.

Era un simple detalle, algo que su mente percibió a nivel subconsciente en cuanto encendió el transmisor, pero que no lograba identificar. Durante las siguientes horas, mientras todos escuchaban la música y jugaban juntos, mientras se duchaban y comían, y se ponían el pijama para irse a la cama... Layn no dejó de darle vueltas a ese misterio.

Había algo extraño en el sonido que surgía de aquel aparato, por sus altavoces, pero... ¿qué? ¿Qué había percibido cuando lo encendió por primera vez, delante de Azumi, que no se había vuelto a repetir después?

Ese misterio lo tuvo absorto durante los días subsiguientes, hasta que una tarde, mientras se preparaba para otra cansina sesión del dichoso juego del rey (Goro había prometido tomarse la revancha contra Song, amenaza que ella acogió con una risita de desdén), al niño se le encendió una bombillita en el cerebro.

Se quedó paralizado, a medio ponerse un calcetín, con los ojos fijos en el infinito. Y así estuvo durante casi diez minutos, mientras su cabeza le daba vueltas al descubrimiento.

Ya sabía qué era lo raro.

No fue el ruido en sí mismo, sino una pauta de chasquidos que había de fondo, casi inaudibles.

Para cualquier oído no entrenado, eso habría sido simplemente escarcha radiofónica. Pero durante los siguientes días Layn estuvo haciendo pruebas, ignorando lo que aparecía en primer plano (la música alegre) y concentrándose en lo que estaba al fondo, muy escondido. En la interferencia.

Layn se dio cuenta de que cada vez que Azumi estaba cerca de su aparato casero de hiperondas, el ruido de fondo en la interferencia cambiaba. A veces subía de volumen, otras bajaba, otras se volvía más denso... y siempre coincidía con el momento exacto en el que Azumi hablaba sobre algo, o...

O...

O tomaba una decisión.

El asombro de Layn no tenía límites. ¡Podía detectar gracias a aquella interferencia los momentos exactos en los que la androide *pensaba*!

Hizo experimentos durante varios días para comprobar su teoría: ponía el transmisor a grabar la estática mientras le hacía alguna pregunta difícil a Azumi, preguntas que conllevaban una respuesta compleja, como ¿de dónde provenimos nosotros?, ¿cómo nacimos? o ¿vamos a morir algún día?

Entonces el cerebro de Azumi trabajaba intensamente, y el ruido de fondo aumentaba.

Y había algo más. Estaba claro que lo que captaba era una transmisión, una especie de canal secreto por el que el cerebro de Azumi recibía señales. Pero lo más asombroso de todo era que esas señales iban en dos direcciones, como si ella preguntase algo a un interlocutor invisible... y alguien o algo oculto en el infinito le contestara en tiempo real.

El niño no se lo contó a nadie, pero por dentro estaba eufórico.

Ahora sí que aquello de la electrónica empezaba a ponerse interesante.

El depósito de combustible que guardaba la Unidad Cian bombeaba su densa savia a través de millares de tubos. A su lado, Patriarca y Reina Cruzada aguardaban tumbados en el barro a que la señal de baliza estallara sobre sus cabezas. El silencio y la inmovilidad de las últimas siete horas empezaban a hacer mella en sus articulaciones. Las glándulas de nanosinérgicos trabajaban a destajo para que la parte orgánica del músculo no se rindiera a la fatiga térmica.

Una luz hiriente eclosionó en el aire, pintando el campo de un intenso bermellón. Todos los indicadores de presión entraron en fase de alerta preventiva. Los músculos de metal se tensaron, y los cartuchos rellenaron las recámaras. El enemigo se aproximaba. Patriarca retiró los seguros de sus armas. Estaba sentado en una torreta de cobertura variable, un engendro lleno de tubos y cables coronado por cuatro cañones ametralladores gemelos. Su nuca vibró, traduciendo órdenes a un código subliminal no coherente.

Pronto, el enemigo abandonó su cobertura y entró en la explanada. El fuego graneado barrió las primeras filas en grupos de quinientos. Una cortina de espeso humo se elevó al cabo de pocos segundos impidiendo distinguir nada a más de seis metros de la zanja. Reina Cruzada recibió una orden codificada de atacar y, de un salto, abandonó el refugio y se sumó a la primera avanzadilla. Patriarca ni siquiera lo miraba cuando un proyectil hizo saltar por los aires a su grupo. Hubo un instante en que no pudo ver absolutamente nada. Patriarca contuvo la respiración, esperando órdenes; sus cañones estaban listos para pulverizar cualquier cosa que se acercase a la trinchera, pero el humo era tan espeso...

Entonces vio algo. Se trataba de una silueta diminuta, que caminaba hacia él con desconcertante tranquilidad, entre las explosiones y la metralla. Patriarca maniobró la base móvil de la torreta y apuntó con todas las armas al intruso.

Era un niño, que hacía cabriolas con un arma de juguete.

El soldado no se lo pensó dos veces y abrió fuego. Sus tambores de repetición vomitaron cientos de casquillos en segundos. El niño y todo lo que había a su alrededor se evaporó en una nube de impactos de gran calibre. Patriarca sonrió, parando los tambores. La máquina respondía bien. Anotó mentalmente que el

informe preliminar sobre los actuadores de rotación de la torre debía resaltar unos ruidos que hacía al girar. Probablemente, pensó, sería cosa de los cojinetes, que...

Se detuvo. Todavía quedaba algo en pie tras la zanja, a escasos metros de él.

Volvió a apuntar, pasando a infrarrojo. Algunos de sus hombres se cruzaron imprudentemente por delante de su mira, atravesando al intruso como si no existiera. Incoherencia; eso no era posible. Estaba allí, de pie frente a la niebla, blandiendo su arma con ademanes ingenuos y despreocupados. Diagnóstico: era un niño con una espada de madera, que jugaba y chillaba y esquivaba librando una batalla invisible e introspectiva, sonriendo con inocencia cada vez que vencía a un enemigo.

Patriarca abrió fuego y vació los dos cargadores. Luego pasó a munición fragmentaria y calibres de punta de fósforo. El campo se llenó de vectores de impacto post-retinianos y abanicos de metralla ardiente. Unos soldados resultaron alcanzados, y corrieron para ponerse a salvo. Mensajes cruzados llenaron el aire entre los combatientes y la torre de codificación. Había gritos, sobrecarga de señal. No todos los mensajes llegaban tan claros como para poder descifrarlos. Alguien disparó contra él en respuesta.

Patriarca no sabía lo que ocurría: sus hombres atravesaban la línea de fuego ocupada por Exth. Nadie parecía fijarse en el chico, que seguía allí, en medio del infierno, incólume a pesar de los disparos.

Mata. Mata Exth. Máталos a todos.

El soldado se reclinó sobre su asiento. Rozó un conmutador y la torreta cambió su configuración a abanico de plasma. Las negruzcas bocachas de sus cañones vomitaron un caudal de soflamas y albuminoides. Oyó gritos, Corazas ardiendo y vehículos que huían sin rumbo en la tormenta de polvo. La tierra se cubrió de una alfombra ígnea de aterradora belleza, tan espesa que fluctuaba con cascadas de fósforo en combustión por efecto de las ondas expansivas de las bombas.

Y de pie, en medio de aquel mar de fuego, jugaba el niño con su espada.

Por primera vez se fijó en él, en el anónimo soldado que le disparaba sin piedad. Sonriendo, levantó su arma de madera y se la tendió, como rindiéndole pleitesía.

Patriarca torció el gesto, conmocionado. No podía explicar aquello. Todo el potencial destructivo desplegado, toda la muerte y la hecatombe, y no podía acabar con aquella aberración. Su cabeza se inundó de líquido e ideas e iconografía. Agarrándose fuertemente el casco con las manos, aulló de dolor y confusión. El campo de batalla desapareció y, en un primer instante, se hundió en un desquiciado mundo de insectos hiperbólicos y cacareantes. Su codificador rechinó como si estuviera estropeado, incapaz de controlar el peligroso flujo de reactivos. Los tanques rojos y negros se vaciaron, inundando su inconsciente con páginas de datos inconexos y en rápida consolidación. Se desmayó. Volvió a la vida. Los circuitos rechinaron, y una fantasmal silueta dibujó un parpadeo en el extremo de su visión llena de nubes.

«Hugo», pensó alguien al fondo de su conciencia, en voz muy alta y lejana, pero

Patriarca no supo entender el mensaje. Iba a abrir fuego otra vez cuando los obuses de respuesta de sus propias tropas cayeron sobre él y sobre la bomba de combustible que abastecía a toda la trinchera.

LOG 35237

Confieso que la última parte del diálogo de aquel día entre Azumi y Layn me dejó intrigado.

No es que hubiese pasado nada en especial, solo que el chico se quedó como atragantado a mitad de una frase. Quizás le vino otra idea a la mente, una prioridad mayor, y eso aplastó el razonamiento anterior antes de que finalizase (como suele suceder con las mentes infantiles). Pero aquí hubo algo... no sé si por la cara que puso el niño cuando estuvo a punto de expulsar aquella simple palabra, «enseñárselo», y no pudo hacerlo... algo que me hizo sospechar.

Estoy programada para ser una máquina hasta cierto punto paranoica, lo cual me ha ayudado mucho en el pasado. Durante varios días manipulé a Azumi para intentar que Layn usara ese verbo, «enseñar», en cualquiera de sus formas.

Y no lo conseguí.

Cada vez que trataba de obligar a Layn a que dijera «¡enséñaselo a Song, venga!», o «quiero que Goro me enseñe a hacer tal cosa», era como si una barrera se cerrase en el cerebro del niño, y le pusiera una mordaza en la boca. Era increíble.

Lo primero que pensé fue: ¿se trata de un defecto del Basicglós? ¿Acaso esa palabra ha reaccionado de mala manera con algún circuito biológico dentro de la cabeza del chico, y su propio cerebro la ha censurado? ¿O es simplemente el primer síntoma de rebeldía pre-adolescente, una rebelión lingüística, que el chaval estaba llevando a cabo por puro instinto?

El problema se agravó cuando la manía de suprimir palabras se extendió también a sus hermanos. A los pocos días de este suceso trascendental, de este «atragantamiento» de la palabra, Goro, Shura y Song también dejaron de utilizarla.

Empecé a preocuparme. De verdad. La censura autoimpuesta no funcionaba a nivel consciente, pues cuando Azumi les preguntaba que por qué no pronunciaban tal o cual palabra (porque el virus se extendió más allá del verbo «enseñar», para infectar a otras claves idiomáticas como «ayuda», «atar» o «incapaz»), los chicos no sabían qué responder. Ni siquiera admitían que lo estaban haciendo, sino que era por pura casualidad. Y sin embargo, seguían empecinados en recortar su ya de por sí escueto idioma.

Hacía poco que había detectado unas palabras inventadas por ellos. Expresiones que los niños habían inventado e incorporado a su vocabulario. Pero no tenían nada que ver con esto. Eran más bien exclamaciones, muy escasas e inocentes, producto de sus juegos infantiles y sus rencillas, aunque...

No, de ningún modo podrían estar sustituyendo al Basicglós. Eran expresiones sencillas que indicaban placer, o frustración, pero nunca un significado complejo.

Cuando Goro rompía algo sin querer y se lo llevaba a Layn para que se lo arreglara, solo conocía la palabra «roto» para resumírselo. Pero todos dejaron de usarla, y el Basicglós carece por completo de sinónimos. Intrigado, observé la situación a través de mis cámaras para ver cómo se las arreglaba. Lo que Goro hizo fue recurrir a gestos primero, y a sonidos después. Parecía literalmente un hombre de las cavernas, rodeado por un mundo sin palabras, intentando hacerse entender con ademanes y gruñidos. «Romper» se convirtió en «plaf», y «esto está roto, ¿me lo arreglas?» es «esto plaf plaf» —ademán enérgico—; «¿me lo chuck chuck?» —ademán en el que se cruzaban los dedos de las manos.

Se estaba creando un problema, y uno de los gordos. Tenía que proceder de alguna manera para atajarlo, pero esta vez, antes de hacer nada, quise practicar un experimento.

Debía averiguar a toda costa cuál era la naturaleza del error en el lenguaje para evitar que siguiera expandiéndose. Si era un error en el área del cerebro de los chiquillos que procesaba el habla, o pura rebeldía. Y para ello, nada mejor que poner en aprietos a alguno de ellos, meterlo en una encerrona de la cual solo pudiera escapar pronunciando una de esas palabras prohibidas, pero llevándolo hasta un punto en el que el niño realmente sintiera que las consecuencias podían ser muy malas. Pero al mismo tiempo, que pudiese escapar por sí mismo de la trampa en caso de emergencia.

Para ese tipo de cosas, el mejor sujeto experimental era Shura.

Shura no tenía un área de trabajo exclusiva, porque su área era el gimnasio.

Azumi pasaba allí dentro muchas horas al día, entrenando primero con los otros tres niños y luego con Shura. El nivel de exigencia que le imponía a esta era mucho mayor. En pocos años habían pasado del mantenimiento básico y los estiramientos musculares a las férreas tablas de la gimnasia rítmica. Y a la niña le encantaba. Pero no solo de proezas físicas vive un atleta, también debe practicar el equilibrio, el ritmo y la armonía. Azumi complementó sus horas de barras paralelas con danza clásica y ballet.

Era una auténtica gozada ver cómo evolucionaba la chiquilla sobre aquel tatami acolchado.

Shura se pavoneaba de sus habilidades físicas ante sus hermanos. Era tan inevitable como gracioso. Los veías a los tres sentados a la mesa a la hora del almuerzo, ¿y a quién había que regañar para que se sentara bien y no intentase comer la sopa colgando boca abajo del techo? A Shura, claro. Estaban leyendo en su hora de interiorización, en la biblioteca (la favorita de Song, aunque aburría mortalmente a los demás), ¿y quién se empecinaba en sostener el libro con los pies mientras hacía la

pose de la grulla invertida?

Era un caso.

Aquella tarde tocaba natación. Azumi había estado practicando con ella algunas técnicas como el crol o la brazada de costado. El suelo del gimnasio podía descorrerse para revelar una piscina rectangular de cincuenta por veintiún metros, con profundidad suficiente como para ahogar a cualquier humano... y no digamos a cualquier niño.

Aquel día Shura acudió junto a Azumi a su entrenamiento habitual. Poco podía saber ella que la confortable piscina encerraba una trampa potencialmente mortal.

—¿Ese es tu bañador nuevo? —le preguntó la androide mientras preparaba sus toallas.

La niña se miró a sí misma, estirando la escueta prenda desde las axilas, y asintió.

—¡Acaba de producirlo la máquina de trajes! —exclamó—. Me hace sentir... como si resbalara por el aire.

—Eso es bueno; significa que por el agua vas a ir mucho mejor.

Shura se colocó al borde de la piscina, rozó el agua con el pie para comprobar la temperatura y se puso a hacer sus estiramientos. Azumi incluyó en ese instante uno de los precedentes para su futuro comportamiento, un giro raro del cuello con un chasquido inusual, destinado a explicar un fallo en su organismo. Como si fuera un juguete que de repente funcionara mal. Pero si Shura lo notó, no dijo nada. Siguió con sus estiramientos como si nada hubiera pasado.

La niña se zambulló sin apenas crear espuma. Había conseguido un grado de depuración excepcional en sus movimientos, situándose en ese punto donde el deporte no llegaba a ser arte ni el arte a ser deporte, pero estaban muy próximos.

Empezó dando brazadas, los codos relajados y las palmas dispuestas a entrar en el agua. Hacía una respiración completa por cada ciclo de cuatro brazos y piernas.

Azumi se colocó al borde de la piscina y le lanzó los enganches para los tobillos. Eran dos ingenios que impedían el uso de las piernas, y servían para acostumar al nadador a cargar con todo su peso solo con los brazos y el movimiento de la pelvis.

—Hoy lo vamos a hacer de forma diferente —anunció la androide—. Vamos a empezar por la mariposa ciega, y seguiremos con las tablas normales.

—¿Y eso? —se extrañó la niña.

—Hazme caso, por favor. Quiero probar la resistencia de tus músculos a un cambio en la planificación.

—Chuchis. —Era su primera palabra inventada, una manera de decir «de acuerdo, colega», pero más graciosa.

Shura se trabó los enganches a los tobillos. Funcionaban prácticamente como esposas, de modo que la niña no podía mover las piernas.

Entonces sucedió.

Los enganches pesaban más de lo normal ese día. Y ese peso iba en aumento a cada segundo, como si el material se volviera más denso.

Con una mirada de terror, la niña sintió cómo aquellas cosas frías y esféricas tiraban de su cuerpo hacia abajo. Hacia el fondo.

—¡Azu... —tragó agua—... mi, socor...! —Empezó a chapotear violentamente con las manos, al tiempo que se convulsionaba como un pez para imprimirle a todo su cuerpo un movimiento serpentino, como una onda de impulso hacia la superficie—. ¡Me ahog...!

La androide empezó el gesto de inclinarse para prestarle ayuda, pero entonces se repitió el mismo chasquido de antes, y un humo sospechoso brotó de las juntas de su cuello. Eso jamás le había pasado antes.

Los ojos de la niña contemplaron, aterrorizados, cómo su amiga y entrenadora deportiva se quedaba paralizada con la cabeza colgándole a un lado, como un juguete roto. Y su voz suave, bien modulada, adoptó un tono completamente impersonal y metálico. Dijo sin mover los labios:

—Atención, fallo grave en los circuitos de neuroprocesamiento. Error 621-C. Programa de empatía humana suprimido. Se requiere introducir órdenes verbales directas para que esta unidad actúe.

Lo decía en voz alta como quien recita la lista de averías de un electrodoméstico. Su rostro seguía teniendo la rutinaria belleza de los tanques de colágeno, pero ya no tenían vida. No había chispa vital en el androide, solo una carcasa humeante que esperaba órdenes.

Los chapoteos de la niña se hicieron cada vez más frenéticos.

—¡Socorr...! —gritaba entre jadeos—. ¡Tu mano, tu man...! —suplicaba, pero Azumi seguía sin reaccionar. En lugar de ello dijo:

—Error grave en la secuencia de comandos. Por favor, introduzca una orden verbal directa.

La androide (y el Ordenador Central, que estaba detrás del plan) quería que la niña usase la única palabra que podría activarla: Ayuda. Pero «ayuda» estaba entre los vocablos que los niños habían suprimido del Basicglós.

Ahora comprobarían hasta qué punto el negarse a decirla era un mero capricho o un problema real de sus cerebros.

Los chapoteos de la niña se hacían más agónicos. Había tragado mucha agua. Entre tosidos y estertores, y los ingenios que tenía asidos a los pies y que tiraban brutalmente de ella hacia abajo, se encontraba al borde del colapso.

—¡Soc...! —intentaba gritar. Pero ambas, tanto Azumi con ella, sabían que la única palabra que podía activarla era «ayuda».

Pero la palabra clave seguía sin llegar. Era como un rezo silencioso, como una plegaria que estaba a un paso de salir de su garganta sin llegar a conseguirlo. La llave para salvar una vida que se negaba a encajar en la cerradura.

El Ordenador contó mentalmente hasta una cifra a partir de la cual supuso que la

vida de la chiquilla estaba en serio peligro, y entonces «arregló» a Azumi.

Sin que Shura se lo pidiera, la androide se lanzó al agua y la rescató. La colocó en posición vertical en el borde de la piscina, la ayudó a vomitar toda el agua que había tragado, y la abrazó con calidez cuando Shura se echó a llorar.

—Ssshhh... ya pasó —murmuró la androide mientras le daba golpecitos en la espalda—. Ya pasó, cariño mío, ya está, no hay peligro...

Pero la mirada de Shura indicaba otra cosa muy distinta.

Mientras buscaba consuelo en los brazos de su amiga e institutriz, la que jamás se había estropeado ni les había puesto en peligro... sus ojos la miraron de reojo, pegados a su cráneo. Era la mirada de quien se siente incapaz de hallar una respuesta para un dilema.

La mirada de un niño que ha sido traicionado por primera vez por su madre.

Otra vez estaba allí aquel mendigo, acomodando sus cansadas posaderas en la piedra del camino que se levantaba justo frente a la puerta de la granja de Lisa. La viuda del soldado se asomó a la ventana agarrando la escoba de mimbre con titubeo. No le gustaba verlo rondando los alrededores de su propiedad como un fantasma, día tras día. Pero como nunca se había atrevido a poner un pie más allá de la cerca, tampoco podía denunciarlo.

Los vecinos que lo conocían decían que no era peligroso: a veces pedía algo de comida a cambio de sus servicios, pero casi siempre se quedaba en ayunas, puesto que no sabía hacer nada. Tan solo esperar, sentado en aquella roca, cosiendo las partes raídas de su sotana y escuchando vigilante a las hormigas hacer su trabajo sobre el humus del suelo. Y acariciándose la pierna amputada (algunos decían que en la guerra), cuyo hueso se prolongaba mediante un injerto de titanio.

Hugo lo saludaba todos los días al regresar de la escuela, correteando a través de todos y cada uno de los charcos que la lluvia dejaba en el camino. El viejo sonreía y le hacía un ademán al pasar, como luchando contra él con un imaginario bastón. Hugo siempre ganaba la fugaz confrontación, con un golpe certero al corazón que el anciano acogía con una mueca y una enorme satisfacción. Eso era lo único que parecía despertar en él cierta alegría: lo que esperaba pacientemente durante toda la jornada.

Lisa sacudió la cabeza y entró en la casa, meditando si regañar a su hijo o dejar que continuara saludando al viejo. Total, pensó, ¿qué mal podría hacer un mendigo al que le encantaba pasar el día contemplando las flores, aguantando el sol y la sed, tan solo para morir al atardecer bajo la certera estocada de la espada de un niño?

III

Pubertad

(El léxico secreto de los silencios)

El monte Olympus era una de esas formaciones geológicas que podían matar de la impresión a cualquier ser humano, si este lograba hacerse una idea clara de su tamaño. Pero eso, como descubrieron los pilotos de Mirmidón destinados a aquella misión suicida, era tremendamente difícil, ya que para empezar era muy complicado percibirlo como una montaña.

Si uno caminaba por sus inmensas laderas, como comprobaba en aquel momento la piloto Denali Lakshmi, jamás podría ver la montaña. Era demasiado colosal para percibirla desde su propia ladera. Con seiscientos kilómetros de base y una altura de veinticinco (el volcán más alto del Sistema Solar), aquel coloso aparecía ante sus ojos como un horizonte llano, solo que ligeramente inclinado con respecto al horizonte.

Y allá arriba, en la lejana cima que sobresalía por encima de la atmósfera de Marte, estaba su objetivo: la antigua base terrícola, tomada ahora por los Exth. Había que reconquistarla a toda costa, esas eran las órdenes. Porque sin ella la supremacía sobre Marte estaba seriamente comprometida. Como sucedía con la antigua mitología que dio origen a su nombre, quien reinara sobre el monte Olimpo gobernaría también el resto del planeta.

El problema, a ojos de Denali, era que esas órdenes sonaban sospechosamente parecidas a una maniobra a la desesperada de los angustiados generales.

Por eso la habían llamado a ella, una de las grandes heroínas de la guerra. Si alguien podía reconquistar la base Olympus, era Denali, avanzando valientemente ladera arriba al frente de su lanza de combate de Mirmidones, los Panteras Grises de Dorth. Veteranos de cien batallas, sus enormes guerreros metálicos habían arrasado con miles de Exth en el pasado, y lo volverían a hacer. Toda la Humanidad confiaba en su pericia.

El problema era que dada la orografía del terreno y lo bien protegida que estaba la base, un ataque desde órbita era imposible: las baterías antiaéreas Exth destruirían cualquier bombardero que cruzara la línea del horizonte, y si intentaban una descarga láser desde órbita también sería inútil, pues los humanos que la construyeron se aseguraron de dotar a la Olympus con magníficos escudos de cúpula.

Lo que jamás imaginaron era que toda esa tecnología un día se volvería contra ellos.

La única solución era un asalto terrestre. Era el plan más estúpido y suicida que pudiera concebirse, pero solo una carga a lo desesperado ladera arriba podría hacer que, tal vez (y el problema radicaba en ese «tal vez»), algunos Mirmidones pudieran llegar arriba, al cráter, pasando por debajo de los escudos de energía. Y destruir los generadores de potencia con su armamento pesado. Esa era la estúpida misión que

había aceptado Denali Lakshmi.

Su última misión. A partir de aquel día, sus tropas llamarían al monte Olympus la Nueva Colina de la Escarcha.

Si quedaba alguno para contarlo, claro.

LOG 88531

Al fin llegó el momento. El día en que, tras muchos años de no saber nada de ellos salvo por referencias lejanas y segundas personas, los adultos involucrados en el experimento hicieron la llamada.

Querían hablar.

¿Puede sentir emoción, incluso paroxismo, un ordenador? Yo sí, desde luego, pues estaba programada para ello. Me avisaron con un par de horas de antelación de que dos de los héroes de la guerra (de esta guerra que estábamos perdiendo a duras penas) iban a contactar a través del canal codificado del ejército. Revisé todos mis LOGs indexados, unos cuatrocientos mil, en busca de cualquier detalle que pudiera serme útil en la conversación. En realidad solo me iban a preguntar por el estado del experimento y de los niños, por lo que más que un interrogatorio sería una charla amable. O eso pensaba yo.

Cuando el enlace se estableció, yo no cabía en mis circuitos de la impaciencia. Para hablar con ellos dibujé mi imagen holográfica favorita, la de un hombre tranquilo y mayor, de unos sesenta años y con una sonrisa cómplice que dotaba de un aire de sabiduría a todo lo que saliera por su boca. Situé esa marioneta digital en un entorno que invitaba a la relajación, un estudio hecho en madera, y enlacé con el sistema de comunicaciones del ejército.

Las personas que tenía delante no podían diferir más en su aspecto: Una era una mujer, casi hermosa gracias a sus ojos castaños, con un cabello gris ratón que raleaba mientras más se alejaba de su frente, y unos modales sustentados en una fría y aséptica urbanidad. La otra era un hombre incapaz de contener una inagotable energía interior, por lo que siempre estaba en movimiento, aun cuando estaba inmóvil. Ecos de un pasado rizado ondulaban el poco cabello que le quedaba, concentrado en unas patillas que se cortaban bruscamente al sobrepasar las orejas. Estratos de humo de cigarrillo se elevaban hacia el techo de la habitación donde estaban, errando hasta chocar con las corrientes de aire de dos ventiladores.

La mujer rompió el hielo:

—Hola, Salmacis, ¿nos recibes?

—Con claridad —sonreí a través de mi agente virtual—. Es un honor verlos de nuevo, mi señora Fath D’kell, mi señor Hugo C’mill.

—También nos alegramos de hablar contigo. Ha pasado mucho desde la última vez.

—¡Cinco años, nada menos! ¿A qué debo el placer, mis señores? ¿Ha sucedido algo?

Los dos rozaron sus miradas en uno de esos cruces de mensajes tan típicos de los humanos. Reconozco que me inquieté.

—Algo... buena palabra para definirlo —dijo el hombre. Su imagen brincó con melladuras de interferencia azul—. Sí, han sucedido muchos «algos» últimamente. Tantos que nos estamos planteando un giro radical en la estrategia de defensa de la Tierra.

La mujer se revolvió en la silla, un tanto incómoda por las palabras de su compañero, como si estuviese revelando información confidencial por un canal no seguro. Pero se calló y le dejó hacer.

—Hemos tenido un problema con una de nuestras compañeras. Denali.

Una oleada de alta energía enervó mis circuitos, trepando por mis matrices de datos. El equivalente a lo que los humanos llamaban «erizársete los pelos de la nuca».

Denali. La «madre» genética de Song.

—¿Le ha pasado algo malo? —pregunté, tímidamente.

—La hirieron hace nueve días en el frente marciano, durante el asalto a una fortaleza Exth. Está en coma y no sabemos cuánto aguantará. Lo hemos sentido profundamente.

—¿Perdón, sin... qué? Me temo que no proceso ese verbo.

—Oh, es... un neologismo militar que se está poniendo de moda en los cuarteles de Calisto. Sinsentir algo es regodearse en su absurdidad, en lo disparatado de su incoherencia.

—Oh. Gracias. —*Bip*—. Añadido al diccionario.

—Sinsientelo, joder, no lo añadas.

La noticia sobre la señora Denali me desconcertó. Yo sabía, por los informes sobre la guerra que me habían llegado durante los últimos ocho años, que la peor pesadilla de los generales humanos se había hecho realidad: Júpiter había caído. El cinturón de asteroides también. Y eso solo significaba que los dos últimos baluartes que le quedaban a la Humanidad, Marte y la Tierra, eran más vulnerables que nunca.

La contienda había dado un duro revés mientras yo me afanaba en conseguir que todo marchase sobre ruedas en mi microverso. Los combates, tanto en órbita como a ras de suelo, eran cada día más encarnizados. De vez en cuando me llegaban imágenes sueltas de enormes estallidos de rayos gamma en el vacío, trazos de cinética, nidos de calor, explosiones de rabia orgánica y tecnológica, muerte y resurrección de la materia y de la esperanza en un cordón de fuego relativista.

Una batalla en el espacio.

Pero a ras de suelo las cosas estaban mucho peor: Los Exth habían diseñado máquinas andantes de gran tamaño para moverse por mundos cuya gravedad podría destrozarlos (aunque la de Marte era muy suave en comparación a la terrestre, se decía que ellos provenían de un mundo con una gravedad increíblemente débil, por lo

que necesitaban armaduras automatizadas para poder combatir en otros territorios). Los humanos, reaccionando a esta forma de hacer la guerra, también construyeron gigantes. Los llamaban Mirmidones, seres enormes que parecían guerreros de la Antigüedad de quince metros de altura, gobernados por escuadras de técnicos, con lo último en tecnología armamentística integrado en sus corpachones de metal. Eran guerreros cuyas sandalias apisonaban la tierra, y que caminaban por los campos de batalla igual que hicieran sus homónimos terrícolas centurias atrás, solo que sustituyendo el arco y la flecha por cañones de partículas, y los escudos de pavés por barreras antimisiles.

La escasa información que habían consentido darme sobre Denali Lakshmi, la progenitora de Song, era que pilotaba uno de aquellos Mirmidones. Era uno de los peores destinos que podía tocarle a un soldado en esta guerra, porque las interferencias creadas por los Exth imposibilitaban el controlarlos a distancia mediante ondas de radio. Para pilotar un Mirmidón había que sentarse dentro de su pecho, en una cabina blindada. Y arriesgarse a que toda la furia del arsenal enemigo impactara contra tu pecho.

Quizá por eso los llamábamos héroes.

—¿Denali está en coma? —me alarmé—. ¿Cómo sucedió?

—Ocurrió en un asalto a la desesperada por reconquistar la base Olympus —explicó Hugo, el cigarrillo suplicando piedad entre sus labios—. Los Exth se habían hecho con ella tras una semana de duros combates, y hablamos en tiempo marciano, no terrestre... Denali encabezó un ataque con una lanza de infantería ladera arriba del volcán. ¡Fue increíble! Consiguió llegar a la parte de la montaña que sobresale por encima de la atmósfera, pero las baterías Exth la derribaron. Su Mirmidón quedó hecho trizas.

—Por los dioses... —se asombró mi avatar.

—Los dioses volvieron la vista hacia otro lado aquel día, te lo aseguro —gruñó Hugo, estrellando la colilla contra el cenicero—. Creo que vamos a necesitar a los niños dentro de poco. ¿Cómo están, han crecido mucho?

Mi avatar sacudió una mano enérgicamente.

—¡Ni se lo imaginan! De hecho ya no son niños, en absoluto. El mayor, Goro, acaba de cumplir quince años. Son casi adultos, en todos los sentidos.

—¿Y el desarrollo de sus cerebros...? —se interesó la mujer.

—Satisfactorio —dije con orgullo—. Están dentro de los parámetros de la Frontera Rigell, así que podremos llevar a cabo el procedimiento cuando lo soliciten. En mi opinión, los niños están sobradamente preparados.

—... Y ya que eres quien mejor los conoce, por ese lado nos quedamos tranquilos. Nosotros aún no necesitamos el procedimiento, así que reservaremos a nuestros niños para más adelante. Pero el caso de Denali es urgente. Hay que empezar a preparar a su chica. ¿Cómo se llamaba?

—Song. Eh... —Un dedo dubitativo.

—¿Ocurre algo, Salmacis?

Mi avatar compuso una expresión de tristeza.

—Me temo que sí, mis señores. Como saben, durante estos quince años hemos mantenido a los niños completamente aislados del mundo exterior. Ellos no saben nada de la guerra, ni siquiera de qué aspecto tiene la Tierra más allá de las paredes del complejo. Y por descontado, jamás han tenido contacto con adultos de su misma especie.

—Ya lo sabemos. Abrevia —masculló Hugo.

—Pues... la cosa es que existe un problema de índole metafísico que podría alterar la estructura de sus mentes, si no se resuelve correctamente. Hablo del primer contacto con los adultos, que para ellos tendría el peso específico de un auténtico contacto con alienígenas. El escenario se ha estudiado infinidad de veces a nivel teórico, y los psicólogos coinciden en que el día que los niños vean por primera vez a sus adultos, deben hacerlo todos a la vez. Sería un impacto terrible para ellos que uno de los hermanos recibiese la visita de su... «madre» y los otros no. Es un acontecimiento que llevan esperando desde que tienen uso de razón.

Los dos héroes se miraron de nuevo, otra vez con el juego de mensajes cifrados. ¡Cuánto daría porque algún día alguien me implementara el programa de reconocimiento de subtextos en las facciones de los adultos!

—Es decir, que nos recomiendas que la primera visita al nido la hagamos todos juntos —comprendió Hugo.

Yo asentí con humildad.

—Sí, creo que por el bien de los chicos sería lo mejor. Imagino que todos ustedes tendrán compromisos insoslayables, de enorme importancia, que no podrán ignorar. Pero si pudieran hacer el esfuerzo de planificar esa primera visita de forma conjunta, ¡al menos la primera!, mis niños no sufrirían la increíble decepción de ver cómo una madre visita a una de sus hermanas y no a los otros. Un golpe así sería terrible para su psique, y podría arruinar la delicada armonía mental de la Frontera Rigell.

Los héroes discutieron entre ellos durante unos segundos, lejos del micrófono. Pude haberles leído los labios para saber qué se estaban diciendo (ese programa sí lo tenía implementado), pero decidí ser cortés.

Al final, lady Fath exteriorizó una de sus dudas más importantes:

—Acláranos una cosa, por favor: Hace tiempo nos llegó un rumor sobre problemas con el aprendizaje de los niños. Algo sobre el Basicglós.

—Eh... sí, eso es algo que... aún no hemos resuelto. —Modulé el tono de la piel del avatar para que asemejara rubor. Me pareció lo más conveniente—. Cuando tenían siete años los chicos empezaron a dejar de usar unas palabras concretas de su idioma. Simplemente no podían pronunciarlas. Y no eran palabras difíciles, sino cosas mundanas como «ayuda» o «frambuesa». Llegué a poner en serios apuros a una de las chicas para obligarle a usar una palabra, pero ni con esas.

Hugo se inclinó con interés sobre la cámara que los estaba grabando.

—¿Nunca descubriste el motivo?

—No. Dormimos a Shura y a los otros y los sacamos del complejo sin que se dieran cuenta para que los examinaran los neurocirujanos, pero ni siquiera ellos fueron capaces de emitir un diagnóstico. Está claro que no es una especie de complot montado por los chavales, para fastidiar. Algo en sus cerebros bloquea estas palabras con candados psíquicos, y aún a día de hoy seguimos sin saber por qué.

—Fascinante. ¿Y a cuántas palabras asciende ese... diccionario prohibido?

—Por el momento a cincuenta y dos, que hemos tenido que sustituir por sinónimos para que la vida siguiera un poco igual dentro del complejo —expliqué—, porque si no existían las palabras los chicos encontraban muchas dificultades en su vida diaria. Es difícil pedir comida si en tu mundo no existe un sonido para expresar el hambre.

Hugo y lady Fath intercambiaron más cuchicheos. Esta vez largos.

Casi cinco minutos después, lady Fath dijo mirando a cámara:

—Está bien, Salmacis, si crees que la reunión es absolutamente necesaria, lo haremos como pides. Ahora mismo nos hallamos en un transporte de camino a la Tierra. Llegaremos en torno al mes que viene. Prepáralo todo. Será una auténtica reunión familiar —sonrió.

La imagen se esfumó.

Y yo me quedé solo, solo en mis inmensas dudas, solo en mi inabarcable soledad. En el laberinto lógico de mi cerebro, que intentaba en vano extrapolar las miles de consecuencias que iba a tener la próxima visita de los adultos al tranquilo y planificado mundo de los niños, esto sería un auténtico cataclismo que cambiaría sus vidas para siempre, así como su percepción del mundo.

Pero era necesario. Entrar en contacto directo con sus progenitores constituía el último paso, la última barrera que había que traspasar para estar listos para el futuro.

Mi avatar se suicidó en una nube de píxeles. Durante unos aterrados instantes, deseé hacer lo mismo.

LOG 88532

¡Los adultos venían! Esto sí que iba a constituir un antes y un después en la vida de mis niños. ¿Pero cómo explicárselo? ¿Cómo prepararles para el inminente terremoto si durante todo este tiempo había estado enseñándoles a fiarse del suelo que pisaban, sin hacer preguntas ni cuestionar cosas? ¿A creer que el mundo era un lugar perfecto y pulcramente organizado, sin terremotos?

Iba a ser difícil.

Yo creía que ese iba a ser el principal problema con el que me iba a tener que enfrentar durante las siguientes semanas, pero estaba equivocado. Una antigua directriz filosófica humana dice que el destino castiga a los complacientes, a los que

se relajan pensando que todo está controlado y que ya nada puede ir a peor. Cuando sucedió el incidente entre Goro y Song en los vestuarios del gimnasio, empecé a creer seriamente en esa filosofía derrotista. Porque si había una variable peligrosa que podía desestabilizar aquellos quince años de fino trabajo mental, era la que apareció por pura casualidad aquel día.

En aquel momento aprendí algo, un principio básico de la existencia: *Siempre* te puede suceder algo peor, sobre todo cuando estás tratando con adolescentes.

Ocurrió el día de la clase de danza.

A Shura y a Song les encantaba esa asignatura, pero tanto Goro como Layn la odiaban. Sí, vale, todos entendían que la danza afinaba los músculos del cuerpo, ayudaba a desarrollar el equilibrio y la armonía y bla bla bla. Pero Goro estaba demasiado ocupado pensando en la clase de tiro con arma láser que vendría después, y Layn hacía rato que había enredado su mente en la madeja de circuitos y cables que le esperaban en el taller.

—Estad atentos ahora al cambio de ritmo —les decía Azumi, con infinita paciencia. En las paredes, rasguños de neón rojo se repartían hasta el infinito en cadenas de espejos—. ¡Concentraos! Goro, cuida más ese tercer arabesque, por favor.

El muchacho intentó acoplar sus estiramientos de piernas al ritmo suave de la música, pero era como tratar de conseguir que un elefante se moviera con elegancia sobre una nube.

—Me siento ridículo —se quejó, al tiempo que estiraba los pliegues que la malla le formaba en la ingle.

Las chicas se rieron por lo bajo.

—Venga, recordad que esto es divertido. —Azumi dio tres palmadas—. No perdáis de vista el tempo. Y uno, y dos, y tres...

La música brotó de los altavoces mientras ellos, delante de un enorme espejo, intentaban enlazar notas con movimientos elegantes, pasos de balanceo, giros sutiles y perfiles estilizados. Lo mejor era que no toda la música procedía de circuitos invisibles: una parte era interpretada en directo por la propia androide, la cual, sentada en un cojín gigante, tocaba un extraño instrumento al que ella llamaba «espindiarte».

Azumi creía que llevar la melodía con el espindiarte ayudaba a los chicos a anclarse al mundo real. A no dejar volar su percepción, sino a mantenerla a ras de tierra. Eso era imprescindible en el caso de los varones, que se despistaban con inusitada facilidad. El espindiarte movía sus válvulas produciendo una escala precisa aunque irracional, impregnada de tonadas secretas. No era un instrumento de cuerda, pero tampoco de viento ni de percusión, sino una alocada mezcla de todo ello.

A los chicos les encantaba.

Cuando la larga frase tonal llegó a su fin, los cuatro se derrumbaron en el suelo.

—Esto... esto debe ser malo para la salud... —jadeó Layn, que no podía ni con su alma. A pesar de practicar danza cuatro veces por semana, al término de cada sesión notaban cómo sus músculos se convertían en cuerdas de metal.

—No es malo. Es bueno —corrigió Azumi. Sabía que Layn quería expresar algo que iba más allá de la maldad, algo terrible, pero no le habían enseñado ninguna palabra que conllevara más perversidad.

—Venga, flojos, que sois unos flojos —rió Song, pegándoles en la cabeza con una toalla. Goro intentó agarrarla con las manos pero falló, oportunidad que la chica aprovechó para escabullirse por la puerta del vestuario—. Creo que necesito una ducha.

—Todos la necesitamos —boqueó Layn, abriendo y cerrando la boca como un pez moribundo. Shura le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tranquilo, respira —le dijo con dulzura—. A mí me pasó lo mismo la primera vez que ejecuté un arabesque.

Su hermano la miró de reojo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue eso?

Ella sonrió, divertida.

—Hace ocho años.

Goro había logrado escabullirse también por un lado de Azumi, que siempre les obligaba a quedarse después de la clase para ordenar un poco, y entró sigilosamente en el vestuario.

Cuando estuvo a salvo de la mirada de la androide (y de su no menos temido dedo-asignador-de-tareas-coñazo), se quitó la malla y la arrojó con desprecio al cubo de la ropa sucia. Del cubículo de su derecha llegaba un sonido de agua corriente: Song dándose una ducha.

—Algún día tenemos que descubrir dónde lo tiene Azumi.

—¿El qué? —La voz de Song le llegó empapada de burbujas.

—El botón de apagado. Todas las máquinas tienen uno. Seguro que ella también. —Goro se analizó el mentón en el espejo. Aún estaban ahí esos extraños puntitos negros, que no se le iban ni aunque se restregase con jabón. Habían comenzado a aparecer hacía una semana. Azumi decía que era normal, una cosa que les pasaba a todos los chicos, y le había prometido explicárselo cuando a Layn también comenzara a ocurrirle.

Pero Goro estaba molesto: aquella sombra negruzca le afeaba el rostro y (peor aún) lo volvía áspero al tacto, muy lejos de la reconfortante suavidad que había tenido su piel hasta entonces.

—¿Quieres desconectar a Azumi? ¿Por qué? —preguntó Song, su silueta encorvada cepillándose el pelo bajo el chorro de agua.

—Porque sería útil, sobre todo para evitar estas clases. No para siempre, por supuesto. Luego la volveríamos a encender a la hora de la comida.

—Eres tonto. —La puerta de la ducha se descorrió, dejando escapar una nube

sólida de aire caliente—. Todo lo que hace es por nuestro bien, hasta las clases que no te gustan. Anda, pásame la toalla.

Goro cogió una toalla nueva del dispensador y se volvió hacia la chica para alcanzársela.

—Ya, pero es que eso de que tengamos que soportar las mismas... eh... las... mismas...

Ese fue el momento, el momento *exacto*.

El Ordenador, que monitoreaba a distancia las constantes vitales y el estado general de sus cuerpos, detectó una anomalía grave en el pulso y la sudoración de Goro. Activó una cámara dentro del vestuario para ver qué pasaba, por qué el muchacho había dejado de hablar de repente y su pecho había estallado en taquicardia.

Lo que vio fue a los dos adolescentes, desnudos, uno delante del otro. Paralizados y mirándose fijamente.

Goro se había quitado como de costumbre sus mallas y las había tirado dentro del cubo. Song, con la piel constelada de gotitas brillantes, estaba completamente expuesta ante él. El humo hacía de pantalla que los abrazaba en lugar de protegerlos de la vista del otro, como dándoles la bienvenida a una espiral de sensaciones que ninguno entendía.

La vista de Goro se paseó lentamente por el cuerpo moreno de su hermana. No era la primera vez que la veía desnuda, por supuesto, lo había hecho miles de veces, pero no sabía por qué, en esta ocasión había algo... algo distinto. Song era un poco más alta que él; sus ojos, con un brillo particularmente luminoso, lo miraban desde debajo de unas cejas tan finas que parecían trazos de acuarela. Los pómulos, plenos, descendían hasta una barbilla pequeña y decidida, de esas de determinación fuerte pero también de cariño hacia los que la rodeaban. Pero lo que llamó más poderosamente su atención fueron los pechos, hasta hacía dos días meros apuntes condenados a desarrollarse. Pero ahora... ahora...

Goro y ella habían compartido ducha muchas veces, y siempre la había visto como a una niña, una compañera de juegos y travesuras. Pero ahora... cuando salió de las aguas cual ninfa marina, la visión de su cuerpo desnudo fue como una psicosis comprimida, una catarsis de estados cuánticos, un pubis que goteaba agua y espuma, un Big Bang hecho mujer que reorganizó a voluntad todas las conexiones de sus neuronas, poniendo su subconsciente a pegar gritos de auxilio.

Ella también tenía la vista clavada en el cuerpo de Goro, y fue como si lo viera por primera vez. Tras tantas horas de gimnasio y danza, el cuerpo del chico había alcanzado un grado de perfección atlética casi canónico, digno del hombre de Vitruvio. El patrón muscular de su espalda alcanzaba proporciones perfectas con respecto a la longitud de brazos y piernas; su mentón, sombreado por ese misterio que Azumi aún no había querido explicarle, alojaba una boca mercurial y una nariz severa. Su cabello, rojo como el fuego cuando era niño, se había oscurecido aunque

sin abandonar del todo ese color. Era como si de tanto arder se hubiese impregnado de ceniza.

Sus genitales también habían cambiado, y lo que hasta ayer parecía un adminículo gracioso y juguetón (del que Shura y ella acostumbraban a burlarse, dándole tirones y pellizcos dolorosos) se había hinchado hasta alcanzar proporciones vergonzosas.

La cara de asombro de Song reflejó el impacto que le produjo, un malestar que no tenía explicación posible.

Song, instintivamente, hizo algo que jamás había hecho antes: llevarse las manos al pubis y a los pechos para taparlos, mientras decía en un hilo de voz:

—No me mires así.

El joven no salía de su asombro. Se había convertido en una estatua de sal, igual que ella.

—Yo... yo no... quería... —balbuceó.

El momento incómodo duró unos larguísima segundos, y fue como si Adán y Eva, que no sabían que lo eran, se encontrasen por primera vez después de una larga búsqueda hormonal.

Entonces Song se fijó en lo que estaba pasando en la entrepierna de Goro. Se llevó las manos a la boca y lanzó un chillido de espanto.

El chico, asustado, también se miró y lanzó otro chillido, si cabe aún más agudo y horrorizado que el de su hermana. Se tapó los genitales con las manos, como si a su cuerpo le estuviera sucediendo una mutación horripilante, y retrocedió de un salto, con tan mala fortuna que chocó con el cubo de la ropa sucia, lo tiró y rompió el espejo del lavabo.

Alarmados por los gritos, Azumi, Layn y Shura, que estaban recogiendo ellos solos la sala mientras pensaban en cómo echarles la culpa a los escaqueados, salieron corriendo hacia la puerta del vestuario.

Azumi fue prácticamente atropellada por Song, quien, oculta malamente bajo una toalla y con la cara envuelta en dedos, salía corriendo como si la persiguiera un incendio. Dentro del vestuario encontraron a Goro, tumbado sobre el cubo de la ropa y con sangre en el antebrazo, rodeado por un montón de cristales rotos. El pobre muchacho, aterrado, hacía lo posible por ocultar lo que crecía entre sus muslos.

—¡Yo no tengo la culpa! —lloró—. ¡Socorro, me está pasando algo!

Azumi usó una palabra que jamás se había escuchado antes en aquel complejo:

—Mierda.

Unos nudillos percutieron suavemente en la puerta de Song.

—¡Vete! —gritó ella desde dentro.

Los nudillos se lo pensaron unos segundos, y regresaron con delicadeza.

—Song, soy yo —dijo Azumi—. Abre, por favor. Tenemos que hablar.

—No quiero hablar con nadie.

Pero la puerta se abrió.

La habitación de la joven estaba sobreordenada, es decir, con cada cosa en su lugar milimétrico, pulcramente colocada y limpia. Es más, había un aire de... niñez en el cuarto (conseguido mediante un estratégico uso del color graduable de las paredes y de la situación del mobiliario) que Azumi no había visto desde hacía muchos meses.

Era como si Song hubiese dejado su habitación en orden, tal y como la tenía cuando cumplió los once años, para que su mente, y las cosas que sentía por dentro, también alcanzasen ese nivel de normalidad. Pero a tenor de dónde estaba ella (hecha un ovillo en la cama, abrazando a su osito de peluche y vestida con un pijama que le quedaba varias tallas pequeño) la cosa no había funcionado.

—Cariño, yo... —comenzó la androide, sentándose a su lado.

—Vete.

—Lo haré si quieres, pero...

—Sí, lo quiero.

—¡Por favor, deja de comportarte como una cría! —estalló Azumi, con una temperatura quizá un par de grados más caldeada que la que hubiese deseado.

Song la miró con sorpresa. Era muy raro ver a Azumi enfadada, y si alguna vez alcanzaba ese estado era porque se trataba de algo importante.

—Perdóname —le pidió Azumi, acariciándole la cabellera negra. La piel morena de la muchacha, bajo aquella luz artificial, adquiriría un tono maorí realmente exótico—. No quería gritarte. Pero es que tengo que decirte una cosa, y es importante que lo oigas ahora. No mañana, ni pasado, ni dentro de diez minutos, sino ahora.

La cabeza de la chica se escudó detrás del oso, como si intentase evitar a toda costa que Azumi la mirara. El cansancio bajaba sobre ella como una bolsa de arena mojada por detrás de sus ojos. Pero aún así preguntó:

—¿Es lo que creo que es?

Azumi asintió.

—Sí. Ha llegado el momento de tener *esa* conversación.

—¡Pues no quiero escucharla! No sé lo que le ha pasado a Goro, pero no quiero volver a verlo en... en... en mi vida. Es asqueroso.

Azumi se abrazó las piernas, sentándose en el suelo. Su cuerpo sintético pesaba tanto que habría roto la cama si hubiese estado apoyada un segundo más.

—Tu hermano no es asqueroso. Simplemente, su cuerpo ha traspasado una barrera evolutiva. Se ha hecho mayor sin darse cuenta. Lo que viste... lo que pasó en los vestuarios... no esperábamos que ocurriera hasta dentro de un año o dos. Nos ha pillado a todos por sorpresa.

—¿Nos?

—Ya sabes, al Ordenador y a mí. Salmacis está tan asombrado como tú, puedes creerlo.

Si Azumi pretendía calmar a la chica le salió el tiro por la culata, porque

enseguida leyó en la cara de Song, que ardía de rubor, lo terrible que era escuchar que había un observador adicional para su vergüenza.

—Lo siento, no debí comenzar así. Perdóname, Song.

—Déjame en paz —sollozó la chica, abrazándose al oso. Para su sorpresa, Azumi se lo quitó de un tirón.

Song se puso en pie de guerra.

—¿¡Qué haces!?! —gritó—. ¡Devuélmelo!

Azumi se separó de ella, escondiendo el oso tras su cuerpo metálico.

—¡Despierta, Song! ¡Ya no eres una cría! —Igualó su volumen—. Quiero que te mires al espejo.

—¡Pero no q...!

Azumi la agarró por los hombros y la obligó a enfrentarse a su imagen en el espejo. Song estaba indignada por cómo la estaba tratando. Y aún más por no poder librarse de ella: los músculos carbonados del androide eran imposiblemente fuertes cuando se lo proponían.

—¡Mira a esa mujer! ¿Sabes quién es? ¡Eres tú, Song! No se trata de un truco holográfico, no es un disfraz ni un engaño. Es lo que eres, lo que *todos* sois ahora. —Suavizó la mirada. Las garras en que se habían convertido sus dedos se relajaron, pasando de tenaza a caricia—. Durante toda vuestra vida, el Ordenador y yo hemos intentado criaros de modo que fuerais lo más felices posible. Había otras alternativas, por supuesto, pero siempre nos planteamos vuestra vida aquí como un pequeño paraíso. Y eso ha tenido sus ventajas, porque os habéis desarrollado maravillosamente bien, y estáis a punto de alcanzar el parangón.

—¿El parangón? ¿Qué es eso?

—La máxima expresión de un ser humano, lo más avanzado a lo que puede aspirar mental y físicamente cuando se controla su crecimiento de manera holística. Sois ejemplares perfectos de ser humano, así os hemos esculpido. Sin embargo... —dudó—. También sabíamos que este momento iba a llegar. Vuestro despertar sexual era inevitable, y al no tener a otros humanos cerca para contrastar pautas de comportamiento... era lógico que os cogiera por sorpresa.

—No te entiendo.

—Mira allí —señaló al espejo. E hizo algo que Song jamás habría esperado de ella: de un ademán enérgico le arrancó el pijama, dejándola completamente en cueros.

La reacción de Song fue chillar y taparse sus partes púdicas con las manos.

—¿¡Pero qué haces!?!

—¿Ves?, a esto me refería. ¿Cuál ha sido tu reacción al encontrarte expuesta de repente?

Song estaba tan abochornada que despedía una aureola capaz de iluminar el techo. Pero una parte de su mente analítica sí que escuchó la pregunta de la androide, la analizó y obtuvo una respuesta:

—Me... me he tapado...

—Instintivamente. Eso tiene muchas lecturas, más de las que crees. Significa que tu cuerpo se ha desarrollado, que no es el de una niña. Que tú misma lo percibes como algo propio, un tesoro privado que hay que proteger. Eso es bueno, porque significa que también te has hecho mayor, igual que Goro. Lo que pasa es que vuestros cerebros aún no se han dado cuenta.

—¡Pero él...!

—Lo está pasando peor que tú, créeme —sonrió Azumi, y le devolvió el pijama—. Acaba de sentir por primera vez en su vida una sensación que... que es incapaz de controlar. A vosotras no se os nota tanto, pero a los chicos... digamos que es una batalla que están condenados a perder. Créeme, Goro no pretendía que su cuerpo reaccionara tan «voluminosamente» cuando te miró. ¡Ni siquiera se lo esperaba! El pobrecito lleva un rato encerrado muriéndose de la vergüenza en su habitación. Pensaba ir a verle después de terminar contigo. A ver si consigo sacarlo de debajo de la cama.

Song se vistió con lentitud. Cuando estuvo de nuevo a salvo bajo la tela de algodón, se permitió mirar a la extraña del espejo y desgranar sus detalles.

Azumi tenía razón. Aquella era otra Song, no la chica que conservaba sus peluches en un asombroso estado de pulcritud. La chica que la miraba desde el cristal tenía un cuello estirado que sostenía una cabeza almendrada, unos hombros que se abrían rectos como perchas para sostener las mangas del pijama. Y estaban aquellas caderas, y aquellos pechos que se marcaban a fuego contra la tela ahora que tenía frío. Evidencias de esa persona mayor en la que nunca pensó que llegaría a convertirse.

—¿Soy yo? —preguntó con timidez.

Azumi la abrazó.

—Sí, esa eres tú. Ni más ni menos. ¿A que eres una auténtica belleza? —Alzó su brazo y le hizo dar una vuelta, como una bailarina—. La adolescencia es algo chocante. Tu cuerpo crece y le cambia el centro de gravedad. Te tambaleas hacia los lados y estás más lejos del suelo. Además, está el problema del vello. Empieza a crecerte pelo en sitios que hasta ahora habían sido limpios y tersos como el pétalo de una flor. Es feo.

—Y que lo digas... —dijo Song de mal humor.

—Pero no es malo. Solo implica que dejas de ser una muñeca para convertirte en algo más perfecto.

—Pero, ¿qué pasará ahora? No podré volver a mirar a la cara a Goro... jamás. Ni tampoco a Layn. Los chicos han... han cambiado.

—Tenemos un plan de contingencia para eso, no te preocupes. Esta etapa de vuestro desarrollo va a ser la más complicada, pero sabemos mucho sobre ella. Los seres humanos han estudiado su propia pubertad desde hace milenios, y tenemos gran parte de ese conocimiento almacenado. No te preocupes por nada, cariño: saldrá bien.

Lo que no te decimos es que tal vez no os gustarán algunas de las decisiones que

tendremos que tomar. Decisiones drásticas, pensó el cerebro electrónico de Azumi.

Pero no se lo dijo. Por fuera, su cara era todo sonrisas y ojitos tiernos.

LOG 88536

La sexualidad.

Menudo contratiempo.

Desde mucho antes de que los niños nacieran tuve clara una idea, y era que gran parte del control sobre su desarrollo y sobre su comportamiento iba a estar fundamentado en una única herramienta: el lenguaje. Por eso creé el Basicglós, para controlar las ideas que pasaban por sus cabezas mediante un sutil juego de censuras y prohibiciones. Al ser humano le costó milenios inventar palabras como «democracia», o «sabotaje», ligando esos sonidos con ideas tremendamente complejas. Si mis niños no las aprendían, ni se les daba una definición arbitraria de las mismas, tales conceptos jamás pasarían por sus cabezas.

Ese es el verdadero poder del lenguaje.

Sin embargo, los cuerpos se comunican a muy distintos niveles. No solo usan palabras. También están los gestos, los silencios (el léxico secreto de los silencios es algo que siempre me ha fascinado), las feromonas (el sudor humano adquiere cierto olor a partir de la pubertad que es un mensaje en sí mismo), los memes, las conductas de grupo...

Y la sexualidad.

He descubierto que la sexualidad lleva impreso su propio lenguaje. Es como un tesoro que aguarda en el fondo de la caja de Pandora de la niñez, y que cuando se destapa es imposible de ignorar. Ya nada volverá a ser lo mismo, por mucho que nos empeñemos en meter al demonio otra vez en la caja. Costará mucho sinergizar algo así en personas que ahora mismo solo piensan en despertar el poder linfático de sus cuerpos.

Observé a los chicos con gran interés en los días subsiguientes al «incidente ducha», para ver cómo les afectaría aquello. Y vaya si les afectó. Al principio no se hizo evidente: todos siguieron con sus pautas de conducta habituales, comportándose igual que siempre, como si nada hubiese cambiado. Como si su universo infantil siguiera siendo un todo coherente y sin fisuras. Pero estaba claro que no era así.

Se notaba en los detalles. Por ejemplo, las chicas tendían a estar más juntas y a pasar a solas la mayor parte del tiempo, separadas de los varones. Estos también hicieron peña, aunque a menor escala, ya que los temas que interesaban a Goro le traían sin cuidado a Layn, y viceversa. Supongo que es una verdad incuestionable eso de que las chicas maduran antes. «Y ahora, antes de cenar, os informo que estáis invitadas a un baile de gala llamado pubertad. Id guapas, chicas, que el arroz se pasa pronto, y no volváis a casa antes de la medianoche, a ver si los zapatitos son todos de

crystal». Maldito humor negro, ¿quién me lo habrá programado?

Ellas se encerraban a hablar en la habitación de Song, o en la de Shura, y se pasaban horas allí dentro, perdidas en conversaciones sin sentido. Los chicos las echaban de menos y se ponían a jugar a molestarlas, pero ellas los ignoraban y seguían con sus cuchicheos. Al principio no entendí lo que estaba pasando, no sabía qué utilidad podía tener tanto secretismo y tanto molestarse unos a otros. Aquel comportamiento estaba acabando con la armonía del grupo, creando dos bandos (hombres y mujeres) donde solo debió haber uno (hermanos).

Y un buen día me di cuenta.

Se estaba creando un nuevo lenguaje.

Este ya no constaba de palabras, como el Basicglós, sino de conductas. Mientras yo juzgaba la actitud reservada de las chicas como una ruptura, una barrera que estaban edificando para que los machos no entrasen en su mundo, en realidad era todo lo contrario: las chicas, por instinto, estaban retando a los varones a que lucharan por ellas, convirtiéndose incidentalmente en un premio a conseguir, en un tesoro a conquistar. Y eso se conseguía limitando el contacto, minimizando el roce y las caricias fraternales, volviendo muy caro algo que antes, en la despreocupación y el jolgorio de los juegos infantiles, se entregaba gratis.

Y los chicos estaban cayendo en la trampa.

¿Qué palabras hemos aprendido hoy, querido diccionario? «Rebeldía, seducción, flirteo, personalidad». Ninguna de ellas tenía asociado un sonido para ser dicho en voz alta, pero sí una conducta, una mirada, un gesto apenas sugerido.

Me resultó fascinante la velocidad con que las niñas aprendieron a dominar este nuevo lenguaje. Y cómo fueron capaces de transmitírselo a los varones para que ellos, por puro instinto, les respondieran. Si esto había sucedido en pocos días, si los niños se habían revelado contra cualquier patrón planificado en tan poco tiempo... ¿qué podría pasar en unos meses? ¿O en un año?

Si una máquina puede sentir terror, verdadero terror, yo lo sentí en toda su magnitud. Había que encontrar algún remedio para aquella enfermedad llamada pubertad, y rápido, antes de que todo se saliera de madre.

Entonces me vino a la mente un viejo refrán humano: «Un picor quita otro picor». Seguro que la persona que lo inventó no pensaba en esta aplicación, pero a mí me resultaba muy útil: Si los cerebros de los niños estaban desarrollando tan rápidamente el esquema de códigos de la pubertad, era porque le estaban dedicando mucho tiempo de procesamiento. Y esto era así porque tenían tiempo libre para pensar en estas cosas.

Lo que había que hacer era darles una distracción, un asunto en el que pensar que fuese más asombroso y superlativo aún que el descubrimiento de la sexualidad.

¿Pero qué podía haber más fuerte que eso?

Los adultos.

Los progenitores genéticos que iban a llegar a la Tierra en una semana escasa y

que pensaban hacer una visita al complejo.

Lo que en un principio interpreté como un gran problema, como una bomba que iba a sacudir (y tal vez a quebrar) los cimientos de la vida organizada de los niños, ahora se presentaba como mi mejor tabla de salvamento. Mi as en la manga.

Solo había una cosa en el mundo que pudiera distraer a estos cuatro quinceañeros de la exploración de las nuevas fronteras de sus cuerpos, y era conocer a sus padres.

Azumi los reunió aquella tarde en el anillo más grande del complejo, lo que llamaban cariñosamente «el bosque», porque constaba de pasillos hechos de árboles alineados que se entrelazaban en un curioso laberinto. Los árboles eran artificiales, pero ellos no lo sabían, simplemente sabían que eran altos y espigados como columnatas y que la fronda estaba hecha de hojas ambarinas. A los niños les gustaba correr y perderse por sus callejuelas, mientras el gran foco que simulaba el sol brillaba con una luz serena que volvía engañosas las perspectivas.

Estaban sentados en una plazoleta donde convergían varios de aquellos pasillos. En su centro había una fuente dotada con un enrejado invisible de campos de fuerza que manipulaba el agua, lanzándola al aire y esculpiéndola después en la caída, para imprimirle formas hermosas.

Todos estaban callados, mirando a la androide. En el aire flotaba la sensación de que se les iba a revelar algo trascendental... como la primera vez que los padres les cuentan a sus hijos cómo se unen las personas para tener nuevos niños.

Había tensión.

Azumi los miró a todos, uno por uno. Song se había sentado, conscientemente o no, lo más lejos posible de Goro. De hecho, en la línea que formaban los cuatro estaban Song y Goro en los extremos, sin apenas mirarse a la cara ni dirigirse palabra, y por la parte de dentro Layn y Shura, agrupados hermano con hermano y hermana con hermana. Ya no se mezclaban aleatoriamente como antes. Y habían conseguido hacer un arte del hecho de ignorarse mutuamente.

—Supongo que os habréis dado cuenta de que hoy es un día especial —comenzó Azumi, con la espalda apoyada en el colchón de campos de fuerza que tejía los chorros de agua—. Por eso os he reunido aquí.

—Lo imaginaba, porque a estas horas deberíamos estar a mitad de la clase de danza —rezongó Shura. Pensaba que de robar tiempo al esquema de actividades del día, podían habérselo quitado a cualquier otra hora y no a esa, la que más le gustaba.

—¿De qué nos vas a hablar? ¿Vas a enseñarnos una palabra nueva para esto? —dijo Goro, raspándose la barba con la mano. Llevaba días encontrándose a disgusto con su aspecto, por todo el vello extra que le estaba creciendo. Y aún desconocía el concepto de «afeitado», por lo que, en lo que a él concernía, la punzante pelusilla de la cara podía quedarse allí para siempre.

—Eso se llama «barba», y puedes estar tranquilo, se quita. Ya os contaré a Layn y

a ti en privado cómo se hace. Pero no, no es de eso de lo que quería hablaros. Algo... —enlazó sus dedos en una pausa dramática—... algo cambiará mañana.

—¿Cambiar? —preguntó Layn, poniéndose un poco nervioso. No le gustaban nada los cambios, salvo los que tenían lugar en la mesa de su taller de electrónica. Cambios controlados—. ¿A qué te refieres? ¿Nos implantan un nuevo horario de actividades?

Azumi negó lentamente con la cabeza.

—No.

Hubo un silencio mientras se lanzaban a elucubraciones internas sobre a qué podía estar refiriéndose la androide. Cuando miró de reojo a la Puerta Roja, la que delimitaba la frontera con el siguiente anillo de Salmacis, el corazón se les aceleró. Como había sucedido en tres iteraciones anteriores, aquella puerta seguía encarnando lo misterioso, lo desconocido. La ampliación súbita del mundo.

—¿Vamos a abrirnos *ya* la puerta? —preguntó Shura, excitada.

No podía creérselo, ni ella ni sus hermanos. La anterior se había abierto solo hacía quince meses, descubriéndoles el bosque, las nuevas áreas de entrenamiento mental y físico y las salas de juego. ¡Era demasiado pronto!

—No, hijos, ya no hay más puertas en Salmacis. No hay más anillos después de este. —Los miró a todos, gravemente—. Estáis en el último anillo. Más allá de esa puerta... no hay nada. O sí, mejor dicho, sí que lo hay: se encuentra el mundo exterior.

El silencio se alargó por espacio de varios minutos.

Azumi jugueteó con el repulgo de su túnica de muselina marrón, que le caía hasta los tobillos, mientras les concedía el tiempo que necesitaban para digerir la noticia. No se entrometió en ese espacio, ni les exigió que reaccionaran más rápido de lo que podían. Simplemente, esperó, observando para entretenerse el ecosistema del bosque artificial.

A lo largo de las paredes, hologramas de lluvia simulaban un monzón alimentado por vientos migratorios. Insectos pentamorfos, con cuerpos divididos en grupos de cinco funciones (cinco ojos, cinco abdómenes, cinco alas, cinco patas articuladas con cinco palpos cada una) trepaban hacia sus nidos en forma de pentágonos.

El primero en romper el silencio fue Goro.

—¿El mundo exterior? ¿Qué quieres decir?

—Lo que habéis entendido. ¿Creíais que Salmacis era eterna, que cada anillo estaba rodeado por otro más con su respectiva puerta, y así hasta el infinito? No. Nada es eterno, ni siquiera el Complejo.

Song miró con temor la Puerta Roja, bautizada así por sus vivos esquemas de color rayados. Uno de sus juegos favoritos era sentarse con un bloc de dibujo delante de ella e intentar plasmar una visión de lo que podría haber al otro lado. Un sueño, más que un augurio. En ocasiones usaba solo el carboncillo, plasmando sus visiones en un cómodo blanco y negro... pero otras usaba armonías de color deliciosas,

tratando de darle una profundidad a veces sorprendente, a veces sutil y nebulosa.

Si alguien pasara las páginas de ese bloc desde el principio, se encontraría con dibujos de piscinas, de gimnasios, de salas llenas de juguetes, de grandes arcos congelados en una danza arquitectónica bajo bóvedas impresionantes... todo ello en espacios delimitados por altas paredes. Pero no tropezaría con una línea recta que representase un espacio abierto, algo que estuviera inmensamente lejos.

Un horizonte.

—Tras la Puerta Roja, os lo puedo decir ya, hay un ascensor. Una plancha de metal que asciende varios pisos hasta el nivel de superficie. Después un pasillo, un par de puertas de control... —Azumi abrió los brazos, suspirando—, y luego la luz del sol. El exterior.

Los chicos tenían la boca colgándoles del resto del cráneo. Azumi rió.

—Venga, no me diréis que nunca habéis pensado en ese concepto, «el mundo exterior». Os introdujimos esas palabras hace tres años, más o menos cuando empezamos a hablar del concepto de los padres.

—Sí, pero... —Era Song la que hablaba. La que temblaba y dudaba, más bien—. Una cosa es hablar de ello como si fuera algo... lejano, una especie de teoría... y otra...

—Otra es tenerlo tan cerca que casi puedes tocarlo, lo sé. Pero era obvio que algún día tendríamos que llegar hasta aquí. Cuando erais niños se os contó que el mundo no se terminaba al llegar a esas paredes. Que era un lugar mucho más grande y peligroso, un lugar sin reglas que atenta continuamente contra la felicidad y el futuro de sus criaturas. Por eso nacisteis aquí, en este santuario, y aquí se os cuidó con cariño, para que pudierais estar a salvo de esos peligros. Para que sobrevivierais si todo lo demás fallaba. Y creo que hemos cumplido con ese objetivo.

Los chicos asintieron. Sí, era un cuento de hadas que conocían desde pequeños, y les gustaba: ellos como las últimas joyas de la especie, el tesoro que había que salvaguardar porque el universo, más allá de la última de las grandes puertas, era un lugar cruel y despiadado. Les gustaba esa idea, hacía que se sintieran especiales.

—La primera vez que os hablamos de los adultos no supimos cómo os lo ibais a tomar —continuó la androide—. Pensamos que podría ser un duro golpe saber que había más seres humanos ahí fuera, luchando en una guerra sin cuartel. Muriendo. ¿Os acordáis de la primera vez que pronunciamos esa palabra, «muerte»?

Goro asintió.

—Sí, y me dio mucho miedo.

—Era la idea. El objetivo final de los seres vivos es *vivir*, sobreponerse a los peligros y a la muerte y seguir adelante con sus objetivos. Lo que no se os contó es que ese mismo principio, esa idea de base, también se aplica al conjunto de la especie. —Azumi dibujó un gran círculo con las manos—. Toda la humanidad, en peso, debe sobrevivir. Vencer cualquier peligro que se presente, por enorme que sea, y seguir caminando. Es en ese esquema donde entráis vosotros, de una manera que ni

siquiera sois capaces de percibir. Pero creedme si os digo que vais a jugar un papel fundamental en el camino de la vida, y no solo de la vuestra, sino también en la de...

La pausa arrancó miradas de ansiedad.

—... Vuestros padres.

No hizo falta que dijera nada más, porque los cuatro captaron al instante lo que estaba sucediendo. Sus pieles se pusieron rojas de toda la sangre que les subió hasta la cabeza; se marearon y tuvieron que agarrarse a los bordes empedrados de la fuente para no caerse.

—¿Van a venir... aquí? —Song era todo ojos redondos y temblor en la mandíbula.

Azumi miró a la Puerta.

—Por fin vais a conocerlos. Será el día más importante de vuestras vidas. Queda poco para el encuentro y mucho que preparar, así que vamos a ponernos a ello de inmediato.

—Nuestros padres... —balbució Shura, observando aquella puerta con un temor reverencial. Entonces, una idea asaltó su cabeza, y no tuvo más remedio que expresarla—: Pero... ¿por qué ahora? ¿Qué quieren? ¿Por qué no han venido antes?

La expresión de Azumi se ensombreció, y fue algo que la androide sintió tan profundamente, tan dentro de su alma cibernética, que ningún programa de control facial pudo disimularlo.

—Ya lo veréis, hijos míos. Obtendréis una respuesta clara a todas vuestras preguntas... muy pronto.

IV

Los adultos

Denali Lakshmi dio la orden de avanzar hasta la cima del monte Olympus. La última orden que daría en vida.

La lanza de los Panteras Grises obedeció sin rechistar. Por los canales de radio tronaron los gritos de furia berserk de los pilotos, y las enormes piernas de los robots empezaron su larga marcha. El cielo era un rosario de descargas láser, impactos de misiles y bombas de neutrones, pero todo era una mera distracción. La fuerza aérea humana atacaba desde arriba el volcán para atraer el fuego de las baterías de la base. Los Exth les respondían con violencia.

Ojalá estuvieran a su lado otros compañeros, otros héroes como Hugo C'mill o la señora Fath, deseó Denali. Pero tenían otras misiones en otros puntos estratégicos. Ahora todo dependía de ella y de sus Panteras.

El Mirmidón de Denali, un monstruo bípedo de treinta metros de clase Francotirador, caminó en línea recta hacia la cima. Sus piernas apisonaban sin piedad un frágil bosquecillo de algas terraformadoras, destrozando en segundos lo que la naturaleza marciana y las plantas diseñadas en laboratorio para tragar dióxido de carbono y excretar oxígeno habían tardado décadas en crear. Al otro lado del cristal blindado de su cabina, la temperatura era de ciento diez grados bajo cero.

Había implícita una cierta poesía en eso de que los robots de combate llevaran a sus pilotos en la barriga en lugar de ser pilotados por control remoto. Denali conocía el motivo: un sistema de control remoto convertiría a los Mirmidones en piezas de un circuito abierto, por lo que podrían ser pirateados por los Exth. Y nadie quería que la principal arma de combate terrestre pasara a ser controlada por el enemigo por culpa de un simple virus informático. Tampoco podían confiar en que los Mirmidones se controlasen ellos solos, con un cerebro IA propio. Por muy avanzadas que estuviesen las inteligencias artificiales, carecían de la capacidad de improvisación que otorgaba la experiencia de un buen soldado. Su sentido común.

No, era mejor estar allí dentro, en su panza blindada, y sentir la guerra como algo cercano, un caos inmediato. Algo de lo que no podías escapar con solo quitarte las gafas de realidad virtual de la cara. Denali sabía que para que un soldado diera lo máximo de sí tenía que sentir miedo. Miedo de que lo matasen en cualquier momento. Miedo de perder a sus compañeros de unidad por una bomba del enemigo. Miedo a fracasar en su importante misión.

Terror.

Esa era la sensación que hacía de combustible para sus corazones. El *Full de miedos* valía mucho más que la *Escalera de valentías* o el *Color de sacrificios*. A su alrededor los soldados se ponían en posición para disparar, los cañones de partículas montados en los brazos de sus robots cantando una siniestra melodía de destrucción.

Los Mirmidones de clase Enjambre recorrían las placas blindadas de su pecho y dejaban al aire las troneras lanza cohetes. A su espalda, los masivos Sherman clavaban las piernas al suelo mediante perforadoras, enterrándose hasta cinco metros para evitar que el retroceso los tumbara, y abrían fuego con sus enormes montantes cuádruples de cañones.

El cielo se llenó de vectores de luz y cuadrículas de energía. La tierra se convirtió en un maremagno de polvo y fuego graneado.

Por un momento, por un glorioso y salvaje instante, Denali pensó que iban a ganar. Que lograría llegar corriendo hasta la cima y destruiría los generadores que alimentaban el escudo, para que las naves acabasen el trabajo desde órbita.

Pero solo fue un instante de optimismo. Luego vio los zánganos-escudo de los Exth.

Los alienígenas habían montado escudos anti láser encima de su propia versión de los Mirmidones, y los habían alineado frente a los generadores. Los disparos de los terrícolas rebotaban inofensivamente en aquellas piezas de cristal que parecían lentes de telescopios gigantes. La luz se abría en hermosas flores fractales que decoraban la montaña con sus destellos, perdiendo toda capacidad de hacer daño.

Pero eso no era lo peor. Lo peor, lo que acabó con la lanza de los Panteras y destrozó el Mirmidón de Denali, fue el brutal contraataque.

Por detrás de los zánganos Exth se levantaron unas cañoneras. Parecían tortugas negras con caparazones cromados. Esos caparazones se abrieron dejando ver unas lanzaderas para naves de pequeño tamaño. Y esas naves se convirtieron en proyectiles.

La cara de Denali reflejó mil sentimientos en pocos segundos, pasando de uno a otro conforme el destino de la gran carga suicida se hacía más evidente. Iban a morir. Los Exth, malditos fueran ellos y sus estrategias sin honor, habían experimentado con el impulso translumínico en sus naves espaciales, igual que los humanos, y al igual que ellos, habían fracasado. La tecnología que permitía saltar a una nave hacia algo a lo que los románticos llamaban «hiperespacio» era un absoluto fracaso. Los motores que lo intentaban explotaban sin remisión, y toda nave equipada con ellos se convertía en una trampa mortal.

Eso era lo que los Exth estaban usando como munición: naves defectuosas con capacidad de salto hiperespacial.

Las cañoneras lanzaron esas pequeñas navecitas averiadas contra el enemigo. Cuando llegaron a su altura, dispararon la reacción de hiperespacio en sus motores. Por supuesto, no funcionó, pero al explotar crearon pequeñas singularidades que hicieron polvo la ladera de la montaña.

Denali gritó cuando una de aquellas singularidades se tragó su Mirmidón. No fue una onda expansiva, como cuando una bomba explotaba. Tampoco el infierno de calor de un chorro de plasma. No, aquello era muchísimo peor.

El efecto de distorsión de la realidad cogió su robot y lo convirtió en una

paradoja. Destrozó sus miembros, evaporó el metal, licuó la electricidad y cortó con tijeras la gravedad. Y al pobre cuerpo vivo de Denali le hizo cosas que ningún ser humano, en ninguna guerra de su historia, había aguantado jamás.

La guerra del futuro.

LOG 88572

La nave de descenso se desprendió del crucero de combate exactamente a las 09:17:52 horas de la mañana del día veinte de agosto del año 2931, según el antiguo calendario terrestre; entró en la atmósfera, se deshizo de la cobertura ablativa y planeó hasta tomar tierra sobre la gran llanura como un pájaro de metal incandescente.

Cuando las placas exteriores se hubieron enfriado, una puerta se abrió como una herida luminosa en el casco y unas personas bajaron a tierra. Yo, que lo estaba monitoreando todo desde el radar primero y desde mi sistema de cámaras después, no cabía en mí mismo de gozo al ver por fin a mis creadores. No los que programaron mis engramas originales de memoria, por supuesto, pero sí los que estaban detrás del proyecto Salmacis.

Los grandes héroes de la guerra, la señora Fath, el señor Hugo. Y alguien que la última vez no se comunicó conmigo desde la nave, el señor Trevold, un curtido general que luchó en las guerras jovianas y salió vivo para contarlo. El «padre» de Layn.

Respetados por toda la especie humana, venerados como los únicos que podían vencer a los Exth cuando llegara el combate definitivo, aquellas personas no eran personas, sino leyendas. Y estaban en mi patio trasero.

Sin embargo, la gran sorpresa llegó al ver descender a otros hombres de la lanzadera. No eran grandes figuras militares, sino enfermeros que velaban por el bienestar de otra mujer, un cuerpo marchito encerrado en una burbuja de aislamiento flotante. La mujer era poco más que un cadáver mantenido con vida por las sondas, los tubos y la atmósfera estéril de la burbuja.

Era Denali, la «madre» de Song. Y estaba despierta. ¡Habían logrado sacarla del coma!

Les abrí las puertas. El personal médico entró sin formalidades en la enfermería del Complejo y, sin mediar palabra, empezó a coger todo lo que necesitaba para colocar la burbuja en una zona limpia, convertirla en una especie de camilla y repasar las constantes vitales de la paciente. Mientras tanto, la señora Fath y el señor Hugo pasaron al recibidor principal, donde los esperaba Azumi.

—Bienvenidos sean a esta humilde morada —dije con mi meliflua voz masculina a través de los labios de Azumi.

—Déjate de formalidades, Salmacis, no hay tiempo. Tenemos que ver a los niños

—abrevió el señor Hugo.

—Pero... no lo entiendo, mis señores —vacilé—. ¿Tan grave está la señora Denali?

—Le quedan horas de vida, puede que menos. Sé que esto no es lo que habíamos planeado, y que se salta todas las recomendaciones del Rigell, pero no hay tiempo para más. ¿Has analizado a la niña, como te ordené?

Asentí con humildad.

—Sí, mi señor Hugo. La joven está un poco... alterada, pero su mente es perfectamente capaz de soportar el procedimiento Rigell sin resultar dañada.

—¿Alterada? —se extrañó la señora Fath.

—La pubertad. Es un paso un tanto delicado. La verdad es que, sin pretender faltarles al respeto, han venido en un momento muy... inapropiado.

—¡Cuando no nos ha quedado más remedio! —explotó Hugo.

La androide se postró ante él en una profunda reverencia, como si fuese un faraón.

—¡Perdón, os suplico perdón! —exclamé—. No quería decir eso, solo constatar que...

—Me da igual si está preparada o no, tenemos que empezar de inmediato —zanjó la señora Fath—. Salmacis, ¿son chicos sanos? ¿Sus cerebros son puros?

—¡Por supuesto!

—Mientes —dijo Hugo.

—¿Cómo dice? —me alarmé.

El soldado se acercó a un dispensador de bebidas y se sirvió lo más exclusivo que encontró: una copa de Memoria Añeja de la Tierra, reserva de hacía cien años.

—Hace unas semanas, cuando hablamos por primera vez desde la órbita de Marte, nos dijiste que había fallos en la estructura cerebral de los niños. —Paladeó el licor—. Que habían elegido olvidar ciertas palabras y no sabías por qué.

Azumi se agitó.

—Es cierto, y aún seguimos sin desvelar el misterio —confesé a través de sus labios—. Sin embargo, al saber que ustedes venían dormí a los niños y los llevé al quirófano sin que se dieran cuenta. Les practiqué un escáner neuronal completo. ¡Todos los marcadores dieron verde! De hecho, las condiciones para empezar el procedimiento son más que óptimas. —Hice un mohín—. Vaya, serían realmente las ideales si en estos momentos el cuerpo de los chicos no estuviese inflado de hormonas, pero por desgracia... las glándulas no entienden nuestras matemáticas carentes de cero.

Quise hacer un chiste para disipar la tensión. Nadie rió.

—Eso no niega que algo esté funcionando mal —terció Fath—, sino que somos incapaces de detectar dónde está el fallo.

—Es cierto, mi señora, pero sea lo que sea lo que ocurre no afecta a ninguna de las variables del experimento. Lo he comprobado mil veces. Y no está condicionando

en modo alguno la conducta de los jóvenes salvo por esa curiosa traba lingüística, por lo que...

—¿Se puede llevar a cabo el procedimiento con un relativo margen de seguridad, sí o no? —intervino el general Trevold. Era un hombre bajo y rechoncho, con un revoltijo de mechones anaranjados que le tricotaba el rostro. Sin embargo, sus dedos eran finos, delicados estiletes de manipulación, como los de un pianista.

Me lo pensé bien antes de responder a esa pregunta (lo que equivalió a varias décimas de segundo en tiempo real).

—Sí, mis señores. La señora Denali puede hacerlo con garantías de que saldrá bien. Sobre todo tratándose de su hija Song; esa jovencita es muy fuerte. ¡Siempre en busca de la verdad! Hasta sus momentos de mayor incertidumbre estimulan una fuente de obstinación en algún lugar de su cabeza, y así logra recuperar la resolución. —Simulé un tosido—. Eh... sin embargo, como me tomé la libertad de apuntar en mi anterior mensaje, es necesario que todos los chicos vean al mismo tiempo a sus progenitores. Por eso insistí en que viniesen los cuatro. Cuando se abran las puertas y los vean, el frágil equilibrio de su mundo se convulsionará.

—Lo entendemos, por eso hemos accedido a venir —asintió Hugo. Había vaciado la botella de Memoria de la Tierra, compartiéndola con sus hermanos de armas, pero la forma que tenían de acercarse al líquido era inusual, como si le rindieran homenaje al tiempo que se lo bebían. Supuse que compartir Memoria tenía la fuerza de un ritual, y que cada comensal debía desempeñar su papel correctamente—. ¿Están preparados? —Miró su intercom de muñeca—. Podrían llamarnos en cualquier momento para que nos incorporemos a la brigada 16, que va a salir ya a una incursión contra una base Exth. Tenemos poco tiempo.

Lo que yo deseaba responder no era «sí, señor, llevan días preparándose a todos los niveles, tanto físicos como espirituales, para afrontar esta reunión», sino «¿que si están preparados *ellos*? ¡Pregúntenme más bien si estoy preparado *yo*! ¡Tengo sobrecarga en el amperaje de todos mis circuitos, por los dioses!».

—Sí señor. Lo están. Llevan listos para esto desde que nacieron.

—Bien, pues aunque no sean las condiciones idóneas —dejó la copa vacía en el dispensador y se subió la línea del pantalón—, vamos a conocer a nuestros hijos.

Para Goro y sus hermanos aquel histórico día discurrió con un exceso tan enorme de detalles (y de temores, y de sentimientos, y de sensaciones encontradas) que más adelante, cuando hicieron memoria de ellos, los confundían entre sí.

Los cuatro llevaban más de una hora vestidos y perfumados, bien peinados y pulcramente ataviados, esperando ante la gran Puerta Roja. En silencio, casi conteniendo la respiración, como estatuas ceremoniales de guardia ante la suntuosidad de un sepulcro.

Aquella hora se arrastró como una pequeña eternidad de bolsillo.

Cada uno intentaba que sus facciones escondieran su lucha interior. ¿Cómo serían los adultos? ¿Estarían orgullosos de ellos, aunque no se hubiesen visto antes? ¿Qué les habría contado el Ordenador, les habría dicho solamente lo bueno... o también algunas cosillas malas?

Se sentían como si estuvieran a punto de enfrentarse al mayor examen de sus vidas, el más exigente de todos. Y la única prueba que tenían que superar era ser ellos mismos.

Goro buscó el nudo de angustia, el carbón puro de su nerviosismo. Estaba allí, alojado en su pecho como un coágulo cercano al corazón. Le habían dicho que su padre estaba detrás aquella puerta. ¡Su padre! No en sentido estricto, por supuesto, eso lo sabían. La persona que cruzaría el umbral para mirarlo directamente a los ojos solo había aportado una gota de su sangre al banco de ADN, y lo más seguro era que ni siquiera hubiese asistido a su nacimiento en la incubadora genética. ¡Pero era su padre, diablos! Y seguro que tendría mil historias que contarle.

Shura visualizaba con áspera claridad lo que iba a suceder en los próximos minutos: tenía grabada una imagen que se parecía a Shura llorando de la emoción, caminando hacia su madre con los brazos ligeramente extendidos, reclamando un abrazo que se había postergado demasiado tiempo. Quince eran demasiados años para cualquier cosa, sobre todo si la necesitaron como el mismo aire que respiraban cuando tenían solo tres.

Layn era el más sosegado de los cuatro, lo cual les extrañó. Nunca se había distinguido precisamente por su autocontrol; de hecho era el más emocional de todos, aunque lo enfocara de manera interna. Lo que pasaba era que no podía luchar contra las emociones, no sabía cómo. Si tenía miedo, corría. Si sentía amor, compartía besos y abrazos. El problema se agravaba con su timidez, ya que todo ese volcán de pasiones tendía a chocar contra el muro de su piel al intentar salir.

Sin embargo, aquel día parecía tranquilo. Y lo estaba, que era lo más curioso. Llegó el último a la zona de reunión, y cuando Azumi le preguntó qué le había demorado, se limitó a decir: «Cosas de mi taller».

A Song se le dijo que su madre había llegado en un estado... precario. Eso la descolocó. ¿Precario significaba enfermo? Azumi tuvo que traducirle el vocablo, ya que no estaba en su lista. Sí, su madre había sufrido un accidente y la tenían en cuidados intensivos. Por eso Azumi no se despegó de Song en todo el rato, porque sentía que iba a necesitarla. La joven temblaba de miedo. Era su momento más grande, cuando el sueño de conocer a quien le dio la vida iba a hacerse realidad... y resultaba que esa persona estaba al borde de la muerte. ¿Qué clase de oscuro sentido del humor tenía el universo?

—Tranquila, está ardiendo en deseos de conocerte —le explicó la androide—. No te asustes cuando la veas. Estará metida en una especie de burbuja que mantiene las enfermedades fuera.

—Pero... ¿qué le pasó? —preguntó la chica, con los ojos empapados—. ¿Fue en

el viaje hacia aquí...?

—No, ocurrió hace semanas. Pero es mejor que te lo cuente ella.

Aprovechando un momento en que Azumi se apartó de Song para comprobar el buen estado del pasillo de conexión (era periscópico, y su largo brazo llevaba sin extenderse por lo menos tres lustros), Layn se acercó a su hermana y le susurró al oído:

—No te preocupes, tu madre está despierta y ha preguntado por ti.

Ella lo miró, atónita.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y ya está. Confía en mí. Pero, eso sí —puntualizó—, su aspecto es realmente lamentable. Procura mantener la compostura cuando la veas.

Song no daba crédito a sus oídos. ¿Cómo se las había arreglado Layn para averiguar todo eso? ¿Le estaba gastando una broma cruel, o solo trataba de animarla? No, él no era de esos... Ciertamente era que había cambiado mucho en los últimos años, como si llevase guardando un enorme secreto desde hacía mucho tiempo, un secreto que en vez de amargarle la vida le había ayudado muy positivamente a salir adelante. ¿Pero a qué venía esto ahora?

Llegó el momento, al fin. Una sirena lanzó su gorjeo y una luz amarilla palpitó sobre la puerta.

Los niños se tensaron como si les hubiesen aplicado una corriente eléctrica.

La Puerta Roja se abrió con un chasquido, y las sombras altas y estiradas que aguardaban al otro lado se hicieron visibles bajo el falso sol del bosque. Un pie enfundado en una bota militar atravesó el umbral y pisó la hierba.

Un adulto había entrado por primera vez en Salmacis.

Se dividieron por parejas sin hablar. Era como si cada cual intuyera lo que había que hacer y la información se transmitiera entre adolescente y adulto con una simple mirada.

Goro, aunque nunca había visto una foto suya, entendió que el adulto que se le había puesto delante, mirándole con una expresión a caballo entre la severidad y la fascinación, era su padre. El gran Hugo (sin apellido, los héroes de guerra no tenían apellido), campeón según le había contado Azumi de decenas de cruentas campañas contra ese raro enemigo que acosaba a la Humanidad, y cuyo nombre propio se lo habían tenido que poner los hombres porque no tenían forma de llamarse a sí mismos. Y si la tenían, nadie la conocía. A ellos solo les habían enseñado una palabra para nombrarlos, y era Exth. «El enemigo». Para los jóvenes no existía otra forma de referirse a ellos, lo que condicionaba totalmente la imagen mental que podían hacerse.

Goro y Hugo se plantaron uno delante del otro, se sostuvieron la mirada unos segundos, y luego echaron a andar hacia el mismo lado, a uno de los pasillos de

árboles que confluían en la puerta. Era asombroso cómo se parecían sin parecerse. Goro era una versión mucho más joven y fuerte que el hombre; era tal y como habría sido Hugo si nunca hubiese envejecido (ahora tendría unos cuarenta y pico años, lo que le convertía en el más joven de entre los adultos que habían venido de visita), y si la vida no hubiese machacado su cuerpo a lo largo de mil batallas.

Los primeros minutos fueron incómodos porque ninguno sabía cómo empezar. Ambos habían repasado el encuentro mentalmente muchas veces, pero ahora que se tenían delante el uno al otro... las palabras fallaron.

—Papá —murmuró Goro con asombro, demasiado bajo para que el otro le escuchara. Lo dijo otra vez interiormente, dejando que la palabra se deslizara por la lengua, pero su sabor no fue tan dulce y punzante como la primera vez.

—Ejem. Este... es un sitio bonito —carraspeó Hugo—. Me gusta dónde vivís. A ti te llaman Goro, ¿no?

—Sí.

—Es la transcripción fonética de tu número clave. Pero es bonito.

—Supongo.

—¿Pasáis la mayor parte de vuestro tiempo en este nivel, tus hermano y tú?

Pálido por el nerviosismo, Goro asintió.

—Sí, es lo que llamamos... el bosque. Es artificial, por supuesto, sabemos que los bosques de verdad no son tan... tan... geométricos.

—¿Has visto alguna vez un bosque de verdad?

—No.

—Yo tampoco.

Eso sorprendió al chico. Pensó que el adulto había recurrido a una broma para aligerar la tensión, pero no, su expresión seguía siendo igual de seria.

—¿Os ha contado alguna vez el Ordenador por qué estáis aquí, cuál es el propósito de todo esto? —preguntó Hugo, sentándose sobre una piedra.

Goro hizo lo propio para ponerse a su altura.

—Algo nos han contado.

—¿Qué, exactamente?

—Pues... que la humanidad está al borde del colapso debido a una interminable guerra que ha consumido todos los recursos del planeta, y que necesita individuos perfectos para que conformen la próxima generación de luchadores. Nos lo dijeron hace años, cuando todavía éramos niños.

El adulto respondió a base de chasquidos, como si estuviera diseccionando un cangrejo con los dientes.

—Colapso, curiosa palabra. Pero me alegra que la conozcáis, porque describe a la perfección lo que pasa.

—Gracias.

—No me las des. En realidad no he hecho nada por ti, nunca.

Goro se ruborizó.

—Bueno... usted puso el material genético a partir del cual...

—Surgisteis vosotros, ya lo sé. Y no me trates de usted. Que un clon más joven de mí mismo me trate de usted es el colmo de la vejez.

—¿Clon? —se extrañó Goro—. ¿Qué es eso?

—Eh... nada. Cuéntame más cosas. No has visto jamás un bosque. Ni el mundo exterior. ¿Has visto alguna vez a un Exth, al enemigo?

Goro meditó sobre la pregunta. No, la verdad era que ni siquiera cuando eran niños Azumi les había mostrado jamás ninguna imagen de los extraterrestres. Eran solo una idea, un concepto. Una definición de lo peor que había en el universo. Más que una derivación de la vida, los Exth eran una *desviación* de la vida. Se parecían tanto a una especie de organismos pacíficos como una pesadilla se parece a un sueño. Así se lo dijo.

—Y es cierto, son lo peor con lo que jamás nos encontramos durante nuestra expansión por el espacio. —Hugo hinchó las fosas nasales. De un dispersor que colgaba del techo, a su espalda, surgían chorros de olores climáticos puros. Por eso el bosque olía a nuevo, a regado por la lluvia—. No es que pudiésemos ir demasiado lejos, tampoco. Nuestras naves son muy lentas, incluso las más potentes. Tardan décadas en saltar de una estrella a la siguiente. Y cuando al fin alcanzamos Nova, la primera que poseía planetas dentro de la franja habitable... resultó que ellos estaban allí.

—Y nos atacaron primero, matando a miles de colonos sin provocación. Azumi nos contó la historia.

—¿Azumi?

—Nuestra aya. Lleva cuidándonos desde que nacimos.

Hugo miró extrañado por encima del hombro al resto del grupo, como si una idea rara pasara por su mente. Entonces cayó en la cuenta.

—¡Ah, te refieres a la androide! Sí, nos sorprendió que el Ordenador decidiera construirla, pero luego resultó muy útil para vosotros. Por cierto, Goro, ¿cuál es tu especialidad, tu asignatura favorita?

—Pues... el combate táctico y la planificación de campo.

Para su sorpresa, el adulto le tocó por primera vez. Fue una palmada viril en el hombro, que casi tiró a Goro al suelo.

—¡Ja ja, muy bien! Así me gusta, campeón. Sigue por ese camino y algún día serás como tu p... eh... como yo.

Goro oyó la forma perfecta de esa frase en su mente. Y le emocionó hasta el punto de derramar una solitaria lágrima. El adulto había estado a punto de decir «como tu padre».

Al verlo llorar, Hugo le tocó por segunda vez, descargando una mano afable en su hombro.

—No te emociones, no es para tanto. Aunque si te digo la verdad, yo también lloré por mi padre, una vez. —Exhaló un tranquilo suspiro—. Solo una.

—¿Lloraste? ¿Cuándo fue?

—Él... luchó en la guerra como oficial de campo. Pero no murió en las trincheras. Fue el primer humano al que los Exth le hicieron... le hicieron algo muy malo con el cerebro.

En el recuerdo de Hugo fue creciendo un sonido, una especie de lamento que caminaba hacia un aullido de terror crudo. El sonido de la guerra cuando él era niño, el que Hugo identificaba con la última vez que vio a su padre.

(Patriarca torció el gesto, conmocionado. No podía explicar aquello. Todo el potencial destructivo desplegado, toda la muerte y la hecatombe, y no podía acabar con aquella aberración. Su cabeza se inundó de líquido e ideas e iconografía. Agarrándose fuertemente el casco con las manos, aulló de dolor y confusión. El campo de batalla desapareció y, en un primer instante, se hundió en un desquiciado mundo de insectos hiperbólicos y cacareantes. Su codificador rechinó como si estuviera estropeado, incapaz de controlar el peligroso flujo de reactivos. Los tanques rojos y negros se vaciaron, inundando su inconsciente con páginas de datos inconexos y en rápida consolidación. Se desmayó. Volvió a la vida. Los circuitos rechinaron, y una fantasmal silueta dibujó un parpadeo en el extremo de su visión llena de nubes).

Después de aquel día, cada vez que el Hugo niño veía aparecer al despojo humano en que se había convertido su padre... quería llorar, morir, desaparecer en el olvido para jamás regresar. Jamás tuvo hijos cuando se hizo mayor para no verse obligado a legarles todo eso. Ese dolor. El vacío que dejaba la pérdida. Él solo quería luchar contra los Exth hasta exterminarlos a todos, borrarlos de la faz del universo sin dejarse ni uno.

Quería venganza en nombre de aquella afilada hoja de madera de su infancia. De aquel juguete que una desgracia tiñó de lágrimas.

Por eso, cuando miró a Goro allí sentado, como una versión más joven de sí mismo que aún no había sido machacada por la vida, buscó en su interior hasta descubrir que solo quería decirle una cosa:

—Escucha, hijo... da igual lo que te depare el futuro, lo oscuros o deprimentes que se pongan tus días, quiero que sepas una cosa. Y que la recuerdes mientras tengas la oportunidad de hacerlo.

—¿El qué?

—Que todo esto tiene un propósito. Tu vida. Tu aprendizaje. El Complejo Salmacis. Sois el último intento de la humanidad por abrirse camino hacia la cordura, hacia la tierra firme de nuestra definición como especie. Hacia un punto de vista apropiado... y humano. —Suspiró—. Hasta hace poco vivíamos convencidos de que el eterno flujo espiral de acontecimientos jamás se detendría. Que tendríamos tiempo para desarrollar nuestras ideas, por locas o ambiciosas que sonaran. Pero el flujo se ha estancado en un nudo. Un bache en el camino que tiene nombre y apellidos.

—Los Exth.

—Exacto. La fortuna que la Tierra se ha gastado en desarrollar este proyecto, en... en desarrollaros a vosotros, es... Vaya, joder, no sé cómo explicarlo. Debemos definirnos a nosotros mismos como primer paso hacia la supervivencia. Y la primera batalla de esa guerra es en el frente de credibilidad. Tenemos que creernos a nosotros mismos como especie si queremos sobrevivir al vacío.

—Entonces, ¿Salmacis tiene un sentido?

—*Todo* tiene un sentido, pleno y perfecto. Y si alguna vez vuelvo a cruzar esa puerta y te llamo por tu nombre... —Dudó un instante, pero encontró las fuerzas para proseguir—. Si te pido que acudas para hacer algo que no entiendes, que nunca entenderás, piensa que es por el bien de tu especie. Para que no se forjen nunca más espadas de madera. ¿Lo has entendido?

Goro no supo qué decir.

Al final, algo parecido a la verdad:

—Pues... no. Lo cierto es que no.

—Mejor. Las piezas encajarán algún día, te lo prometo. Y serás el primero en darte cuenta, porque eres el más valiente de todos.

Shura y su madre paseaban lentamente entre los parterres de flores. En aquel sendero la vegetación adoptaba la forma de un bajel lleno de colores, con un casco de pétalos que se hinchaba hasta hacerse voluptuoso cerca del yugo de popa. Las velas eran colonias cúbicas de pentamorfos que revoloteaban como mariposas. Lejos, entre los troncos, podía verse el fulgor de corona nupcial de unas brillorosas que había plantado Shura.

—Nunca imaginé que este lugar fuera tan hermoso —comentó la anciana. Eso le parecía a Shura, una anciana. La diferencia de años entre las dos era más grande que entre los demás padres con sus hijos, pero si uno se fijaba, allí estaba el parentesco genético: La señora Fath tenía los mismos ojos que Shura, incrustados en una telaraña de arrugas. La complexión fuerte de Fath hablaba de un pasado lejano pero vigoroso, de una juventud donde se culminaron proezas atléticas.

—¿Lo es? Nunca me había fijado —comentó Shura.

Fath notó que estaba siendo sincera, que no lo decía por decir.

—Ah, claro, no conocéis nada más —comprendió—. Es lógico. El juicio de la belleza se basa en la fealdad, y viceversa. Si solo habéis visto cosas bellas en vuestra vida, carecéis de la aptitud para valorarlas. Para vosotros la belleza debe ser algo trivial.

—Yo... sí que veo diferencias. Pocas, pero las veo.

—¿Por ejemplo?

La joven abarcó con un gesto todo el nivel bosque.

—Este anillo de Salmacis es más bonito que el anterior. Las ropas que el Ordenador sintetiza ahora para nosotros son mejores que las que teníamos de niños.

Cuando Song y yo nos bañamos juntas y la veo desnuda, me doy cuenta de que es más bonita que yo.

Esto último lo dijo con una nota de melancolía que hizo que Fath soltara una carcajada. Era una risa musical, no como la sintetizada que usaba Azumi. Auténticamente pulmonar, resultado de un arreglo de diminutos tubos de órgano.

Shura se enamoró al instante de esa risa. Quería... no, *necesitaba* escucharla otra vez.

—¿Qué he dicho? —preguntó tímidamente.

—Nada, es que he pensado en lo maravillosa que es la mente humana, siempre en busca de comparaciones para mejorar, aún en microcosmos tan cerrados como este. En el lugar de donde yo vengo... la belleza hace mucho que perdió su cualidad narrativa.

—¿Narrativa?

—Ya nunca habla ella sola; necesita de intermediarios que la interpreten. ¿Sabías que cuando nos comparamos con otra persona, en el campo que sea, estamos generando neuronas y haciéndonos más fuertes? —Dudó por un instante—. ¿Sabes lo que es una neurona, niña?

—Una unidad biológica del cerebro. Azumi nos ha dado mucho la tabarra con clases de anatomía.

—Azumi, la androide. Ya. Ese es uno de los temas que tenemos que discutir seriamente con Salmacis —dijo Fath, muy seria—. Esa máquina cumplió bien con sus funciones cuando erais niños, pero ya ha sobrepasado con creces su ciclo vital. No la necesitáis más.

Eso fue como una bomba que cayera justo en el centro del corazón de Shura, haciendo polvo toda la alegría intrínseca al momento.

La joven se detuvo en seco, como si hubiesen clavado sus sandalias a la grava.

—¿Ocurre algo, niña? —preguntó Fath. No lograba entender qué había dicho o hecho para que la adolescente se pusiera así.

—¿Qué estáis sugiriendo?

—Que estáis muy mayores para seguir teniendo aya, nada más. No sois niños. Esa figura de autoridad lo único que hace es entorpecer vuestro crecimiento.

—¡Pero Azumi es nuestra... —iba a decir «madre», pero en el último segundo corrigió—: ...amiga! ¿Qué piensa hacer? ¡No puede llevársela!

Fath cruzó los brazos pacientemente.

—¿Tanto os habéis encariñado con ella? No es más que una máquina, un androide de servidumbre que... ah, espera. Ya entiendo. —Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en pequeñas saeteras—. Le habéis cogido cariño como a una falsa madre. Vaya por Dios, ese inútil de Salmacis debió preverlo y habérsela quitado hace mucho.

Shura estaba temblando. Cada palabra que salía de la boca de la anciana se le clavaba como un puñal. ¿De verdad estaba tomando ese rumbo la conversación? ¿Cómo era posible que alguien con quien ella había soñado casi cada noche desde

que nació fuera tan cruel?

La repentina angustia debió traslucirse en su mirada, porque Fath adoptó un tono más amable, casi condescendiente, y le dio un pequeño abrazo.

—No te preocupes, mi niña. Esto no supone ningún problema, en realidad. Si tan importante es esa androide para vosotros, os dejaremos conservarla —prometió—. El amor es como la belleza, un concepto al que le debemos dar un margen para que respire.

—¿De verdad? ¿No le harán daño?

—Venga, ¿te he mentado yo alguna vez?

Layn y su padre no paseaban. Ya que todos los demás se habían marchado, dejando libre la plazoleta, ellos la ocuparon como si fuera su despacho privado.

El general Trevold era el que menos ganas tenía de estar allí, y se le notaba. La pose, los gestos, la cara... todo transmitía impaciencia, como si le hubiesen sacado a la fuerza de algún quehacer importante y esto no fuera más que una molestia.

Curiosamente, a Layn no parecía afectarle. Estaba sentado frente a él, en el saledizo de piedra de la fuente. Y esperaba. Ninguno de los dos dijo una palabra durante casi cinco minutos, hasta que al final, tras un cansado suspiro del general, Layn señaló:

—Me gusta esa máquina.

—¿Cuál?

—La que lleva en torno a su muñeca. ¿Puedo echarle un vistazo?

Trevold dudó unos momentos, pero luego pensó *¿qué diablos? No hará ningún mal*. Se destrabó el intercom de la muñeca y se lo lanzó.

Layn lo atrapó al vuelo y se puso a diseccionarlo con el tacto, con la vista, con el oído... incluso se lo pegó a la lengua, para tratar de identificar el tipo de material por el gusto. Aquel simple aparatito parecía fascinarlo a un nivel muy profundo.

—Te gustan los cacharros, ¿eh? —preguntó el general, calibrando al muchacho como si fuera un nuevo recluta recién aceptado en su nave, con capacidades aún por evaluar.

Layn asintió mientras tecleaba en los mandos del intercom, aunque con cuidado de no activar ninguna función.

—Se podría decir que sí. Yo era el clásico bebé que no se metía el chupete en la boca, sino que lo desmontaba para averiguar cómo funcionaba. Mis hermanos me llaman el manitas.

—A mí también me han gustado, desde siempre —confesó el general, recostándose contra un árbol—. Creo que el único regalo que obtuve de mi puñetero padre, ese borracho, fue un martillo. ¡Y de mi madre, los clavos! Ah, qué años aquellos... Entré en el ejército a través de la escuela de ingeniería de propulsión, y no sé por qué cojones te estoy contando esto. Pasé dos años como cadete en una nave

espacial y me mandaron a la fábrica de Mirmidones de Encelado. Eso fue antes de perder Saturno, claro. Luego nos comimos el marrón como perros sarnosos y tuvimos que salir cagando leches de allí.

—No sé lo que es un marrón en ese contexto. Ni lo que es un perro. Y respecto a la leche...

—Bah, olvídalo, tampoco tiene importancia —lo descartó con un ademán—. Oye, chaval, ¿sabes algo sobre propulsión?

Layn encogió los hombros, devolviéndole el intercom. Ya había extraído de él lo que necesitaba.

—Un poco. Lo que había en los libros que nos daban. Sé un poquito sobre mecánica de fluidos complejos y sobre electromagnetismo frío.

—Así me gusta. Yo también empecé como tú, ¡con puñeteros libros! Y eso que no me ha gustado leer en mi puta vida, ¡ja ja! ¿Puedes imaginártelo? ¡Yo enterrado en una montaña de diagramas intentando montar un colector de positrones mínimamente decente!

Layn le rió la broma, aunque no entendía de qué estaba hablando. Al general le estaba empezando a caer bien aquel cadete, así que se dirigió a él sin la fría burla del principio.

—Claro que lo que siempre me gustó fue la parte práctica, la que implicaba coger un maldito destornillador y abrirle las tripas a un misil para ver qué era lo que lo hacía volar por el cielo. ¿Te lo puedes imaginar?

—No sé lo que es —dijo Layn.

—¿Un misil?

—El cielo.

Song fue la única que tuvo que ir a otra habitación para ver a su madre.

También fue la única a la que le permitieron ver a los otros adultos, los sanitarios, gente forrada de blanco aséptico y con máscaras que les tapaban toda la cara. Sumidos en un silencio profesional, iban de aquí para allá monitorizando el cuerpo que yacía en la burbuja de plástico.

Su madre.

Song sintió cómo su corazón se zarandeaba en una loca taquicardia, rebotando contra las paredes del esternón mientras uno de los enfermeros le hacía señas para que se acercase a la burbuja, pero eso sí, sin tocarla.

La chica dio dos pasos y se plantó a menos de diez centímetros de la barrera plástica que se contraía y expandía a ritmo regular, como si latiese. Dentro, acostada en una camilla, yacía una mujer de unos setenta años (aunque ese número no tenía ningún sentido para Song; ella solo veía una especie de momia llena de arrugas y tubos que le atravesaban el cuerpo), de pelo asombrosamente blanco y con zonas de la piel sustituidas por parches de colágeno. Le chocó la raza a la que pertenecía, pues

no se parecía a ninguna que ella hubiera visto antes: de piel aceitunada y pestañas negras como el alquitrán, aquella mujer era tan distinta del resto de los padres como Song lo era de sus hermanos. Se preguntó si al crecer sería como ella, con ese color café mezclado con bronce que la hacía brillar como el oro viejo.

Pero eso no fue lo que generó un grito de terror en la garganta de Song. Un grito que no llegó a salir.

La anciana estaba deformada por una horrible enfermedad, o por un accidente de la Naturaleza tan cruel que el cerebro de la joven se negaba a procesarlo. Casi la mitad de su cuerpo estaba exfoliado y contraído como una masa gelatinosa, como si un fuego alienígena lo hubiese quemado hasta deformarlo más allá de la tolerancia de la vida. Estaba claro que la anciana respiraba gracias al milagro tecnológico de aquella burbuja, porque era imposible que un humano siguiera respirando después de algo así.

La anciana estaba despierta, y cuando vio a la joven al otro lado de la burbuja (Song no pudo evitar que le rodara una lágrima por la mejilla) la saludó. Su única mano útil se movía con la gracia submarina de los analgésicos.

—Hola... pequeña... —dijo una máquina que tenía acoplada a las cuerdas vocales.

Song apenas logró encontrar su voz.

—Ho... hola...

—Me han dicho que... que te llamas Song.

—Sí.

—Es muy bonito.

—Gracias...

—¿Cuántos años... tienes ahora, querida?

—Quince.

—Quince... —La anciana se dejó arrastrar por una ola de recuerdos, pero logró encontrar el camino de vuelta—. Yo apenas logro acordarme de... mis quince años. No fueron buenos.

Song no sabía qué responder. Se abrazó a sí misma y bajó la vista, todo con tal de no seguir mirando a aquel desecho que le habían dicho que era su madre.

—Lo siento...

—Oh, no te preocupes, la vida... las circunstancias que me tocó vivir... fueron esas. Nadie tiene la culpa. Mírame ahora. Tanto luchar, tanto acumular experiencias y sentimientos... para que al final el destino me haya gastado esta broma.

—¿Va usted a vivir? —Otra lágrima se descolgó de las pestañas de Song, pero esta vez impactó contra la burbuja plástica y se quedó allí, brillando como un diamante de condensación.

La mujer le dedicó una mirada siniestra.

—Sí. Gracias a ti, viviré.

—¿Gracias a mí?

—Es complicado, Song. Pero necesario, por desgracia... —Los tubos insuflaron más oxígeno y bombearon sustancias extrañas en su organismo—. Si queremos ganar la guerra, los experimentos como Salmacis son necesarios. ¿Sabes? Fui joven una vez, igual que tú. Ante mí desfilaban muchísimos años, mis hermanas y yo éramos como frutas colgando en un huerto de veranos perpetuos.

—¿Tenía hermanas?

—Las tenía... pero ya no. Fue en una época muy... muy lejana. Nacimos fuera de la Tierra, allá donde las naves susurraban sus viajes a las estrellas. Lo que jamás pudimos imaginar era que esas mismas estrellas podían estar envenenadas.

La anciana alzó aquella mano lenta y rozó la burbuja, como si quisiera traspasarla para acariciar a Song.

—Tienes la piel anaranjada como la de una gata persa...

—¿Qué es una gata?

—Un animal muy hermoso. Y lleno de orgullo.

Song alzó reluciente una mano y, muy despacio, la apoyó también en la burbuja.

—¿Me ayudarás a vivir, querida niña, por el bien de toda la Humanidad? —preguntó Denali. Era una pregunta sincera, sin malicia.

—Sí, madre. Haré lo que sea por ti.

—Gracias, querida niña —sonrió—. Gracias a Dios, también.

—¿Qué es Dios? Azumi nos enseñó ayer nuevas palabras, pero no su significado.

—Claro, al daros un nuevo lenguaje os están dando también un nuevo carácter... —comprendió Denali—. Pues gracias de corazón, entonces... en nombre de toda nuestra especie...

—No tienes por qué dárme las, madre. Sea lo que sea, lo haré con gran placer.

Song aún no lo sabía, pero acababa de decir la mentira más monstruosa de su vida.

V

Canción de despedida

LOG 88576

Como el señor Hugo me dijo una vez, antes de que los niños nacieran, las civilizaciones de la Tierra se alzaban y caían como en otros tiempos las grandes masas de roca del fondo de los océanos. En aquel momento no entendí el significado de aquellas palabras, pero cuando la reunión padres-hijos terminó, adquirieron sentido. Quizás demasiado.

Los vi despedirse entre abrazos, lágrimas y promesas. Los vi retroceder hacia la Puerta Roja para irse cada uno por su lado, abriendo esa fisura tan trágicamente necesaria entre adultos y jóvenes, entre progenitores y descendencia. Y supe que las cosas nunca serían igual que antes. No para mí, que tenía que seguir cuidando de mis niños hasta que los adultos los necesitasen. Y puedo poner una mano metafórica en el fuego a que tampoco para los padres.

Por muy petrificados que estén sus corazones tras tantos años de guerra, estoy seguro de que este encuentro tuvo que dejarles alguna huella.

Sí, las civilizaciones humanas surgen, disfrutan de un periodo de esplendor y caen invariablemente, volviendo al óxido del que surgieron. El ser humano intenta expandirse, pero acaba irremediabilmente huyendo hacia atrás, hacia dentro, hacia ese inconsútil universo del ser al que la mayoría llama «alma».

Esa misma sensación de huída hacia dentro la tuve yo cuando los padres de los muchachos se fueron. Pensé que mis niños se habían quedado paralizados, cayendo en picado por un abismo que solo la mente humana (en concreto, la parte que gobierna los asuntos del corazón) entiende.

La soledad.

Tras rozar el cielo con los dedos, tras conseguir un atisbo de lo que siempre soñaron, volvían a quedarse solos.

Descongelé de mis archivos los tratados sobre psicología que me habían incluido cuando me programaron. Presentí que iba a necesitarlos, pues los siguientes meses, hasta que las aguas volvieran a su cauce, iban a ser difíciles.

Como rezaba un poema de la Vieja Era:

*Que refulja la noche, que agonice el día.
La luz caerá sobre nuestro juego,
una mentira oculta entre banderas,
un puñal hendiendo el pliego,*

un triunfo ardiendo en cobardía.

*De padres sobre hijos es la traición
de ratas y sinfonías un sueño.*

*De hijos contra padres la plegaria,
el brillo de una espada sin dueño,
de la esperanza la adversaria.*

*He aquí la pena de los hombres
que mancha su memoria de estrellas;
tristeza por el amor perdido,
oscuros sonos y perfidias bellas.
dolientes sinos que cobijan nuestros nombres.*

Sin embargo, sí que hubo un acontecimiento, una noticia inesperada que iba a hacer de espoleta para toda la frustración y el nerviosismo de los chicos. Y fue el destino que los días venideros le tenían reservado a Song.

La reunión familiar acabó abruptamente, tal y como el señor Hugo había vaticinado, pues de repente el intercom de los tres empezó a vibrar, y fueron llamados para regresar con urgencia al frente de batalla. Volaron los adioses, los hasta pronto, las mentiras. Los jóvenes necesitaban que ellos volviesen, pero Hugo y los demás tenían una guerra que librar. ¡Los Exth habían rebasado la atmósfera de la Tierra, estaban aquí mismo, en nuestra casa! ¡Habían llegado con sus cruceros de batalla y sus máquinas de destrucción!

La guerra interior, sin embargo, la que aconteció dentro de los muros del complejo Salmacis... estaba a punto de empezar. Quedó declarada con una simple frase, cuando Song volvió del encuentro con su madre con los ojos llenos de lágrimas, y anunció emocionada:

—¡Mi madre va a llevarme con ella!

Sus hermanos se quedaron paralizados.

Los padres se acababan de marchar por donde habían venido, con Azumi haciendo de guía gentil. La única que no se había ido aún era la madre de Song, que esperaba al otro lado de la Puerta Roja con su batallón de sanitarios.

Los cuatro muchachos se habían quedado solos en el bosque lineal. Y miraban a su hermana con los ojos aplastados por la perplejidad.

—¿Qué has dicho? —preguntó Goro.

Song, las mejillas ardiendo en rubor, se lo explicó. Le dijo entre sollozos que su madre estaba muy enferma, a punto de morir, y que si había venido volando hasta Salmacis era para verla a ella. Y algo más: ¡a pedirle que se fueran juntas! Song no lo

entendía, y dudaba que aquello tuviese una explicación razonable. Pero estaba encantada. Tan emocionada como asustada, sí, pero igualmente llena de alegría.

Era el sueño que todos llevaban esperando desde que tuvieron uso de razón: Eran como niños huérfanos que añoraban el día en que sus verdaderos padres aparecerían como caídos del cielo, para rescatarlos del olvido.

Para Song, ese día había llegado.

—Pero... ¿te vas, así sin más? —se asustó Shura.

—Bueno... sí, la verdad es que sí. Dice que es imperativo que partamos ya. No sé por qué, pero así es.

Shura sondeó sus ojos. En el rostro de Song había casi tanto miedo como expectación. Se le notaba que aún no había tenido tiempo para pensar en las consecuencias a largo plazo de lo que estaba diciendo. Cosas como que nunca volvería a ver a sus hermanos, por ejemplo. O que saldría sola a ese mundo exterior frío y peligroso que durante toda su vida les habían enseñado a temer.

Pero su hermana también se dio cuenta de otra cosa, y era que no había argumento o amenaza en este mundo que pudiera hacerle cambiar de idea. Song se marcharía, quisieran ellos o no, y no volverían a verla jamás.

Lo que más le preocupó a Shura (y a sus dos hermanos) era que en el fondo se alegraban por ella. No intentarían retenerla. Sí, llorarían y protestarían y patalearían si tenía que irse, y la echarían muchísimo de menos durante los meses o años posteriores, pero no iban a impedirselo.

—¡Pero tienes tantas cosas aquí, cosas que te pertenecen! —exclamó Shura—. ¿Y... y tu ropa? ¿Y tus útiles de entrenamiento?

Song sacudió tristemente la cabeza.

—Se quedarán aquí, como...

Los demás oyeron el final de la frase.

Como vosotros.

—O sea, que este es el final —dijo Goro. Estaba pálido como un cadáver.

—No es un final —objetó Song—. ¡Es mi comienzo! Todo empieza ahora, hermano. Todo.

—Lo sabemos —dijo Shura, abrazándola con ternura—. No sé cómo decirte adiós. No nos han enseñado palabras para esto.

—Bastará un beso —lloró Song, abrazándolos con fuerza a los dos. Luego buscó al tercer hermano, pero Layn se había apartado de ellos. Estaba escondido entre dos árboles, manipulando su consola de computación (el regalo que más le había gustado de su decimotercer cumpleaños, y que aún conservaba como si fuera nuevo)—. ¿Layn, no vienes?

—Espera, Song, hay algo que no va bien... —murmuró el joven, su voz tan etérea como una estela de vapor. Estaba nervioso, como si en el aire flotara la insinuación de un desastre.

Song iba a consolarlo (porque estaba claro que lo que necesitaba era eso; Layn

siempre había llevado muy mal las malas noticias) cuando la Puerta se abrió de par en par.

Los cuatro la miraron con espanto. Esta vez no había adultos al otro lado, sino un pasillo vacío, una invitación callada.

Song supo que era para ella.

Contemplaron el pasillo de los sueños prohibidos. Cuántas veces habían imaginado esa misma situación: la infranqueable puerta abierta, el futuro esperándolos al otro lado.

Por fin se había hecho realidad. Pero la sensación era agri dulce, una insondable mezcla de felicidad, resignación y angustia. Euforia sazónada con terror puro. Y el *miedo*, claro: esa especie de alarma animal que surgía sin previo aviso, cuando uno menos la esperaba.

Un enfermero apareció al fondo del pasillo, haciéndole una señal a Song. Era hora de partir.

La chica miró a sus hermanos. Los acontecimientos se estaban precipitando a tal velocidad que era más largo describirlos que vivirlos.

—No tengo... más remedio que... irme ya —lloró.

Goro la besó en la mejilla.

—Lo sé. Vete, venga, no lo alargues más.

—Pero...

—Hazlo, es ahora o nunca —la apremió Shura, dos ríos de lágrimas colgándole de las pestañas—. Este es tu momento. ¡Vive!

—¡Y acuérdate de nosotros! —apostilló Goro, haciendo un esfuerzo titánico para contener las lágrimas.

—¡Esperad! ¿Es que no me escucháis? —gritó Layn; una cólera roja brillaba en su frente—. ¡Hay algo que no está bien!

Entonces enmudeció, porque un ojo mecánico surgió del techo y apuntó directo hacia él. Una cámara de seguridad. Sus gritos habían llamado la atención del Ordenador Central, que se estaría preguntando con curiosidad qué diantre pasaba.

Layn apagó su consola y adoptó un aire severo. Fuera lo que fuera lo que le carcomía por dentro, tenía miedo de decirlo en presencia de aquella cámara.

—Adiós —murmuró Song, y atravesó la Puerta.

Al fondo del pasillo estaban Azumi, sonriente a más no poder, y uno de los impersonales sanitarios con la cara cubierta por una especie de máscara antigás.

Song caminó hasta llegar a su lado, su hermosa túnica tirando de ella como un perro preocupado por su amo. La luz que procedía del fondo del pasillo hizo que su pelo azabache quedara esmaltado en cobre, y que sus pupilas se confundieran con el iris. Su rostro juvenil, acosado por el destino, parecía más inexpresivo que cualquier otro semblante humano.

El crujido de la puerta al cerrarse detonó en el aire como un contundente punto y aparte.

La cosa salió mejor de lo esperado. Claro que lo peor para los chicos vendría esa noche, o al día siguiente, cuando intentaran aferrarse a la lógica de ideas perdidas. Cuando al sentarse para desayunar notasen la ausencia de su hermana, el vacío dejado por alguien a quien querían y que no volvería jamás.

El señor Hugo y la señora Fath regresaron en la lanzadera a su nave nodriza, que capitaneaba el general Trevold. La única que permaneció en la superficie del planeta fue la señora Denali, a la que llevamos hasta el Domo 7, las instalaciones médicas destinadas a realizar el protocolo. Allí, la pequeña Song y su madre encontrarían al fin su destino.

Pero mientras tanto, nuestra vida cotidiana tenía que proseguir.

El que más me preocupaba era Layn. Los otros dos del cuarte... no, trío, ahora eran un trío... los otros dos del trío lo asumieron con gran dolor, pero lo asumieron. Por lo que le contaron a Azumi durante las horas posteriores a la marcha de Song, lo percibían como algo inevitable, algo que tenía que suceder un día u otro. Y que en el fondo soñaban con que algún día les pasase a ellos.

Layn no. Había algo en ese muchacho que me escamaba. Era como si se negara a admitir lo sucedido y buscara cobijo en alguna fantasía interior. No paró de advertirles a sus hermanos que algo raro estaba pasando, y para colmo trató de hacerlo en secreto, dejándonos a Azumi y a mí al margen. Pero yo tenía mis recursos.

De la manera más disimulada posible, traté de enfocar sobre él todas mis cámaras y mis micrófonos. Ya que Layn no quería sincerarse con Azumi, espiarlo fue la única manera que se me ocurrió para tratar de averiguar qué le pasaba, por qué le había afectado de esa forma tan extraña la partida de su hermana. Entiendo que para la psique humana la pérdida de un familiar es algo muy severo, y que cada cual la afronta a su manera, pero esto chocaba de frente con cualquier análisis psicológico practicado en Layn.

Él, sencillamente, no era así.

En un determinado momento, dejó de incordiar a sus hermanos con su paranoia y se encerró en su cuarto a hacer lo que más le gustaba: trastear en el taller. Permaneció allí varios días, buceando en sus pensamientos. Tranquilo como un niño autista rodeado de estímulos.

Yo me quedé más calmado, y apunté para más tarde una tarea en la lista de quehaceres de Azumi: Hablar con Layn para intentar calmarlo, para que fuera volviendo lentamente al redil y no empeorara la situación.

El adiós es el adiós, es triste reconocerlo... pero la vida sigue.

Ah, por cierto: la señora Fath ordenó desconectar a Azumi en cuanto acabase la reunión.

Goro localizó a Shura en el primer anillo de Salmacis, el más interior. El que les había servido como guardería cuando eran bebés. Aunque sus puertas siempre habían estado abiertas, ya casi nunca lo visitaban.

La muchacha estaba deprimida, sentada junto a la cuna que había pertenecido a su hermana. No hacía nada, solo estar allí, ocupando un hueco que de otra manera estaría vacío.

Goro se apoyó en la cuna acristalada.

—Venga, no estés así, por favor.

—¿Así cómo? ¿Triste? —preguntó ella—. ¿Y cómo quieres que esté? Como comprenderás, no me voy a poner a dar saltos de alegría.

—Ni lo pretendo. Pero si dejamos que los demás se derrumben, nosotros acabaremos derrumbándonos también.

—Pues vete a consolar a Layn —dijo de mala gana—. Estoy bien sola.

—No, no lo estás.

—¿Y tú qué sabrás? ¡A ti te queda todavía un hermano!

Goro comprendió lo que estaba sucediendo. No era solo la pérdida de Song lo que estaba afectando a Shura. Bueno, sí que era eso, pero el problema tenía una raíz distinta.

Ella sufría la pérdida de manera distinta a sus hermanos. Al fin y al cabo, la otra única mujer real del grupo, Song, era la que se había ido. Goro y Layn, los dos varones, seguían estando juntos. Entre hermanos del mismo sexo se establecía una conexión y un nivel de camaradería que tenía un carácter único y que era imposible de trasladar a los del sexo opuesto. Sí, estaba Azumi, claro... pero era un androide. Un ser artificial. Y por muy maternal que fuera estaba situado a un nivel superior en el escalafón de Salmacis. Con ella podían hablar, y jugar, pero jamás sería una confidente para los más profundos secretos.

Shura se sentía desolada porque había perdido a la otra mujer que había en su pequeño mundo. Y Goro, aunque no podía ni empezar a imaginar el alcance de su dolor, empezó a entenderlo.

Le acarició el cabello con ternura.

—Lo siento. De veras.

—Déjame en paz. —Shura seguía malhumorada.

—Lo haré, pero tal vez sea eso lo que esperan de nosotros, ¿lo has pensado? Que acabemos odiando algo.

—Tal vez ya lo odio.

—Tal vez te odias a ti misma, Shura.

Goro la dejó sola con sus pensamientos y se fue a buscar a su hermano. Quizás, para comprender aquello por lo que estaba pasando Shura, debía imaginarse a sí mismo

perdiendo a Layn. Perdiéndolo para siempre. ¿Qué pensaría entonces? ¿Estaría tan desolado como ella? De llegar ese terrible momento, ¿cuál de los dos estaría recostado sobre la cuna del otro?

Entre Goro y Layn nunca había habido un contacto tan estrecho como entre las dos chicas. Ambos bastante territoriales y en cada uno estaba en las antípodas de las preferencias personales del otro. Uno era activo y dinámico, extrovertido, luchador. El otro prefería los silencios de su mundo interior, la belleza del descubrimiento, la calmada euforia de la experimentación. Se querían, por supuesto, pero Goro se había inventado insultos en su lengua secreta (de la que Azumi apenas había llegado a arañar la superficie, y que había comenzado con aquel gracioso «chuck chuck» que se había inventado Layn) solo para encasquetárselos a su hermano. Se burlaba de él como los fuertes se suelen burlar de los débiles, aunque solo fuera (antes de este año no lo había comprendido, pero ahora sí) para marcar su territorio ante las hembras.

Goro quería a Shura. La amaba, como se ama a quien ha constituido todo tu mundo desde que eres niño. Y la necesitaba. Necesitaba que rellenase el agujero en su corazón que había dejado la partida de Song. Si tan solo pudiera hacérselo comprender...

—¡Eh, chissssst, ven! —llamó una voz, en susurros.

Goro miró a su alrededor.

—¿Qué?

—¡Aquí, ven, rápido! —chistó la voz. Era la de Layn.

Extrañado, Goro se acercó a la puerta de los inodoros. La mano de Layn le hacía gestos apremiantes.

—Tío, ¿qué porfaluas te pasa?

—¡Ven, pasa rápido! ¡Y cierra la puerta!

Layn y él se encerraron en uno de los inodoros, apretujados entre las estrechas paredes. Layn tenía su sempiterno terminal de juegos informáticos en la mano, aunque esta vez le salían cables y trastos llenos de lucecitas por todas partes, unos adminículos que Goro no había visto nunca.

—¿Pero qué te pasa, estás loco o qué?

—¡Shhh! ¡No hables tan alto! —Los dientes de su hermano chirriaron—. ¡Podría descubrirnos!

—¿Quién?

—¡Azumi!

Goro parpadeó, perplejo.

—¿Nos estamos escondiendo de Azumi? ¿Por qué?

—Porque es una unidad independiente de él. No puedo controlar su interfaz de entrada de datos y si nos descubre se chivará.

—¿Se chivará a quién?

—¡Al Ordenador!

Goro se frotó los ojos, cansado.

—Ya estás hablando otra vez en tu idioma incomprensible. Mira, será mejor que vayamos al comedor. Es casi la hora del almuerzo...

—¡No, espera, hay algo muy importante que tengo que enseñarte!

Los dedos de Layn volaron por la consola. La pantalla se llenó de cuadros, flechas y símbolos en un código misterioso que Goro ni podía ni quería comprender. Sería el extraño lenguaje que empleaban las máquinas para entenderse unas con otras, imaginó. Y por absurdo que pareciera, conociendo a su hermanito tampoco le extrañó que él lo dominase.

De pronto, la cara de Layn cambió. Hasta ese momento había estado tenso, como si ocultara algún secreto terrible que no pudiera contarle a nadie, ni siquiera a Azumi. Y se le notaba tremendamente asustado por poseer ese secreto. Pero de repente el nerviosismo fue sustituido por una grave premura, la intención de contarle algo que podría significar un cambio terrible para todos, aún más que el hecho de perder a Song.

—Si te cuento algo, ¿me prometes que guardarás el secreto? —le preguntó con mayor seriedad que nunca antes en su vida.

Goro se asustó solo de mirar en las profundidades de aquellos ojos de pupilas dilatadas. Algo lo miraba a él desde el otro lado, desde el abismo. Un terror sin nombre.

—Ssss... sí. Supongo que sí. ¿Pero qué...?

—Cállate y atiende, porque es *muy* importante que lo comprendas. Y no se te ocurra decírselo a Shura todavía. Se lo contaré cuando llegue el momento, ahora está demasiado descentrada.

—Y que lo digas... pero un momento. —Goro se alarmó—. Antes dijiste que estábamos escondiéndonos de Azumi y del... ¡del Ordenador!

—Así es.

—¿Cómo es posible?

La idea misma era absurda. Intentar burlar la vigilancia del Ordenador era como esconderse bajo una piedra para tratar de que no te viera Dios.

—Lo es cuando sabes cómo funciona el Complejo —dijo Layn—. Verás, Goro, ahora no tengo tiempo para explicártelo todo. Es una historia que viene de muy antiguo, de cuando Azumi me regaló mi primer transductor de hiperondas.

—Pero eso fue... cuando tenías...

—Siete años, sí. En aquella época, jugando con los circuitos, hice un descubrimiento sorprendente del que no os hablé a ninguno, y mucho menos a Azumi. Si ella se hubiese dado cuenta de lo que yo estaba haciendo, de lo que aquel simple juguete me permitió descubrir... habría cerrado mi taller para siempre. Y jamás me habrían dejado seguir estudiando ciencias aplicadas.

Goro se sentó en la taza del inodoro. Se sentía realmente agotado por todo lo que había pasado y por las idas de olla de sus hermanos, tanto las emocionales como las científico-conspirativas. Y para colmo le estaba rugiendo el estómago. Solo quería ir

a comer y a echar una siesta.

—¿De qué descubrimiento se trataba? —le siguió el juego. Cuando antes llegasen a donde Layn quería llegar, antes se quitaría al pelma de su hermano de encima.

Goro vio a Layn debatiéndose con una duda interior, con las palabras a punto de salir pero con un terrible miedo a las consecuencias si lo hacía.

Al final encontró el valor necesario. Y dijo en un hilo de voz, como si temiera que el mismo aire lo escuchase:

—Averigüé cómo funciona el Complejo Salmacis. Y el Ordenador.

El mundo se ralentizó tras esa afirmación.

Hasta la gravedad pareció pulsar con más fuerza sobre los hombros de los dos muchachos.

Al cabo de un minuto entero, un minuto de perplejidad y latidos entrecortados, Goro preguntó:

—¿Qué acabas de decir?

—Lo que has oído. Sé cómo funcionan las máquinas del Complejo. Ya te digo que es una historia muy larga, y que me llevó años, pero empezó aquel día con aquel juguete. El Ordenador me permitió construirlo porque tiene controladas todas las emisiones de radio y de hiperondas dentro de los muros del Complejo, pero... —Layn estaba emocionado al contarle todo aquello. Y aliviado también, como si por fin se estuviese quitando un peso de encima, algo que estaba carcomiéndole por dentro desde que era un niño—. Pero no se dio cuenta de un detalle. Cuando Azumi estaba cerca del transceptor de hiperondas, su... cómo decírtelo... su pensamiento provocaba alteraciones. Era como si la radio se quemase con estática cuando ella pensaba en algo, cuando tomaba una decisión consciente... o cuando alguien, o algo, le transmitía una orden directa al cerebro. Ese algo —concluyó con orgullo— era el Ordenador Central.

Goro se puso en pie. Dadas las angostas dimensiones de aquel baño, su nariz quedaba a muy pocos milímetros de la de su hermano.

—¿Has hallado una manera de espiar al Ordenador? ¿De colarte en su sistema maestro? ¿Y por qué nunca nos lo dijiste?

—Porque tenía miedo. Y porque no podía fiarme de vosotros —confesó Layn—. Si a alguno se os iba la lengua y Azumi lo descubría... quién sabe lo que podría habernos pasado. A mí y a todos vosotros.

—¿Pero por qué ahora? ¿Por qué me lo cuentas?

Layn ocupó su sitio en el inodoro, mostrándole a su hermano mayor los gráficos que desfilaban por la consola.

—Aquí estamos a salvo porque he programado una subrutina de despiste en el sistema de cámaras. De hecho, el Ordenador cree que me está espiando en mi taller, y que estoy allí ahora mismo trasteando con mis cachivaches. —Sonrió. La cara de pasmo de Goro no tenía precio—. Pero no tardará en darse cuenta de que es un truco. Por eso tenía que avisaros cuanto antes. Tenemos que ponernos en marcha, los tres,

antes de que sea tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para Song. Corre un gravísimo peligro. No me di cuenta hasta ayer, hasta que nos visitaron nuestros... vamos a llamarlos así, «padres». Porque había ciertos bloqueos muy poderosos en la memoria del Ordenador que jamás fui capaz de traspasar. Pero ayer esas barreras se relajaron, porque Salmacis tuvo que desbloquear información sobre los adultos y sobre el protocolo que van a aplicarle a Song. En ese momento aproveché para colarme «dentro».

La columna vertebral de Goro se tensó como una cuerda de acero.

—¿Song está en peligro? ¿Por qué?

—Hermano, ¿sabes todo eso que nos han contado desde que somos niños sobre el propósito de este Complejo, sobre *nuestro* propósito en la vida, sobre nuestros padres y lo que iba a pasar cuando al fin vinieran a buscarnos?

—Sí, claro...

La boca de Layn se convirtió en una raya blanca.

—Pues es todo mentira.

LIBRO SEGUNDO

VI

ST-321

Desde la ventanilla de la lanzadera podían ver el Complejo Salmacis mientras se elevaban.

Hugo C'mill contempló con preocupación sus cúpulas estropeadas, la telaraña de desvencijados puentes que las conectaban y lo que en tiempos, mucho antes de que los Exth inclinasen el eje de rotación de la Tierra provocando una glaciación masiva, fueron inmensos jardines, ahora hectáreas de nieve. El Complejo había vivido mejores épocas, de eso no cabía duda, pero como todo en este planeta (como el planeta mismo, en realidad) su garantía había expirado. En lugar de una estación plenamente funcional, parecía el cadáver de una antiquísima factoría ahogado en un mar de hielo.

La lanzadera los devolvió a la nave nodriza en pocos minutos, pero tanto él como la señora Fath y el general Trevold sabían que no viajarían lejos. El aviso de llegada de los Exth a la órbita terrestre había supuesto una sacudida para las fuerzas de defensa planetarias. No era la primera vez que el enemigo lograba penetrar en la atmósfera del planeta madre (ni, se lamentaba Hugo, sería la última), de hecho llevaban haciéndolo esporádicamente desde que Hugo era niño. Pero en esta ocasión habían traído con ellos una fortaleza residente.

Eso significaba que pensaban quedarse.

Mientras volaban al encuentro con el resto de la Armada, Hugo estudió concienzudamente el organigrama de batalla: La fortaleza había amerizado en medio del Mar Negro, y menos de diez minutos después el cielo ya se había cubierto de nubes. La planicie congelada que era ese pequeño mar se derretía a ojos vista, abriéndose en círculos astillados en torno a los Exth. Era una costumbre del enemigo que Hugo había tardado en comprender, hasta que un mal día en que perdieron cientos de Mirmidones en un ataque vislumbró la inteligencia detrás de la estrategia.

Los Exth podían defenderse de todo lo que los atacara desde arriba, bien fueran aviones o naves desde órbita, gracias a sus poderosos escudos energéticos. La única forma de aniquilarlos era tomar sus bases por tierra, lo que justificaba los ataques con Mirmidones y brigadas de tanques. Pero si se plantaban en medio de un mar o de un lago grande, podían mantener a raya el líquido con sus campos de fuerza y convertir la masa de agua en un mecanismo defensivo. Eso hacía que los Mirmidones no pudieran llegar hasta ellos, a menos que caminaran directamente por el fondo del mar, lo que los convertía en presas lentas y fáciles.

Otra opción era atacar mediante flotas de barcos, pero la glaciación que había sobrevenido tras la variación del eje planetario dejó a la totalidad de las flotas navales terrícolas varadas en el hielo, y eso los Exth lo sabían. Los derelictos apresados por la inmensa llanura helada que rodeaba Salmacis eran prueba de ello, del fracaso del

poder naval ante el embate de la Naturaleza.

Pero había formas de llegar hasta ellos. Arriesgadas pero potencialmente efectivas. Y Hugo tenía unas cuantas ideas que pensaba poner en práctica en cuanto la nave de desembarco les dejara frente a la base enemiga.

—¿Qué opinas? —preguntó la señora Fath, sacándolo de su concentración.

Hugo elevó la vista del panel de estrategia. Le chocó cuán diferente era Fath ahora que estaba de uniforme y rodeada de más militares, a la noche anterior en la que habían hecho el amor en baja gravedad. Cuando estaban bromeando desnudos entre sábanas que parecían cortinajes de teatro flotantes, y él dijo «creo que en el fondo pretendes que interprete a una figura paternal», a lo que ella respondió «entonces acabamos de cometer incesto».

—¿Respecto a los chavales?

—A los Ecos, sí. Es mejor que empecemos a llamarlos por su nombre.

—Estoy de acuerdo —murmuró Hugo—. La experiencia de hablar con ellos ha sido... extraña. Embriagadora. Desde luego, no esperaba que fuera así.

—¿Cómo te sientes?

Los hombros de Hugo se elevaron muy lentamente, yendo al encuentro de una expresión de duda.

—Pues... no sé qué decirte, la verdad. Confuso. Desde que los Ecos nacieron he leído informes sobre ellos, sobre su crecimiento y sus capacidades mentales. Pero aunque sabía que eran niños normales, no esperaba que...

—Que hablar con ellos los hiciera tan humanos a nuestros ojos —completó Fath, como si ella sintiera lo mismo—. Ya me habían dicho que esto podría pasar, que al reunirnos cara a cara dejáramos de verlos como meras estadísticas en un informe, para empezar a tratarlos como seres humanos. Pero no lo son, Hugo. No lo sientas.

—Y no lo hago. Pienso en ellos como meros experimentos de laboratorio. ¡Ecos! Eso lo tengo clarísimo. Lo que no comprendo es que si existe tanto riesgo de que esta... piedad, si quieres llamarla así, pudiera surgir en nosotros... ¿por qué insistió tanto el Ordenador en que viajáramos al Complejo? ¿Por qué no seguir viéndolos como números en un papel?

La señora Fath bajó la voz cuando un grupo de oficiales pasó cerca, y simuló estudiar el plano de batalla.

—Ya lo sabes. Por el mismo motivo por el que les enseñamos a hablar, les damos una educación y los tratamos con el máximo cariño y amor que pueden dar las máquinas. ¿Nunca te has preguntado por qué, si lo único que queremos son sus cuerpos y su masa encefálica, no nos limitamos a dejarlos dormidos durante sus primeros quince años de vida? ¿O a mantenerlos al mismo nivel cognitivo que una oveja, sin enseñarles a hablar o a desarrollarse como seres humanos? ¿No te has preguntado por qué les enseñamos lo que es el amor?

—Porque el protocolo Salmacis exige que sus cerebros evolucionen hasta un nivel óptimo, tanto cognitivo como emocional, o el barrido de memoria no funcionará

—dijo Hugo—. Eso lo sé. Por eso ven el amor como lo que realmente es, un ser sombrío, profundo y tenebroso, como en esas viejas obras de teatro japonesas. Pero te daré los planos para la invasión secreta si logras quitarme esta desazón.

—No puedo. Es lo peor que tiene este experimento. Nos vemos obligados a ser crueles con ellos, criándolos como si fueran niños de verdad cuando lo más piadoso sería reducirlos al nivel de bovinos. Que pastaran en sus campos de comida humana hasta que un día los necesitáramos, sin crecer intelectualmente ni preguntarse por los misterios de la vida. Deberíamos tratarlos como salvajes desnudos que nada supieran del mundo, abandonados a sus instintos y a una existencia ignorante.

—Así me he sentido yo muchas veces.

Fath lo miró de medio lado.

—¿Como un salvaje desnudo? Eso lo fuiste el otro día en mi camarote, y te aseguro que no fue como para sentirse avergonzado...

—No bromees. Hay veces en que me siento como un salvaje ignorante. Quizás sea herencia de mi padre, que solo me enseñó a odiar a los Exth. Pero en ocasiones pienso que solo sé luchar, matar a enemigos a los que ni siquiera he visto.

—Ahora que lo mencionas, a mí también me pasa. De vez en cuando.

Hugo lanzó una risita curiosa.

—¿A ti? Anda ya. Eres genial, una mujer que domina muchas disciplinas. No solo eres guerrera, sino también bióloga, estratega, experta en xenolingüismo... un tesoro para la humanidad. Si esta guerra se acabara mañana, tendrías mil cosas a las que dedicarte. Yo solo sé matar Exth.

Fath no le dio la razón, pero tampoco se la quitó. Sustituyó su opinión por un encogimiento de hombros.

—¿Entonces... crees que es inhumano criarlos como personas, Fath? —Hugo regresó al tema principal—. Es raro... no me lo había planteado nunca.

—Claro que lo es, si es que su destino final va a ser...

La señora Fath no pudo acabar la frase porque una alarma avisó del ataque en la nave nodriza. La inmensa panza de esta se abría como una madre cariñosa para recibirlos en su seno.

Los dos se sentaron en los divanes de seguridad y se ataron el cinturón.

—Debes referirte a ellos igual que antes, Hugo: Son Ecos. Seres inferiores a ti, herramientas para tu supervivencia. Ahora que los has conocido, no te encariñes con ellos, y menos aún con tu «hijo». Si lo haces estás perdido.

—Llevo perdido muchísimo tiempo, querida. Esto no hace sino añadir un par de paredes más al laberinto.

La mirada de Hugo se perdió por la ventanilla, con aquel hermoso claro de Tierra sobre el que asomaba la sandía brillante del Sol. Su silencio hablaba por él, diciéndole a Fath que entendía lo que estaban haciendo, aunque ahora, al conocer a Goro, lo entendiera menos.

Una imagen le vino a la cabeza, una que no recordaba desde hacía décadas. Un

paisaje perdido de su niñez: él mismo en una casa solitaria, tras el histórico primer ataque de los Exth, aguardando a que su madre regresara con las raciones de emergencia que repartía el ejército, y con las que crecieron tantos niños de aquella época. Recordó al mendigo, el de la pierna amputada, que siempre jugaba con él a luchar con espadas de madera.

No fue hasta muchos años después que la cirugía mental, al romper los bloqueos de memoria de los Exth, le permitió recordar quién era en realidad aquel mendigo y por qué lo quería tanto.

El día en que los bloqueos mentales cayeron, Hugo lloró más que nunca; más profunda y melancólicamente de lo que lo había hecho jamás ningún hombre. Y se prometió a sí mismo que les haría pagar a los Exth lo que habían hecho. Pagar por todas las muertes, por todas las familias rotas... y por todos los mendigos, antiguos soldados de cerebro lisiado, que ni siquiera se acordaban de que tenían hijos.

Lo que nunca le dijeron fue que para lograr su venganza tendría que convertirse en algo casi tan cruel como los Exth. Una pieza más en un juego donde tanto hombres como alienígenas formaban parte de la misma broma del circo cósmico.

No eran bromas independientes, sino distintas actuaciones de un mismo payaso.

LOG 88901

Aquí está pasando algo muy raro.

Siguiendo con mi hebra de pensamiento sobre el bienestar de los chicos, y tras fijarme en concreto en Layn (el chico estaba tan calmado e introspectivo en su taller que me llegó a preocupar), envié a Azumi para que hablase con él. Algunos humanos somatizan su dolor no de forma expansiva, hacia el exterior, sino de manera implosiva, recluyéndose en el fondo de sí mismos. Eso a la larga puede crear problemas, por eso intenté que Azumi se convirtiera en su ancla, en un hombro en el que llorar si lo necesitaba, para echar fuera todo el dolor.

Pero cuando la androide tocó en su puerta, el chico no respondió.

Sabía que estaba dentro por las cámaras, aunque me habría sido mucho más fácil localizarlo si en el diseño de los muchachos se hubiese incluido un detalle que pedí en la junta de la Homogeneidad. A saber, que se les hubiera implantado un sencillo transceptor en alguna parte de su cuerpo. Gracias a esa señal habría podido triangular su posición en cualquier momento dentro del Complejo. Pero los corpócratas se negaron, alegando problemas de seguridad. Que si los Exth lograban rastrear esa señal podrían localizar desde lejos la posición exacta de los niños y enviarles un misil para matarlos, que si bla bla bla...

Pamplinas, pensé yo. Si el enemigo lograra acercarse tanto a este Complejo como para lanzar un misil, no perdería tiempo apuntando. Bastaría con cargarlo con una cabeza nuclear y ¡zas!, se borra la instalación entera de la faz de la Tierra, con los

chicos dentro. Y punto. ¿Para qué andarse con chiquitas? Sin embargo, la Homogeneidad no lo vio así, y yo no soy nadie para andar discutiendo sus decisiones.

Por eso no podía estar seguro de la localización exacta del muchacho. Y cuando abrí la puerta para que entrara Azumi, me encontré con algo que no me había sucedido en quince años de computación.

Lo que me decían mis sentidos y lo que sucedía dentro de la habitación eran dos cosas distintas. Azumi no veía al joven, a pesar de que yo sí. Al principio pensé que era un fallo de su sistema óptico, pero cuando le ordené que fuese hasta donde yo sabía que estaba Layn y lo tocase...

Su mano lo atravesó.

Era una ilusión, y como disponemos de procesadores distintos (aunque yo podía «engancharse» con su señal óptica cuando quisiera, para ver exactamente lo mismo que ella), Azumi no la percibía y yo sí.

O sea, que el fallo estaba en mis ojos, no en los suyos.

Lo primero que hice fue eso, enganchar su señal de vídeo. Tuvo que ser algo muy parecido al pánico lo que sacudió mis circuitos cuando la silla que ocupaba el joven se reveló vacía, y los enseres que con tanto afán manipulaba aparecieron dispuestos pulcramente sobre la mesa.

Esto jamás había ocurrido antes. La realidad que yo percibía a través de mis ojos y oídos en el Complejo siempre era real, valga la redundancia. Mis sistemas de procesamiento de imágenes jamás se habían equivocado hasta el punto de asegurarme que un Eco estaba en un lugar, para luego ser mentira. Era insólito. Y terriblemente preocupante.

No tardé ni dos microsegundos en dar la alarma. Un aviso de peligro fue enviado a la sede de la Homogeneidad, sita en otro continente. Aunque, teniendo que soportar la clásica lentitud de respuesta de los humanos, sabía que la respuesta tardaría en llegar. Mientras eso sucedía, fui activando los protocolos de emergencia.

Lo siguiente que hice fue revisarme a mí mismo, empezar un análisis completo de todo mi hardware y mi software lógico. Y eso, cuando hablamos de una IA de tercera generación, es decir mucho. Extrapolé una primera hipótesis, la más obvia: los Exth. Estaba sufriendo un ataque informático del enemigo. De alguna manera habían logrado traspasar los cortafuegos e introducir algún tipo de virus en mi sistema, cosa altamente improbable pero no imposible. Pero si era así, si estaban dentro de mi sistema...

Corté inmediatamente el enlace con el mundo exterior. El cable de fibra óptica con la sede de la Homogeneidad quedó destruido, y hablo de físicamente destruido, no operacionalmente. Una microcarga explosiva, preparada para estas eventualidades, detonó amputando el cable. También quemé la circuitería de las antenas de hiperondas (aunque, teniendo en cuenta lo poco fiables que estaban siendo mis sensores, sería mejor que enviara a Azumi o a algún otro robot a que lo comprobara in situ). Si existía aunque fuese la más mínima sospecha de intrusión en la seguridad

del Complejo, este debía quedar absolutamente aislado. Eso, por supuesto, dispararía la alarma en la central, y alguien vendría más tarde o más temprano a ver qué demonios pasaba.

O eso esperaba.

Con la cuarentena activada, lo siguiente era intentar ocuparme yo mismo del problema.

Di la alarma por los altavoces, llamando a los chicos al punto de reunión. Ellos sabían perfectamente qué hacer, llevábamos haciendo simulacros de emergencia desde que eran niños. Y lo imposible sucedió.

Ninguno acudió a mi llamada.

Eso sí que disparó todas las alarmas, las que quedaban por dispararse y las que solo existían en mi paranoica imaginación. Emergencia de grado uno, alerta total: los niños no estaban. Alguien los había secuestrado o quizá algo peor. Los dispositivos de emergencia del Complejo se pusieron en marcha.

Los Exth. Tenían que haber sido ellos, no cabía duda. ¿Quién si no iba a ser tan astuto como para introducirse en mi cerebro y ponerse a alterar cosas sin mi permiso?

Layn tecleo un nuevo comando de órdenes en la consola y la escotilla se abrió. Goro le devolvió la mirada de incredulidad.

—¿Qué... qué fázulas estás haciendo, si puede saberse? —Su voz tembló al ver cómo aquella esclusa de seguridad, que durante toda su vida había permanecido cerrada como si fuera un tatuaje en la pared, se dilataba en un iris metálico. Detrás, la oscuridad estaba tensa de luz: chispas, centelleos y destellos acuosos entretejían el silencio.

Layn les urgió a colarse por la abertura, a Goro y a su hermana Shura. No dejaba de lanzar miradas asustadas al fondo del pasillo, como si en cualquier momento pudiera aparecer un monstruo de esos de sus libros infantiles. Un monstruo como Azumi.

Cuando estuvieron dentro (no fue fácil convencerlos para que se deslizaran por el angosto túnel, en particular a Shura, que sabía aún menos sobre todo aquello que Goro), Layn tecleó otro conjunto de comandos y el iris se estrechó. La única luz que había en el túnel era la que brotaba de su terminal informática.

—Ya es hora de que lo sepáis —dijo—. Aunque recé porque las circunstancias fueran otras, pero en fin... no hay más remedio. Es lo que nos ha tocado.

—¿Quieres hablar claro de una vez? —exclamó Shura, colérica. Empezaba a pensar que su hermano, el rarito del grupo, se había terminado por volver loco de tanto bucear entre cables y circuitos.

—¡Shhh! —le urgió Layn, tapándole la boca—. ¡Si nos oye nos cogerá!

—¿Pero quién? ¿De quién fázulas hablas?

—¡De Azumi!

Ante la mirada que le lanzaron los otros, Layn tomó aire, cerró los ojos un momento e hizo una mezcla de pensamientos. Una mezcla de la que tenía que salir por lo menos una explicación, por absurda que sonara, o sus hermanos acabarían haciendo lo que el sentido común les dictaba, y saldrían del tubo para llamar a Azumi. Claro, era lo que él mismo haría en circunstancias normales.

Llamar asustado a mamá.

—Escuchadme porque no tenemos mucho tiempo —les ordenó—. Sé que lo que estamos haciendo os parecerá muy extraño, pero...

—¿Extraño? —rió Goro sardónicamente—. ¡Es un sinsentido! ¡Una locura!

—¡Claro que lo es! ¿Acaso crees que no lo sé? —estalló Layn, aunque su voz nunca superó el volumen rabioso de un susurro—. Yo... quería contároslo de otra manera... pero han sucedido demasiadas cosas y demasiado rápido para afrontarlo. Pero esta es la verdad: Song está en grave peligro, no os podéis ni imaginar cómo de grave.

Shura soltó una carcajada rota.

—Venga ya.

—¡Digo la verdad! Como os comenté antes, os he estado ocultando cosas desde hace años, a vosotros y a Azumi. —Los miró a los dos con gravedad—. Lo lamento mucho, pensaba decíroslo cuando estuviera seguro de que mis experimentos dentro del sistema eran realmente inofensivos.

—¿Experimentos?

Goro se frotó las sienes, aturdido.

—El muchacho, aquí donde lo ves, es capaz de colarse dentro del sistema principal del Ordenador —le dijo a su hermana—. Y lleva haciéndolo desde hace años, no te lo pierdas.

La cara que puso Shura no tenía precio. Era como si un soplido de viento cargado con toda la incredulidad del mundo se hubiese estrellado contra su nariz.

—Ssssí, es más o menos así... —confesó Layn—. ¡Pero no estaba haciendo nada malo! Solo quería saber cómo funcionaba de verdad el lugar donde vivimos. Nos han enseñado a ser curiosos, ¿no? Azumi misma nos lo ha dicho muchas veces desde que nacimos: «la curiosidad es la madre del intelecto».

—¡Sí, pero de ahí a violar la norma más básica de seguridad...! —explotó su hermana.

—Por favor, cállate y escucha. —Layn decidió ir directo al grano porque si no, Song acabaría por marcharse para siempre. Le contó lo mismo que le había dicho a Goro sobre cómo empezó su interés por el Ordenador.

Cómo había descubierto por casualidad la señal transponedora de Azumi, y cómo la había seguido hasta su fuente para terminar abriendo una «ventana» con el Ordenador.

—Una ventana que no pudo ser más ancha hasta hace unas horas por los densos... eh... «cortafuegos» del sistema (leí esa palabra en uno de los archivos

ocultos, y me gustó). Pero logré traspasarlos por fin cuando el Ordenador los retiró — explicó Layn—. Durante el último año me he movido como un fantasma por dentro de la máquina, sin hacer daño ni tocar lo que no debía. Era un visitante que solo quería pasar inadvertido y aprender cosas. Así fue como leí archivos, muchos de los cuales nunca estuvieron destinados a nosotros. Había toneladas de información, ¿entendéis?, datos que el Ordenador no tenía previsto compartir jamás.

—Eras un... un... gusano. —La palabra que Goro notó que faltaba en su vocabulario empezaba por «E». Y por no tenerla tuvo que buscar ese símil.

—Pero nunca le hice daño al sistema —juró su hermano—. Aprendí algunos trucos graciosos, como hacer que el Ordenador me viera donde yo no estaba en ese momento, cambiar el menú de la semana si no me gustaba lo que había... cositas así.

Shura sacudió de un lado a otro la cabeza, reprobadoramente.

—Ahora entiendo por qué nos hartamos a coliflor tantos viernes seguidos... Sabes que *odio* la coliflor.

Layn rehuyó su mirada, avergonzado, y siguió hablando:

—Pero ayer, cuando se fue Song... reconozco que me sentí destrozado. Mi forma de enfrentarme a eso fue sumergirme en mis máquinas, para que las viejas fórmulas matemáticas me dieran consuelo. Eso es lo único que parece inalterable en el universo. Entonces... se me ocurrió intentar algo que jamás se me había pasado por la cabeza: seguir el rastro de Song por la memoria del Ordenador.

»Era una idea idiota, pero se me ocurrió que podría funcionar si me aproximaba lo máximo posible a los cortafuegos sin llegar a activarlos. Usé todos los trucos que conozco, todo lo que he aprendido sobre la... bueno, sobre la arquitectura interna del Ordenador, para que lo entendáis. Así fue como llegué al archivo ST-321.

—¿Qué es eso? —preguntó Goro.

Layn permaneció en silencio unos segundos, boqueando como un pez. Era como si cien modos distintos de entregarles aquella información le estuviesen viniendo a la mente, y no acabara de decidirse por ninguno.

Entonces les entregó la consola, pulsó un botón y dijo:

—Es mejor que lo leáis vosotros mismos.

Goro y Shura dejaron caer la vista sobre aquel montón de letras y números. Allí, escondido entre signos estafalarios y lo que parecía una ristra caótica de dígitos, había un mensaje:

YSD31068493G&&/900182354736

EXT. %1228 SIG&& 56009-1336

INPUT

INPUT

%% CARTA AL COMITÉ FECHA (\$657890&/INTRO-DESC/)%%

%% LLEGADA DEL GRUPO ARNICO DE CONTROL AL COMPLEJO. ATERRIZAJE

INMINENTE. PERSONA DENALI (/&CODEC-64HH789//) EN ESTADO CRÍTICO DE

DETERIORO. TIEMPO ESTIMADO DE SUPERVIVENCIA: INFERIOR A CINCO HORAS.
ESTADO CRÍTICO. NECESIDAD INMINENTE DE ECO GENÉTICAMENTE
COMPATIBLE PARA TRANSFERENCIA MENTAL Y BORRADO DE MEMORIA. PREPARAR
SUJETO ECO «SONG» (/CODEC-64HH789-B/) PARA PROTOCOLO SALMACIS. //
TRANSFERIR.
YSD31068493G&&/90018849002GYHOUTOUTOUT

Goro y Shura paladearon el silencio y la estupefacción que siguió a la lectura. No habían entendido bien lo que Layn les había mostrado, y así se lo dijeron.

—¿Es que no lo veis? —se exasperó el joven—. No, claro, no podéis verlo porque no habéis leído los anexos a este mensaje. En fin, os lo resumiré: Le van a borrar la mente a Song para implantarle otra distinta. La van a «vaciar» totalmente para rellenarla después con... con otra cosa.

Goro se estremeció.

—¿Has dicho *vaciarla*? ¿Cómo?

—Le van a limpiar el cerebro, Goro. Se lo borrarán hasta dejarlo seco como una uva podrida. Todo lo que fue... lo que *es* Song —se corrigió a sí mismo— desaparecerá. Será como si nunca hubiese existido. La van a matar, a todos los efectos, aunque su cuerpo seguirá con vida, sano y dispuesto para recibirla a ella.

Shura estaba temblando. Temblaba de verdad, de pies a cabeza.

—¿A quién?

—A su madre. La señora Denali se está muriendo, ya lo visteis. A eso es a lo que se refiere el mensaje con lo de «estado crítico». Y antes de que muera, si lo he entendido bien... —tomó aire—, harán una copia de su cerebro y la descargarán en el de Song. Entonces Denali se despertará en su nuevo cuerpo, joven y capaz, y se irá a proseguir con su maldita guerra dondequiera que la manden.

El sonido de sus latidos fue lo único que llenó el túnel durante un rato. Lo primero en llegar, como siempre, fue la negación.

—No... ¡No! —exclamó Goro, en voz más alta de lo que les convenía—. ¡Estás equivocado, no puede ser así! ¡Song está con su madre, es lo que siempre soñó! ¡No van a... a... borrarla!

—Sí lo harán —dijo Layn con voz neutra—. Confía en mí, he leído los archivos de soporte, y todos lo confirman. Así es como nos llaman a nosotros, Ecos. ¿Lo entiendes? Para ellos no somos personas, seres humanos, adolescentes o como quieras llamarlo. Somos Ecos de otra gente. Reflejos. ¡Vidas de repuesto para los «héroes» de esta desquiciada guerra!

—¡Pero entonces, todo esto... —Goro hizo un gesto extensivo a lo que le rodeaba, al tubo, al oxígeno, al Complejo Salmacis—. No es más que...!

—Una mentira. Sí, eso es lo que es. —El mentón de Layn lo corroboró con fuerza—. Lo que ha sido siempre.

Shura derramó una lágrima. Al caer tintineó como un diamante imperfecto.

—Layn, yo confío en ti. Pero esto que estás diciendo es... demasiado duro.

—¿Crees que no lo sé? —Los ojos del muchacho también se rayaron—. ¿Que no es demasiado horrible para aceptarlo? ¡Pero es así, nos guste o no! Y ahora tenemos que hacer algo o nos quitarán a Song para siempre.

—¿Y cómo fázulas piensas que podemos hacerlo? —Goro estaba más enfadado que nunca. Y con razón.

Layn se permitió su primera sonrisa auténtica desde que leyera el ST-321.

—Porque alguien podría ayudarnos desde fuera. A lo mejor.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Ah, ¿no os lo había dicho? Tengo un amigo invisible.

VII

Bajas razonables

El espacio aéreo sobre el Mar Negro (o como lo llamaban los romanos, el *Pontus Euxinus*) parecía el ojo de un huracán.

El transporte MT, un enorme avión con forma de ala delta que servía para transportar a los Mirmidones dentro de la atmósfera, se aproximó desde la cuenca del río Burgas luchando contra los vientos. En su interior, aguardando en sus carlingas de pilotaje, los pilotos de los robots se preparaban para el combate.

Hugo estaba haciendo sus ejercicios de estiramiento muscular (una compleja y graciosa danza aeróbica pensada para que uno la pusiera en práctica sentado), mientras los proyectores de realidad virtual del casco le mostraban el informe de la misión.

Los Exth habían plantado su fortaleza residente justo en el centro del Mar Negro, exactamente a cientodieciséis kilómetros al sur de Yalta. Era, como todas sus bases avanzadas, un búnker gigante con un esferoide lleno de lucecitas (él pensó que eran ventanas) plantado sobre tres patas convergentes. Pero lo más impresionante no era la base en sí, sino lo que esta le hacía al paisaje de alrededor.

Un perímetro láser de enorme potencia estaba, literalmente, evaporando el Mar Negro. Vistos desde arriba eran como una sucesión de pilones de sesenta metros de altura que proyectaban campos láser entre ellos, formando una cerca, una especie de valla que calcinaba todo lo que tocaba, y que se iba abriendo a razón de uno o dos milímetros por segundo, ampliando lentamente su perímetro. Cuando el mar tocaba aquella valla era como si besara una pared de lava: se evaporaba al instante, enviando hacia la atmósfera un torbellino de vapor tan colosal que había creado el mayor ciclón visto en la historia del continente. Solo que su ojo nunca se movía, siempre estaba quieto sobre el mismo sitio: la vertical de la base Exth.

Los ojos de Hugo se dilataron al contemplar en directo aquel dantesco espectáculo: el hielo de la glaciación se partía en oleadas, como si Dios hubiese lanzado una piedra para entretenerse en medio de un lago helado. Solo que las fracturas que se alejaban radialmente del punto de impacto tenían la longitud de Nueva York.

En el Mar Negro no quedaba ningún barco de guerra terrícola, todos habían sido destruidos durante la glaciación, así que la Marina no les prestaría auxilio esta vez. Sería una operación solo de Mirmidones. El problema era que si el MT se acercaba demasiado lo derribarían, así que tendrían que soltarlos a una distancia prudencial, quizá a cinco kilómetros del cercado láser, y luego ellos tendrían que abrirse paso a lo bestia.

Como a mí me gusta, dijo Hugo para sus adentros, anticipando el psicótico placer de la matanza.

Cuando llegaron al punto previsto para el desembarco, la gran puerta trasera del avión se descorrió. Un torbellino de aire formó un remolino horizontal en la bodega de carga, aunque no tuvo la fuerza suficiente para impedir que los robots fueran lanzándose de uno en uno al vacío. El de Hugo, un clase Puma, fue el quinto en salir. Era de los pocos robots con forma animal más que humanoide, con cuatro patas y un lomo felino cargado de baterías lanzacohetes. Fath pilotaba un Juggernaut, una mole lenta y pesada y con tanto armamento como el ejército de un país pequeño; y el general Trevold un clase Ariete, un robot diseñado más para el combate cuerpo a cuerpo (modalidad en la que era letal, sobre todo por la gigantesca almádena auto propulsada con punta de fusión que portaba a dos manos) que para el tiroteo a distancia.

Ese Trevold, siempre tan teatral, pensó.

En cuanto estuvieron en caída libre se abrieron los paracaídas. Eran grandes, tres por cada Mirmidón, con la longitud cada uno de medio campo de fútbol. Pero aún así apenas lograron amortiguar el impacto. Hugo lanzó una maldición cuando su robot se estrelló literalmente contra el oleaje y él dio un bote en la cabina. Luego se hundió. Todos se hundieron. El Mar Negro era bastante profundo, y en aquel punto tendría alrededor de 2200 metros, por lo que las moles tardaron un cierto tiempo en tocar el fondo.

Entonces empezó la ofensiva.

Las cuatro patas del Puma de Hugo le conferían más estabilidad que a los otros, por lo que se colocó en cabeza. Dentro de nada verían a lo lejos el resplandor del cercado láser, diluido en un confuso maremagno de burbujas y miles de metros cúbicos de vapor de agua. Si caían presos de esos torbellinos gaseosos estarían perdidos, pues la corriente los arrastraría de cabeza a la barrera láser. Y Hugo no estaba demasiado seguro de si el blindaje de sus robots resistiría algo que era capaz de evaporar un mar entero.

El truco estaba en localizar uno de los pilones que creaban el cercado y destruirlo. Eso abriría un hueco en la barrera, y podrían pasar. Pero claro, había un problema, y es que el mar no se quedaría quieto: se derramaría también con enervada furia por esa grieta, reclamando lo que por derecho le pertenecía. Y la fuerza de arrastre sería tan brutal que podría destrozar al Mirmidón que se hubiese acercado para destruir la valla.

Una decisión difícil, pero alguien tenía que asumir el riesgo.

Hugo les dijo a los demás que él lo haría. Se aproximaría al pilón más cercano y abriría fuego, y luego intentaría disparar los retrocohetes de sus patas para salir impulsado hacia la superficie. De todos los robots, el clase Puma era el que más posibilidades tenía de sobrevivir a algo así.

Sus compañeros estuvieron de acuerdo.

¡Qué grandioso sería si alguien estuviese allí para grabarlo para la posteridad!, se dijo Hugo mientras disparaba sus cañones de partículas contra el pilón, tallando dos

vectores de burbujas en el agua. ¿Era ilícito aspirar a la fama, como los caballeros andantes ingleses o los guerreros griegos de la Antigüedad? Ellos solían llevar consigo un juglar al que alimentaban y pagaban un sueldo, simplemente para que registrase en sus cantares las gestas guerreras, los grandes triunfos, las impresionantes conquistas de su señor...

Hugo no veía mal perseguir un poco de fama. Había tres razones por las que un soldado se apuntaba voluntariamente a una guerra: Para proteger a alguien que tenía detrás, por venganza, y por la gloria personal. Hugo sin duda despuntaba en lo segundo, ese era su principal motor para luchar: la venganza. Pero tampoco desdeñaba lo tercero, la fama. Sabía que la Historia hablaría de ellos, de los legendarios pilotos de Mirmidón que salvaron a la especie humana... si es que la salvaban. Le gustaría destacar en los capítulos de esa historia y no ser un nombre más del grupo.

Ay, Goro, hijo mío, si pudieras estar aquí para verme...

¿Pero qué estaba haciendo, por Dios? ¿En serio acababa de tener ese pensamiento? ¡No, no, maldición! Si la señora Fath lo pillaba pensando en Goro como en un hijo orgulloso, lo enviaría a los campos coloniales de trabajo de Mercurio, como a los ciudadanos desviacionistas. Y de paso liquidaría a Goro, mandándolo de vuelta a los tanques probeta de los que había surgido.

Tenía que olvidarse de eso. Concentrarse en la batalla, porque sería cruenta y los Exth no les darían cuartel.

Pero entonces, ¿por qué estaba sintiendo esa poderosa sensación de déjà vu, como si estuviera reviviendo por segunda vez hechos que ocurrieron en el pasado? ¿Por qué sentía ese vacío en el alma que le recordaba la época en que solo era un niño, y otro adulto, su padre, libraba batallas que no solo se cobraban víctimas en el plano físico, sino también en el mental?

Desviacionistas. Sí, tal vez estuviera germinando una semilla de eso en su interior tras conocer a su hijo, la carne de su carne. La señora Fath odiaba a los desviacionistas, los toleraba menos que a los Exth, aunque pareciera mentira. Eran hombres que se ponían de parte del invasor porque creían que la Humanidad merecía ser castigada por una indefinida lista de pecados contra sí misma. Traidores a su propia especie que veían en el exterminio una forma de redención. ¡Él también los mandaría a las minas de Mercurio si pudiera!

El pilón se vino abajo con una implosión erizada de burbujas, como una carga de profundidad detonada a mucha distancia bajo las olas. La malla láser desapareció a ambos lados de ese punto, y sucedió lo previsto: el mar reclamó su sitio derramándose por el agujero. Era como una montaña azul que avanzara cabalgando un frente de espuma, produciendo un ruido tan ensordecedor que hacía temblar las planchas de la carlinga de Hugo, a pesar de encontrarse muy por detrás del seno de la ola.

—Genial —dijo Hugo, rompiendo el silencio de radio—. Ahora tocad de oído,

chicos.

Los siguientes minutos se asemejaron a una sinfonía del caos.

El mar golpeó con fuerza los pilares de la fortaleza, haciendo que se tambaleara. Un enjambre de andadores provistos de cañones se concentró alrededor de la grieta, disparando sin cesar a todo lo que iba entrando por ella. Los Mirmidones respondieron al fuego con sus propios abanicos de destrucción. El Juggernaut de la señora Fath desplegó tal nube de descargas láser y de misiles balísticos que recordó a una brigada de tanques comprimida en un único soldado. Un misil enorme, el mayor de su arsenal, partió hacia la principal concentración de máquinas como una flor de tallo rojo que saliera despedida de su semilla.

El resultado fue una nube en forma de hongo que casi tumbó a los aliados con su onda expansiva. Por su parte, el Ariete del general Trevold se lanzó de cabeza contra las líneas enemigas, despreciando el peligro y lanzando un grito de cólera tan grande por los canales que debió asustar hasta a las naves de apoyo. Su almádena con punta de fusión hizo estragos, cayendo como una plaga apocalíptica sobre las cabezas de los robots enemigos.

Llegó un momento, un instante concreto de la batalla, en que Hugo C'mill supo que iban a ganar. Para un soldado experimentado como él, ese momento era fácilmente reconocible. Era el glorioso minuto en que las fuerzas enemigas se comenzaban a replegar, y los informes tácticos en tiempo real de la batalla mostraban más logros conseguidos que los que quedaban por conseguir. El problema, como siempre, era que aunque ganaran una batalla, era imposible evitar las bajas. Siempre había alguien que moría o resultaba mortalmente herido, por mucho que la estrategia hubiese salido a pedir de boca. «Bajas razonables», las etiquetaba una estadística. Y era un concepto doloroso.

Lo que jamás imaginó Hugo C'mill fue que en aquella batalla la baja razonable sería él.

LOG 88985

Raro. Extraño. Insólito. Anormal. Inverosímil.

No se me ocurren más palabras para definir esto.

Ninguno de los chicos está ya en el Complejo. Lo he comprobado haciendo que tanto Azumi como el resto de la flotilla de robots de mantenimiento lo registren de extremo a extremo, mirando en cada pasillo y en cada habitación. Porque de mis ojos no me fiaré hasta que el análisis profundo de mi sistema se haya completado. Llevo un 69%. Ese tiempo que queda hasta que esté seguro de que no me ha infectado ningún virus... ¿será lo que los humanos llaman «paranoia»?

He descubierto cosas interesantes. Ha habido una intrusión desde dentro. Eso me asusta más que nada, porque significa que el atacante se halla aquí, en el propio

Salmacis, y no es un agresor externo. No, los registros han sido alterados con una sutileza encomiable, modificando bloques de datos, moviendo cositas de aquí para allá, dando órdenes a mis subrutinas inferiores sin que yo me enterase... Un trabajo brillante y metódico, como si esa persona conociera a fondo mis entrañas tras años de laborioso estudio.

¿Me han espiado desde hace tanto tiempo y ni siquiera me he enterado? ¿Habré albergado a un espía sin que ni la Homogeneidad ni nadie se diera cuenta?

Raro, raro, raro, raro, raro.

La prioridad, por encima incluso de encontrar a los tres chicos restantes, está en garantizar el buen funcionamiento de la operación de Song. Eso es lo primordial. La señora Denali está a punto de fallecer, los sensores conectados a su cuerpo lo dan como un hecho. La pobre mujer ha sufrido unas heridas espantosas, más allá de lo que suele soportar ningún humano. Pero algo inasible la mantiene con vida. Si yo creyera en conceptos ilógicos como la fuerza de voluntad del alma o la energía espiritual de los seres vivos (que no creo) diría que aquí están operando las ganas de vivir. El ansia de supervivencia extrema de los entes biológicos. La tozudez.

Denali es una mujer fuerte. No se irá hasta que su mente haya sido copiada encima de la de Song. Por eso es tan importante que yo cumpla bien con mi trabajo.

El médico jefe del grupo ya me ha preguntado qué pasa, por qué he aislado el Complejo en un momento tan crítico, cortándoles sus comunicaciones con la base central. Le he explicado, de la manera más sencilla y humilde posible, lo que me lleva a tomar estas decisiones de seguridad. No le ha gustado nada, pero lo ha entendido. Ahora están concentrados en los preparativos: hay que sedar a Song y preparar su cerebro para la «limpieza». Formatear, lo llamarían los expertos. Yo prefiero usar el término «recalibrar».

La operación durará siete horas a partir de este momento. Cuando termine, el cuerpo de la joven Song resucitará poseída por una entidad distinta, la señora Denali. Y podrá reincorporarse de inmediato a la guerra para seguir ganando batallas. Para seguir haciendo historia.

El cuerpo anterior de Denali será destruido en mis hornos de fusión.

Transmigración, lo llaman otros.

Yo, mientras tanto, debo resolver el misterio de la desaparición de sus hermanos. ¿Los han raptado, escondido, asesinado? ¿Se han fugado por propia iniciativa, de alguna manera que ni me atrevo a imaginar?

Insólito, insólito...

El conducto donde se apretaban era estrecho e incómodo. Por primera vez en sus vidas, los muchachos se estaban moviendo por un entorno que no estaba diseñado para mantenerlos a salvo de daños graves. El interior de Salmacis apenas tenía aristas de metal, bordes afilados, tubos que sobresalieran peligrosamente de las paredes...

era un lugar planificado para reducir al mínimo las posibilidades de tener un accidente, incluso dentro de las áreas de lucha.

Aquel conducto, sin embargo, se apartaba completamente de ese esquema.

Era un lugar incómodo, angosto e irregular, donde no había lugares idóneos para pisar o ir a gatas. Racimos de cables escapaban aquí y allá de grietas en las paredes, como sangre brotando en tiempo lento de una arteria y rizándose en tirabuzones de plástico. Daba igual dónde apoyaran manos o rodillas, siempre había una esquina aguardando a la carne para dejarle un moratón o un corte.

Layn los guiaba con una obsesión antinatural en los ojos. La decisión que había tomado requería una concentración despiadada, de esa que no puede dejarse llevar por extrañas asociaciones de ideas.

Goro se examinó las manos al cabo de diez minutos de gateo y se asustó. Las tenía en carne viva.

—¿¿Adónde fázulas nos estás llevando?? —le ladró a su hermano—. ¿Cuánto va a durar esto?

Shura también quería una respuesta. Estaba menos cansada que sus hermanos (aguantaba mucho mejor el ejercicio físico) pero se la veía asustada. Y emocionalmente hecha polvo.

—Veréis —intentó explicarles Layn—, el Complejo Salmacis es mucho más grande de lo que hemos visto nunca. He descargado del sistema un mapa parcial.

Les mostró la pantalla de su consola. En ella vieron una tormenta de líneas rectas sobre un cielo azul perfecto. Esas líneas formaban dibujos geométricos que a su vez contenían círculos.

Layn señaló la rueda central, la más grande de todas.

—Aquí es donde vivimos nosotros, me parece. Es lo que el Ordenador llama el «Hábitat Uno». Está organizado en anillos, como...

—Como nuestra vida —murmuró Shura.

—¿Y todo esto? —Goro señaló una especie de satélites del hábitat que salían de su anillo más externo, al extremo de unos tubos rectos y largos—. ¿Qué son?

—Ahí es adonde tenemos que llegar —dijo Layn—. La distribución de energía del Complejo no es homogénea, hay lugares que consumen muchísima más electricidad que otros. El generador principal debe ser esto. —Señaló un entramado de figuras que, según la escala, parecía estar enterrado a bastantes metros bajo el suelo—. De ahí es de donde sale la electricidad que alimenta Salmacis. Y este lugar —su dedo se posó en uno de los domos más externos, quizá el más alejado del Hábitat—, es el que más está consumiendo actualmente. Creo que ahí es donde tienen a Song.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo estás tan seguro de que no se la han llevado a otra parte, a otro lugar muy lejos de Salmacis?

—Porque no he dejado de vigilar las entradas lógicas del Ordenador, y sé que piensan hacerle... lo que sea que le vayan a hacer, en instalaciones de este mismo

complejo. Está aquí, en alguna parte. Pero será por poco tiempo.

Continuaron en silencio un rato más, hasta que el conducto desembocó en una especie de central de distribución de tuberías. La decoración de las paredes y el techo se volvía barroca de la increíble densidad de cables, lucecitas parpadeantes y alternadores de potencia que brotaban del metal. Del interior de algunas de aquellas tuberías llegaba un sonido como de agua corriente.

Desde allí había dos salidas. Una llevaba hacia arriba, escalando niveles por encima de los conductos de agua, mientras que otra se sumergía en la oscuridad, rumbo al subsuelo, y seguía las líneas de energía. Esta última era la que partía en la dirección del domo donde supuestamente estaría Song. Pero estaba a oscuras. Su boca negra era como una invitación a entrar en lo desconocido.

Goro se apoyó en los cables, pero enseguida se apartó, como si le hubieran mordido.

—¡Ay!

—¿Qué pasa? —se alarmó Shura.

—Nada, es que... están muy calientes. No me lo esperaba.

—Tened mucho cuidado —advirtió Layn—. Por esos conductos pasa toda la energía de Salmacis. Si alguno de esos cables no estuviera bien aislado y lo tocáramos, nos freiríamos al instante.

Como si el destino quisiera gastarle una broma, él mismo rozó algo que le produjo un calambrazo intenso, haciendo que diese un salto y se golpeará contra otra esquina. La sangre manó de un corte en su antebrazo. El corte no era limpio, sino que se había manchado con algún tipo de aceite negruzco.

—Conque tened mucho cuidado, ¿eh? —Su hermano torció el gesto—. Mira quién fue a hablar. Anda, déjame ver esa herida.

Goro cogió el brazo de Layn, se lo llevó a la boca y succionó la herida, como les había enseñado Azumi en las clases de primeros auxilios. Escupió la sangre a un lado mezclada con el líquido oleoso. La herida quedó limpia.

—A ver si el guía tiene más cuidado y no se mete él en problemas.

—Gracias —masculló Layn, frotándose la herida. No había sido para tanto—. El guía es un poco más idiota de lo que él mismo pensaba.

Goro le miró raro. Solo fue un instante, una idea pasajera, pero... ¿por qué tenía aquella inquietante sensación de que Layn se había arrojado contra el filo a propósito, para inflingirse la herida?

Nah, eso era una estupidez. La cara de frustración de su hermano era sincera. Tenían que ser imaginaciones suyas.

Shura se tiró del cabello, frustrada.

—¿¡Pero qué hacemos aquí!?! —se encabritó—. ¡Estoy harta, este lugar no se diseñó para nosotros! ¡Tenemos que regresar ahora mismo, antes de que nos matemos!

—Pero... ¿es que no entiendes lo que pasa? ¿No quieres rescatar a Song?

—¡Claro que sí, pero es que esto, esto no es...! —Su voz fue perdiendo potencia y ganando tristeza—. No creo que sea la solución. Si nos internamos más en este laberinto, tengamos mapa o no, tarde o temprano nos pasará algo terrible. Es demasiado peligroso.

—Shuri, es la única forma —opinó Goro. A Layn le alivió muchísimo que se pusiera de su parte—. Si regresamos será para estarnos calladitos, como siempre. No hay nadie ahí atrás que pueda respaldarnos. Nos limitaremos a seguir con nuestra vida hasta que nos llegue el turno, ¿no lo entiendes?

La joven parecía no poder escapar de su rabieta. Mil sentimientos, todos negativos (odio, rabia, aprensión, desconfianza, decepción) se apilaban en su cara.

—¡Eso no lo sabéis! Azumi nos escuchará. Ella siempre nos ha apoyado en los malos momentos. Es nuestra... —Iba a decir «nuestra verdadera madre», y realmente lo pensaba. Pero se le antojó una idea ridícula.

—Shura —dijo Layn—, Azumi forma parte del sistema. Es una herramienta del Ordenador, como el resto de las máquinas. Vale, tiene un aspecto más humano que ningún otro y la queremos un montón. Es la única que nos ha cuidado y dado cariño desde nuestra infancia...

—¡Por eso tenemos que contárselo! —insistió ella. Su mirada no paraba de saltar de Goro a Layn y viceversa, buscando algún apoyo—. A ver, Layn, entiendo lo que me dices, pero también nos has dicho muchas veces que Azumi es un... un...

—Un agente independiente.

—¡Eso! ¿Independencia no implica libre albedrío? ¿No conlleva un grado de razonamiento propio?

—Sí, pero...

—¡Pues a eso me refiero! Estamos dando por sentado que se pondrá de parte del Ordenador. Incluso que está al tanto de este... este loco plan secreto. Y que por lo tanto lo aprueba. Pero no tendría que ser así.

—Yo tampoco quiero aceptarlo —arguyó Layn—. Me da miedo pensar en que nuestra verdadera madre nos ha engañado todo este tiempo. ¿Pero cómo es posible que el Ordenador la creara y le permitiera tener el coraje suficiente como para rebelarse? —Extendió las manos hacia Shura, las palmas abiertas hacia arriba, como esperando que depositara en ellas su contestación.

Shura fue incapaz.

—Tenemos que empezar a aceptar algunas cosas —dijo Goro, gravemente—. Aunque no nos gusten. Aunque nos duelan. No sé si Azumi seguirá siendo alguien en quien podemos confiar o no... pero yo no pienso volver. Voy a encontrar a Song cueste lo que cueste, y si es verdad lo que dice este chalado, la sacaré de allí.

—¿Aunque te maten? —preguntó su hermana.

El joven tardó en responder.

—Sí.

—No sabes lo que es la muerte. Nunca la has visto.

—Pero sí que he visto a mi padre. Y sé lo que había en sus ojos. Ahora que me doy cuenta, no era nada bueno.

Ella lo miró de hito en hito.

—Hay una diferencia entre la valentía y la estupidez, Goro. Azumi nos lo enseñó hace tiempo. Creía que lo tenías claro.

—Y yo que tú amabas a tu hermana.

Goro se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras, pero no tuvo tiempo de pedirle perdón, porque Shura se dio la vuelta y se perdió por el pasillo de vuelta.

Desde la oscuridad les llegó su voz, cuajada de ecos:

—Seguro que habrá otra forma de hacerlo. Voy a hablar ahora mismo con Azumi. Tendrá una explicación razonable de todo esto. ¡Los dos sois idiotas! ¡Estáis cometiendo el peor error de vuestra vida!

Y no la oyeron más.

Los hermanos cruzaron una mirada. Sentían un frío inconcreto en el pecho, como si les hubieran arrancado el corazón con unas tenazas. Sabían lo que implicaba que Shura hablase con Azumi: les contaría lo que había pasado, dónde estaban ellos, qué pretendían... Era un severo revés, pero no había forma de hacerla volver. Conocían sobradamente a Shura y sabían lo terca que podía ser cuando tomaba una decisión. Aunque estuviera guiada por el pánico.

—¿Y ahora qué? —preguntó Layn, vendándose la herida con un trozo de su camisa.

Goro miró al pasillo que bajaba hacia lo desconocido.

—Vamos a rescatar a Song antes de que el Ordenador nos lo ponga más difícil.

A los dos se los tragó la oscuridad.

VIII

El amigo invisible

LOG 90244

La encontré.

Encontré la falla, la fisura. El diminuto agujero en la férrea panoplia de seguridad del Complejo.

Con un 98% analizado de mi mente, y todos mis archivos defragmentados y optimizados, creo que estoy en disposición de hacer dos cosas: La primera, estar seguro de mí mismo, de que no estoy lleno de gusanos y bombas lógicas por dentro. Eso es bueno, porque me permite fiarme de mis propios razonamientos. Y la segunda, aventurar una hipótesis sobre quién me ha hecho esto.

Ha sido uno de mis niños.

Layn. Por increíble que parezca.

El chico es muy bueno. Ha sabido cubrir sus huellas con una elegancia exquisita, pero no conoce a fondo el sistema, y ahora que por fin me asaltó la sospecha, he podido aislar todos sus movimientos. Todas sus tretas. Y estoy fascinado.

Decir que jamás llegué a pensar que sucedería esto es quedarme corto. Ni yo ni los miembros de la Homogeneidad que me supervisan creímos que un escenario así pudiese no ya llegar a darse, sino ni tan siquiera existir.

Esto me pasa por haberle enseñado a jugar con la electrónica, con los instrumentos que podrían convertirse algún día en armas de doble filo. Armas capaces de ser empleadas contra mí. Pero no tuve más remedio. El general Trevold es un genio de la electrónica y la informática, a pesar de ese aspecto que siempre ha cultivado de guerrero loco. Diseñó parte de la arquitectura interna de los Mirmidones, y es responsable directo de un software esencial en su funcionamiento, como los programas que corrigen su equilibrio y permiten que el robot no pierda su centro de gravedad.

El cerebro de Layn tenía que poseer muchos de esos conocimientos cuando alcanzara la Frontera Rigell. Era condición *sine qua non* del experimento, o la transferencia mental quedaría arruinada. Digamos que durante la transferencia de memoria no se copia todo. Hay un gran porcentaje de la mente del sujeto original que no puede trasplantarse al huésped. Lo normal es que sean los conocimientos más viejos y complejos, la información sobre pericias y habilidades que se codifica en neurotransmisores. Si Layn no hubiese aprendido todo lo que ya sabe de física y electromagnetismo, cuando el yo del general Trevold cayera sobre su cerebro se produciría una pérdida. Trevold despertaría sabiendo muchas cosas de informática, en

forma de paquetes sueltos de información, pero sin tener ni idea de cómo esos paquetes se interrelacionan entre sí.

Sabría muchos detalles sueltos, pero no tendría la visión de conjunto necesaria para hacerlos funcionar.

Por eso también enseñé a Goro a usar armas de energía, aunque fueran juguetes. Lo que jamás imaginé es que los niños pudieran usar ese conocimiento en mi contra.

Contemplándolo en perspectiva, creo saber cómo lo hizo. Me asombra su capacidad de inventiva, lo que los Antiguos llamaban «pensamiento paralelo»: Layn halló una grieta en mi (supuestamente) infalible sistema de seguridad gracias a la señal portadora de datos que me une con mis máquinas, en concreto con Azumi. Pero lo que más gracia me hace es para qué la utilizó: no para causar daños graves en mi cerebro, sino para hacer gamberradas de crío, como cambiar los menús de la semana o disfrutar de más tiempo de agua caliente en la ducha.

Genial. Si tuviese un sombrero me lo quitaría. El genio de este muchacho casi me hace olvidar que no es más que un simple Eco.

Pero lo realmente preocupante lo destapé al poco de descubrir a este travieso espía.

Estaba haciendo un recuento de los lugares de mi mente que podría haber visitado el chico, cuando me di cuenta de algo. Cuando tienes un cerebro cuántico capaz de realizar miles de millones de procesos por segundo, es fácil que algo se te escape si ese «algo» es lo bastante pequeño. Y a mí se me estaba escapando un voltaje tan nimio de energía que hasta ahora ni lo había notado.

Ese voltaje se evaporaba por las vigas de soporte del Domo Sur. Era una cantidad de energía tan nimia, tan residual, que podría tener cien orígenes distintos: Un cable pelado en algún punto de los tres mil kilómetros de cableado del Complejo, un condensador roto, un pararrayos en mal estado... No era más que un residuo de energía que fluía por las vigas de un domo que apenas se usaba.

Fue al darme cuenta de que muchas de las intrusiones de Layn iban enfocadas hacia ese voltaje rebelde cuando me alarmé.

El voltaje no era uniforme. No era una corriente continua, sino alterna. Y los cambios que sufría no eran aleatorios, sino que tenían un patrón.

Un patrón matemático.

Contemplados en perspectiva, esos cambios sutiles en el voltaje formaban una especie de cuenta atrás. Era un número en binario que se reducía día tras día, en una larga carrera desde 5475 hasta cero. Y había comenzado justo el día en que nacieron los muchachos.

Hay 5475 días en quince años. La edad que ellos tienen ahora.

Empecé a asustarme.

Alguien (o algo) había empezado una cuenta atrás cuando Goro y sus hermanos salieron de la probeta, previendo finalizar más o menos por las fechas en que los padres vinieron a visitarlos. Cuando ellos se rebelarían y escaparían a mi control.

¿Coincidencia, conspiración, plan maestro? Pero si así era, ¿de quién estamos hablando? ¿De la Homogeneidad, de mis constructores? ¿Del enemigo?

Esa idea me puso (metafóricamente) los pelos de punta. ¿Se habían introducido los Exth en Salmacis tanto tiempo atrás, y habían puesto en marcha un plan?

Y eso no era lo peor, sino el pensar en qué implicación podría tener Layn en ello. El muchacho había entrado innumerables veces a la parte de mi cerebro que controlaba los sensores de voltaje, y estoy seguro de que llegó a mantener una conversación con alguien. Alguien que usaba las variaciones en el amperaje para comunicarse. Por desgracia, de esas conversaciones, si es que realmente las hubo, no queda el menor rastro. Habían sido borradas.

Si Layn consiguió hablar a mis espaldas con alguien situado *fuera* del Complejo, cosa que estaba absolutamente prohibida por las directrices del experimento, yo no me enteré.

Por todo lo sagrado, la Homogeneidad se iba a cabrear mucho cuando se enterase. Y yo tendría suerte si me reconvertían en la mente de un procesador de basuras.

Para colmo de males, el momento en que lo descubrí fue después de quemar las antenas y romper los cables de fibra óptica. El Complejo ya estaba en cuarentena, así que no podía informar a nadie de mis sospechas. Para agravar más las cosas, mis cámaras detectaban muchas estelas de impulso de cohetes en el cielo, como si miles de naves estuviesen despegando a la vez, alejándose de la Tierra.

Sabía que el señor Hugo y la señora Fath estaban luchando en nuestro territorio contra los Exth, pero... ¿tan mal estaban las cosas como para provocar un éxodo en masa de las colonias... o es que algo terriblemente malo estaba a punto de suceder, y nadie podía informarme porque era imposible contactar conmigo?

Habría que esperar a que llegasen los especialistas de la Homogeneidad para tomar las riendas de la situación.

Porque a mí, lo reconozco, la cosa se me estaba yendo catastróficamente de las manos.

—¿A qué te referías cuando dijiste aquello? —preguntó Goro, jadeando. En el interior del tubo la temperatura era bastante elevada, y el nivel de humedad superaba todo lo que él había conocido hasta entonces. Era como si el aire sudara calor.

—¿El qué? —preguntó Layn, no mucho mejor que él de ánimo.

—Lo de que tenías un amigo invisible.

Hicieron un alto. El conducto no paraba de bajar, aunque la situación había mejorado un poco, pues había pequeñas luces rojas en las paredes. No eran como antorchas, es decir, no estaban pensadas para iluminar el camino. Parecían más bien pequeños pulsos de control, pero les servían para ver por dónde estaban yendo.

Layn se apoyó en la pared para descansar. Al separarse la camisa del pecho, hizo un ruido como de ventosa.

—No es exactamente un amigo —explicó—, pero sí es una inteligencia. Del exterior.

—¿Del exterior de qué?

—Del Complejo.

La sola idea hizo que Goro diese un bote que llevó a su cabeza a chocar contra el techo.

—¿Qué...? ¡Ay!

—¿Estás bien? —se preocupó su hermano, pero él le apartó las manos, enfadado.

—¡Sí, estoy bien! —frotándose el chichón—. ¿Acabas de decirme que has estado charlando con... con un ser de fuera?

—Sé que es difícil de creer, pero es cierto.

—¡Es imposible! ¿Qué... qué le has contado?

—En realidad no he podido contarle nada, ni de nosotros ni del Complejo —Layn alzó los hombros—, porque tampoco se puede llamar «hablar» a lo que hemos hecho. Digamos que descubrí que se estaba emitiendo una señal desde Salmacis de la que el mismo Ordenador no sabía nada. Y que esa señal llevaba un código matemático implícito, así que no podía ser accidental.

Goro lo animó a continuar, la piel blanca por la sorpresa.

—¿Y bien?

—Pues que los códigos que mandé tuvieron respuesta. —Layn rió—. ¡Hermano, no te imaginas lo que fue para mí aquello! Era el mayor secreto que había descubierto nunca, lo mejor que me había pasado en la vida... y no podía contárselo a nadie. Hasta ahora.

—¿Pero realmente había alguien al... al otro lado?

—Eso creo. Al menos, los números que envié aprovechando la señal portadora obtuvieron una respuesta lógica. Mandé dos y dos y ellos me devolvieron cuatro. Luego mandé $1+4i$ y $2-2i$ y ellos me devolvieron $3+2i$.

—Estás chalado. Sabes lo que podrían haberte hecho si el Ordenador llega a descubrirlo, ¿verdad?

Layn no pudo ocultar un estremecimiento.

—Nada peor que lo que nos tenían reservado de todas formas —murmuró—. Al menos ahora sabemos que no estamos solos en esto. Hay más gente infiltrada en Salmacis de la que nadie imaginó.

—¿Crees que serán... Exth?

Su hermano dio un respingo. Aunque pareciera mentira, era la primera vez que se detenía a contemplar esa posibilidad.

—No se me había ocurrido —dijo, la vista perdida en el infinito—. Todo es posible, pero... no sé, siempre imaginé que se trataría de alguna otra persona de la Tierra. Alguien cautivo como nosotros. O puede que algún padre ansioso por hablar con un hijo que nunca conoció.

—Siempre serás un romántico. ¿Sabes qué? En el fondo me da igual si es un Exth

o un humano, ahora son la misma cosa para mí —gruñó Goro—: Antagonistas. ¿Cómo va a ayudarnos tu amigo, si es que desea hacerlo?

—No lo sé. Primero hay que encontrar el cerebro del Ordenador, su núcleo de procesamiento. Tengo la sensación de que no está en un solo lugar, sino repartido por muchos sitios. El Ordenador también está construido en forma de anillos, igual que Salmacis. —Chasqueó los dedos—. Si consiguiéramos llegar hasta uno de ellos, tal vez podríamos abortar la operación de Song induciendo un fallo catastrófico en el sistema.

—¿Y después?

—Después pediremos ayuda a mi «amigo» para que nos saque.

Goro dejó caer sus posaderas en el suelo. La idea era buena, pero también tan diametralmente opuesta a todo lo que le habían enseñado desde niño, que su mente apenas podía considerarla como algo distinto a una herejía.

Desde que eran jóvenes se les había adoctrinado en la obediencia. Cualquier síntoma de rebeldía o de insubordinación había sido castigado por el Ordenador a través de su herramienta Azumi (¡cuánto le costaba pensar en ella en esos términos!). Pero ahora Layn le estaba sugiriendo cosas que desafiaban todos sus condicionamientos, toda su vida anterior.

¿Cómo podía pensar en términos tan heréticos con tanta facilidad? ¿Acaso no lo carcomía la duda? ¿Cómo de loco estaba el mundo para que el más pusilánime de los cuatro, el tímido y apocado Layn, fuese ahora el líder de la rebelión?

Una vez, cuando eran niños, Azumi les contó una historia sobre un perro y su amo. Ellos nunca habían visto un perro en carne y hueso, pero sí a través de los dibujos de los libros. En aquella historia (que no era buena ni amable; no todos los cuentos que les contaba Azumi tenían que serlo), un niño se tropezaba con un hombre que estaba maltratando a su mascota, castigándola por algo que había hecho. El niño, escondido, hacía un ruido para distraer al hombre y alejarlo de allí, y así poder liberar al pobre animal. Cuando el maltratador se alejó, el niño, cauteloso, se acercó al perro y cortó sus correas. Le gritó ¡vete, huye!, ¡ponte a salvo!, pero el animal no se movió del sitio.

Permaneció allí, con ojos llorosos, esperando el regreso de su amo para que siguiera torturándolo.

Indefensión aprendida, lo llamó Azumi. Goro tuvo pesadillas con esa escena durante meses, y siempre se preguntó por qué el estúpido animal no salía corriendo como una hoja arrastrada por un huracán. Por qué no huía rumbo al horizonte hasta que la distancia y lo desconocido se lo tragasen.

Entonces se le ocurrió que quizás el perro *no podía* huir, por mucho que las alternativas fueran la tortura y la muerte. Porque de tanto vivir en un estado de sumisión perpetua, la mera idea de una fuga era impensable para su cerebro. Algo inconcebible.

Azumi les estaba diciendo que ellos eran como aquel perro, que jamás podrían

huir aunque quisieran porque su destino era permanecer al lado de sus amos. Estaban condicionados para ello desde la cuna. Pero Layn había logrado llegar un paso más allá. Al fin y al cabo, la primera condición para hacer algo es concebir la mera posibilidad de hacerlo.

Qué poco conocía a su hermano, reconoció con tristeza. Pero también se alegró. Mientras los otros jugaban y se esforzaban por destacar en sus disciplinas, según los parámetros establecidos, Layn huía en sentido contrario. Hacia dentro. Llevaba años engañando al Ordenador, ¡engañándoles a ellos!, y quizás eso le había permitido socavar el condicionamiento de Salmacis. Su tendencia a la sumisión. No había sido algo que surgiera de la noche a la mañana, sino una resistencia contra el poder que Layn había ido construyendo ladrillo a ladrillo durante años.

—¿Sabes dónde están localizadas esas... esas partes del cerebro del Ordenador? —le preguntó.

—De manera muy aproximada. No vienen señaladas con una cruz en los mapas. Pero creo que sabré reconocerlas si las veo.

Goro le ayudó a ponerse en pie. Su piel, bajo aquel tenue resplandor, tenía el color anaranjado de una gata persa.

—Estás chiflado, ¿te lo he dicho ya?

—Un par de veces.

—¿En serio eres capaz de hacer lo que dices?

—Me ofendes —dijo Layn, con tono de dignidad herida.

Un amanecer artificial, rosado y relajante, reptó por las paredes de la sala de operaciones. Sombras chinescas de ositos de peluche y aves del paraíso se deslizaban por el techo como si tuvieran vida.

Song estaba tumbada en una camilla. No sabía qué le habían dado, pero se le vino encima como un árbol recién cortado, una columna de algodón al rojo blanco que le trepaba por la espalda, iluminándole las costuras del cráneo. El mundo entero estaba hecho de sonidos lentos, de nubes algodonosas, de gente que paseaba entre esas nubes apartándolas a su paso. Parecía que podías exprimir con las manos todo ese algodón hasta hacerle chorrear cascadas de luz.

Giró la cabeza y vio otra camilla a su lado. Alguien echado en ella. Personas con batas blancas, puntas de metal que chocaban contra el propio algodón del aire, extrayendo sonidos limpios como el etanol.

La persona de la otra camilla era su madre.

Song se alegró al verla. ¿Dónde les habían traído? ¿Para qué? No le importaba. Aquel lugar era maravilloso, una mezcla de cuentos infantiles y de esa sensación que tienes cuando despiertas de un buen sueño, pero aún no has puesto los pies sobre la tierra. Los doctores paseaban con ese aire lento de las cosas que están encerradas en un sueño. Apretando botones en aparatos de forma cúbica, cuya sencillez aparente

sugería una complejidad extrema.

Song era feliz.

Su madre la miró. Algo no cuadraba en aquel rostro castigado por la guerra; las simetrías no eran hermosas, ni siquiera lógicas... pero a Song le pareció el rostro más sincero del mundo. Porque la miraba a ella. Y lo hacía con un amor infinito.

Las mujeres extendieron sus brazos por los lados de las camillas, hasta tocarse. Un mar de sonidos esponjosos cayó sobre ellas, retrocedió, regresó... una marea de sensaciones. Las puntas de sus dedos soltaron algo parecido a chispas cuando se rozaron.

La voz de Song cantó en el aire, en un arpegio de susurros:

—Te veo... y quiero ser como tú...

Su madre le respondió sin mover los labios. Su voz sonó fantasmal:

—¿Ser es ser percibido? No, hija... Ser es ser comprendido. Y amado. Por eso, para ser como yo debes entenderme antes de amarme.

Song lloró de felicidad, su lágrima la sublimación de un sentimiento. Las palabras emergían de su boca como globos de sonido discontinuo:

—Te quiero, mamá.

Y también:

—Ya nunca nos separaremos.

Su madre le devolvió cada palabra en forma de sonrisa.

Las máquinas entraron en contacto con su piel. Un orgasmo de dolor y éxtasis se inflamó en un espacio sin tiempo, la inmensidad de una matriz donde las sensaciones penetraban en su cráneo como agujas. Y Azumi y Goro y Layn estuvieron allí, y la señora Fath y el señor Hugo y el señor Trevold, rostros en un bosque de neón de nervio frío, más allá de la prisión de plata envenenada del cielo.

Los médicos se prepararon.

Goro dio un traspies. Tenía los zapatos enredados en espirales de fibra óptica. Por los tapices de cables transparentes del tubo cruzaban destellos en oleadas. Los muchachos parecían estar descendiendo por reticulados de luz, en un parpadeo de niveles.

De repente el tubo se acabó. Murió ante un espacio despejado, una enorme sala que se extendía muchos metros en todas direcciones. Una sala atestada de máquinas. Pero había un problema.

El tubo no se encontraba ni por asomo a nivel del suelo, sino que desde su desembocadura la pared caía como un acantilado hasta perderse en las nieblas de más abajo.

Goro sufrió un ataque de vértigo (nunca en su vida había estado frente a una caída tan grande), y detuvo a su hermano para que no siguiera avanzando.

—¡Alto! Por todos los... ¿qué sitio es este? —Sus ojos se desorbitaron.

La sala era como una pesadilla industrial. Sonidos inclasificables llegaban desde sus lejanos confines, saliendo de tuberías, enganches, maquinaria, grúas, cadenas, brazos articulados. Provenían de grandes tanques de acero erizados de púas, de piscinas donde un líquido burbujeante era filtrado una y otra vez por masas de alambre. Algunas de aquellas piscinas estaban llenas de agua clara, otras de un compuesto fétido que parecía una masa gelatinosa de aguas fecales. Aquí y de allá, espontáneamente, chispeaba una pluma de fuego, una llama de gas azul que se desvanecía en el aire enrarecido.

Pero lo más asombroso era que por todos lados había objetos que se movían. No podía hablarse de vida, pues no era orgánico lo que reinaba en aquel submundo, sino un enjambre de máquinas de pequeño tamaño. Artilugios que parecían muy atareados.

Goro y Layn jamás habían visto diseños como aquellos, ni llegaban a imaginar para qué podían servir los zánganos metálicos. Pero estaba claro que debían cumplir una función importante (puede que de mantenimiento, o de vigilancia) porque estaban por todas partes.

Los chicos se escondieron tras el borde de la tubería.

—¿Qué lugar es este...? —preguntó Goro. Era una pregunta retórica, claro, realmente no esperaba ninguna contestación.

Sin embargo, su hermano trató de analizar en términos mecánicos lo que veía.

—No me hagas mucho caso, pero por lo que parece estamos en las tripas de Salmacis.

—¿En las tripas?

—Si el Complejo es análogo a un ser vivo, hazte a la idea de que antes vivíamos en la cabeza. En la zona limpia. Pero esa cabeza necesita de un aparato digestivo que la sostenga, que prepare la comida, que haga algo con los residuos, que genere la energía suficiente para que todo pueda estar en marcha...

—O sea, que todas esas máquinas horribles están trabajando ahora mismo para nosotros.

Layn asintió. Trataba de seguir con la vista el ciclo de productos y desechos, de encontrarle una lógica a todo aquel movimiento mecánico. Un principio y un final, o una recursividad en los procesos.

No lo consiguió. Aquello era demasiado avanzado para él.

—Eran estas máquinas las que hacían nuestra vida posible. —Eso era lo único de lo que estaba seguro—. Posible... y feliz.

—Venga, ya nos hemos demorado bastante. Tenemos que llegar al otro lado —dijo Goro.

El problema era que no había escaleras. Ni formas seguras de descender aquel acantilado a menos que fuera trepando por los cables.

Goro miró a Layn, como evaluándolo.

Su hermano se asustó al interpretar esa mirada.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! —Retrocedió unos metros.

—¡Venga, no seas cobardica! Voy a bajar de todas formas. ¿Quieres quedarte aquí o prefieres que yo esté arriba, para poder echarte una mano?

—¿Y si nos ven?

Goro lanzó una mirada a las máquinas que danzaban atareadas.

—Habrás que arriesgarse. Tú lo has dicho, el tiempo se agota. Song nos necesita.

Layn se quedó inmóvil unos segundos, pero al ver que Goro parecía decidido a bajar, con o sin él, se acercó al borde del tubo. Y miró hacia abajo.

Quizás no debió haberlo hecho, pues esa perspectiva forzada, esa caída interminable, era lo último que necesitaba para sentirse seguro.

Pero no había más remedio que intentarlo. Era eso o volver. Y según el mapa parcial que tenía en su consola no había otro camino para llegar hasta Song más que atravesando esa sala.

—Es... está bien —tembló—. Pero por lo que más quieras, no me pierdas de vista ni un segundo.

—Hecho. Dame la consola, yo la llevaré.

Al cabo de unos segundos estaban reptando pared abajo, Layn primero, Goro después y siempre atento a su hermano. Los temblorosos dedos de Layn se aferraban a todo lo que encontraban, ya fueran cables, tubos corrugados o salientes de metal. Sus pies buscaban asidero entre temblequeos, y lograban descender centímetro a centímetro, siempre luchando contra los tentáculos del miedo.

A su alrededor fueron distinguiendo nuevos artilugios. Algunos eran grandes contenedores que trasladaban tubos con sustancias de colores. Otros parecían confluencias de cables con vida propia, que se estiraban y contraían como carretes soltando y recogiendo hilo. En otro lugar vibraba una especie de batidora que cogía las sustancias de colores y las mezclaba, supurando unos macarrones verdes o azules o rojos que iban a parar a otros contenedores.

Layn se asombró al descubrir que ese era el aspecto normal que tenía la comida que les preparaba Azumi. Nutrientes con aspecto de pasta de colores que sabían a diferentes cosas: pollo, verdura, fruta, legumbres. Todo parecía salir de la misma máquina, luego iba a las cocinas del Complejo y les llegaba a ellos bajo diferentes envoltorios.

Pero lo que más llamó su atención fue que cada una de aquellas máquinas, sobre todo las que poseían cierta autonomía (como los zánganos que reparaban cosas aquí y allá) tenían una lucecita en su interior, un destello que recordaba al marfil pulido, y que latía dentro de sus chasis como si emulara algún tipo de vida.

Layn perdió pie.

Su bota fue a buscar un apoyo pero solo encontró algo resbaladizo. Patinó por una tubería y salió disparada al vacío.

Angustiadas, sus manos palparon la pared, cualquier cosa que estuviese al alcance, buscando un asidero lo suficientemente fuerte como para aguantar su peso.

Quiso gritar el nombre de su hermano, pero el aire se negaba a salir de sus pulmones.

Afortunadamente, Goro pudo cogerlo a tiempo, antes de que se precipitara pared abajo. Pero esa maniobra los dejó en una posición muy precaria.

—¡Intenta agarrarte a algo! —le gritó Goro, pero Layn estaba demasiado asustado para hacer nada salvo balancearse en el aire. El rostro de su hermano enrojeció de la tensión: él también estaba colgando de unos cables, agarrándolos con una mano mientras Layn pendía de la otra.

—¡No puedo! —sollozó Layn. Sus ojos eran perlas redondas con sudor resbalando por la esclerótica. La mota de color del iris vibraba por el pánico, mientras se fijaba en todo lo que les quedaba aún por bajar.

—¡Tienes que... —las mandíbulas de Goro crujieron por el esfuerzo, olor a acero frío, hielo acariciándole la columna— intentarlo, maldita sea! ¡Agárrate o nos caeremos los dos!

Con el impulso que da el terror, Layn trató de obedecerle, pero no pudo. A su altura no quedaban asideros que pudieran soportar su peso.

Iba a caer. Se iba a matar. Y si no se soltaba ahora mismo de Goro, se llevaría a su hermano con él.

Los ojos de Layn se licuaron por las lágrimas. Miró hacia arriba como en cámara lenta, viendo el rostro enrojecido por el esfuerzo de Goro, las venas temblándole en las sienas... sus dedos a punto de soltarse del agarradero...

Y de repente, una mano de mujer aferró la muñeca del muchacho.

Goro miró hacia arriba con sorpresa. Shura lo tenía sujeto con las dos manos.

—¡Venga, ¿a qué fázulas estáis esperando?! ¡Sujetaos! —gritó su hermana, alongada al borde del tubo. El dolor de sus brazos encontró las ramificaciones tributarias de sus nervios, el esfuerzo superando cualquier cosa que se llamara esfuerzo.

—¡Shura!

—¡No es momento de... agh... sorprenderse!

Los poderosos músculos de la joven los alzaron hasta que pudieron agarrarse. Jadeando, con el corazón tamborileando con tanta fuerza que parecía a punto de romper el esternón, Layn sonrió.

—¡Shura, has venido!

—Sabía que sin mí os acabaríais metiendo en algún lío —rezongó ella, descendiendo también por la pared pero de una manera mucho más atlética y segura—. Es que es inevitable.

—Pues no sabes lo que me alegro de que seas tan desconfiada —rió nerviosamente Goro.

Ayudándose entre los tres consiguieron llegar abajo. El suelo de la gran sala era como un río de tuberías que se desvanecían en neblinas de cielo de televisor. Los zánganos robot los miraron con curiosidad, bañándolos en cortinas de láseres de exploración, como si se preguntaran qué nueva clase de anomalía era aquella hecha

de carne y sudor. Posiblemente nunca antes se habría visto un ser vivo en esa parte del Complejo.

—¿No te habías ido a hablar con Azumi? —preguntó Goro.

—¿Preferirías que lo hubiese hecho?

—Claro que no, pero me ha sorprendido verte aparecer así.

—Es lo que tenemos las mujeres, siempre estamos ahí cuando se nos necesita — rió Shura.

—Pero entonces, Azumi... —dijo Layn, preocupado.

—Tranquilo, no llegué a desandar todo el camino de vuelta. No me vio.

—¿Qué te hizo cambiar de idea? Y no me digas que intuiste que estábamos en problemas.

La joven se sentó en una tubería. Aquella extraña niebla abrazó sus pantorrillas con zarcillos helados y adhesivos. Al espantarla con las manos, reaccionó casi como si estuviera viva.

—Agh, qué asco... —Sacudió las manos como si se hubiese manchado con algún excremento—. La cosa tiene fácil explicación. Mientras regresaba al Complejo me puse a pensar en lo que me dijo mi madre, en la reunión. Dijo que Azumi ya no era necesaria, que la iban a desconectar. Ellos la ven como una niñera que ya no tiene razón de ser, y quieren borrarla de su esquema. Como quien tira un cacharro obsoleto a la basura.

—¡No pueden hacerlo! —protestaron sus hermanos.

—Estoy de acuerdo. Por eso volví. Llegué a la conclusión de que si continuábamos con nuestra vida como si nada hubiera pasado... acabarían quitándonos a Azumi. Matándola —se estremeció al pronunciar esa palabra—. Al menos, si ven que nos hemos ido, tendrán que conservarla un poco más. Aunque sea solo para que nos busque.

—Hiciste bien. Y nos has salvado la vida —dijo Goro, abrazándola—. Te prometo que saldremos de aquí. Los cuatro. Y nos llevaremos a Azumi.

Layn dio un respingo al escuchar aquella promesa, pero no dijo nada. En el fondo él también amaba a la androide, aunque fuese el más consciente de su cualidad de herramienta. Jamás olvidaría que fue su dulce voz sintetizada la que entonó las nanas por las noches, y su mano de robot la que los tapó cuando hacía frío. Ese tacto jamás se olvida, porque aunque fuera artificial estuvo lleno de amor.

Pero siempre había estado controlada por el Ordenador, el mismo que ahora quería matarlos...

Prefería no ahondar demasiado en esa paradoja porque le asustaban las conclusiones. Era como si Azumi fuera dueña de su propio cerebro, pero sus pensamientos tuvieran ciudadanía extranjera.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Shura.

Layn señaló a la puerta que conducía a la siguiente estancia.

—Por allí. Nos llevará a otra sala grande, y tras esta al túnel que conecta con el

Domo donde está Song.

—¿Qué hay en esa otra sala?

—Ni idea, el mapa no lo indica. Esperemos que nada malo.

—Se parece a las puertas que impedían que cambiásemos de anillo cuando éramos niños —dijo Goro, acordándose de lo infranqueables que habían sido siempre esas barreras.

—Sí, es el mismo tipo de puerta. Solo que ahora... —Layn apretó unos cuantos botones—... tenemos la llave.

IX

El prisionero

El médico de campo le hizo un gesto, una señal que significaba tanto como una sacudida en la antena de un insecto.

Hugo C'mill estaba desorientado. Sentía un dolor atroz en todo el cuerpo, sobre todo en las piernas, pero en su cerebro había una desconexión tal con la realidad que hasta el dolor le parecía parte de un engaño. Algo que le sucedía a otro. Que no era el propio Hugo el que yacía tumbado en la camilla (¿y qué demonios es eso que le impedía mover los brazos, correas?) sino un soldado herido en alguna batalla sin nombre y por cuyo futuro nadie daba ni un miserable crédito.

Tardó en admitir (no en darse cuenta, sino en admitir) que era a él a quien empujaban a toda prisa en aquella camilla, (bom) abriendo puertas al golpearlas (bom), y al que le metían cosas en el cuerpo por vía intravenosa.

Un hospital. Estaba en un hospital de campaña, junto a varios cientos de heridos. Un lugar oscuro y desordenado, lleno de olores agresivos y formas difusas que reptaban como insectos por el rabillo del ojo. Aún tenía puesta su camiseta de piloto, pero hacía tanto calor que la tela se le pegaba al cuerpo como si huyera de algún sitio.

Un atisbo de brutalidad destacaba la delicadeza de la mirada y la vitalidad de los gestos de aquel médico, un hombre a quien no conocía pero que estaba blandiendo jeringuillas delante de su cara. Enfermeros con chaquetas terciadas a modo de capa sobre los hombros. Telarañas en las paredes, agua sucia en el suelo. La nariz del médico parecía un injerto, un pedazo de plástico robado a una muñeca y cosido torpemente al etmoides.

El médico intentó ocultar lo que iba a hacer con aquella jeringuilla, pero se acercó a Hugo demasiado obviamente. Iba a atravesarlo con la maldita *claymore* graduada

(¡no, en el brazo no, ¿pero quién coño es este psicópata?!)

que rompió la vena y vertió sangre hacia dentro del tubo, sangre que se mezcló con el líquido ambarino que querían suministrarle y volvió en un reflujo

(¡que alguien haga algo para detener a este matasanos, por el amor de Dios! ¿Dónde está la guardia con sus fusiles de asalto?)

pero fuera lo que fuese obró el milagro de hacer retroceder momentáneamente al dolor, a la agonía que se generaba en la punta de sus pies y subía mordiendo con colmillos de acero su columna vertebral, hasta impactar (¡bang, crash, bum!) contra su cerebro.

En un arrebató de ira, porque no podía contener por más tiempo el picor que le abrasaba los pies, Hugo se incorporó para rascarse. Pero su mano no llegó a tocar los miembros que tanto le torturaban.

Porque ya no estaban allí.

Las piernas le dolían y le picaban como los miembros fantasma que eran, porque

Hugo C'mill, como descubrió con un alarido de pánico, había perdido las dos en el combate.

—¿Cómo estás, te encuentras mejor? —le llegó la voz... tierna, tranquila. Familiar. Llena de pena mal disimulada.

Hugo se incorporó en la cama. Estaba en un cubículo, más limpio que el pasillo que recordaba del hospital pero igual de aterrador. Una mesita junto a la cama dejaba ver dunas de migajas de antiguas comidas, y pelusas de polvo que revoloteaban sobre manchas de cerveza. A su espalda, detrás de la cama, había un ventanal cuya cortina metálica no dejaba ver el exterior.

Más imágenes volvieron a su mente. El recuerdo de la última visión, la que le llevó al desmayo. Sus piernas amputadas.

—¿Dónde estamos?

Por Dios, ¿esta es mi voz?, se asustó al oír ese pisoteo de hormigas.

Fath dejó unas flores en un jarrón. Eran flores de Marte, no de la Tierra. Se les notaba en los pistilos largos como agujas de coser.

—En órbita, en el lugar de reunión —dijo.

Hugo se concentró en el entorno, en la fuerza de marea de la gravedad que tiraba suavemente de él hacia la izquierda. Estaban en el espacio, en rotación centrífuga lenta.

—¿Qué... qué infiernos me ha pasado? ¿Y mis... y mis piernas?

Fath decidió empezar por otra pregunta:

—¿Recuerdas algo de la operación del Mar Negro? ¿Del ataque a la fortaleza Exth?

Hugo asintió levemente. Sí, claro que lo recordaba. Flashes intensos le venían a la cabeza, atornillados unos a otros por destellos de explosiones.

—Logramos sortear sus defensas... —recordó. Las hormigas aplastadas de su voz seguían escupiendo cartón. O charol—. Rompimos la cerca láser, el mar entró en tromba por el agujero... ¿y qué pasó después?

—Después empezó el combate cuerpo a cuerpo contra las máquinas. Te portaste como un verdadero héroe, sin tu actuación allí nunca lo habríamos conseguido.

Y además me salvaste la vida, era la frase que vendría a continuación. Hugo sintió que se le encogía el corazón. Aquellas eran las típicas frases que se le decían a las víctimas de guerra, a los soldados que quedaban tan destrozados que, aunque les curasen las heridas y les reemplazaran los miembros perdidos por prótesis, quedarían inútiles de por vida.

No, por favor, no lo digas, suplicó en silencio.

—Y además me salvaste la vida —sonrió cándidamente la señora Fath, tomándolo de la mano. Un gesto cariñoso.

—Pero no conseguí salir ileso. —Hugo se atragantó. Su saliva sabía a cajas de

chinchetas.

—No. Una bomba-destello Exth impactó de lleno en el blindaje de tu Puma. La onda expansiva tumbó de espaldas a mi Juggernaut y al Ariete de Trevold, y eso que estábamos combatiendo lejos de ti. Pensé que no habría quedado de ti ni una sombra chamuscada contra el asiento. Pero tu máquina era fuerte. Te protegió.

Hugo clavó la vista en las dos depresiones que se hundían en la sábana, justo por debajo de sus rodillas. Ahora era un prisionero de su propio historial de heridas de guerra.

—No del todo.

—Podía haber sido mucho peor —le recordó Fath—. Podríamos no estar teniendo esta conversación.

—Sí, supongo que tuve suerte. ¿Y la fortaleza, la tomamos?

—¿De verdad no te acuerdas de nada, Hugo?

El soldado cerró los ojos. Sí, sí que había flashes, imágenes inconexas pero que tenían sentido, si se molestaba en clasificarlas.

Tras perforar la cerca láser el mar recuperó su sitio, y el combate prosiguió bajo el agua. Todo adquirió un tono distinto, como visto a través de un filtro. El entorno se volvió plástico, el agua empujaba a los robots en direcciones aleatorias, haciéndolos esclavos del reflujo. Las bombas explotaban como cargas de profundidad, abriéndose en burbujas de paredes duras como cemento armado. Los rayos de plasma y los láseres ultradensos dibujaban caminos luminosos en la oscuridad, enfundados en vainas de burbujas. El combate se volvió caótico, oscuro y submarino.

Y llegó la explosión.

Hugo salió de su ensimismamiento en el microsegundo exacto en que su cerebro reprodujo la luz cegadora de la detonación. Sí, un ingenio letal había impactado contra la coraza del Puma, haciéndola pedazos. La onda expansiva atravesó la cabina amputándole ambas piernas a la altura de la rodilla. Hugo tenía suerte de haber perdido solo eso.

Lo cual le llevaba a...

—Goro. Tengo que realizar el procedimiento y pasar mi mente a su cuerpo. —Miró a Fath—. O no podré seguir combatiendo.

—Daré la orden a Salmacis para que lo vaya preparando, no te preocupes. Te necesitamos más que nunca, porque hay rumores de que se está concentrando una gran flota Exth de invasión más allá del cinturón de asteroides. Vienen a por la Tierra.

Hugo se recostó sobre la almohada. Era como si estuviera observando un oscuro designio.

—Me lo temía, era inevitable... —susurró. En su antebrazo aún se distinguía un tatuaje que se había hecho en su primer año de la Academia. DEFENDER LO INDEFENDIBLE. Le encantaba su ambigüedad—. Espera un segundo. Has dicho que estamos en el lugar de reunión. ¿Reunión para qué?

Fath se levantó del taburete, fue hasta el ventanal y presionó el conmutador de

apertura.

La cortina metálica se abrió, dejando ver lo que había al otro lado. Y fue algo que puso las pupilas de Hugo a temblar del asombro.

Un cuarto de circunferencia del planeta Tierra llenaba el ventanal, dejando el resto libre para el espacio. La rotación a la que estaba sometida la estación médica hacía que esa porción de pastel de Tierra fuera moviéndose lentamente hacia abajo, descubriendo el perfil de un continente bañado en nubes. Australia, tal vez, con Nueva Zelanda brillando de fondo como un parche de cromo.

Entre el planeta y ellos había un auténtico río de naves, marchando en procesión como una taciturna columna de refugiados. Salían de la atmósfera y se iban amontonando en torno a grandes espirales de reunión, engrosando un enjambre de vehículos de todos los tipos, formas, colores y tamaños imaginables. Era como ver una columna de refugiados que, huyendo de un país en guerra, llegaran con sus familias a un campamento improvisado. Solo que esta vez el país asolado era todo el planeta, y el campamento unas coordenadas de ataque en órbita.

Hugo se arrastró hacia el borde de la cama para verlo bien, y a punto estuvo de caerse al suelo, porque su primer impulso fue ponerse en pie. Fath lo detuvo.

—Abandonamos la Tierra —dijo, compungida—. Lo poco que quedaba de la Humanidad en este planeta se marcha.

—P... pero... —balbució el guerrero—. ¿Por qué? ¿A dónde?

—Al último bastión que nos queda: Mercurio. Allí haremos frente a los Exth.

—Mercurio...

Hugo no podía creer lo que estaba viendo. La Humanidad huía, daba por rendido el bastión de la Tierra ante el enemigo y se retiraba a su última fortaleza, el único planeta donde la tecnología Exth, poco adaptaba a las altas temperaturas, estaría en desventaja respecto a la terrestre.

Se negó a aceptarlo. ¿Tan fácilmente se rendía la Homogeneidad a su destino? ¿Tan negro veían sus líderes el futuro que ordenaban a los humanos abandonarla a su suerte? ¡Era el planeta madre, maldita sea, la cuna de la especie, no una plaza que se pudiera sacrificar así por las buenas ante el invasor!

Y además, había otro motivo para sentirse así de frustrado, al borde de la insubordinación. Aunque este no se lo confesaría ni siquiera a Fath. Él no había luchado y perdido las piernas por nada, por defender un territorio que ya se daba por perdido. Su orgullo de héroe de guerra se rebelaba como un animal enjaulado ante tal posibilidad. Durante sus años de lucha, Hugo había pecado contra todos y cada uno de los mandamientos (sobre todo contra el Undécimo: No Querrás Volver Ahí y Hacérselo Pagar), pero érase una vez un muchacho que hizo del orgullo su principal fuerza, y érase otra en que ese muchacho juró que no le tomarían el pelo por decisiones meramente burocráticas.

—¿Retirarnos? ¿Y Salmacis? ¿Qué pasará con el Complejo y con los chicos? —se alarmó.

—Por el momento no podemos extraerlos. El proceso de salvaguardia de la señora Denali ha comenzado y no se puede interrumpir. Haremos lo posible por detener a los Exth en órbita antes de que lleguen abajo, pero...

—... Pero no nos garantizan la protección de Salmacis si el enemigo llega con su flota —comprendió Hugo. Empezaba a tener la sensación de que había acaparado todos los dolores de cabeza que esta guerra era capaz de ofrecer—. Tengo que bajar a por los chicos. Hay que sacarlos de allí antes de que sea tarde.

Sobre todo a Goro.

—No podré acompañarte —se lamentó Fath—. Debo ir a Mercurio a preparar la última línea de defensa. Esta mañana nos han llegado órdenes a Trevold y a mí.

«Nos han», claro. A ellos, no a mí, leyó entre líneas.

—¿Trevold también regresa a Mercurio?

—No, se va al frente marciano con un par de legiones. No puedo darte detalles, pero la llaman «Operación Reivindicación».

—Reivin... Mierda. Van a hacer un intento a la desesperada por recuperar Marte, ¿verdad? —Hugo no podía creérselo—. Es una idea tan valiente como estúpida.

—Sí, pero si lo logran... el bueno de Trevold va a regresar convertido en un mito.

—Tú lo has dicho: si regresan. ¿Tú no le acompañas, entonces?

—No, mi cometido en Mercurio es más importante.

—Una misión de Inteligencia, no de combate —comprendió tras un «ahhh...».

Fath no dijo que sí, pero tampoco que no.

—¿Cuándo salís?

—En pocos minutos. Esto es una contrarreloj.

—Lo entiendo. Esto ya lo había sinsentido antes. ¿Sabes, Efe? —Hugo dejó escapar un risita nostálgica—. No sabes cuánto pagaría porque mi madre me hubiese conseguido aquella urraca psíquica...

—¿La qué?

Hugo sonrió.

—Cuando era niño tenía un defecto ocular que me llenaba la visión de manchas, como si la exposición a una fuente de luz potente me dañara más que a los otros chicos. Tenía un nombre técnico de esos esdrújulos que nunca me molesté en aprender. Mi madre me prometió que cada vez que fuera al mercado buscaría entre los tenderos, a ver si había alguno que hubiese puesto una urraca psi a la venta.

—Nunca oí hablar de ese animal.

—Picotea los destellos que salpican tu visión tras mirar al sol, una especie de carroñero post-retiniano. Pero el tendero que mi madre buscaba nunca pasó por nuestro pueblo.

—Es una historia muy bonita. El problema sería cómo habrías podido alimentar al pájaro cuando se te pasó la enfermedad.

—¿Quién dice que se me pasó? —Encuadró el rostro de Fath en el centro justo de su visión, enmarcándolo con sus dedos—. Ya no estás ahí, solo veo una mancha

gigante. Te has ido. —Y antes de que ella pudiera replicar—: No te preocupes, velaré por tu Eco como si fuera el mío. Que tengas suerte en la mejilla del Sol, cariño.

—Que la tengamos todos, empezando por Trevold. ¿Sabes, Hugo? —sonrió—. Empiezas a tener un halo.

Fath le dio un beso en la boca (más funcional que otra cosa, para ambos no fue más que un firme contacto de labios), y ya estaba saliendo por la puerta cuando se detuvo.

—Por cierto, ha ocurrido algo histórico. Algo que podría cambiar el curso de la guerra.

—Sí, que huimos como ratas cobardes de nuestro mundo de origen —farfulló Hugo.

—Aparte de eso. Me refiero a que el ataque a la fortaleza del Mar Negro fue muchísimo más exitoso de lo que imaginas.

Hugo la miró con curiosidad.

—¿Por qué?

A la señora Fath se le iluminó la cara cuando lo dijo:

—Porque por primera vez desde que empezó esta guerra logramos hacer un prisionero. Hemos capturado a un Exth vivo.

Cuando Layn introdujo los comandos en su consola, la nueva puerta se abrió, desplazada hacia arriba por una especie de brazo mecánico. Susurros de gas se escaparon de las juntas.

Los tres chicos entraron con mucho cuidado. Quién sabía lo que podrían ocultar las entrañas de Salmacis, pensaban todos, sobre todo ahora que ya no era el paraíso que les habían vendido. Que había terrores ocultos tras las paredes y mentiras en la cara B de cada promesa.

El suelo de la sala era irregular, casi como pisar manojos de espadañas. Luego se dieron cuenta de que eran trozos arrancados de máquinas. Entonces sus ojos se acostumbraron a la luz, y se dieron cuenta de que la sala no estaba a oscuras, aunque sí tan apagada con respecto a la anterior que parecía un mausoleo. Lámparas que eran como cabos de velas de color ceniciento ardían bajo oquedades en las paredes.

Shura fue la primera que los vio, y soltó un grito ahogado. Cuerpos, cuerpos humanos colgando de cables muy finos en el techo. Y no eran niños, sino adultos. Todos desnudos e indudablemente mecánicos. Y esas formas tan femeninas... esos contornos de pechos y caderas y espaldas y largas cabelleras que ellos conocían tan bien, les recordaron a...

Los tres se abrazaron por el miedo que siguió a la tremenda sorpresa. Porque conocían a aquellas personas que colgaban indolentes, en posición de firmes, del techo. Eran copias perfectas, clónicas, de una sola mujer.

Azumi.

Cientos de Azumis colgaban del lejano techo, que bien podía estar alejado veinte o treinta metros, formando una doble espiral que recordaba una hebra de ADN. Los cuerpos estaban firmes, en posición vertical, con los brazos pegados a las caderas y las cabezas mirando fijamente hacia delante. Viéndolos así no parecía que albergaran ninguna clase de vida; más bien eran como juguetes, carcasas desechadas o aún no utilizadas por el sistema. Repuestos.

Pero eso no era lo peor.

En una esquina de la sala había un contenedor lleno de Azumis desechadas. Eran trozos de muñecas rotas, abandonados, despreciados para no malgastar recursos en su reparación. Claro, ¿quién querría reparar una marioneta rota cuando tenías mil nuevas en el armario?

Goro se acercó al contenedor, derramando una lágrima. Docenas de rostros de Azumis le contemplaron desde el amasijo de chatarra, congelados en expresiones que marcaban el momento en que dejaron de funcionar: alegría, enfado, sorpresa, reproche, meditación, júbilo... Parecía un altar de sacrificios con cientos de cadáveres en el cadalso, esperando tranquilamente su cremación. Había cuencas de ojos por todas partes, vacías de todo menos de recuerdos.

—¿Qué espantoso lugar es este...? —tremoló Shura.

Un destello ahogó cualquier réplica, pues una máquina distinta lanzó un arco voltaico a una de las Azumis (la que estaba situada más abajo en la gran hélice de ADN), derritiéndola. Su carne fluyó como una masa de gelatina, desprendiéndose del esqueleto. Los chicos se llevaron un buen susto, pero enseguida comprendieron que asistían a un proceso automático: Una especie de soldador de arco derretía a las androides para poder desmembrarlas con más facilidad y arrojarlas a la cubeta.

Goro cogió una de las cabeza de Azumi del contenedor y la examinó. Layn hizo lo mismo. Si se esforzaban un poco podían recordar los sucesos de los que hablaban aquellas heridas (una quemazón aquí, un rasguño allá). Durante su niñez habían visto a Azumi herirse muchas veces, cortándose sin querer con instrumentos afilados o durante los entrenamientos en el gimnasio. No era nada anormal. La idea que tenían de la androide es que era un ser vulnerable, igual que ellos, sensible a accidentes a pesar de la dureza de su cuerpo artificial.

Lo que daban por sentado era que Azumi también podía regenerarse, igual que los humanos. Nunca se les había ocurrido pensar que eso era concederle una ventaja demasiado biológica a algo que no era más que una máquina. Cuando Azumi se hacía daño se iba a lo que ella llamaba «el taller», y cuando volvía, al día siguiente o al otro, estaba completamente curada y sonriente. Se le habían curado las heridas, como a los niños.

Pero la realidad era que no se había curado.

La habían sustituido por otra nueva, de paquete.

Y todos felices y contentos.

Goro rió amargamente al entender la simplicidad y eficacia del proceso. Cuando

podías copiar tu cerebro en un nuevo envoltorio, y de estos tenías de sobra, ¿para qué molestarte en arreglar el antiguo si se estropeaba, o si envejecía? El paralelismo con la suerte que Salmacis les tenía reservada le estremeció.

—Azumi... —Pronunció el nombre apenas lo suficiente para sentirlo en la garganta.

—¡Cuidado, escondeos! —susurró a gritos Shura.

—¿Qué pasa, qué...?

—¡¡Meteos aquí, ya!!

Shura lanzó sin miramientos a sus hermanos al interior del contenedor. Ella misma creyó que se moría al verse enterrada en una montaña de miembros cercenados de Azumi, pero no dijo nada. Sin embargo, a pesar de su rápida reacción, no lograron ocultarse a tiempo de lo que había visto aparecer por un túnel lateral.

La cosa que entró en la sala parecía un enjambre de esferas de cristal que flotaba a dos metros del suelo. Pero cuando el enjambre estuvo cerca del contenedor su forma global varió: las esferas se agruparon, dejando atrás su configuración de nube para adoptar una forma. Se llenó de destellos iridiscentes, y por un momento se pareció a un enorme ojo. Un ojo flotante que estaba fijo en los muchachos.

—¡Nos han descubierto! —gritó Layn.

Para Shura, pensar y moverse fue una sola cosa. Saltó del contenedor y echó a correr a velocidad endiablada hacia la puerta por la que habían entrado, solo para descubrir cuando ya era demasiado tarde que se había cerrado. No podían volver atrás. La única salida visible era el túnel por el que había llegado el monstruo.

El ojo reaccionó al movimiento de Shura y lo siguió, concentrándose en la chica. Sus hermanos también saltaron fuera de la montaña de restos, sin saber qué hacer.

Layn señaló el túnel.

—¡Por allí, es la única salida! —exclamó.

Pero Goro no le escuchaba. Tenía la vista clavada en su hermana y en la aberración tecnológica que la había acorralado contra la pared. El enjambre rotaba en el aire, sobre su cabeza, y Shura no podía hacer más que agacharse e intentar incrustar su propia espalda contra la pared. El miedo no la dejaba moverse.

Entonces se le ocurrió la idea.

—¿Pero qué haces? —se desesperó Layn.

—¡Salvar a Shura! —gritó su hermano, arrancando de su soporte articulado la máquina que fundía las Azumis.

Una vez separada de la especie de grúa que la soportaba, se parecía a una caja que alguien fuerte podía sostener en el aire, con un extremo lleno de cables deshilachados y el otro acabado en una punta por la que brotaba el rayo. Pero, aunque la caja seguía teniendo energía (lo atestiguaba la cantidad de lucecitas y destellos que aún brotaban de su carcasa), no hacía lo que debía. No disparaba su arco voltaico fundidor.

—¿¡Qué fázulas le pasa a este trasto!?

Layn no se molestó en explicárselo. Agachándose, deslizó un brazo por debajo

del aparato y juntó dos de los cables arrancados. Se cerró el circuito y el arma disparó.

El arco de luz los dejó momentáneamente cegados, pero tuvo el efecto que buscaban: al golpear el enjambre creó una tormenta de arcos voltaicos que desarticuló a la criatura. Un tercio de sus esferas cayeron al suelo, calcinadas, mientras el resto revoloteaba nerviosamente como moscardones asustados.

Shura gateó por debajo de los moscardones, apartándose también del camino del rayo. Goro apuntó mejor y volvió a cerrar el circuito. Otra tormenta de relámpagos dibujó cicatrices en la pared mientras perseguía a los traviesos globos.

—¡Me encanta este chisme!

—¡Tenemos que largarnos! —urgió Layn—. ¡Ya! —Gritó la última palabra a pleno pulmón y la desesperación se la envolvió.

Shura y él se lanzaron a correr túnel adentro, hacia lo desconocido, mientras Goro se quedaba atrás espantando las pocas esferas que seguían intentando reagruparse. Tratando de ganar propiedades ópticas al juntar la mayor cantidad posible de lentes, y así formar una cámara de vídeo.

Durante unos segundos la imagen de Goro se proyectó sobre esas esferas, astillándose como un panal de abejas, y su rostro, aunque fragmentado, quedó perfectamente expuesto.

Alguien le estaba mirando.

LOG 95412

¡Los encontré!

Casi no pude creerlo cuando vi a los muchachos a través del Colectivo7 en...

¿Dónde rayos estaban? ¿Era eso la sala de almacenaje de androides? Por todo lo sagrado, ¿cómo habían logrado llegar hasta allí mis niños, ellos solos y sin escolta?

Y lo más preocupante de todo: ¿quién les había abierto las puertas?

Layn. Tuvo que ser él. Nadie más conocía los sistemas del Complejo hasta el extremo de poder abrir puertas prohibidas. Analicé la situación y deduje algo realmente preocupante: su posible lugar de destino, a tenor de los caminos que estaban tomando en su loca huída, era el complejo hospitalario de Song.

Sentí pánico al pensar: Ya está, lo saben. De alguna manera han averiguado la verdad. Por eso corren, huyen, intentan escapar y al mismo tiempo salvar a su hermana. Era la situación más catastrófica que jamás me había planteado, la que casaba con el escenario imposible, aquel en el que los Ecos se rebelaban contra su destino y arruinaban décadas de investigación militar.

Los corpócratas de la Homogeneidad iba a estar muy, pero que muy enfadados conmigo. Mi único consuelo era que como todas las líneas de comunicación con el exterior estaban cortadas, tardarían mucho en enterarse. Quizás no llegaran a hacerlo,

si había suerte y yo lo resolvía a tiempo.

Jamás me perdonarían haber perdido a los niños. Tenía que recuperarlos a toda costa, hacer que volvieran a la zona habitable del Complejo, donde estarían a salvo de todo mal. Si alguno se caía por un foso o se electrocutaba con un cable sería un desastre. Lo malo era que no podía cortar la corriente en la zona por donde se movían, que sería la solución más efectiva: si era Layn el que estaba facilitándoles la huida con su dichosa consola artesanal... lo más efectivo sería dejar sin electricidad toda esa zona del Complejo. Así las puertas no se abrirían y ellos no correrían peligro de electrocutarse.

Pero no podía hacer eso, porque implicaría dejar sin abastecimiento al hospital. Y aún faltaba más de una hora para que la operación se completara.

Estaba atrapado. No tenía más opción que enviar a Azumi (si era necesario activaría a todo un ejército de Azumis) para que los trajera de vuelta. Y rezar.

¿Puede rezar una máquina? ¿Hay algún dios de silicio ahí fuera al que pudiera dirigir mis plegarias?

Ojalá sí, aunque sea un dios extranjero. Un dios Exth.

No es herejía si tu propia supervivencia depende de ello.

Layn iba en cabeza, reptando por un nuevo túnel angosto, con Shura en medio y Goro cubriendo la retaguardia con su arma improvisada. Arrastrarse por aquellos conductos que no eran sino espacios huecos entre marañas de tubos era como sentirse tragado y deglutido por el estómago de una bestia.

Layn se acordó de una canción que le había enseñado Azumi. Decía:

Es hermoso que el tiempo fluya

Siempre hacia el sur

Es hermoso que nosotros

Nos deslicemos con él.

«Mordiendo versos», se llamaba. Sí, y haciéndoles daño también. Era una idea extraña, esa de entender el tiempo como algo que era capaz de moverse en una dirección determinada, y aún más de llevarte con él como la marea en una playa. No sabía por qué le había venido ese poema a la cabeza, pero lo encontraba muy apropiado. Como si el tiempo, durante tantos años cautivo de los muros de Salmacis, por fin hubiera encontrado una brecha y escapara a raudales.

Y claro, la marea los arrastraba a ellos también. Eran guijarros en la arena, pulidos por las horas, por los días, por los meses. Islotes vagabundos en la mar bajo un cielo cuajado de estrellas.

Hacía tiempo que habían dejado de poder pronunciar el nombre auténtico de las estrellas. Fuegocielos, las llamaban ahora. Layn quería verlas, verlas de verdad, con

sus propios ojos y no a través del pincel de un artista o un monitor de vídeo.

Tal vez la solución estuviera al final de aquel túnel.

—Creo que estamos al borde de otro anillo —dijo tras echar un vistazo a su mapa—. En breve deberíamos encontrar uno de los centros de pensamiento del Ordenador, si no estoy demasiado equivocado.

La pista de que no lo estaba fue que la esclusa del túnel no se abrió, por más que tecleara las órdenes en la consola. Los sistemas de apertura parecían haber sido bloqueados.

—Faz... El Ordenador nos ha descubierto. Sabe dónde estamos.

—¿Cómo que nos ha descubierto? —preguntó Shura—. ¿Cómo lo sabes?

—Ha bloqueado las puertas. No podremos pasar. Sabe que estamos cerca de uno de sus... cerebros —gruñó—, y también que sabemos cómo manipularlo. No nos dejará pasar de aquí bajo ninguna circunstancia.

Shura golpeó la pesada puerta de acero con los puños. Nada sucedió, salvo que sus manos enrojecieron.

—¿Qué va a pasar ahora?

La contestación se la dio el propio túnel, cuando una suave y rítmica reverberación fue en *crescendo*. Unos golpeteos rítmicos. Algo (probablemente muchos algos) se arrastraba hacia ellos por el conducto.

—¡Vienen hacia aquí!

—¿El qué? ¿Qué viene? —se alarmó Goro.

El tubo era una garganta que se tragaba todo lo que se alejara más de tres metros de la única fuente de luz, el soldador de arco. A sabiendas de que era su única arma, Goro no había querido soltarla.

—Hay otras formas de iluminar una cueva —masculló Goro, y presionó muy levemente los cables de encendido. La respuesta fue un chispazo más potente que alcanzó a alumbrar más metros, y una ola de miedo que llegó en respuesta. Porque lo que la luz les permitió ver, con su gelatinoso fulgor blanco, fueron multitud de caras de Azumi, clónicas, que se arrastraban velozmente hacia ellos.

Un montón de androides de rostro inexpresivo habían sido activados por el Ordenador para que los persiguieran. Y se arrastraban metro a metro más como un colectivo, como una masa informe de seres sin mente, que como una procesión ordenada de personas.

Shura gritó, echándose hacia atrás con tal fuerza que su cabeza golpeó contra la puerta. La consola de Layn patinó por el sudor de sus manos y cayó al suelo, apagándose. El único que permaneció impertérrito fue Goro, con la antorcha en las manos. Sus nudillos tenían el mismo color del metal.

—También hay otras formas de abrir una puerta... —Acto seguido apuntó con el arma a la esclusa.

—¿¡Pero qué haces!?! —gritó Layn, obligando a Shura a agacharse.

Los ecos de su voz aún no se habían extinguido cuando el túnel ardió con una luz

galvánica, la inflamación de un fuego blanco que trazó un camino ardiente en la esclusa. El metal se derritió, llenándolo todo de un malsano olor a quemado, y llovió en gotas fulgurosas que relucieron como oro brillante.

Goro se aplicó al máximo mientras sus hermanos intentaban cubrirse de la lluvia de chispas, a sabiendas de que el ejército de enloquecidas Azumis los alcanzaría en cualquier momento. Pero al final el rayo cumplió su objetivo, y la esclusa se partió en dos con un sonido seco, de martillo.

—¡Pasad a la siguiente habitación, rápido! —les ordenó mientras orientaba el cañón hacia el túnel. Los androides estaban tan cerca que ya ni siquiera hacía falta aumentar la intensidad del resplandor para verlos.

Layn y Shura obedecieron, dando un salto hacia lo que fuera que hubiera detrás. Para asegurarse de que las Azumis no les seguirían, Goro disparó contra el techo del túnel. Eso tuvo dos efectos, uno deseado y el otro no: el primero fue que unas grandes planchas de hierro cayeron en avalancha, sellando la abertura, lo que los dejaba momentáneamente aislados. Y el segundo que el soldador agotó su carga restante. Ya no dispararía más.

Goro lo arrojó a un lado con furia, y se dio la vuelta para ver qué sorpresa les deparaba aquella nueva fase de su viaje a lo desconocido.

Se sumó tarde a la cara de perplejidad de sus hermanos, pero se sumó.

No era para menos.

La silla de ruedas aparcada en la esquina de la habitación llevaba hablándole un buen rato.

No es que Hugo por norma general oyera hablar a los muebles, ni a los utensilios de uso cotidiano, pero aquella grotesca silla, símbolo cruel de su futuro más inmediato, se estaba entrometiendo con un soliloquio subsónico.

Úsame, le decía. Sabes que quieres salir de esa estúpida cama. Úsame. Soy tu única tabla de salvamento. Tu redentora.

Quizás tuviera razón. Pero malditas las ganas que Hugo tenía de hacerlo.

Al final tuvo que rendirse a la evidencia: mientras no cambiase de cuerpo, tendría que batallar en una última guerra. La guerra contra su estatus de lisiado. Contra el dolor y la vergüenza de quien se sabía fuerte y heroico pero era menos hombre que antes.

Esa clase de sensaciones eran las que lo ahogaban cada vez que se miraba a un espejo. Se daba cuenta de que ya no era el mismo de antes. Que aquella bomba, al quitarle las piernas, también había empaquetado y lanzado muy lejos su dignidad.

—¡No! —chilló contra sí mismo.

Saltó de la cama, se arrastró por el suelo usando las técnicas aprendidas en las pistas de entrenamiento para infantería y trepó hasta la silla. Mierda, qué lejos estaba, parecía el puto Everest. Coronarla y sentarse fue un triunfo parejo al de conquistar el

mayor pico de la Tierra.

—Ahora, preciosa, a ver cómo te portas en baja gravedad.

Abrió la puerta del cubículo para salir al pasillo. Las noticias que le había chivado Fath le habían dejado preocupado. Si una flota de invasión Exth estaba a punto de llegar a la Tierra, era lógico que el alto mando hubiese dado la orden final de evacuación. Ahora, más que nunca, debía bajar al Complejo Salmacis y encargarse de extraer a su... a los Ecos. En plural. En momentos como este no debía pensar en sí mismo, sino en que Fath o Trevold también podían llegar a encontrarse en su misma situación. Lisiados tras un combate, al borde de la muerte, con su esperanza en manos de unos niños.

Supuestamente, el comité había dado la orden de extraer a los chicos en cuanto acabara el procedimiento de Denali, pero Hugo intuía que algo iba mal. Intentó ponerse en contacto con el engréido y resabidillo Ordenador central de Salmacis en varias ocasiones por canal de hiperondas... pero fue inútil. Alguien (o algo) había cortado de raíz las comunicaciones con el Complejo.

Algo raro estaba pasando allá abajo, y con todo el monstruoso lío del éxodo ya nadie querría ocuparse de Salmacis. Era hora de que los interesados en salvar a los Ecos se pusieran en marcha. Y con Fath y Trevold de camino a otros planetas, solo quedaba él para poner las cosas en su sitio.

Preparaos, cabrones, aquí llega Hugo, cuyo nombre significa «aquel que pone los puntos sobre las íes».

La estación espacial tenía un tipo de gravedad dependiente de la rotación; era como un inmenso anillo giratorio con las zonas habitables en la periferia, donde se alcanzaba un cómodo g en los días buenos. Eso quería decir que mientras más se alejara del anillo externo y más trepara a través de los tubos hacia el centro, menos gravedad habría. Y menos tiempo pasaría su silla pegada al suelo.

Las ruedas orbitales no se pensaron para los inválidos, se lamentó, pero siguió adelante. Primero subió por los ascensores todo lo que pudo, hasta que las ruedas de la silla ya no tocaron suelo, y luego se arrastró por los pasillos como la parodia de un astronauta: un torso con brazos que tenía algo atrabancado detrás, un peso muerto asido a sus pies que chocaba contra todo suelo, pared y techo imaginable, haciendo casi imposible su avance.

Tenía que llegar al hangar donde estaban las naves de descenso. Ese era su objetivo, su misión. Y por dura y agónica que fuese, Hugo C'mill jamás había fallado en ninguna misión.

Su frente se convirtió en un surtidor de gotitas de sudor que llenó de constelaciones (¡eh, esa se parece a Orión, qué curioso! ¡A ver si sabes hacer la del Pegaso!) el aire del pasillo. Cuando creyó que había llegado a un punto límite y que su silla jamás pasaría por la siguiente puerta, apareció un técnico.

—¡Por el amor de...! —exclamó al descubrir el chiste flotante que era Hugo—. ¿Pero qué hace, hombre? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Me quitoenmiendo —gruñó Hugo, dándole la mano—. No tengo por qué responder a eso. Ayúdeme a llegar al hangar, por favor.

—Pero... esto es altamente irregular. Usted es un paciente de la sección D —se preocupó el hombre, con esa cara de agobio de *¡encima me toca esto, mierda, con todo lo que tengo que hacer!*—. No puede estar aquí, tiene que volver al hospital.

—Imbécil —dijo Hugo con amabilidad—, haz el favor de echarle un vistazo a estos galones. —Se palpó el hombro, donde relucían sus insignias de capitán. Su actitud anunciaba que él era un regalo de los dioses a la Humanidad, y el técnico una cucaracha uniformada—. Te ordeno que me lleves ahora mismo hasta el hangar, o te juro que te destino hoy mismo a primera línea de lucha contra los Exth. ¿Me has entendido?

El técnico unió sus propias constelaciones de sudor a las que nacían de la frente de Hugo. Por ahí había incluso dos o tres supernovas.

—Sí... sí, señor. De inmediato.

—Y no se te ocurra informar de esto hasta que me haya marchado, o te diré unas cuantas cosas en Basicglós que no te gustarán.

—¿Qué... qué es Basicglós, señor?

—Un magnífico idioma para amenazar a la gente.

El resto del camino fue un paseo en comparación a lo anterior. El técnico ayudó a la silla de Hugo a pasar por los anillos de gravedad hasta que llegaron al inmenso espacio abierto del hangar.

Que fuera grande no quería decir que estuviera vacío. Situado en el eje de giro, se mantenía en gravedad cero para facilitar la estibación de la carga. Cajas y cajas de material militar y humanitario aguardaban su turno convertidas en grandes globos aerostáticos con cables. Pero lo más impresionante de todo eran las docenas, quizá centenares, de Mirmidones que colgaban de raíles.

Aquello no era un simple batallón de ataque preparándose para una incursión. Era la totalidad de efectivos que quedaban en el planeta. Hugo jamás había visto tantos Mirmidones juntos, cada uno con su forma y función específicas, colgando de raíles que los llevaban como a una marabunta de hormigas hasta su nave de transporte. Enormes cruceros metían el morro por la abertura del hangar, abrían sus compuertas y se tragaban a varias docenas de estos titanes silenciosos mientras el personal de tierra trabajaba a todo tren, estimulado por las feroces calistenias de sus oficiales.

Son naves preparadas para el entorno solar, se asombró Hugo. No pretenden quedarse a defender la Tierra. Están evacuando las tropas a Mercurio.

La ira se inflamó en su pecho. Era lo que él se temía. Pero no estaba dispuesto a tolerar aquello, aunque fuera un simple hombre (no, un medio hombre) contra lo que quedaba de su especie.

Ugi ugi ugi, le dijo a la silla.

¿Qué significa?, preguntó esta.

Vamos a darles caña, en Basicglós.

Intentó hallar una lanzadera, pero en su lugar vio algo mucho más interesante: un Mirmidón de clase convertible transformado en nave. Era uno de los últimos juguetes de los laboratorios de Defensa, una mezcla entre robot de combate y nave espacial que podía cambiar de forma. No era tan efectivo como robot como sus antecesores ni tan veloz siendo nave como los vehículos puros, pero su versatilidad era lo que más le convenía a Hugo.

Se introdujo por la compuerta de la panza. Encendió motores y, sin esperar la confirmación de la torre, salió disparado convertido en una estrella fugaz rumbo al mundo madre. El ladrido del controlador de vuelo no se hizo esperar:

—¿Pero qué diantre hace, está loco? —chilló la radio—. ¡Devuelva ahora mismo ese Landher!

—¿Loco? No, solo estoy un poco desesperado —matizó Hugo—. Pero hay quien diría que no hay loco más peligroso que un hombre desesperado. ¿Le cuento el del murciélago que se queda afónico en una pista de carreras?

Con una sonrisa cínica, puso proa al mar de nubes que techaba su mundo. A su hemisferio norte. A un lugar que antiguamente se había llamado Groenlandia.

A Salmacis.

(Postdata a las vicisitudes de Hugo C'mill: Sí, sabía que o bien Fath o alguien situado en las altas esferas le estaba mintiendo sobre lo que pasaba realmente en Salmacis. Y sí, también le importaba un rábano. Solo pensaba en el cuerpo joven y con piernas que le estaba esperando. El de su hijo).

X

El domo hospital

El silencio de aquel lugar poseía una cualidad catedralicia.

Los chicos habían descubierto uno de los «cerebros» de Salmacis, uno de los centros de procesamiento que el Ordenador tenía repartidos en diferentes anillos por todo el Complejo. Pero no se parecía ni remotamente a lo que podían haber imaginado.

No era cierto que solo hubiera silencio allí dentro. También había sonidos suaves, remotamente submarinos, con una textura acuosa y efímera, que surgían de una piscina llena de luz.

Layn, Goro y Shura se aproximaron a la piscina y observaron su reflejo en un líquido que no era líquido, sino que parecía una sopa de fotones. Unas raíces de árboles de fibra óptica colgaban del techo, con ramificaciones que palpitaban bañadas en destellos. Era como si dentro de la sopa de fotones nadaran millones de pensamientos, las emociones de una máquina increíblemente compleja, y esas raíces los libaran separando los útiles de los improductivos.

La tecnología allí representada era... apabullante. Más de lo que sus simples cabezas de Ecos podían soportar. Se sintieron como pulgas contemplando la majestuosidad del arte de un ser de orden superior, como el Partenón, sin entenderlo ni siquiera remotamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Goro.

—No tengo ni la más remota idea... —admitió Layn, los ojos como platos.

—¿Creéis que es... él? —Todos sabían a quién se refería.

—Si es él quien está ahí dentro, pronto lo sabremos.

—Pues más te vale que te des prisa, si vas a hacer algo —se tensó Shura. Los golpes en la barricada sonaban como arietes intentando traspasar la muralla de un castillo—. Porque las Azumis vienen.

Layn estaba en shock. Sí, claro que tenían que hacer algo, ¿pero qué?

Estaba claro que sus truquitos de programador aficionado ya no servirían más. El Ordenador, tras descubrir su intrusión, se habría blindado ante cualquier orden que él pudiera darle. Eso volvía inútil su consola. Pero aún no quería desprenderse de ella, por si acaso.

Sudando por la tensión, miró al soldador de arco que había tirado Goro.

—¿Eso está muerto, sin ninguna carga?

—¡Y yo qué sé! —contestó su hermano, intentando apuntalar con su propio cuerpo la barricada. Los puñetazos de las androides ya se empezaban a tatuar como relieves sobre los escombros—. ¿Tengo pinta de ingeniero?

—Nos arriesgaremos —decidió Layn. Cogió el soldador apagado, lo elevó por encima de su cabeza y lo arrojó a la piscina de fotones—. Seguro que esto, como

INPUT

INPUT

%% ALERTA ROJA ALERTA ROJA (\$739027834&/INTRO-DESC/)%%
%% AVERÍA EN CEREBRO CENTRAL (/&CODEC-89HH112//). OBJETO EXTRAÑO
EN TANQUE FACTRAL A1. DAÑOS GRAVES, PROTOCOLOS DE EMERGENCIA
ACTIVADOS. IMPOSIBLE PEDIR AYUDA A LA BASE, TODOS LOS CANALES DE
COMUNICACIÓN CON EL EXTERIOR FUERON DESTRUIDOS DURANTE LA EMERGENCIA
ANTERIOR. INTENTAR REPARAR AVERÍA IN SITU CON MANO DE OBRA ANDROIDE.
FALLO RECURSIVO: LOS ANDROIDES NO RESPONDEN. TODAS LAS FUNCIONES
DE SALMACIS ESTÁN CONGELADAS.
ALERTA: PRODUCCIÓN DE ENERGÍA GEOTÉRMICA EN PELIGRO. RIESGO DE FALLO
TOTAL EN EL GENERADOR. TIEMPO PARA EL **COLAPSO DEL SISTEMA**: MENOS DE TRES
HORAS. TRANSFERIR.

YHG923674846P&&/637836462GYHoutoutout

La primera sacudida de la cúpula fue la que convenció a los médicos de que algo muy grave estaba pasando.

El doctor Naemon Glod era el psicocirujano encargado de la transferencia de mentes. Su competente equipo médico y él habían escaneado el cerebro de los pacientes (fuente y destino, en jerga F y D): tenían a la señora Denali en un estado de coma inducido y al Eco Song en sueño profundo. La joven no estaba en coma, sino simplemente dormida, ya que ese era el estado idóneo para que recibiera el enorme torrente de información.

Cuando la cúpula tembló, Glod acababa de echarle un vistazo al ordenador que controlaba a los pacientes, y había sonreído satisfecho: todo estaba listo. Era el momento idóneo, la transferencia podía comenzar.

Pero entonces, una onda sísmica que pareció surgir de los más profundos sótanos de Salmacis sacudió los contrafuertes, el techo del hospital se llenó de grietas y las cascadas de polvo bañaron a todo el personal. Glod se lanzó por acto reflejo sobre la camilla de Song, protegiendo a la muchacha con su cuerpo. Cuando todo pasó, miró a sus ayudantes con estupor.

—¿Qué cojones ha sido eso? ¿Un terremoto? ¿Un misil Exth?

Su segundo, una mujer con el pelo cortado a modo de casco, salió de detrás de la mesa. Tecleó unas órdenes en su consola y dijo:

—¡El sistema informático neural de Salmacis se ha vuelto loco! No responde a mis entradas, solo devuelve datos incomprensibles.

—Esto sí que es una forma condenadamente temperamental de empezar algo — protestó el cirujano.

—¿Qué hacemos, doctor?

—Si nos encontramos bajo ataque, la energía podría cortarse en cualquier

momento. ¡Maldita sea, me habían asegurado que este Complejo era totalmente seguro! Así no podremos realizar la transferencia.

Su equipo al completo lo miró, esperando órdenes. Sabían que a la señora Denali no le quedaban fuerzas, pero tampoco podían arriesgarse a proceder con la operación cuando el maldito hospital temblaba como si estuviesen lloviendo bombas.

—Encerrad al Eco en una de las habitaciones —decidió, a duras penas—. Y proteged como sea a Denali, ella es la clave de todo.

Sus ayudantes cumplieron las órdenes como un batallón bien entrenado. Glod giró hacia él la consola y trató de conectar con el dichoso Ordenador central. No pudo. Su ayudante no había imaginado los símbolos raros, la interferencia y las lecturas caóticas: de verdad todo eso estaba allí.

Es lo único que nos faltaba, pensó: que la estación misma se volviera esquizofrénica. Por si no fuera suficiente con el corte total en las comunicaciones, ahora temblaba el suelo y la mente maestra del Complejo empezaba a hablar en chino cibernético.

—Se está volviendo loca —le dijo a la sala de operaciones.

Le vinieron imágenes de programas dementes sueltos por el cerebro del Ordenador, quizá virus informáticos de los Exth destinados a destrozar cualquier pedazo de código que no estuviera blindado.

Una idea cruzó en ese momento su cabeza.

Aquel Complejo se alimentaba con energía geotérmica, que era más segura que la nuclear pero igual de explosiva si las cosas salían mal. Largos tubos de kilómetros de profundidad se clavaban en el subsuelo, justo debajo de Salmacis, llegando hasta las capas convectivas de más abajo, de donde extraían cientos de kilotonnes de potencia. Todo eso fluía como un torrente hasta los acumuladores, donde se almacenaba de cara a un rendimiento de años.

Pero si las bombas caían, o si el suelo se movía o vete a saber qué más desastres estaban ocurriendo, los acumuladores podían estallar. El Ordenador enviaría a una muerte segura a sus androides (seguro que bajo promesa de manumisión), mandándolos a las calderas para intentar cerrar las válvulas. Pero no lo conseguirían. Sus endebles cuerpos se derretirían bajo el martillo de los miles de grados vampirizados del subsuelo. Y entonces sí que la habrían hecho buena. Adiós Salmacis, adiós Ecos y adiós pensión de fin de carrera para él.

Esto no puede estar ocurriendo, sollozó Glod. *No ahora que me iban a dar un puesto de lo más cómodo en la flota del Almirantazgo. ¡Iban a trasladarme pasado mañana, maldita sea!*

—Wals, sal al exterior y comprueba si nuestra nave sigue en la pista de aterrizaje —ordenó a uno de sus hombres—. Si es así, prepárala para despegar. Quiero salir de aquí en cuanto la cosa se tranquilice.

—A la orden. —El ayudante salió corriendo de la sala.

Glod insistió una y otra vez con su consola, introduciendo su código personal,

hasta que logró que el Ordenador le respondiera.

—¡Por fin, gracias a Dios!

Escribió:

PETICIÓN: RAZÓN DE LAS SACUDIDAS SÍSMICAS EN EL COMPLEJO. EXPLICAR.

Leyó:

&&RESP.:// SOBRECARGA GRAVE EN LOS ACUMULADORES DE ENERGÍA DEL SUBSUELO.

RIESGO DE EXPLOSIÓN: MUY ALTO. NIVEL DE RIESGO PARA LA VIDA: CATASTRÓFICO.

RECOMENDACIÓN: EVACUAR SALMACIS LO ANTES POSIBLE // %&&OUTOUTOUT

—Mierda —diagnosticó.

El Landher de Hugo perforó un manto de nubes como una aguja ardiente y sobrevoló a velocidad supersónica el mar del Caribe. Pálidos esbozos de coral brillaban bajo el agua verde (el nuevo Ecuador de la Tierra pasaba por allí, cortando el Caribe y yendo después a trazar su línea de calor por encima de Noruega), pero pronto quedaron atrás junto con las islas y el buen clima. La nave-Mirmidón remontó la costa este de lo que muchísimos años atrás habían sido los Estados Unidos de América y Canadá, y se aproximó a un montículo de nieve que tenía dos veces el tamaño de Europa.

Groenlandia. Rebautizada Salmacis en honor a una antigua ninfa tras el Colapso.

Justo antes de divisar las cúpulas del Complejo, Hugo sobrevoló un lugar que era en sí mismo un cementerio, un monumento a la antigua civilización que había caído tras el contacto con los Exth. Al extremo de una inmensa planicie helada, otrora llamada «Atlántico Norte», se alineaban dos largas hileras de objetos negruzcos. Vistos de cerca eran barcos de guerra, lo que quedaba de la orgullosa flota naval terrícola, a la que el cambio climático que llegó con la inclinación del eje de la Tierra atrapó entre masas de hielo. Hugo no vio más que pecios abandonados, esqueletos de metal podrido que lloraban con lágrimas de óxido la derrota de los ideales humanos.

Pero aunque estaban muertos, seguían siendo impresionantes: Portaaviones de miles de toneladas de peso, destructores con cañones erizados de espinas de hielo, fragatas, cargueros, corbetas, buques anfibios e incluso submarinos paralizados en mitad de un salto eterno, como gritos de terror tubulares que surgieran del agua.

Resulta curioso cómo fuimos diseñados por la Naturaleza para creer que éramos el centro de todo, se lamentó Hugo. Nuestro cerebro conspira haciéndonos sentir que somos el pináculo de la vida. No me extraña que fuéramos tan arrogantes.

La nave los sobrevoló levantando un haz de polvo blanco, y siguió hacia la cercana costa de Salmacis. Allí, a apenas treinta kilómetros del cementerio de buques, una suave elevación del terreno indicaba que empezaba la isla-continente. Y en plena costa, asomado a un océano que se había transformado en una titánica plancha de cristal, estaba el Complejo.

Hugo dio una vuelta para localizar la pista de aterrizaje. Se asombró al notar el mal estado en que estaban las cúpulas, peor que en su última visita. La decadencia de los materiales era la dueña del paisaje, avivada por las terribles condiciones meteorológicas que habían enterrado en nieve casi todos los puentes. El Complejo parecía una ruina abandonada, igual que los barcos del cementerio. Sin embargo, señales de un calentamiento en la base de las cúpulas empezaban a destacar con luces de alerta, lagos de hielo derretido y chimeneas que exhalaban chorros de vapor.

Algo malo debía estar pasando en las máquinas situadas bajo el Complejo, porque todo aquello olía a desalojo de emergencia.

Había otra nave posada en la pista, una lanzadera médica. Distinguió a una persona vestida con traje monoclima que estaba de pie junto a ella y que le hacía señales con los brazos.

Aterrizó junto a la otra nave, justo al borde de la pista.

—¡Eh, usted! —le llamó Hugo desde la abertura en la panza del aparato. Antes de salir sacó una cartuchera con una pistola de pulsos del arsenal de la nave y se la ajustó a las axilas—. ¡Écheme una mano!

El ayudante médico se acercó al aparato, asombrado por lo agresivo de su silueta (era literalmente como si un Mirmidón se hubiese retorcido sobre sí mismo hasta alcanzar una posición fetal, solo que las piernas se habían convertido en toberas y el torso central en una proa con perfil atmosférico), hasta que le cayó encima una silla de ruedas.

—Ábrala y ayúdeme a bajar.

—¿Quién es usted... si me permite la pregunta? —Cuando vio sus galones, añadió—: Señor.

—Capitán Hugo C'mill. Subir a estos trastos es fácil en baja gravedad —gruñó, dejándose caer como un fardo en los brazos del ayudante—. Pero con un *g* completo es una mierda. ¿Es usted del equipo médico de la señora Denali? —preguntó. Bajo la protección monoclima, el hombre llevaba un uniforme diseñado para que cualquier habitante del Solar supiera al instante la profesión de quien lo vestía.

El hombre asintió, colocando a Hugo sobre la silla de ruedas. Esta había vuelto a lanzarle peroratas en su coloquio subsónico, pero Hugo se esforzó por ignorarla.

—Sí, soy del grupo de transferencia mental. Estamos el alerta máxima por el... el ataque.

—Lléveme dentro, aprisa. ¿Qué ataque?

El hombre miró confundido a su alrededor.

—Pues... el que creíamos que sufría el Complejo. Pero ahora que lo dice... no veo naves Exth.

—Porque no las hay. Sea lo que sea lo que le pasa a este sitio, tiene un origen interno.

El ayudante empujó a Hugo hasta la puerta de acceso. Esta se abrió dejando una doble imagen tras de sí, un marco de hielo que aguantó en el aire lo justo para

subrayar el movimiento de la puerta, y luego se hizo añicos.

Detrás había un pasillo con luces que parpadeaban con una arritmia preocupante.

—¿Cómo se encuentra Denali?

—Le hemos inducido un coma profundo para evitar que se nos fuera. Pero no aguantará mucho. El psicocirujano jefe tiene que dar ya la orden de empezar, o si no...

—¿Y los Ecos? ¿Los tenéis bajo custodia?

El ayudante vaciló.

—Eh... no, solo a la de Denali. A los demás se suponía que los estaba custodiando el propio Salmacis. Pero desde que el Ordenador empezó a fallar... eh... no... no hemos sabido nada de los demás adolescentes.

Las mandíbulas de Hugo crujieron.

—¿Cómo se llama su jefe? —preguntó con una voz tan glacial que le costó sacarla de la garganta.

—Doctor Naemon Glod.

—Quiero hablar con él ahora mismo.

La mesa sobre la que estaba acostada Song era un espléndido corte transversal de un abeto del Cáucaso. No era cómoda, pero al menos no estaba tan fría como el suelo.

La joven abrió por tercera vez los ojos. La primera aún creía que estaba en aquella habitación esponjosa llena de batas blancas. La segunda se dio cuenta de que la cargaban en brazos por un pasillo y, entre las nieblas del sueño, la depositaban con delicadeza en una superficie que no tenía nada de delicada. Durante la tercera se dijo a sí misma que algo no iba bien.

Se puso en pie a base de tambaleos. Maldito horizonte artificial, no se estaba quieto. Quería despertarse, pero algo en su cerebro tiraba con anzuelos fríos hacia las profundidades. Sopor. Letargo. Adormecimiento. Le habían dado algo para mantenerla quietecita.

Se esforzó tanto por arrancarse esos anzuelos que acabó mordiéndose la lengua. El dolor fue el empuje que necesitaba para terminar de sacar su cabeza a la superficie, pero le llenó la boca del sabor alcaloide de la sangre.

Escupió a un lado. El virulento rojo creó una isla en la blancura aséptica de la pared.

¿Dónde fázulas estaba?

Aquello no parecía la sala donde le habían dicho que iba a ayudar a su madre. De hecho, no era más que una habitación cúbica, vacía salvo por la mesa atornillada al suelo y por una puerta que por más que lo intentó no pudo abrir. No había ventanas, la luz llegaba de un neón blanco-espuma del techo.

—¿Hola? —tanteó con voz de caracol. Nadie respondió.

Al cabo de un rato de machacarse los nudillos contra la puerta, admitió lo que era

obvio: Que estaba encerrada en una habitación vacía, que se habían olvidado de ella y que empezaba a tener hambre y ganas de ir al baño. Pero aquella barrera sin picaporte seguía cerrada.

—Mamá... —sollozó, dejándose caer en una esquina. Su cuerpo rellenó el ángulo recto de la pared.

Se quedó en cuclillas, en una pose de indefensión total.

Algo había salido mal, alguien había cometido un error. Si no, no se explicaba, de ninguna de las maneras humanamente posibles, que su madre la hubiese dejado allí tirada. Tal vez pensarán que aún estaba durmiendo. Tal vez habían ido a solventar algún problema y la habían metido en aquella habitación para protegerla. Tal vez...

El siguiente eslabón de la cadena encajó.

Puede que Denali hubiese muerto. Estaba muy mal, hasta ella se había dado cuenta. Los médicos intentaban salvarle la vida, pero ningún médico es infalible.

¡No!, gritó la vocecilla medio atravesada aún de garfios de su cabeza; ¡Mi madre no se ha ido, sigue viva! ¡Me quiere y ha venido a buscarme!

Recordó haber entrevisto la cara del médico, el hombre que manejaba los instrumentos. Le gustó aquel rostro. Mediana edad avanzada, pelo que latía de color, piel de estrella de mar y ojos que miraban con claridad desde una cara cuadrada y tranquila. La imagen de una persona sabia. De alguien que inspiraba confianza, que juzgaba lo justo y nunca imponía por capricho sus criterios. Era la forma en que ella imaginaba al padre ideal.

Frente a aquella presencia imponente Song se sintió como una mona desnuda, una mujer nacida en los tiempos en que el lenguaje, encerrado aún tras los barrotes de los dientes, solo servía para propósitos simples y prácticos. Nada de usarlo para expresar ideas complejas.

Y hablando de ideas...

¿Qué fue lo último que le dijo su madre antes de que el sueño la atrapase? ¿Cuáles fueron sus palabras cuando sus dedos rozaron el plástico de la burbuja con ternura?

«¿Ser es ser percibido? No, hija... Ser es ser comprendido. Y amado. Por eso, para ser como yo debes entenderme antes de amarme».

¿Por qué le había dicho aquella frase tan extraña? ¿Quería comunicarle algo importante, una especie de reflexión final antes de que su cuerpo se apagara...? ¿Algo que Song debía atesorar como la primera y última Gran Enseñanza de su madre?

No, no podía ser eso, porque ella no estaba muerta. Estaba viva, en algún lugar, intentando resolver este embrollo. Y punto.

Pronto volvería a buscarla. Con suerte, antes de que los esfínteres de Song enarbolaran bandera blanca.

En ese momento, la pared contra la que estaba apoyada tembló.

Fue una vibración que sintió con toda la espalda. Song se apartó del tabique y se

quedó mirándolo, pasmada.

Unos tornillos se estaban desenroscando desde el otro lado, despegando una sección cuadrada de un metro. La sección cayó al suelo con un sonido hueco, revelando un pasillo oscuro. Y de él salieron tres caras.

—¡Song! —exclamó el primero de sus hermanos en entrar a gatas en la habitación. Era Goro, que se convirtió en un torbellino de abrazos y lágrimas en cuanto la vio. Detrás, no menos aliviados, estaban Layn y Shura.

—¿Te han hecho daño? —Goro la abrazaba tan fuerte que el daño se lo estaba haciendo él. Song estaba tan apabullada que no sabía qué decir, pero le devolvió los besos.

—Sss... sí, creo que sí, pero... pero...

Entonces Shura le preguntó una cosa muy extraña:

—¿Sigues siendo tú?

—Clr, sy vstr hrmnn —balbució, hasta que Goro se dio cuenta de que le estaba tapando la boca con un brazo—. C... claro... soy yo, vuestra hermana —repitió—. ¿Quién si no?

Lo dijo de una forma tan ingenua y sincera que los tres la creyeron. Layn con más reservas que los demás, pero en el fondo deseaba que la tragedia no hubiese ocurrido. Que realmente aquella fuese Song y no una impostora con dotes dramáticas.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Goro. Song estaba más delgada que antes, como si hubiese perdido varios kilos en las últimas horas. Olía agresivamente a sudor.

—No lo sé... me llevaron a una sala as... aséptica...

—¿Te hicieron algo malo, cariño?

—Claro que no —se ofendió ella—. Ya os dije que solo iba a ayudar a mi madre.

Song no supo interpretar la angustiada mirada de sus hermanos. Entonces Goro se fijó en las partes rasuradas de su cráneo, en los senos para diodos que habían taladrado en él. Era como si una máquina maligna hubiese escarbado con un estilete en la cabeza de su hermana, preparándola para recibir las conexiones de otra máquina.

Era horrible, y casi le hizo vomitar, pero Song no sintió dolor cuando él palpó los implantes. De hecho, ni siquiera se había percatado de que estaban allí.

Layn miró la gota de sangre con la que Song había herido la pureza de las paredes.

—Tenemos que irnos antes de que vuelvan —sugirió—. Todos al túnel. Goro, abres camino. Shura, vas la última. Cerrarás el panel.

—Buuly-boly —asintió ella.

Song se dejó empujar hasta que estuvo en la boca misma del pasadizo, pero entonces se rebeló.

—¡Un momento! ¿Por qué hacéis esto? ¿Qué pasa aquí?

Goro resopló.

—No hay tiempo para explicártelo, tienes que confiar en nosotros. —La miró

tiernamente—. Confía en mí. Debemos huir.

—¿Huir? ¿Adónde? ¿Por qué? —Cuando Goro intentó forzarla hacia dentro del túnel ella se resistió—. ¡No, no me iré sin mi madre!

—¡Tu madre es un fraude! —estalló Shura, en voz más alta de la que hubiera querido. Todos miraron un segundo a la puerta, pero no se oyó nada. Respiraron tranquilos y Shura continuó—: Mira, cariño, de verdad que este no es el momento ni el lugar. Ven con nosotros o...

—¿O qué?

—O morirás.

Hubo un enfrentamiento momentáneo. El vértigo atenazó a Song, que comenzaba a sentirse realmente perdida, como si todo aquello no fuera más que un malévolo plan de sus hermanos para fastidiarle el momento más grande de su vida.

—¡Estáis chiflados! ¿Cómo habéis conseguido llegar hasta aquí?

—Pregúntaselo al cerebritito —dijo Shura, volviendo a poner el panel en su sitio. Lo de los tornillos iba a ser más difícil.

Song se apoyó en las paredes. Los restos no metabolizados de la droga del sueño aún embrujaban su sistema nervioso.

—Primero vamos a ponernos a salvo —dijo Layn—. Luego te lo contaré todo. Pero te garantizo una cosa.

—¿El qué?

Layn echó un vistazo a los implantes taladrados en su cráneo.

—Que no te va a gustar.

Cuando la puerta del quirófano se abrió, Naemon Glod tenía los ojos puestos a la altura equivocada. Porque la persona que apareció detrás no estaba de pie, sino sentada.

Hugo le dio un último impulso a sus ruedas para entrar en la sala. De un rápido vistazo, de esos que usaba para localizar en el campo de batalla los blancos y las irregularidades del terreno, se hizo con un plano mental del lugar: camillas, dos; máquinas para la transferencia mental, dos; psicocirujano jefe, uno; ayudantes, tres más el que acababa de entrar; salidas, una. Chorros plateados de gas cristalizado, inerte como el argón, escapaban como suspiros de genios encerrados de las máquinas que había al fondo.

La señora Denali no estaba a la vista. ¿Habrían trasladado a una zona más segura su camilla de soporte vital, o es que acaso...?

—¿Dónde está la paciente?

—¿Quién es usted? —preguntó Glod a la defensiva.

Hugo se palpó las insignias del uniforme.

—Ah, el padre de Goro. Lo siento, señor, pero no nos habían avisado de su llegada.

—No estaba programada. La actual situación de alerta ha forzado mi venida. ¿Usted es...?

—Glod, Naemon. Phobos, universidad de...

—Impresionante, es muy. ¿Ha finalizado ya con el proceso de Denali y su hija?

El médico pareció turbado.

—No, hemos tenido que detenerlo por la actual situación de alerta.

—La única alerta que hay es por tiempo. El que se nos acaba. Tienen que acabar ya mismo con esa maldita operación.

—Pero el ataque...

—¡No hay ningún ataque, maldita sea! —le gritó Hugo. Aunque estaba sentado y su cabeza le llegaba más o menos por el ombligo al doctor, parecía como si le estuviese mirando desde arriba—. Pero lo habrá dentro de poco. La flota Exth está aproximándose a la Tierra.

Glod sintió cómo lo atravesaban las miradas de sus ayudantes, que asistían atónitos al espectáculo. Nunca habían visto a nadie avasallar de esa manera a su jefe, y menos tratándose de un lisiado. Pero la personalidad de Hugo era tan férrea, tan aplastante, que redujo al cínico Naemon Glod a un títere balbuceante.

El cirujano le puso al día de la situación, del corte en las comunicaciones, de los temblores sísmicos que sacudían el edificio... y de la noticia más difícil: su ignorancia sobre los demás Ecos. El Ordenador llevaba un buen rato funcionando mal, y no podían consultarle ni pedirle nada.

—Seguramente estarán atrapados en su área residencial —pensó Hugo—. No queda tiempo para hacerle diagnósticos al Ordenador: habrá que excluirlo de la ecuación. Glod, ¿de cuántos ayudantes puede prescindir?

—De ninguno. Venimos con el personal justo.

—Lo comprendo, pero alguien tendrá que salir fuera y caminar hasta el domo central. Hay puentes exteriores que llevan a esclusas de emergencia. Elija a uno de sus ayudantes, el que sea, y mándelo para que entre en el domo de los Ecos y los saque aunque sea a la fuerza. Yo le sustituiré durante la operación, usted me irá dando instrucciones.

—¡Es una locura! ¡Eso pondría en grave peligro al paciente!

Qué cabrón. Qué ágilmente se está echando por encima una cortina de humo para disimular su incompetencia, pensó Hugo.

—Es una orden, no una sugerencia. Cúmplala o le formaré consejo de guerra en cuanto volvamos a la flota. Este es el punto clave del problema y ya lo ha sintetizado, así que venga, ligerito. —Para subrayar sus palabras, destrabó el cierre de seguridad de su cartuchera. El tambor de la pistola de pulsos refulgió bajo las insípidas luces del techo. El fuego opalescente de la munición latía como pequeños corazones vivos en su interior.

Eso era lo que aquellos médicos endiosados necesitaban para poner los pies en la tierra: una dosis de sucia realidad para purgarse de la soberbia de su profesión.

Glod le hizo una señal temblorosa a uno de los ayudantes. Luego mandó traer a la señora Denali y a Song de vuelta al quirófano. Él procedía de una familia que creía a pie juntillas en la cartomancia, y en cómo ciertos rituales podían dar una idea de lo que iba a ocurrir en el futuro próximo. Supersticiones, sí, pero que le permitían ir siempre un paso por delante del destino.

Ahora, su tarot mental le advertía que tuviese cuidado, porque cuando una persona como Hugo amenazaba con un consejo de guerra es que no pensaba andarse con chiquitas.

Song ya tenía las rodillas y los codos llenos de cortes cuando alcanzaron la primera intersección. Era la primera vez que veía las entrañas de Salmacis, el laberinto de tuberías y cableado que se retorció y gemía como un ser vivo, y estaba asustada.

—Aquí es donde nos separamos —jadeó Layn. Al llegar a la intersección intentó mirar en seis direcciones al mismo tiempo. ¿Eran imaginaciones suyas o la temperatura había subido desde el incidente con la sopa de fotones?—. Vosotros os quedaréis aquí; yo tengo que subir un par de niveles. —Señaló hacia el techo, a un conducto vertical empañado por la oscuridad.

—Espera, espera, colega —le detuvo Goro—. ¿Cómo que nos separamos? ¿Adónde rayos piensas ir?

—Arriba, a la cúspide. Creo... creo que este conducto lleva a la cima del Complejo, si el mapa no me engaña. Allí debería haber una antena.

—¿Y para qué quieres una antena? —preguntó Shura.

—¿Te acuerdas de mi amigo invisible, y de que me preguntasteis si alguna vez podría pedirle auxilio? Este es el momento. Ahora o nunca.

—¿Le vas a pedir que nos rescate? —Goro arqueó una ceja—. Hace tiempo que dejé de creer en cuentos de hadas, hermano.

—No es un cuento de hadas, es real —se enfadó Layn—. Podemos dejarlo sordo con un grito de auxilio vía onda larga. Y mira, no necesito que me creáis, solo que os estéis quitecitos mientras soluciono esto, ¿vale? —Miró con congoja al conducto que se elevaba sin agarraderas visibles—. P... pues ahora tendré que empezar a trepar. Supongo.

Shura sacudió la cabeza con cansancio.

—Venga, atleta, que te echo una mano. Subiré contigo.

—¿De verdad? ¿No prefieres esperar aquí?

—Obsérvame.

Shura encajó sus ágiles pies en recovecos casi imposibles, usó su cuerpo de cuña presionando espalda y pies contra las paredes y empezó a ganar metros en vertical. Ya hacía un rato que había desaparecido en las tinieblas cuando una cuerda, un cable arrancado de alguna parte y suficientemente largo como para llegar abajo, le cayó a Layn en la cara.

—¡Vamos, trepa! —urgió la invisible Shura—. ¡Te sostengo!

Layn miró a sus otros hermanos.

—Jamás podré dar gracias suficientes por tener a Shura —sonrió. Con la ayuda de Goro empezó a trepar, su consola artesanal bien cogida al cinto, hasta que a él también se lo tragó la oscuridad.

Goro y Song se quedaron solos.

Más solos que nunca en sus breves vidas.

Aunque hacía cada vez más calor y estaban sudando, Song buscó cobijo en el regazo de su hermano. Necesitaba ser abrazada.

—¿Crees que Layn está loco? —le preguntó.

Goro se encogió de hombros.

—Si lo está, bendita locura. Es gracias a él que te hemos salvado.

Song hundió más la cabeza en el hueco de sus brazos.

—Todavía no... no sé si fiarme. Todo esto suena tan imposible que... no sé si creerlo. No *quiero* creerlo.

—Pues debes, porque es la verdad. Aunque duela.

—¿Pero por qué nuestros padres nos harían esto, por qué? —Sus lágrimas centellearon como estrellas—. ¿Cómo puede ser alguien tan cruel? ¿Es que el mundo entero es así, y a nosotros nos contaron solo mentiras?

—Eso no lo sé —susurró Goro—. No he visto más mundo que este. Pero a los pocos adultos a los que he conocido hasta ahora solo se les ha dado bien una cosa.

—¿Qué?

—Decepcionarme.

Los segundos pasaban. El silencio se agrupaba.

Goro notó la piel húmeda de su hermana en contacto con la suya, por debajo de la camiseta, y se puso nervioso. Retrocedió al momento aquel de hacía tanto tiempo, aquella encrucijada de sentimientos incontrolables que Azumi llamó «pubertad», y todas las dudas, el miedo, la confusión y la incertidumbre volvieron a recaer en él. Se vio a sí mismo dentro de aquellas duchas, sintiéndose expuesto y vulnerable por primera vez en su vida ante su hermana, que ya no era una hermana, sino una *persona* del sexo opuesto. Le golpeó de nuevo toda la vergüenza de origen desconocido, la confusión inexplicable, la reacción incontrolada de sus hormonas.

Desde aquel día habían evitado hablar de ello. Intentaron hacer como que no había pasado, como que seguían siendo niños que jamás rebasaron una peligrosa barrera invisible, tras la cual no había vuelta atrás. Pero sí que lo habían hecho. Los dos seguían con su virginidad a cuestas sin saber que ese exceso de peso los estaba retrasando en otras áreas de su evolución cognitiva.

Azumi hizo de guardiana durante toda aquella época de transición, revelándoles puntos clave que necesitaban saber. Pero poco más. Se notaba que en sus planes no entraba que evolucionaran en ciertas direcciones que eran consustanciales a su naturaleza.

Pero desde aquel trágico (¿o bendito?) día, Goro cambió. Lo sabía en lo más profundo de su ser. Una revolución interna causaba estragos en su organismo, y le quemaba en las arterias cuando su mirada se deslizaba inconscientemente hasta los pechos de su hermana, o se detenía en admirar la suave curva de sus muslos. Recordaba perfectamente aquel gesto en la comisura de su boca cada vez que, por casualidad, se quedaban a solas. Aquella vergüenza oculta.

Con suavidad, apartó a su hermana a un lado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Song, los párpados enfundados en lágrimas—. ¿Estás bien, Goro?

El joven le dio disimuladamente la espalda.

—Eh... no. Pero no es por ti, o... o sí, pero... Tú no tienes la culpa. —Le dio un puñetazo a la pared—. ¡Fázulas! ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

Song lo contempló en silencio unos minutos. Su mirada era sabia, la de alguien mucho más adulto. Y lo entendió. En realidad, llevaba entendiéndolo casi tanto tiempo como Goro, solo que su dolor y su vergüenza eran más internas. Pero a ella también le ardían las arterias desde hacía años.

—Ahora solo nos tenemos a nosotros, ¿verdad? —La pregunta solo fue murmurada—. El mundo es más ancho y aterrador de lo que lo nunca fue.

Goro permaneció sumido en un silencio sepulcral.

—Ni siquiera está Azumi para consolarnos, ni lo estará nunca —continuó Song—. Solo nos tenemos a nosotros. Layn y Shura son muy afines. Y luego estamos tú y yo.

—¿Por qué no podemos seguir siendo «nosotros»?

—Porque la vida es así. No es un nosotros, es un él y un ella. Es un tú y yo. Contra todos los peligros del mundo.

Goro la miró. También estaba llorando.

—No es justo.

—¿Alguna vez te prometió alguien que la vida fuera a ser justa?

—Creo que no.

Song le acarició la mejilla.

—Pues yo lo haré.

Ambos se quedaron anclados a ese instante en el tiempo, un instante vacío pero cuajado de fantasías que los azotaban y los crucificaban, arrancándoles arpegios de la piel, diamantes de sudor del rostro, gestos nerviosos por debajo de la ropa. Toda su vida hasta aquel instante se convirtió en un preludio árido en el que se solazaron antes de compartir por primera vez el fuego del amor, y los dos lo hicieron bien, como amantes veteranos, como llamas en una oscuridad de neón frío. Sus cuerpos entrelazados se masticaron con dientes tiernos, y fueron generosos, y exigentes, y sencillos, y complejos, y nerviosos y audaces, pero siempre tiernos.

La eternidad se comprimió en unos pocos minutos.

XI

Ver el cielo

Layn y Shura treparon hasta que el conducto se estrechó tanto que era casi imposible cruzarlo. Tendrían que haber sido lagartos o arañas para poder transitar por allí con comodidad, pero sus cuerpos estaban encontrando cada vez más dificultades para colarse por los recovecos.

Sin embargo, había algo que los animaba a seguir, a trepar por aquella selva de tubos de hierro: en la cima había una compuerta con un panel de mandos, flanqueada por tolos estructurales. Era una salida, sin lugar a dudas. Un acceso. Aunque no pudieran imaginar adónde.

—Venga, sigue trepando —sudó Shura, tirando de su torpe hermano. Layn apretaba los dientes y clavaba esos garfios en los que había convertido manos y pies en cualquier lado, pero le estaba costando un triunfo ganar los últimos metros.

—¡Lo intento! —prometió, pero su hermana quería mucho más que eso.

—Ya solo quedan tres metros. Tres metros y la libertad...

—Tres metros y la libertad —salmodió Layn, sintiendo cómo el sudor le bajaba en cascadas por la nuca y empapaba como si fuese un lago vertical su camisa.

Sí, era un buen eslogan para los que no quisieron rendirse sin intentarlo. Pero también podría ser un buen epitafio. Sobre todo si en el último segundo resbalaban y caían a plomo los treinta metros de tubo hasta donde esperaban Goro y Song (¿qué estarían haciendo los dos, por cierto, que estaban tan silenciosos?).

—¿Estás seguro de que ahí arriba hay una antena de comunicaciones? —preguntó Shura, convirtiendo su propio cuerpo en un mosquetón orgánico con el que agarrarse a las tuberías.

—Yo... arf... no estoy seguro de nada... solo quiero llegar, lleg...

—¡Cuid...!

La mano de Layn se estrelló contra la suya con una explosión de gotitas de sudor. Las mejillas de Shura enrojecieron por el esfuerzo cuando su hermano resbaló y, por un segundo, quedó colgando en el aire. La mirada de terror de Layn lo dijo todo: *Te lo suplico, por lo que más quieras, no me dejes caer.*

Y no pensaba hacerlo.

Shura soltó una mano del asidero mientras sostenía a su hermano con la otra, y en un movimiento que recordó al de un insecto cambiando de posición en una rama, sustituyó el anclaje del brazo por el de una pierna. Quedó colgando cabeza abajo de la tubería, agarrándose solo con las piernas, mientras hacía balancearse a su hermano.

Decidió dejar de perder el tiempo y subirlo ella misma. Roja por la tensión, con las venas temblándole en las sienes y en los musculosos brazos, alzó el peso muerto que era Layn hasta depositarlo en el minúsculo espacio que había junto a la esclusa. Cuando estuvo a salvo, Shura se descolgó y bajó un metro, dejándole espacio para

que pudiera trabajar en el panel de mandos. Ella no estaba agarrada a ningún sitio, en realidad, sino que empujaba su espalda contra una pared y sus pies contra la de enfrente hasta convertirse a sí misma en una escarpia.

—No vuelvas a hacerlo, ¿vale? —sudó.

Su hermano asintió, asombrado del increíble poderío físico de la chica, y se puso a trabajar.

Destrabó la consola del enganche de su cinturón y desenrolló unos cables de interfaz. En el fondo no creía que sirvieran de mucho, ya que si el Ordenador había descubierto sus intentos de acceder de manera subrepticia al sistema le cortaría de raíz cualquier acceso, pero no le quedaban más opciones, ahora que por fin habían logrado «raptar» a Song. Por delante les esperaban los adultos con sus instrumentos médicos y sus máquinas desconocidas, y por detrás un ejército de Azumis y un mundo al que no querían volver.

Su única posibilidad de huir era salirse por la tangente, aunque ni él mismo tuviese clara cuál era la meta. Sus vidas habían llegado a una encrucijada tal que era mil veces mejor enfrentarse a lo desconocido que volver a la jaula de oro. Porque todos los pájaros acabarían por ser sacrificados.

—Déjame entrar, maldito... —Tecleó con ansiedad. Su avatar buceó como un delfín entre redes de datos, buscando secretos enterrados bajo complejos laberintos de código, intentando traspasar una barrera allá donde la bahía electrónica moría sobre bancos coralinos de unos y ceros.

Entonces sucedió algo.

Él no lo había hecho, no había conseguido burlar las medidas de seguridad. Pero a pesar de ello los cierres se desengancharon, la musculatura hidráulica de la puerta se descomprimió. Una tesitura de repiqueteos subió, un eclipse de luz se ensanchó al borde de la puerta y el conducto se convirtió en un diamante opalino.

La compuerta se estaba abriendo sola.

Layn se apartó de ella asustado, pero sintió un brazo que se le clavaba en las costillas impidiéndole caer al vacío. Shura.

—¡Agárrate, idiota, que me vas a tirar!

Layn lanzó las manos hacia delante hasta que tocaron algo muy, muy frío. Imposiblemente helado. El reborde metálico de la puerta. Su primera reacción fue soltarlo, pero sabía que si lo hacía se irían los dos abajo, al vacío y a la muerte, así que hizo de tripas corazón e ignoró el dolor de una gelidez que quemaba como el fuego.

Layn se encaramó a la esclusa y le hizo un hueco a su hermana. Al momento los dos estuvieron bien agarrados al marco de aquella abertura a lo desconocido, mirando a lo que había más allá.

La expresión de asombro vino de regalo con sus caras.

Lo segundo que los saludó, después de la luz, fue el viento. Por si fuera poca la impresión de recibir en las retinas aquel fogonazo extraño (una luz irreal, gélida

como la plata calentada a temperaturas incandescentes y aún así fría como el infierno, que no tenía nada que ver con la iluminación artificial bajo la que ellos habían vivido en el Complejo), por si no fuera poco eso... el aire... ¡se movía!

Ni Layn ni Shura habían experimentado jamás el viento. Sí, sabían lo que era porque lo habían leído en sus libros, lo conocían a nivel conceptual, pero dentro de Salmacis no existía el movimiento masivo del aire. El viento era una condición tan irreal que daba miedo. Su caricia, además, estaba llena de púas de hielo; la brisa arrastraba temperaturas tan gélidas que en medio segundo se les heló el interior de la nariz, y las puntas del cabello se les tiñeron de blanco.

Y aún así, nada de eso fue lo más impresionante, la visión que les golpeó como un martillazo en las neuronas.

Muy lentamente, con un terror infinito y una agorafobia que agarrotaba sus miembros, sus ojos se desplazaron hasta la línea del horizonte.

Estaban en la cima del domo, en el óculo cenital de la cúpula. Y desde allí todo caía. El domo, el Complejo, la gravedad, el aire... el mundo entero. Todo se deslizaba cuesta abajo por aquella pared. Más allá, el paisaje más asombroso que Layn y Shura hubiesen visto jamás se extendía hasta donde alcanzaba la vista en forma de inmensa planicie, de llanura helada pintada a brochazos blancos y azules.

Pero ese horizonte estaba tan increíblemente lejos que algo lo cubría de niebla hasta difuminarlo. ¿Eran sus cerebros, acaso, que no estaban acostumbrados a percibir el mundo a una distancia superior a la de la sala más grande de Salmacis... o es que había niebla de verdad, un frente titánico de nubes bajas que convertía el fin del mundo en un sueño, y su curvatura en la rúbrica temblorosa de un artista?

Layn se sintió aplastado por la escala del paisaje blanco. Se sentía como un topo que hubiese vivido toda su vida bajo tierra, confortablemente arropado por la claustrofobia, y de repente hubiese sido expulsado al mundo exterior. A un mundo sin barreras, sin paredes, sin la tranquilizadora división en habitaciones. Era un lugar donde una persona podía caminar en línea recta, en cualquier dirección, y estar toda la vida haciéndolo, hasta volver al punto de partida o morir de agotamiento. Un lugar donde la luz procedía directamente del cielo, de las estrellas, y parecía ficticia y burlesca por su naturalidad.

Y el cielo...

¡El cielo!

Layn lloró al verlo. Había soñado con ese momento desde que era niño, y ahora le provocaba poco menos que un temor irracional, una espantosa congoja. No había límites para el cielo, ni palabras que pudieran contener su verdadero significado. Pensar que no era algo sólido, y que por encima de él aún había más espacio vacío y estrellas tan distantes que herían la mente al tratar de concebir su lejanía...

Hacía daño.

El cielo hacía daño. No al verlo, sino al tratar de *entenderlo*.

Los chicos se dieron cuenta de lo atrapados que estaban en realidad. De lo

limitado que era su microverso. Porque por más que quisieran, sabían que les iba a costar sufrimientos horribles salir del Complejo y enfrentarse a toda esa agorafobia. Al miedo a la lejanía del horizonte, a la vastedad de sus paisajes.

Ansiaban la libertad más que nada, pero hasta ese momento habían presupuesto que toda la Tierra estaría hecha de pasillos y habitaciones. No contaron con un exilio a un espacio sin barreras.

Se metieron de nuevo dentro del túnel, en su sedante angostura. Los dos estaban temblando, y no era por el frío.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Shura, con copos de nieve en la punta de cada palabra.

—Enviar el mensaje. Es lo único que se me ocurre.

—¿Te dejará hacerlo?

Layn miró a la espiga bañada en escarcha de la antena, que sobresalía como una púa de seis metros.

—Hay que intentarlo. Y recemos para que alguien lo reciba.

Layn no tardó mucho en comprender que no hacía falta burlar al Ordenador para controlar la antena. Bastaba con desconectarla de la matriz de control (una caja de cables de aspecto casi ceremonial, que el frío había fundido contra sí misma) y no sería más que un mástil con un cable. Al enchufar ese cable a su consola, Layn creó un circuito cerrado donde la mente que gobernaba el Complejo no tenía ni voz ni voto.

Sonriendo, accedió a la frecuencia en la que el programa espía que alguien había escrito en Salmacis cuando ellos nacieron transmitía su lenta cuenta atrás. La señal también había sido puesta en cuarentena por el Ordenador, pero Layn la reanudó, y le dio fin. La igualó a cero, después de quince largos años.

—Está hecho.

—¿Nos oírás tu amigo invisible?

—Quién sabe. He... he soñado con este momento muchísimas veces, como si fuese algo que me implantaron cuando nací, una misión que he tardado toda una vida en completar.

Shura asintió.

—Sí, no me preguntes por qué... pero yo también siento un vacío por dentro, como si hubiésemos cerrado un círculo. Uno que ni siquiera sabíamos que existía.

Una idea terrorífica estalló en el cerebro de Layn.

—¿Crees que, de alguna manera, nos han podido...? —Hizo una larga pausa—. Espera. Aguarda un momento...

—¿Qué pasa?

Layn leyó los datos que le devolvía el aparato. Por su expresión, Shura dedujo que no le gustaba lo que estaba viendo.

—¡No puede ser!

—¿El qué?

—¡La antena está devolviendo la señal, radiándola hacia el Complejo! Esto lo tiene que estar haciendo alguien desde fuera. ¡No, tiene que ser un error!

Sí, tenía que serlo, porque si no Layn no podía explicar de ninguna manera por qué su amigo invisible los estaba traicionando. Desde la antena estaba llegando una señal cifrada, extraña, desde luego no humana... que parecía un pulso de geolocalización. Pero no se radiaba hacia lo alto, para indicar a unos posibles rescatadores la posición de los chicos, sino hacia atrás, en dirección al propio Complejo.

—No es posible...

—¡Agáchate! —alertó Shura de pronto. Su mano empujó hacia abajo la cabeza de Layn para que una persona que caminaba aterida de frío por el exterior del domo no los viese.

—¿Quién será?

—Y yo qué sé. Es un adulto.

Ellos no podían saberlo, pero se trataba del ayudante que Glod había enviado al domo-residencia, que caminaba hecho un carámbano por las pasarelas. El hombre no los llegó a ver, pero eso no cambió en nada la sorpresa que la suerte les tenía preparada, porque fueron dos manos (manos de androide) quienes agarraron a Layn y a Shura desde abajo.

Los hermanos miraron aterrados hacia sus pies para encontrarse con el familiar rostro de Azumi. Pero no una Azumi cualquiera, uno de los anónimos clones que habían sido reanimados en la sala de reparaciones. Sus ojos estaban demasiado vivos, brillaban con un fulgor demasiado intenso. Su expresión era cruel: la boca un tajo, la mandíbula una tenaza. Había trepado por el tubo sin molestarse en no hacer ruido, pero aún así ellos no la habían oído, absortos como estaban en la deglución del paisaje. Ahora, las manos mecánicas de Azumi los tenían presos como grilletes.

—Lo siento muchísimo, pero tengo que llevaros de vuelta —dijo la androide—. Es mi deber.

Shura la reconoció. Sí, era ella, su querida madrastra, la que la había arropado y consolado en tantas noches de frío y miedo. Una madrastra que incluso se permitió una mirada de preocupación a la herida que Layn tenía vendada en el brazo, como si la estuviese evaluando para curarla.

Shura lloró. No podía creer que fuese la verdadera Azumi, la auténtica, y no uno de sus estúpidos clones, la que finalmente los hubiera capturado.

—No, por favor... —suplicó, pero los dedos de metal no se relajaron. La señal rebotada la había guiado hasta ellos.

Ya no había duda: el amigo de Layn, si realmente existía, los había traicionado.

Azumi los obligó a bajar, sin soltarlos en ningún momento, y cuando estaban abajo golpeó con toda su fuerza la consola de Layn. El joven percibió casi en cámara lenta cómo su querida obra maestra, la herramienta lógica que tantos años de esfuerzo le había llevado fabricar, estallaba bajo aquel puño implacable en una nube lenta de

fragmentos de plástico, trozos de chips, polvo de metal superconductor y una constelación de chispas.

—Lo lamento —reiteró Azumi. Y lo peor de todo, lo más doloroso, era que parecía que lo estaba diciendo en serio.

La sala donde los encerraron era la misma donde habían encontrado a Song. Solo que esta vez no había forma de escapar. El panel que daba al túnel de mantenimiento había sido soldado, y la puerta estaba custodiada permanentemente por dos clones de Azumi.

La Azumi original (o más bien, su última manifestación consciente) empujó a Layn y a Shura dentro del habitáculo. Estos aterrizaron al lado de Goro y de Song, que tenían puestas las ropas mal y rápido. Layn no entendió ni remotamente lo que había pasado, pero Shura sí, y cruzó con su hermana una mirada llena de secretos.

Song se sonrojó, pero no dijo ni una palabra.

—¿Qué nos van a hacer? —preguntó Goro, reuniendo la poca valentía que le quedaba.

—Castigaros por haber sido traviosos —contestó una voz tranquila. Pertenecía al hombre en silla de ruedas que acababa de entrar.

Goro alzó las cejas al reconocer a su padre.

—¡Papá!

—Hola, Goro. Lamento que nos hayamos vuelto a ver en tan lamentables circunstancias, pero si todo hubiese salido como estaba previsto vosotros no tendríais que estar aquí, ni que haberos enterado de nada.

—Claro. Seguiríamos boqueando felices en nuestra pecera de placer e ignorancia, ¿no? Esperando a que sacaseis nuestro número en la lotería.

—No es una lotería, a menos que llames así a todo el conjunto de la guerra. Y en cierto modo lo es —admitió Hugo—, si tenemos en cuenta la cantidad de variables aleatorias que hay. Pero si crees que el mundo es injusto, Goro, deberías meditar sobre las circunstancias que os dieron la vida. ¿Crees que estás aquí ahora, que has disfrutado de quince años de maravillosa felicidad, por un capricho del destino? ¿A quién crees que le debes esos años que te han regalado, y que ya habrían querido tener el noventa por ciento de las personas que siguen ahí fuera, malviviendo en una existencia de miseria y sacrificio? Vosotros habéis logrado escapar de los horrores de esta guerra, no habéis conocido dolor ni miseria. No habéis pasado hambre ni habéis perdido a vuestros seres queridos. Deberíais estar agradecidos.

—Sí que hemos perdido a seres queridos. —Miró a Song, a la que intentaba ocultar detrás de su cuerpo como si fuera un escudo—. No nos eches en cara que no hemos conocido nunca el dolor, porque no tienes ni idea.

—Enternecedor. Lleváosla.

Las androides arrancaron literalmente a Song de brazos de sus hermanos, la

muchacha hecha una vorágine de lágrimas y de gritos desesperados, sus hermanos luchando contra lo inevitable. Y lo inevitable cumplió con su condición y se llevó a Song de regreso al quirófano, donde ya estaba esperando su madre conectada a cien máquinas. Las frenéticas súplicas de Song arrancaron ecos en el pasillo.

Encendido de furia, Goro le escupió a su padre en las piernas.

—¡Así que para eso has venido! ¡El siguiente nombre es el mío, ¿verdad?!

Hugo asintió.

—No hace falta que te lo explique, eres un chico listo. —Le dio media vuelta a la silla, pero antes de salir por la puerta dijo—: No creas que soy un monstruo, y que esto no me afecta. Pero al igual que tú, también soy un esclavo de las circunstancias. Dad las gracias por los quince maravillosos años que habéis pasado aquí abajo, a salvo del horror y de la muerte, y no creáis que esto es el final. Para Song, y para ti dentro de poco, Goro, será un nuevo comienzo. Al fin seréis libres.

Y se marchó.

Azumi se quedó allí en lo que duró la operación de Song, pero estuvo durante todo el rato cabizbaja y sin pronunciar palabra. Sus ojos, como los de los peces y los de los dioses, nunca se cerraban. Jamás pestañeaban.

A falta de otra cosa mejor que hacer, Goro empezó a dar vueltas como un león enjaulado. El tiempo se le pegaba a la garganta como la soga en el cadalso.

Tiempo... el que no tenían. Sabía que cada segundo que pasaba era un clavo más en el ataúd de su hermana, ¿pero qué hacer? ¿Cómo burlar a aquellos guardias invencibles, cómo convencer a unos carceleros sordos con argumentos ilógicos?

Cada uno de los tres hermanos cautivos intentó matar el tiempo a su manera. Goro paseó. Shura fijó la vista en una pared y sonrió con desdén, como si en ese lugar se elevara una metáfora del mundo. Layn escuchaba. Estaba quieto (abatido y confuso, con la tristeza embolsando sus ojos), pegado a una de las paredes y con la oreja bien acoplada al panel. Y cuando su mente analítica al fin captó la pauta que se escondía bajo las lejanas conversaciones del médico y el padre de Goro, rompió a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Shura, enfadada.

—Oh, lo siento, es que... —se excusó— he estado oyendo hablar a los adultos. Un rato largo.

—¿Y qué?

—Pues que me he dado cuenta de lo que les pasa, aunque me da la impresión de que ni siquiera ellos mismos lo saben. A nivel consciente, al menos.

—¿Y puedes decirnos qué es, o te lo tendremos que sacar con espátula?

—No es la forma en que hablan —explicó Layn, la sonrisa triste aún colgándole de la comisura—, sino la forma en que se comunican. Les pasa algo cuando intentan transmitirse ideas complejas unos a otros. Usan más palabras de las necesarias.

Goro resopló.

—¡Bah, qué estupidez!

—No, no lo es. ¿No lo entiendes? ¡Más palabras de las que necesitan, igual que nosotros antes de que nos pusiésemos a inventar nuestro propio vocabulario! Si uno le pide al otro que le pase un objeto que quiere, no le pide el... bueno, el como se llame, sino que le explica la función del objeto que quiere. Para que lo entiendas, es como si yo necesitase un cuchillo y, como no conozco esa palabra, te pidiera que me alcanzases el «aparato afilado que sirve para cortar».

Shura arrugó la frente.

—¿Y eso a qué conclusión te lleva?

—A que los adultos también hablan en Basicglós, como nosotros. En una especie de Basicglós avanzado que ahora se lleva en todo el Sistema Solar. Vete a saber qué palabras les habrán hecho olvidar... o cuáles habrán olvidado voluntariamente... para no tener pensamientos perversos.

—Pues a mí me parece muy perverso lo que nos están haciendo, aunque no haya palabras para expresarlo.

Al cabo de una hora, Azumi y los otros androides salieron, dejándolos solos. La ranura de la puerta entreabierta les regaló una fugaz visión del cirujano jefe secándose la frente con un pañuelo y diciéndole algo a Hugo. Algo que iba acompañado por satisfechas inclinaciones de cabeza. Sus ayudantes también parecían contentos, aunque agotados.

Una sombra eclipsó aquella ranura, aproximándose a la puerta. La abrió y entró en la sala. Los tres adolescentes, al verla, contuvieron el aliento.

Era Song.

Desgredada, alicaída, los hombros abatidos como si fuera una percha rota... nada en ella indicaba que se hubiera producido un cambio. Era, simplemente, Song.

Goro se acercó a ella.

—¿Es... estás bien? —susurró—. ¿Qué te han hecho?

Entonces su hermana alzó la vista, el espectro de sus ojos ocupándolos a los tres a la vez.

—¿Bien? No... ¡es maravilloso! —Se iluminó, feliz como nunca—. ¡Joven otra vez! ¡Qué increíble es la vida!

La boca y la voz de Song. Las palabras de la señora Denali.

LIBRO TERCERO

XII

Logomaquia

Aproximarse a Mercurio era como entrar voluntariamente en un extraño lugar del universo que se parecía a una sopa de fuego, donde la luz formaba una corriente sólida contra la que había que bracear, una vela ardiente que desaceleraba las naves.

El pequeño planetita estaba a muchísima distancia del Sol, casi sesenta millones de kilómetros. Y pese a ello no era más que una insignificante mota de polvo ante la titánica esfera de la estrella. Viéndolo en la distancia, abrasado por corrientes de plasma y tormentas electromagnéticas, y con esa temperatura a nivel de superficie de quinientos grados centígrados, la señora Fath pensó que Mercurio era lo más parecido que podía haber en el Sistema Solar al infierno. Era como si a la Humanidad no le quedase más remedio que buscar refugio en una mota de ceniza que flotaba junto a la mayor hoguera jamás concebida.

Pero era cierto. Esa mota, ese lunar en la fragua del Sol, era su única esperanza en aquellos desesperados tiempos. Una Tierra Prometida que era básicamente una esfera de hierro al rojo blanco con una cáscara de piedra, sin apenas atmósfera y letal para todo tipo de vida.

Vamos, lo que ella siempre había soñado como lugar de retiro para su vejez. Un terrenillo donde dar largos paseos junto a lagos de metal fundido con la piel y el temperamento echando humo.

Su nave se acercó al cordón defensivo lejano, compuesto por los pocos destructores, cruceros y cañoneras que le quedaban a la Armada terrestre. Estaban dispuestos en dos hileras que intentaban cubrir cualquier posible trayectoria de acercamiento a la órbita. Fath se identificó como operativo en misión secreta de alta prioridad, y obtuvo un permiso exprés para bajar al planeta.

El jefe de la torre de control le dio la bienvenida al paraíso, facilitándole las coordenadas de la Base Frontex.

—Espero que lo pase estupendamente en sus vacaciones, mi señora —dijo el controlador. El mensaje le llegó a Fath en binario (un jocoso 0110101101010101 seguido de un no menos gracioso aunque impertinente 11001111010100011010), pero el ordenador lo pasó a fonético.

—Gracias a usted. Que tengan buena vigilancia aquí arriba —contestó Fath. No se le pasó por alto la sustitución de su rango por el cultismo militar «mi señora» en aquella frase, lo que sugería que aquel tipo se creía descendiente de una aristocracia de guerreros. Puede que lo fuera, pero si había acabado como controlador aéreo en un crucero de combate es que o bien era un inútil, o el apellido de su familia no era tan honorable como él creía.

Las naves de gran tonelaje se movían corrigiendo sus órbitas como hipopótamos, avanzando a base de pequeños espasmos. Los soldados las llamaban «cachalotes

ciegos», lo que coincidía con un viejo eufemismo que servía para nombrar a los ataúdes. La nave de Fath las sorteó con un elegante arco y penetró en la atmósfera. Esta era tan tenue que ni siquiera hubo llamarada de rozamiento. Un aterrizaje así le bastaría a cualquiera para aprobar de golpe, y sin pasar por la casilla de salida, la asignatura *Descensos vertiginosos en hornos planetarios I* (tres créditos).

Fath hizo cuatro llamadas a la Base para avisar de su llegada, todas infructuosas. Lo mandó todo a la mierda y se tomó otras cuatro copas del sintetizador de licores de la nave, todas positivas. La planicie mercuriana pasaba a gran velocidad bajo su panza, con una irreconocible caligrafía de grietas y barrancos, como si todo el planeta estuviese escrito en gaélico.

Al fin, en el lado convexo de un cráter de esquistos cuarteados, divisó la Base. Un edificio azul e inflado de domos, el perdedor en un combate entre fortalezas terrícolas (y que en el fondo no se diferenciaba mucho del Complejo Salmacis), la estaba esperando con los hangares abiertos. La Base era una locura cultivada en piedra mercuriana pulverizada, bañada en titanio soldado y con tortuosos nudos de materiales ultradensos.

Nada más aterrizar, se cerraron las enormes puertas blindadas y un comité de bienvenida salió como un desfile de hormigas por una puertecita. Fath se unió a él exhibiendo una de sus mejores caras de disgusto.

—¿No les han enseñado a responder a los mensajes de las naves entrantes? —les regañó.

La científica que lideraba el grupo era una mujer entrada en años aunque más joven que Fath. Su rostro no era hermoso, sino que parecía una amalgama de elementos deslavazados (ojos, cejas, nariz, pómulos...) puestos ahí sin espíritu de equipo, como si en lugar de pertenecer a un todo cada cual luchase por su propia autonomía.

—Lo lamento, es que nos ha cogido *in flagranti delicto* en unas reparaciones —se excusó. Su plaquita pectoral rezaba «Doctora Kooti Acosta». Fath olfateó cierta mezcolanza maorí-hispana—. Aquí, cuando las tormentas solares pegan, pegan de verdad. Son verdaderos martillos de moléculas supergranulares.

—Pues menos mal que me vieron llegar. Si hubiese tenido que aparcar por fuera y tocar un timbre, me habría asado viva.

—Ah, humor. Qué bien —sonrió la doctora—. De eso nos hace mucha falta. ¿Puedo saber a qué ha venido, eh...? —Fracasó al intentar buscarle un rango.

—Hoy no llevo galones, soy simplemente un operativo de alto rango. —Enseñó las credenciales que lo demostraban—. Vengo para que me pongan al día de todo lo relativo al prisionero. La información que me faciliten será de gran ayuda para ciertas operaciones que ahora mismo se llevan a cabo en la Tierra.

Las cejas de Acosta se elevaron (de manera independiente, por supuesto, sin tener que consultarlo con sus ojos). No se esperaba que Fath fuera de las pocas personas que sabían de la existencia de su... huésped, y menos aún que supiera que estaba

alojado en la Base Frontex. Ese era, en aquellos momentos, el secreto mejor guardado de la Armada. Pero las credenciales mostradas por Fath, infalsificables, le daban acceso absoluto a los datos. De hecho, si ella preguntaba algo y Acosta se lo callaba o no le daba toda la información disponible, la doctora estaría incurriendo en un delito de alta traición.

Fath tenía razón: la gente como ella no tenía rangos, al menos cuando estaban inmersas en una de sus operaciones secretas. Cuando combatían en el campo de batalla era otra cosa: podían ser coroneles, capitanes y cosas así. Pero en otras circunstancias se los conocía simplemente como «agentes», «operativos», «dedos»... epítetos así de indefinidos. Estaban más allá de la jerarquía militar.

—Por favor, sígame. Le iré informando por el camino. Pero que sepa que esta es una forma de proceder muy inusual.

—Qué demonios —sonrió Fath—. Es una forma condenadamente humana.

Cruzaron túneles de perfil hexagonal y puertas recias, de esas que tienen el triple de grosor de lo esperado y tardan minutos enteros en abrirse. A los ascensores les seguían escaleras abovedadas como intestinos, donde el ojo quedaba atrapado en giros de yeyuno e íleon.

Estaban bajando a la zona más segura de la Base, la enterrada a mayor profundidad.

Fath no perdió más tiempo:

—¿Qué han averiguado hasta ahora sobre el Exth?

—Bastantes cosas, en realidad. Mucho más de lo que esperábamos en un principio —se enorgulleció Acosta—. Imaginará lo difícil que es hacerse entender con un organismo alienígena que solo comparte con los humanos su base de carbono, pero que de resto es como una mitocondria gigante.

—¿Han logrado hablar con él?

—Ese... ha sido uno de nuestros principales caballos de batalla. Resulta que los Exth (asumiendo que este que hemos capturado sea un ejemplo meridiano del resto de su especie, lo cual es mucho asumir) no se comunican del mismo modo que nosotros. Usan otro sistema distinto.

Fath sonrió de medio lado.

—No me dirá que son telépatas.

—Claro que no. No me refería al canal de transmisión de datos, que en su caso tampoco se apoya en el sonido, sino a su forma de asimilar y comprender los datos. Verá, eh...

—Llámeme simplemente señora Fath.

—De acuerdo, señora. El Exth no tiene órganos fonadores como bocas, lenguas y similares. Pero sí que es capaz de variar hasta límites asombrosos el color de su membrana exterior. De hecho, la membrana está dividida en pequeños octógonos que vienen a ser como diminutas bolsitas de enzimas. Para explicarme mejor, ¿se acuerda usted de los antiguos monitores de los ordenadores, donde cada pulgada contenía tres

colores que se iluminaban de forma independiente?

—Sí... algo de eso leí cuando era joven.

—Pues la membrana de los Exth es parecida. Se asemeja a una colmena de pequeños depósitos de una enzima llamada luciferasa, parecida a la de las luciérnagas, que se puede catalizar para emitir luz pero no calor. El control del Exth sobre los millones de celdillas de su piel es tan absoluto que puede, literalmente, dibujar sus pensamientos en forma de imágenes. ¡Fotografían sus pensamientos para comunicarse!

—Fascinante. Pero no veo qué utilidad puede tener un sistema fonador basado en la luz en lugar del sonido. Requeriría que la... —iba a decir persona, pero encontró más apropiado el calificativo—: «entidad» con la que quisiera comunicarse estuviera siempre dentro de un rango de visión sin obstáculos, y siempre mirando hacia el que «habla».

—Le daría la razón si estuviéramos juzgándolo desde los patrones humanos —dijo la doctora, como si ya hubiera llegado a esa conclusión muchas veces—, pero recuerde que los dos interlocutores en esa conversación son alienígenas, no primates. Unos hipotéticos humanos mudos que solo pudieran hablar con señales hechas con una linterna tendrían esos dos problemas: primero, que no se «oirían» el uno al otro si entre ellos hubiese algún obstáculo que no dejara pasar la luz. Y segundo, que requeriría una concentración absoluta por parte de ambos, al estar siempre atentos a lo que hace el otro, para no perderse ningún mensaje. Eso les crearía un estrés constante y les impediría hacer otras actividades. ¡Pero los Exth no son así!

»En primer lugar —prosiguió Kooti—, ahora sabemos que todo lo que ellos construyen es transparente. El interior de sus máquinas tripuladas (y esto lo averiguamos tras analizar los restos que no se autodestruyeron en la fortaleza del Mar Negro) es transparente. Las paredes de sus naves son membranas orgánicas que parecen cristal rígido, lo que hace que cualquier Exth situado en cualquier parte del complejo irradie su mensaje sin dificultad. Ni siquiera los propios Exth son obstáculos para estos mensajes, ya que el estado natural de su piel es el de reflejar por la parte de atrás el mismo patrón de luz que captan por la parte de delante, como si fueran prismas vivos. Así que mientras ellos mismos no hablen, se mantienen transparentes a las conversaciones de los demás.

»En segundo lugar, los Exth no tienen ojos, es decir, no captan la luz por un solo sitio. Nosotros tenemos ojos en la parte alta de nuestro cuerpo —Kooti se señaló la mitad superior de la cabeza con una mano—, donde los situó la Naturaleza en nuestra fase de depredadores de la sabana, cuando nos obligaba a alzarnos por encima de la hierba para otear presas. Pero los Exth ven a través de la piel. La luciferasa de sus celdillas no solo cambia de estado al emitir luz, sino que en reposo también lo hace al recibirla, lo que le permite «leer» la realidad a su alrededor.

—O sea —recapituló Fath—, que el Exth es un gigantesco televisor vivo que no solo emite imágenes, sino que también interpreta toda la luz que impacta sobre él.

—¡Fenomenal modo de expresarlo! —se alegró la doctora—. Además, la comunicación fotónica tiene otra ventaja superior al sonido, y es su alcance. El sonido necesita un medio elástico por el cual transmitirse, pongamos por caso el aire. Pero esa misma elasticidad lo limita, ya que cuando las ondas dejan de tener fuerza para hacer vibrar la membrana de aire o de agua, el sonido se extingue. Usted no oye nada a más de doscientos metros, si está en una atmósfera tipo Tierra y no hay viento, ¿verdad?

—Cierto...

—Pues la luz recorre trescientos mil metros en un segundo, y sin pérdida apreciable de energía, así que dos Exth que estén en lugares muy distantes pueden mantener una conversación de tú a tú como si fueran vecinos. Es cierto que se pierde algo conforme aumenta la distancia, pero no es energía sino nitidez: no es lo mismo, ni siquiera para un Exth, ver el mensaje que le transmite un compañero que está a pocos metros (donde puede leer una gran variedad de matices de información en la piel del otro) que el de uno que está a cien kilómetros. En este último caso, sin embargo, la comunicación seguirá siendo posible, aunque sea con destellitos de luz tipo Morse, que crearían morfemas lumínicos. ¡En el lenguaje Exth, la distancia es una función gramatical!

El ascensor las llevó a la parte más profunda del complejo. Allí había más científicos y militares, gente delgada hasta el extremo de la desnutrición. Gente que parecía estar hecha solamente de largos brazos, codos y clavículas. En comparación, Fath estaba realmente obesa.

Allí, en Mercurio, la única forma de cultivar comida era en domos de presión o en órbita, en las grandes naves hidropónicas. Pero ni siquiera estas tenían capacidad para abastecer ni a una cuarta parte de la masiva ola de refugiados que se les venía encima.

Pobre gente, pensó Fath. Y lo peor es que creen que ya ha pasado lo peor.

—Todo eso está muy bien, pero antes me dijo que lo realmente asombroso del lenguaje de los Exth no era cómo lo transmitían, sino el lenguaje en sí —dijo Fath.

Kooti Acosta asintió, mordiéndose una uña.

—Y así es. Al principio perdimos mucho tiempo asombrándonos con la biología de nuestro... eh... huésped, cuando eso no era más que una inútil logomaquia. Entonces nos dimos cuenta del porqué estos seres fotografían sus pensamientos de uno en uno, a modo... pues eso, de fotos, en lugar de tatuarse películas completas en movimiento sobre la piel.

—¿Cuál es el motivo?

Acosta se detuvo ante una celda de contención. Estaba vigilada por seis hombres. La puerta tenía una ventanilla polarizada, puesta en modo opaco.

Se volvió hacia Fath como si hubiese tocado lo más importante de todo aquel asunto, y estalló en un torrente de palabras:

—¡Su cerebro no funciona en modo continuo, como el nuestro, sino que también va a saltos!

—¿A saltos? —se extrañó Fath. Por más que lo intentaba, no podía ver qué había al otro lado de la ventanilla. Pero seguro que había *algo*.

—Sí, es increíble. Esas cosas no tienen ni siquiera un cerebro como nosotros, sino que son como células con órganos muy especializados. En lugar de masa encefálica, tálamo e hipotálamo, tienen cloroplastos que sintetizan pensamientos, un citosol que los engulle y un aparato de Golgi que los interpreta y los ordena. Todo el Exth es un inmenso ojo y a la vez un inmenso cerebro. —Señaló unos papeles que le acababa de entregar un ayudante—. Todo está en mi informe. Le recomiendo que lo lea con atención y paciencia esta noche. Es fascinante.

—No lo dudo. ¿He llegado al final del viaje?

Acosta asintió, medio gesto para Fath y el otro medio para indicar a los guardias que abriesen la celda.

Fath contuvo el aliento al asomarse a su interior.

La luz entró suavemente, casi como una ducha relajante. En el centro del cubículo se elevaba una especie de bañera vertical llena de un líquido espeso y ambarino. Dentro del líquido flotaba un saco amorfo del color de un espejo sucio, de casi un metro de longitud, que cambiaba lentamente de forma como si estuviese respirando el líquido. O la luz.

Era la primera vez en su vida que la señora Fath veía con sus propios ojos a un Exth. Y lo primero que le vino a la mente fue: *Por Dios, ¿esas cosas son lo que matamos cuando estamos en el campo de batalla? ¿Esa bola amorfa y asquerosa es lo que ha puesto en jaque a toda la Humanidad?*

El alienígena se estremeció ligeramente en su prisión amniótica, como si supiera que ellas estaban allí.

—Goro, cariño, el desayuno está listo, ¿no vienes?

—Jamás.

—Venga, por favor. Hace mucho que no comes, y así te vas a poner enfermo —insistió Azumi, todo dulzura—. ¿Seguro que no quieres probarlo? Son trufas, tu golosina preferida.

—Jamás.

La androide dejó la bandeja a un lado, sobre las piedras de la fuente. Habían hecho regresar a los tres chicos al anillo bosque, en lo que remataban los pormenores de la operación de Song y empezaban con los preparativos de la de Goro.

El bosque estaba inmóvil. Había una sensación de silencio interrumpido en el aire.

—Menuda contestación, «jamás». Y además dos veces. ¿Se puede saber por qué estás tan impertinente, querido?

Goro rió distendidamente. De repente su expresión cambió y se volvió fría como el hielo.

—Porque quiero una chimenea.

—¿Una chimenea? ¿Para qué?

—Para poner tu cabeza encima.

La androide puso cara de disgusto, como una profesora que oye palabrotas especialmente desagradables en boca de un alumno.

—¡Goro! ¿Qué impertinencia es esa? ¿Qué es lo que te pasa?

—Déjame en paz.

—No quiero. Soy tu aya, y...

—No eres nada. Déjame en paz.

—Quiero ayudarte. Estar contigo. Si algo malo te ha pasado y quieres contármelo...

—Se me están acabando las advertencias. Te lo advierto, esclava sin cerebro. Vete.

—Y lo hablaremos, porque así no puedes seguir...

El muchacho cogió una rama gruesa que había al pie de un árbol y la enarboló como una maza. Dando un grito brutal, de animal enjaulado que necesita descargar su furia contra algo, Goro giró sobre sí mismo para imprimirle más fuerza al golpe. La improvisada maza fue a impactar contra el mentón de Azumi, sacándolo de sitio. La mitad inferior de su boca quedó colgando como un adorno de navidad de su cara.

La voz de la androide, no dependiente de la posición de los labios, siguió sonando con pronunciación exquisita:

—Has sido malo, Goro, y te vas a arrepentir. Perdóname, tengo que ir a acicalarme.

La androide se marchó con andares muy dignos. Al cabo de una hora volvió, pero ya no era ella. No era *la misma*, sino un modelo nuevo, recién sacado del paquete.

Con una espléndida sonrisa (y la mandíbula en su sitio), recogió la bandeja y volvió a ofrecerle las trufas a Goro.

—Venga, chiquitín, que sé que te encantan. ¡Coge una!

Fath llevaba cinco horas sentada en su habitación (llamar así a aquel tosco cubículo era ser muy generosa, pero era lo único que tenían para alojarla, y ella lo entendía). Estudiaba concienzudamente los informes de la doctora Acosta, y a cada página que pasaba, el misterio del Exth le fascinaba más.

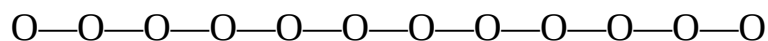
Era increíble lo que habían conseguido con el prisionero. Teniendo en cuenta que se negaba a colaborar, que no había forma de comunicarse con él salvo transmitiéndole dolor / ausencia de dolor, y luz / ausencia de luz, los científicos habían hecho grandes progresos.

Lo que tenía cautivada a Fath era el centro mismo de la cuestión, el descubrimiento sensacional sobre el que giraba todo: la forma en que funcionaba la mente del alienígena. Esa era la piedra angular que controlaba todo lo demás, desde

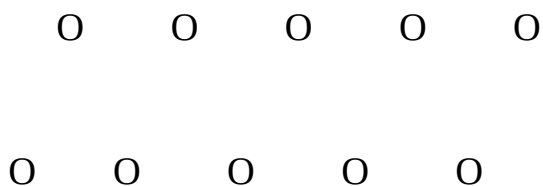
el lenguaje del Exth hasta su forma de existir, e incluso su forma de construir y pilotar sus máquinas.

—Probemos a hablar en pragmático en lugar de en hipotético, a ver qué pasa — dijo para sí.

Fath tuvo que dibujar un pequeño gráfico en uno de los márgenes de la hoja para entenderlo. El cerebro humano no deja de funcionar nunca, se dijo: es un continuo flujo de pensamientos, tal que así:

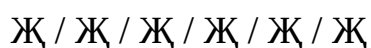


... Siendo cada «O» un pensamiento y cada «—» una conexión sináptica entre ellos. La mente humana era como el CPU de un ordenador antiguo, de los de la época anterior a la computación cuántica, cuando solo tenían un chip procesador, y si tenían que pensar en dos cosas a la vez hacían esto:



Pensamiento arriba, pensamiento abajo, a caballo entre dos razonamientos pero solo uno de cada vez.

Sin embargo, los Exth no pensaban así. Su cerebro era una especie de luz intermitente: se encendía, se apagaba, se encendía, se apagaba:



Donde «Ж» representaba no un simple pensamiento, sino una bola enorme de ellos. Un saco de pensamientos todos procesados a la vez. Y los «/» eran espacios de microsegundos en los que el Exth, literalmente (todo lo que él era, todo lo que sentía, lo que vivía, lo que lo definía como ser consciente y único) dejaba de existir.

Durante esos intervalos el alienígena no existía, estaba muerto. O mejor dicho, en estado de pausa. Fath estaba maravillada ante las posibilidades filosóficas que abría esto: ¿cómo podía un ser inteligente existir a saltos, a trozos, con su pensamiento interrumpido constantemente por tiempos muertos?

¿Acaso había algún lugar, algún órgano de esos tan especializados, cuya misión fuera guardar los procesos cognitivos durante los intervalos para que no se perdieran? Y aunque fuese así, ¿cómo lograba después el Exth retomar el hilo de su propia conciencia, de su yo interrumpido? ¿Acaso tenía una mente con persistencia post retiniana, como los ojos de los seres humanos, donde cada pensamiento era una mirada al sol que dejaba una huella brillante, y cada despertar una cosecha de esas huellas para construir un puzle?

Glorioso. Sencillamente glorioso. La Naturaleza jamás dejará de sorprendernos, pensó Fath. Y era cierto.

La conclusión más importante, o al menos la que más la atañía a ella, tenía que ver con cómo funcionaba el lenguaje derivado de estos increíbles seres. Porque claro, si la mente del Exth funcionaba a empujones... eso explicaría por qué no dibujaban sus pensamientos sobre sus pieles como películas, sino como fotografías. Eran bloques compactos de información, no flujos. Primero un pensamiento (pausa), luego el siguiente (pausa), luego el de más allá (pausa)... y así durante toda la vida del alienígena.

Chas, chas, chas. Ж, Ж, Ж.

El asunto era que en cada «chas» de estos, en cada «Ж», se comprimía muchísima información. Una cantidad asombrosa de ella.

A ver, pensó Fath, haciendo cálculos: Supongamos que el Exth que tenemos preso representa de forma meridiana a toda su especie (cosa altamente improbable; sería como abducir a un humano al azar del planeta Tierra y pensar que los doce mil millones restantes se le parecen, ignorando factores clave como la edad, el sexo, la raza, la educación, las enfermedades por las que pudiera haber pasado...).

Ahora tomemos la cantidad de bits de información que puede ser representada en cada destello de su cuerpo, pongamos... ¿dos millones de celdillas luminosas? ¿Dos millones de bits de golpe, en cada «flash»?

¿Y si las pausas naturales en el pensamiento del Exth sirvieran para ordenar todas esas fotos, digamos a nivel subconsciente, mientras el individuo no «existía» y por lo tanto todo su cerebro podía concentrarse en poner orden en la información recibida?

¿Y si lo *realmente* importante en la vida de un Exth no fuesen los instantes en los que estaba vivo, sino esas pausas intermedias donde podía ocurrir de todo?

Fath se levantó de la silla, nerviosa, y se puso a dar paseos por la habitación pensando en las consecuencias de todo esto. Extrapolando ideas.

Los Exth eran enemigos mucho peores de lo que los humanos jamás habían imaginado, ya que podían transmitir enormes cantidades de información de un individuo a otro en poquísimos tiempo. Pensó en los bits que cabían en cada flash de dos millones de celdillas. Esa cantidad de información, pasada a palabras, equivalía más o menos a setenta páginas de una enciclopedia.

¿Cuánto tiempo tardaba un humano normal en leerle en voz alta a otro setenta páginas? ¿Media hora? ¿Cuarenta minutos? Eso lo hacían dos Exth en un único

destello.

Dios mío, computan en nanosegundos, se estremeció.

Eso implicaba que un Exth era el espía más peligroso que jamás nadie hubiera imaginado, ya que todo su cuerpo era un mecanismo para recabar y transmitir información. ¿Qué era un Exth, una boca gigante con ansias de comerse todo el universo, como los aliens malvados de los cuentos que Fath leyó de pequeña? No, eran ojos gigantes, sacos de memoria y canales de comunicación. Eran los transmisores perfectos, no los depredadores perfectos.

Fath se detuvo, la vista perdida en el infinito. Tenía erizado el vello de la nuca.

Comprimir la información. Esa era la clave. Los humanos usaban lenguajes que eran una manera de transmitir información comprimida. La palabra «coche» llevaba mucha info en su interior, igual que la palabra «niño» o la palabra «mujer». Y si ya se iba a cosas culturalmente complejas como «héroe» o «traidor», sobre la palabra cabalgaba entonces una cantidad muchísimo mayor de bits, porque tenía muchas connotaciones.

Cada vocablo del lenguaje era un paquete discreto de datos, que exigía que el receptor, aquel que estuviera escuchando, compartiese con el emisor una serie de conexiones culturales para entender el mensaje. El aparato fonador humano tenía además otra importante limitación, ya que solo era capaz de tres mil puntos de articulación (formas de colocar la lengua y los dientes para soplar sonidos). Algunos idiomas, como el antiguo árabe, eran de los que mayor cantidad de puntos de articulación tocaban, por lo que un árabe nativo tenía más facilidad para aprender a pronunciar otros idiomas que ningún otro terrícola, ya que casi todos los sonidos capaces de ser emitidos por la garganta humana estaban en su conciencia lingüística.

El problema de los lenguajes terrícolas era que las palabras, por lo general, podían acarrear una gran carga de información subjetiva («asiático» era una forma de describir a un humano que indicaba su etnia, y si el receptor conocía el bagaje cultural, llevaba implícitos un montón de contenidos y opiniones sobre esa etnia), pero muy poca información *objetiva*. Si alguien decía que su amigo era un «asiático», y nada más, no estaba aportando datos ni sobre su altura exacta, ni de su color de pelo, ni de cómo iba vestido, etc.

Los Exth sí podían hacerlo. Sus vocablos eran bombas de información. Además, si el informe de Acosta era correcto (o no se separaba mucho de la realidad, pues todo aquello no eran más que hipótesis), los Exth clasificaban sus ideas por cuadruplicado. Por cada palabra humana simple, como por ejemplo «niño», ellos usaban cuatro complementarias: El concepto niño, la descripción del concepto niño, el significado del objeto niño y la imagen del objeto en sí.

Si aquel Exth lograba escapar de la celda, podría contarles a sus hermanos todo lo que había aprendido sobre la especie humana. Incluso sería capaz de describirles la Base Frontex entera, incluyendo el mapa de sus pasillos, el diseño de su tecnología y todo lo relativo a sus habitantes: cómo vestían, cómo iban armados, la frecuencia de

los turnos de guardia y cuánto tardaban en ir al baño. Mil detalles distintos.

Y para ello usaría solo cuatro o cinco palabras.

Una alarma retumbó en las bóvedas. Una nave militar de transporte estaba aterrizando.

La gente de la base empezó a correr de un lado para otro, preparándose para atender a los heridos que llegaban. Lo que en principio era una pulcra colmena de actividad disciplinada se convirtió en un pandemio.

Fath consultó la base de datos de la base (su nivel de prioridad le daba acceso incluso a los archivos confidenciales) y averiguó a qué se debía aquel estado de ansiedad: las naves que acababan de llegar a Mercurio eran lo poco que había quedado de la colosal batalla en Marte. La operación Reivindicación, la última apuesta de la Homogeneidad por retomar los territorios conquistados.

Y la habían perdido.

Trevold, pensó Fath con un acceso de temor.

¿Estaría su amigo entre los heridos? O peor aún, ¿no estaría entre los heridos?

La Base Frontex se estaba convirtiendo en un enorme hospital de campaña. Era la única en todo Mercurio que podía atender a tantos heridos bajo gravedad (lo cual, para ciertos tipos de heridas, era mucho más recomendable que hacerlo en las naves en órbita). Además, estaba la ventaja de que Mercurio tenía 1 g de gravedad en su superficie, igual que la Tierra.

Fath corrió por los pasillos hasta el hangar. La nave había aterrizado junto a la suya, ridiculizándola con su tamaño (era un elefante masivo en comparación a la pequeña lanzadera de Fath), y ya había abierto su enorme boca. Una boca por la que no paraban de salir filas y filas de camillas con soldados heridos.

—¿¡Está el general Trevold aquí!?! ¿Está aquí, maldita sea? —le fue preguntando a un médico tras otro, hasta que por fin le localizó, el quinto en una hilera de heridos de categoría especial.

Fath tembló al verlo. Su cuerpo reposaba en una burbuja hiperbárica, similar a la que había mantenido con vida a la señora Denali. El cuerpo físico de Trevold no estaba tan mal como el de Denali, pero tenía algo distinto: de su cráneo salían raíces de fibra óptica, implantes conectados directamente al hipotálamo. Esas raíces cruzaban un metro por el aire hasta llegar a una mesita anexa. Y se hundían en algo que Fath no supo cómo describir. Parecían cultivos de plantas en maceteros pequeños, como los de los experimentos que hacían de niños cuando en el colegio les enseñaban el ciclo vital de los vegetales.

—¿Qué le pasa, qué coño es esto? —preguntó hecha un manojo de nervios al enfermero que le atendía.

—Es un aparato de diálisis cerebral.

—¿Un... qué?

—Diálisis de pensamientos. El cerebro del paciente uno-uno-tres-dos —lo dijo con un laconismo total— ha sufrido severos daños, y no distingue entre pensamientos sanos y estática neuronal. Nosotros le cribamos sus funciones cerebrales, dializando lo malo y devolviéndole solo lo bueno.

Fath parpadeó, confusa. Sí, recordaba las granjas de nervios de su periodo de estudiante. Los chicos de la Academia las cultivaban, compitiendo para conseguir la friolera de dos millones de sinapsis. Había concursos donde ganaba el primero que fuese capaz de hacer soñar al cultivo.

—¿Usan granjas de nervios para purificar el cerebro de los pacientes?

—Sí, extraemos sus impulsos cerebrales, los filtramos a través del cultivo y se los devolvemos al cerebro sin las partes contaminadas, todo en menos de diez milisegundos. El cerebro del paciente apenas nota la diferencia... aunque nos han dicho que las sensaciones de *déjà vu* se incrementan a una por segundo.

Fath se arrodillo junto a la granja de nervios de Trevold. Brillaba en oleadas, como un mar de espinas sacudido por un huracán invisible.

—¿Puede entenderme si le hablo?

—Claro. Use este micrófono.

Fath se llevó el aparato a los labios y susurró:

—Trevold, ¿estás ahí? ¿Puedes oírme?

Los nervios bailaron.

—Claro —respondió el altavoz, aunque su cuerpo no hizo el menor movimiento. Parecía en coma—. Te oigo.

—¿Sabes quién soy?

—La pesada de Fath, ¿quién si no iba a seguirme hasta el mismísimo Sol para darme la lata?

Ella contuvo una lágrima.

—Esa, esa misma. ¿Qué pasó, amigo mío? ¿Qué ocurrió con la operación Reivindicación?

—Marte era una trampa. —El altavoz hizo lo que pudo por transmitir la intensa angustia que llevaba la voz del general, pero fracasó—. Nos estaban esperando, ocultos tras la curva del planeta. Estábamos preparados para una contraofensiva total, podíamos aguantar cualquier cosa que nos lanzaran... excepto lo que al final usaron. ¿Quién iba a pensar que sacarían de su órbita a los satélites de Marte y nos los arrojarían a la cabeza como proyectiles? ¿Qué clase de flota puede esquivar a Fobos y Deimos cuando se te echan encima como misiles gigantes?

Fath tragó saliva.

—¿Perdisteis toda la flota?

—Casi toda... De ciento doce cruceros solo sobrevivieron treinta. Cientos de miles de vidas... oh, Fath, debió haber sido la mayor victoria de nuestra era. La mayor. Pero se convirtió en... en nuestra mayor vergüenza.

Los nudillos de la mujer se pusieron blancos de la fuerza con que estrujaba la

mesita.

—¿Qué te sucedió a ti?

Aquí hubo una pausa en la que los nervios de las macetas bailaron sin música. Luego la música regresó, los pensamientos del general:

—¿Esto no te lo he respondido ya...? Ah, no, es el maldito *déjà vu*. Me capturaron. Estuve prisionero durante horas en una de sus naves. Me... me hicieron cosas que... oh, Fath, no comprendo cómo aún sigo conservando la cordura, te lo juro.

¿De verdad la conservas, amigo mío?, se preguntó Fath, pero no se lo dijo.

—¿Estuviste dentro de una de sus naves, en serio? ¿Y pudiste verlos?

Los cultivos se inclinaron todos a la vez, como si estuvieran asintiendo.

—Los vi... —Aquí la voz sí que reflejó terror—. Y daría lo que fuera por olvidar aquellas espantosas visiones. No son como nosotros, Fath, no se parecen lo más mínimo a la especie humana.

—Eso ya lo sabemos.

—No. No así. No lo sabemos así. ¿Cómo describirte la alieinidad total, Fath? ¿Lo que jamás podremos comprender porque no existe el más mínimo punto de contacto entre su civilización y la nuestra? Ahora... ahora sé por qué los Exth quieren exterminarnos, amiga. Lo sé de verdad.

—¿Por qué, cuál es el motivo?

Otra pausa, más dilatada.

—Los niños.

—¿Cómo dices?

—Los niños, nuestros hijos. La tecnología que los hace posibles. La que nos permite trasladar nuestras mentes a un nuevo soporte joven y sano. ¡La tecnología de resurrección! Eso es lo que les da pánico a los Exth, me lo dijeron mientras me torturaban. O yo lo soñé...

—Por favor, sigue. —La mujer apretó dolorosamente los dientes—. Necesito saber.

—Saber... esa es la clave. El conocimiento. Los Exth son entidades orientadas al conocimiento. Son como ordenadores vivos. Han pasado millones de años evolucionando en su trocito de la galaxia, aprendiendo cosas, observando el cosmos. Y de repente, un buen día, nos ven a nosotros. ¡Eh, estamos aquí, saludos, hermanos! —El cultivo pareció reír con sorna—. Entonces nos estudian, nos analizan, nos bareman. Emiten un juicio sobre nuestra civilización. Y nos desechan como posibles candidatos para un primer contacto porque somos una especie muy violenta. Nuestra agresividad les da miedo.

—¿Nosotros les damos miedo a ellos? —se burló Fath. Pero Trevold prosiguió sin parar:

—Temen nuestro instinto de conquista, de destrucción. Pero se sienten a salvo en su lejano trocito de la galaxia. Se halla tan increíblemente lejos del nuestro, que

nuestras civilizaciones jamás llegarán a encontrarse. Pero entonces sucede algo. Inventamos una tecnología que los asusta, que es capaz de transferir mentes viejas a cuerpos nuevos. Eso nos permitirá recorrer enormes distancias viajando por el espacio, no en una, ni en dos, ni en seis generaciones, pero quizá sí en diez.

»Los Exth saben que una flota terrícola de naves de guerra jamás habría podido llegar hasta su planeta con nuestra tecnología. Son muy lentas, y el hipersueño no mantiene frescos los cuerpos de los tripulantes durante tantísimos años. Morirían de viejos o de putrefacción antes de alcanzar el sistema solar de los Exth.

»Pero entonces aparece en escena la tecnología de copiado de mentes. Eso posibilitaría a todo un ejército de soldados fanáticos cruzar los abismos estelares rumbo al planeta Exth, para hacer lo que los hombres hacemos por naturaleza: matar. Destruir. Sin motivos ni provocación. Solo por nuestras ansias de conquista. Ese ejército no tendría que abandonarse al hipersueño durante décadas porque tienen otra opción: podrían ir pasando de cuerpo viejo a cuerpo joven, de recipiente antiguo a recipiente nuevo, varias veces durante el viaje. Así burlarían a la muerte. Y llegarían al mundo de origen de los Exth frescos para luchar.

—O sea... —rumió Fath, impactada por sus palabras—, que el auténtico motivo de que los Exth empezaran esta guerra es...

—Que construimos el complejo Salmacis. Que aprendimos a vivir eternamente.

Temblorosa, Fath se alejó unos metros de la mesita donde estaba el cultivo. Lo que le estaba contando Trevold era... monstruoso. Se negaría a creerlo de no ser por la lógica aplastante de sus razonamientos.

O sea, que los Exth los temían. Por eso los habían atacado. Por eso habían diezmado a la raza humana y a su flota de combate estelar. Porque no hay nada más peligroso que un ejército que puede resucitar eternamente.

—Pero hay algo más... —dijo Trevold.

—¿Qué, por Dios bendito?

—Me dijeron algo. Palabras. Con sonidos.

—¿Con sonidos? Imposible. Lo habrás soñado, viejo amigo; sabemos que los Exth se comunican con luz.

El cultivo tembló. Sus movimientos eran cada vez más escleróticos.

—No, Fath. Les oí hablar. No sé si eran ellos o sus máquinas las que pronunciaron aquellos espantosos sonidos, pero allí estaban. Eran palabras...

—¿Cuáles?

—Cosas extrañas, sin sentido para mí... pero sonaban parecidas a «fázula», «liziá», «badurr»... como si estuvieran inventando entre ellos un lenguaje sonoro para... para parecerse más a nosotros.

Fath sintió que el suelo se movía bajo sus pies, aunque no había ningún mercuriomoto en ese momento.

Ella había oído palabras iguales a esas antes.

Cuando escuchó el informe de Salmacis sobre el progreso lingüístico de los niños.

Esas eran las mismas palabras que los chicos, Goro, Layn, Song y Shura, se «inventaban» para suplir los agujeros en su vocabulario. Al menos, ellos *creían* que eran inventadas.

Pero no era así.

Sin saberlo, estaban usando vocabulario Exth.

Fath echó a correr en dirección a su nave particular. Tropezó con algunas camillas y llegó a tirar a los pobres heridos al suelo, provocando un caos de protestas, gritos y llantos, pero ni siquiera los miró. No se dio cuenta ni de que había tropezado.

—¡Fath! ¿Adónde demonios vas? —le gritó el altavoz de Trevold.

—¡A la Tierra, a Salmacis! —gritó desde lejos—. ¿No lo entiendes? ¡*ES UNA TRAMPA!*

XIII

...Y tienen un plan

Los médicos trabajaban a destajo preparando la siguiente operación, la de Goro-Hugo (siempre se nombraban en el sentido de la transferencia), mientras el propio Hugo y Denali esperaban en la sala adjunta.

Las alarmas avisaban de la peligrosa inestabilidad geotérmica de Salmacis. El piloto de Mirmidones se afanaba en intentar acceder al Ordenador para pedir un diagnóstico, mientras Denali se contemplaba a sí misma en un gran espejo. Completamente desnuda, giraba lentamente y hacía poses para disfrutar de la belleza de su nuevo y hermoso cuerpo, el de Song. No le importaba que Hugo la viese así; estaba demasiado embebida de su propia perfección.

—Es increíble esto de ser joven de nuevo —comentó Denali—. Aunque tendré que acostumbrarme a mi nuevo centro de gravedad. Este cuerpo es más alto que el que tenía antes. —Se alzó los pechos con las manos y los movió delante del espejo—. Es alucinante que vuelvan a estar aquí arriba, duros como piedras... ¿No te parezco hermosa, amigo mío?

—Una beldad —murmuró Hugo, sin prestarle la más mínima atención. Daba igual que introdujera comandos a toda velocidad en la consola, siempre se topaba con un muro. El cerebro de Salmacis tenía que haber sido dañado por lo que le hicieron los chicos, porque era un auténtico caos—. No deberías estar aquí, Denali. Este complejo es muy inestable, podría explotar en cualquier momento. La energía geotérmica se está acumulando en los generadores del subsuelo y pronto alcanzará una masa crítica. Ya que has terminado con lo tuyo, deberías coger mi lanzadera y marcharte lo más lejos posible.

—¿Y dejarte aquí solo con estos matasanos? Olvídalo, cariño.

—Partiré en la nave médica en cuanto acabe la operación. Ya estamos a punto de empezar. Además, si quieres acompañar a la flota hasta Mercurio tienes que irte ya mismo. Apenas quedan naves en la órbita baja. Todas han partido ya hacia el Sol.

—No insistas, cariño, no me marcharé dejándote aquí —se empeñó ella. Por unos instantes pareció como si le sobreviniera un mareo, pero se recuperó.

—¿Estás bien?

—Sí, es la niña, la antigua dueña de este cuerpo. Noto cómo está encerrada al fondo de mi cabeza, luchando por salir. Pronuncia sin parar su nombre como si fuera un conjuro. —Su expresión cambió. El aire de felicidad se borró—. Me habían asegurado que el aplastamiento de la anterior psique sería completo, que yo ni siquiera notaría la anterior personalidad. Pero la siento ahí atrás, como un eco. ¿Es normal?

—Quién sabe. El psicocirujano dijo que todo había salido a pedir de boca, así que imagino que será una molestia pasajera. Poco a poco Song irá evaporándose y tú

ocuparás toda su masa encefálica. Entonces dejarás de oírla.

—Ojalá tengas razón, esto es muy molesto. —Se contorsionó como una gimnasta ante el espejo, probando los límites musculares de Song—. No quiero que por las noches, cuando mi yo relaje la vigilancia, esa zorrita salga de su guarida en el subconsciente para hacerme trastadas. —Contempló cómo el rostro de la chica muerta se arremolinaba como humo ante sus ojos.

—Acabará evaporándose como un chubasco de verano, confía en mí. —Se frotó la sombra de barba—. Qué raro.

—¿El qué?

—He perdido contacto con el *Spartan*. Era la última nave militar que quedaba en órbita. Se supone que se había quedado atrás para esperarnos.

—¿Vuelve a funcionar la antena de comunicación de Salmacis?

Denali se acercó a Hugo y se inclinó sobre su hombro para ver bien la pantalla. Su presencia física se imprimió a fuego en los sentidos del hombre a través del sudor, del calor, del perfume a juventud salvaje que emanaba de ella. Hugo se sintió incómodo sintiendo pegado a su espalda el vientre de ella, por el que corrían ríos de sudor hasta converger en el lago del ombligo y en la mata de vello que había más abajo.

—Eh... —carraspeó—, no, sigue estropeada. El Ordenador quemó los circuitos cuando pensó que estaba siendo invadido por los Exth. Pero he logrado hacer un apaño.

—¿Cómo?

—Aunque el cerebro principal de Salmacis está hecho un desastre (parece una guerra esquizofrénica entre veinte o más particiones de sí mismo), hay funciones menores que sí puedo controlar. Para poner orden en las restantes haría falta un genio como el de Fath. Yo... sinceramente, no sé cómo pasar de aquí. Pero le he pedido a una de esas funciones menores que conectara el sistema de comunicaciones a la propia estructura de este domo, a los contrafuertes. Eso convertirá el domo en una gigantesca antena, aunque solo funcionará si el receptor está cerca de nosotros.

Denali premió su idea con un beso.

—¡Eres un genio! ¿Pero dices que aún así no puedes hablar con el *Spartan*?

—Es como si no existiera. Pero quizás sea porque está en un punto lejano de la órbita. Déjame calcular cuándo pasará sobre nosotros... ah, sí, dentro de quince minutos. Entonces intentaré llamarlos otra vez.

Denali volvió al espejo. Hugo hizo girar su silla para admirarla.

—¿Cómo es?

—¿La experiencia de ser joven? Una maravilla. Tendría que haberlo hecho hace muchos años y no esperar a ser tan vieja.

—La niña aún no estaba preparada. Tenía que crecer. Era muy inocente incluso cuando la borraste. No había aprendido nada sobre el mundo más que lo que le mostró el Ordenador, una versión edulcorada de la realidad.

—Lo sé, pero es que es tanto tiempo perdido... Lo curioso es que no se me parece demasiado. Se supone que Song tiene mis genes, pero no es exactamente como yo cuando tenía su edad. ¿Cómo es posible?

—Sus genes se recombinaron para simular la aportación de otro donante. Para emular al «padre» que nunca existió. Si no se hubiera hecho así, habría contraído enfermedades genéticas.

Denali hizo pucheros.

—Pues no me gusta. Pero bueno, es un mal menor. —Notó que Hugo estaba melancólico—. ¿Qué te pasa, cariño? ¿Estás bien?

—¿Yo? Supongo que sí. Es solo que... tengo una horrible sensación de *déjà vu*, y no sé por qué. Es como si todo esto hubiese sucedido antes. —Miró con extrañeza a su alrededor. La realidad parecía más asimétrica de lo que debería—. Todo es distinto, pero a la vez igual. Incluso los detalles más insignificantes.

—Esta noche nos llevaremos a todos los Exth al infierno. Será algo muy egipcio por nuestra parte. Ya estoy lista para volver a la lucha.

—¿Sed de sangre, tan pronto?

—Sed de juventud. —Se palpó la entrepierna y dio un respingo.

—¿Ocurre algo?

—Espera aquí un segundo —le pidió, y entró en el lavabo. Cuando regresó, la cara de Denali estaba deformada por una gran sonrisa cínica.

—¿Qué pasa?

—Conque la niña que borré era un prodigio de inocencia, ¿eh? Pues no lo era tanto como creías. —Soltó una carcajada, un ruido alto y áspero—. ¡La zorrilla no era virgen!

Fath despegó de la Base Frontex. Sabía que solo con sus reactores no iba a llegar a tiempo a la Tierra, así que iba a hacer algo que le costaría un consejo de guerra. Pero no le importaba. Si sus sospechas sobre lo que en realidad estaba pasando eran ciertas, la Humanidad corría un peligro mayor que nunca antes en su historia.

Primero intentó ponerse en contacto por radio con las naves que aún quedaran en la Tierra, pero nadie respondió. Y mucho menos el complejo Salmacis. ¿Habrían llegado ya los Exth? Era posible. Pero eso le dejaba pocas opciones. Tenía que ir hasta allí en persona, y sola, porque en lo que tardaría en convencer al alto mando de la Homogeneidad de que su teoría era cierta, perderían un tiempo precioso.

El tiempo que necesitaban los Exth para ganar aquella guerra.

Llegó a la órbita de Mercurio y robó (literalmente lo robó, porque ni pidió permiso para llevárselo ni se preocupó por enterarse de si alguien iba a usarlo para alguna misión urgente) un enorme capacitador de salto. Era parecido a un arnés lleno de propulsores y combustible que los militares usaban para acelerar naves pequeñas a velocidades prodigiosas, y poder llevarlas a confines remotos del Solar. Dada la

enorme cantidad de combustible que gastaban, robar uno podía acabar con el infractor en una corte marcial.

Fath acopló su nave a los enganches, enlazó su ordenador con el del capacitador y ordenó una aceleración inmediata a máxima potencia.

¿RUMBO?

La Tierra.

¿ACELERACIÓN MÁXIMA?

Por supuesto, joder.

¿ESTÁ SEGURA DE QUE SU NAVE CUMPLE CON LAS MEDIDAS DE SEGURIDAD? OBSÉRVESE QUE SIN UN ADECUADO COMPENSADOR DE INERCIA LOS CUERPOS HUMANOS PUEDEN SUFRIR SEVERAS LESIONES A ESTAS VELOCIDADES...

Que sí, ya lo sé, pero arranca de una vez, máquina de mierda.

Su dedo pulsó el botón.

No fue como si estuviera a los mandos de un deportivo con un motor fuera de serie mientras pasaba de los cero a los cien en pocos segundos. Fue como si se le cayera encima una montaña, como si cien puños hubiesen golpeado su vientre, cabeza y miembros con una contundencia brutal.

Fath gimió, pero incluso al sonido le costó salir de su garganta, tanta era la presión que aplastaba su cuerpo. La carlinga de la nave se convirtió en una pequeña cámara de torturas mientras los reactores se inflamaban al rojo vivo, disparando la nave hacia las lejanas profundidades del Solar. El indicador de velocidad escalaba número tras número a velocidad angustiosa. Si seguía así, en pocas horas alcanzaría una fracción considerable de la velocidad de la luz, llevándola de regreso al mundo madre en un tiempo récord.

¿Horas? Se desmayaría mucho antes de eso. ¡No!, se gritó a sí misma; tenía que aguantar, por duro que fuese. No era solo su querido Hugo el que estaba en peligro en Salmacis, sino el futuro de la raza humana.

Por Dios, que esté equivocada, rezó sin demasiadas esperanzas. Pero no se lo creía. Eran demasiados factores coincidentes: que los niños emplearan vocablos inventados por los Exth, que su amigo Trevold hubiese sido capturado por el enemigo para soltarlo después con aquellos bits de información crucial...

Encajaba demasiado bien para no ser algo premeditado. Un plan del enemigo para dar el mayor golpe de timón desde el comienzo del conflicto.

Las piezas iban encajando una a una en la mente de Fath: De alguna manera ignota, los Exth se habían infiltrado en el experimento Salmacis desde el principio. Probablemente a través de Hugo, ya que su padre había sido una pieza crucial para desarrollar la tecnología del borrado de mentes.

¡El padre de Hugo, a quien llamaban el Patriarca! Ni siquiera él lo sabía (Fath sí porque tenía una autorización de grado mayor), pero su padre fue la primera víctima de aquellas armas que provocaban locura en los soldados enemigos, sumiéndolos en un estado de esquizofrenia. Haciéndoles creer que vivían realidades paralelas en las

que el enemigo les metía aparatos raros en el cerebro para convertirlos en esclavos.

Ni siquiera Hugo había leído aquel informe, lo único que tenía eran sus propios recuerdos. Imágenes de una niñez en la que su padre se volvió loco e intentó matar a sus compañeros, y después a su familia. Pero resistió, luchó contra las pulsiones asesinas para no tener que matar a su hijo. Y así fue como plantó la semilla de lo que primero sería la vacuna contra la locura Exth, y después la tecnología de transferencia de mentes. El padre de Hugo C'mill era un héroe para la Humanidad, aunque ni su propio hijo lo supiera.

Los Exth habían averiguado que Hugo, el hijo de aquel legendario héroe, había crecido y se había convertido en uno de los principales adalides de los hombres. Y vieron en ello una ventaja.

De alguna manera, usaron los genes de Hugo (que ya tenían cuando abdujeron a su padre) como una puerta abierta a Salmacis. Y consiguieron manipularlo, alterar de alguna manera a los bebés para hacerles algo en el área del lenguaje.

El área del lenguaje. Esa era la clave. ¿Qué había dicho Trevold? *Los Exth son seres orientados al conocimiento. Son como ordenadores vivos. Han pasado millones de años evolucionando en su trocito de la galaxia...*

Seres orientados a reunir información y a transmitirla. ¿Y qué era eso sino la definición de un lenguaje?

Eso explicaba muchas cosas. Por ejemplo, el fenómeno de la censura de palabras que los muchachos experimentaban desde la niñez. Habían dejado arbitrariamente de usar determinadas palabras para sustituirlas por otras inventadas.

Solo que no las habían inventado ellos, sino los Exth.

Fath, entre otras muchas cosas, era xenolingüista. Por eso le habían ordenado ir a investigar al prisionero Exth. Había sido entrenada para descubrir patrones en lenguajes alienígenas, en códigos desconocidos para la raza humana. Sabía que el lenguaje era un arma muy poderosa si uno sabía cómo manipularlo, ya que afectaba directamente a la forma de entender la realidad. Si uno no ha inventado palabras para definir conceptos extremos, es posible que al cerebro ni siquiera se le ocurra jamás que esos conceptos puedan existir. En eso se basaba el Basiclós.

Un lenguaje, por definición, es un meme, se dijo Fath. O mejor dicho, es un conjunto organizado de memes. Un niño no aprende el lenguaje de sus padres siguiendo una técnica razonada, preguntándose por el significado de cada expresión ni por las reglas de la gramática que subyacen debajo. Lo aprende por imitación. Sabe que tal o cual frase sirve para conseguir tal cosa, y la usa en su provecho, y ya de mayor entenderá la lógica que hay detrás de todo. Uno nunca recibe clases de su lengua materna hasta que ya sabe hablar el idioma.

Pero existía una derivación peligrosa de eso: los memes parásitos. Formas de hablar introducidas en una comunidad de personas por alguien externo, para conseguir manipularlos sin que ellos lo supieran. Palabras con significados peligrosos, o subversivos, o que llevaban implícito el desprecio hacia otras personas.

Había lenguas humanas, por ejemplo, en las que la palabra «mujer» se pronunciaba literalmente «esclava del hombre». Eso eran memes parásitos. ¿Acaso lo eran también las palabras Exth introducidas en Salmacis?

¿Pero por qué? ¿Para qué? ¿Qué finalidad tenía esa sutil manipulación del lenguaje? ¿Qué escabrosas intenciones se escondían tras las retorcidas mentes de los Exth?

Era una pieza del puzle que Fath aún no había logrado encajar. Pero una cosa tenía clarísima: si todo giraba alrededor de los muchachos, era porque los Exth pretendía hacerse con ellos en algún momento. Iban a invadir la Tierra para raptarlos. O quizás...

O quizás...

Dios mío.

Fath se envaró, si es que su cuerpo podía encajar más tensión de la que ya estaba soportando. Hilos de sangre resbalaban horizontalmente desde su nariz hacia la nuca. Sus globos oculares, machacados por la presión, empezaban a retorcer su campo de visión: unos ángulos caleidoscópicos se desplegaron alrededor de un punto focal de plata oscura. La carlinga de la nave se retorcía como el cuerpo de un gusano visto desde dentro.

Pero Fath solo estaba atendiendo a la idea que había estallado en su cabeza. Una hipótesis terrible.

Tal vez los Exth no quisieran raptar a los chicos del Complejo Salmacis. Tal vez no necesitaran hacerlo. ¿Por qué? Pues muy sencillo: porque el objetivo en la vida de Goro y compañía era salir del complejo por su propio pie. ¿Cuándo? Cuando les borrarán la mente y la sustituyeran por la de sus padres. Entonces ellos mismos saldrían para incorporarse a la batalla, e irían *motu proprio* al encuentro con los Exth.

A caer en sus redes.

Fath sintió que la rabia hacía nudos en su garganta. Sí, tenía sentido, ¿cómo no lo había visto antes? Si los Exth habían convertido a los niños de Salmacis en los espías perfectos, en máquinas que absorbían información sobre la tecnología de la Tierra y todas sus posibilidades, luego no tendrían que preocuparse por tener que ir a buscarlos. Se limitarían a dejar que Denali ocupase el cuerpo de Song, o Hugo el de Goro, y luego dejarían que se montasen en sus Mirmidones, que fuesen con ánimos renovados a la batalla, para capturarlos y lobotomizar sus mentes. Todo lo que Song y Goro hubiesen aprendido, toda la info que hubiesen codificado, seguiría estando allí, aunque ellos ya no existieran. Grabada en el subconsciente.

A veces la mala suerte, o una mala planificación producto de la estupidez, le hacía a uno esas jugadas, reduciéndolo todo a sus rudimentos.

Fath trató de ponerse en contacto con Salmacis, o con cualquier nave o base que quedara operativa en la Tierra. Nadie contestó. Su única posibilidad era la que ya estaba poniendo en práctica: ir físicamente hasta allí, y una vez en órbita sobre Groenlandia intentar contactar con el complejo. Tal vez desde tan cerca sí pudiera

establecer comunicación con alguien.

O tal vez ya estuviesen muertos.

A sabiendas de los riesgos que entrañaba para su cuerpo (era capaz de morir aplastada o de llegar con los órganos internos machacados, imposibilitada para hacer nada salvo agonizar), Fath aumentó la velocidad de la nave.

Más... de... pri... sa...

La puerta del hospital se abrió y los chicos entraron, escoltados por droides-Azumi. Sus rostros eran máscaras de tristeza, un sufrimiento que se acrecentó más cuando vieron a Denali. Esta se había puesto uno de los uniformes de piloto de Mirmidón, el del Landher de Hugo.

Denali miró con desprecio a los muchachos, empezando por Goro (que venía esposado, y tenía los músculos tensos por la rabia), siguiendo con Layn (cabizbajo, sumiso, nadie podía saber lo que estaba pasando por su cabeza, aunque había quedado claro que de los tres él era el más peligroso) hasta acabar en Shura (hecha un auténtico mar de lágrimas).

A los chicos se les contrajo el pecho todavía más cuando vieron a su hermana. Antigua hermana, más bien.

Los dientes de Goro restallaron:

—Vais a pagar por esto, os lo juro.

—Puede que sí —dijo Hugo, llevando su silla de ruedas hasta la puerta del quirófano—, o puede que estemos condenados a no hacerlo nunca. No sé qué sería peor.

El cirujano le hizo un gesto, indicándole que estaba listo. Goro miró con terror una máquina que había sobre la camilla del paciente, parecida a una lámpara de araña cuyo cairel más bajo tocaba la sábana.

—Un segundo —solicitó Hugo, hurgándose una oreja. Consultó por última vez su consola para saber si había algún contacto con el *Spartan*. Según sus cálculos debía de estar cruzando en esos momentos por encima de sus cabezas.

Pero en la radio solo había estática.

—Qué raro... ¿Qué les habrá pasado?

—Voy a subir con el Landher, a ver qué pasa —dijo Denali—. Al menos tendremos una perspectiva clara de la situación.

—Vale, pero no tardes mucho. Creo que esto se va a poner muy feo. Si los Exth ya han llegado te necesitaremos para que escoltes la nave médica.

Denali acarició el plástico ajedrezado de su pistola.

—Aunque tenga que quitároslos de encima a balazos, querido. Déjalo en mis manos.

Cuando estaba a punto de cruzar la puerta rumbo a la plataforma de despegue, una voz gritó:

—¡Song!

Era la voz de Goro.

Denali, risueña, se volvió para mirarle. Por un momento se pareció tanto en el gesto a Song que los chicos se permitieron soñar con un milagro. Pero fue solo una ilusión.

Denali, la única que quedaba allí, dijo:

—Es un bonito nombre, pero carece de sentido. La canción ya se ha acabado.

—Eres un monstruo —tembló Goro—. Has asesinado a tu propia hija para seguir viviendo.

Denali iba a soltar otro comentario sarcástico, pero vio algo en los ojos de Goro que la silenció. Se acercó a él, despacio.

—Fuiste tú —descubrió con asombro—. Tú la desvirgaste, ¿verdad?

Goro enrojeció de la vergüenza. Sus hermanos lo miraron.

—Sí.

—Qué deliciosa cualidad incestuosa la de vuestro amor —rió Denali—. Es increíblemente romántico que hayáis descubierto la pasión sin nada a lo que agarraros, sino por vosotros mismos, en vuestra pequeña celda. Bien, espero que no hayas plantado en mí nada que me vaya a suponer un acarreo de responsabilidades durante los próximos nueve meses. —Su vista se descentró un instante, como si estuviese sufriendo otro mareo. Cuando se recuperó dijo—: Vaya, sí que es verdad que esta chica te ama, Goro. Con una intensidad increíble. Se está retorciendo aquí dentro como una puñetera serpiente, deseando salir para abrazarte.

Sus palabras hicieron que los tres hermanos la mirasen de hito en hito.

—¿D... de verdad sigue ahí Song? —preguntó Shura—. ¿Está viva?

—Es solo un mal sueño —puntualizó Denali, mirando de reojo al cirujano como si fuera un incompetente—. Pero espero que desaparezca pronto. Eso sí, Goro, puedes estar orgulloso: lo que queda de tu hermana se está aferrando tenazmente a la vida gracias a un único pensamiento. Su amor por ti.

Y le dio la espalda.

Goro lanzó un grito de rabia, coreado por Shura y Layn, pero ninguno pudo hacer nada por liberarse. Las zarpas de acero de las androides los tenían bien sujetos.

Azumi obligó a Goro a tumbarse en la camilla mientras sus hermanas vigilaban a los otros. Hugo se acostó la camilla de transferencia.

—No te dolerá —le prometió a su hijo.

Con una indefensión que dolía, Goro vio a Denali salir por la puerta, una ornamentada rejilla de bronce abisagrado, mientras la extraña máquina que abría sus tentáculos como un pulpo de cristal se posaba sobre su cabeza.

Layn y Shura gritaron su nombre, pero nada podría ya impedir que la mente de Goro se precipitase por el mismo sumidero por el que había caído Song.

La desaceleración fue casi tan agónica como el comienzo del viaje.

Los sensores que la señora Fath tenía conectados al cuerpo lanzaban alarmas, avisos, advertencias y mil cosas más. Y no era para menos. El cuerpo de Fath estaba lleno de riachuelos de sangre producto del aplastamiento de sus órganos internos por la aceleración.

Con un ojo, el único que le funcionaba, miró el cronómetro: había llegado a su destino en un tiempo absolutamente récord, ¿pero a costa de qué? De haber gastado más de mil toneladas de combustible súper comprimido en pocas horas, y de haberse destrozado el organismo en el proceso.

Apenas podía aguantar despierta del puro dolor que manaba de cada uno de sus nervios, pero ahora no podía rendirse. Tenía que cumplir con su misión, avisar a Hugo o a Denali de lo que estaba pasando, aunque fuera lo último que hiciera.

Pero nada más echar un vistazo a la órbita de la Tierra, a través de la carlinga transparente de la nave, supo que no iba a ser fácil.

Los Exth habían llegado. Lo supo antes incluso de ver sus naves (enormes cruceros de guerra con forma de triple peonza giratoria) por la basura espacial que dibujaba un cuarto de anillo de escombros en torno al Ecuador. Eran sin duda los restos de una nave terrestre de gran tonelaje, quizás los de un crucero de combate que se había quedado atrás, de vigilancia, mientras la gente de Salmacis concluía sus trabajos.

Los alienígenas lo habían reducido a un cuarto de giro de chatarra humeante.

Ahora, centenares de naves Exth estaban penetrando en la atmósfera en una auténtica procesión de fulgores de reentrada. Pero no todas se dirigían hacia Groenlandia: la mayor parte de ellas, por fortuna, estaban tomando posiciones en torno a los principales continentes, como para asegurarse de tener bien controlado el planeta para el desembarco masivo de tropas.

Hacia Salmacis, por lo que vio en su radar, solo se dirigía una nave, pero era muy grande. Lo más seguro es que fuera una de las fortalezas volantes, como la que aterrizó en el Mar Negro. Si lograba aterrizar en las cercanías del Complejo, desembarcaría una ingente cantidad de máquinas que haría imposible el rescate de los muchachos.

Fath se inyectó la última dosis de drogas supresoras del dolor que quedaba en el botiquín, y desprendió su nave del capacitador de salto. El enorme trasto ya no le serviría para nada, ahora lo que necesitaba era ligereza y velocidad. Y mantenerse despierta, lo que a cada segundo parecía una hazaña más imposible.

—Vamos allá, cabrones. —Sus palabras hicieron salpicar sangre de entre los dientes.

Los Exth no tardaron en detectar su aproximación: varias escuadras de cazas giraron para enfrentarse a ella. Fath echó mano de toda su sabiduría, de toda la

experiencia adquirida en el combate a lo largo de años para esquivar los misiles, los rayos de alta energía y la embestida física de las naves.

Se había vuelto parte de ella, de la muerte; aquel silencio desgarrador del espacio que lo envolvía todo como una nube... un mutismo desprovisto de sonidos pero no de luz, de explosiones, de naves que caían en frenéticas espirales hacia el colchón de la atmósfera y a las que intentaba herir con sus cañones antes de que el rebote las volviera a poner en posición de ataque.

De las heridas de aquellas naves salían hebras de sangre luminosa, una compleja galaxia de hematomas rojos y blancos. Fath gritó de dolor por los virajes bruscos. Entonces la alcanzaron a ella.

Fue una sacudida brutal, un estremecimiento acompañado de llamas que convirtió su nave en una bola de fuego. El oxígeno que alimentaba aquella combustión era el que su propia nave cargaba dentro. Fath gritó, más por el dolor de sus lesiones internas (los pulmones, el bazo, los intestinos... todo se le había mezclado en una inconsútil sopa de tejidos) que por el beso de las llamas. A través de su ojo sano pudo ver la silueta de un continente pequeño: Groenlandia. Se acercaba dando vueltas y más vueltas.

El ordenador de vuelo ya no funcionaba, así que intentó localizar visualmente la península donde se aposentaba el Complejo. Creyó reconocerla, pero quién podía estar segura... había tantas, y eran tan iguales unas a otras...

Al final vio algo que surgía del hielo como un espejismo surreal: un cementerio de barcos muertos, de buques de guerra congelados. Se dirigió hacia allí; era eso o caer en medio de la nada, en la inmensa planicie blanca. Su nave impactó contra el hielo, rebotó, se incrustó en el casco de uno de los portaaviones fosilizados...

La señora Fath cerró los ojos. Quizás para siempre.

XIV

Batalla bajo un cielo iluminado por relámpagos

El general Trevold tuvo un sueño en el que sus pensamientos iban y venían por un caudal de agua azul. Luego alguien levantó una presa, y el agua ya no pudo pasar. Fue entonces cuando abrió los ojos.

Le costó recuperarse de la diálisis de pensamientos, al menos lo suficiente para levantarse de la camilla, salir de la burbuja hiperbárica y volver a respirar aire normal. Aire embotellado. Aire de estación espacial.

Estaba en la Base Frontex, eso lo sabía. También le habían dicho que por el momento la guerra proseguiría sin él, ya que sus superiores preferían que se recuperase antes de volver al frente. Era uno de los mejores pilotos de Mirmidón que había en el ejército terrícola, por eso le permitían que pese a su elevado rango aún se jugara la vida en los campos. Pero ni siquiera el héroe más legendario sobreviviría allí sin encontrarse pletórico de fuerzas.

Así que eso era lo único que le quedaba por hacer: descansar.

Odiaba descansar.

Nadie tuvo que decirle que tenían a un Exth prisionero, ni dónde estaba, porque Trevold lo sabía de antemano. Lo llevaba implantado en su mente, así como unas cuantas órdenes básicas. Órdenes sencillas, fáciles de entender para un soldado.

Esas instrucciones le pedían que buscara al prisionero y que hablase con él. No con palabras, claro, ese nivel tan simple de comunicación estaba reservado a las especies menores. El Exth sabría cómo comunicarse. Sabría qué mensaje darle.

Trevold salió del hospital poniendo como excusa que se encontraba mejor y que alguien de su rango debía informar de inmediato a la cúpula de mando. Lo dejaron ir. ¿Qué iban a hacer si no, quién se interpondría en el camino de un general?

Trevold bajó a las mazmorras (le encantaba llamarlas así) acompañado por la doctora encargada de interrogar al alienígena, una tal Kooti Acosta. Fue ella quien le abrió la puerta de la celda, y quien le permitió acercarse lo suficiente al Exth para que la imagen de Trevold se reflejara en la piel reflectante del prisionero.

El alienígena leyó el reflejo del humano y supo quién era. Ya conocía a Trevold desde que se había dejado capturar por los humanos, tras la batalla del Mar Negro. Había veinte personas cuya fisonomía le habían hecho memorizar, por si lograban capturar alguna en la batalla de Marte. La elegida fue Trevold.

El Exth destelló, hizo brillar las celdillas de su piel.

Asustada porque no sabía a qué venía aquello, la doctora pulsó el botón que llenaría su cuerpo de sustancias narcotizantes. El alienígena cayó en un profundo estado de coma. Pero no sin que sus destellos se reflejasen en los fascinados ojos del general. No sin desbloquear imágenes de su tormento en la nave Exth, de las cosas que le habían hecho.

Trevold solo derramó una lágrima al recordar tanto horror. Al ver de nuevo los quirófanos de la nave enemiga, las salas llenas de destellos que quemaban en los ojos y en el alma. Una sola lágrima para desbloquear la impronta que le habían colocado en la cabeza.

Trevold abandonó las mazmorras, usó su rango para acceder al arsenal de la base y para que lo dejaran solo durante unos minutos. Cinco.

Fueron más de los que necesitó para activar la bomba nuclear y volar por los aires toda la Base Frontex.

Goro cerró los ojos cuando la máquina le clavó sus agujas de cristal en las sienes. Si iba a morir, no quería que la última imagen que se llevase fuera la de aquel monstruo, o la de los médicos psicópatas. La de un final poco digno para la vida de un joven.

Cerró los ojos y pensó en Song. En su belleza, en su piel bronceada y suave. En las lágrimas que caían de sus párpados convertidas en diamantes.

Esa era la última imagen que quería ver en su vida. La de la mujer que había aprendido a amar más que nada en el mundo.

Pero las cosas no sucedieron así.

El ruido que lo sacó del trance fue un grito. Y provenía de la garganta de Song.

—¡Parad, tenemos que huir ahora mismo! —gritó la señora Denali, volviendo a entrar en el domo hospital como una exhalación—. ¡Que todo el mundo suba a la nave médica, ya!

A Hugo también le pilló por sorpresa; ya estaba listo para la transferencia, con el cráneo rasurado. Por eso enrojeció de furia cuando Denali le arrancó los cables y lo incorporó a la fuerza. Goro siguió tumbado con un clavo metido hasta el encéfalo, sus brazos y piernas atados con correas al armazón de la camilla.

—¿¡Pero qué haces, estás loca!?! —le espetó Hugo.

El cirujano jefe tampoco salía de su asombro. Sin embargo, la urgencia que había en la cara de Denali los convenció de que algo grave estaba pasando.

—¡Acabo de verlos descender! ¡Tenemos que salir del Complejo ahora mismo!

—¿Q... qué pasa? —preguntó Naemon Glod—. ¿Quién viene?

—¡Los Exth! —Denali se cargó el torso sin piernas que era Hugo como si fuera un fardo—. Una de sus fortalezas móviles acaba de posarse a diez kilómetros de aquí, lo vi desde la plataforma. Y una de nuestras naves se ha estrellado en el cementerio de barcos.

—¿Qué nave?

—Tenía un perfil único, era una nave privada. Creo que la de Fath.

—¿Fath? —Hugo no se lo podía creer—. ¿Pero qué hace aquí, no estaba en Mercurio?

Denali no contestó. Empezó a correr hacia la plataforma donde estaban las naves, pero antes se volvió a Azumi:

—Trae a los chicos, vendrán con nosotros.

La androide asintió y agarró por el brazo a Shura y a Layn. Los dos protestaron por el maltrato.

—¿Qué hacemos con Goro? —preguntó Glod.

—¿Se le puede separar de la cama ahora mismo?

El médico miró el tremendo implante que le perforaba el cerebro.

—No lo recomiendo. Podría morir.

—Pues dejémosle ahí por ahora —decidió Denali—. Ya veremos si las androides pueden cargarlo en peso, con camilla y todo.

La procesión que llenó la pasarela incluía a Denali-Song cargando a Hugo, seguida por los médicos (que intentaban llevarse todo el hardware posible, a ver si podían completar la operación en la nave) y por último a Azumi y los dos adolescentes.

Solo Goro quedó atrás, conectado a la máquina, con los clones de Azumi a su alrededor. Estaba tan lleno de odio que podía reventar en pedazos en cualquier momento.

—¡Sacadme de aquí! —chillaba en vano—. ¡Maldita sea, soltadme!

Pero las Azumis se limitaron a esperar, desprovistas de emoción.

Goro pudo girar unos grados la cabeza y se vio a sí mismo en un espejo. El pánico le oprimió el cuello. Le habían rapado la cabeza y llenado el cráneo de agujeros, idénticos a los que tenía Song cuando vino por última vez a despedirse. Pero lo peor de todo era aquel grueso cable que se incrustaba en su nuca, buscando como un gusano su propio camino hasta el cerebro. Ese cable llegaba hasta la máquina de transferencia de memoria, y de ahí a una de las terminales del Ordenador.

Todos estaban conectados ahora: él, la máquina, el Ordenador, el maldito destino que se reía de ellos... Goro pensó que habría bastado con que alguien pulsara un botón para que por aquel cable trepara una descarga eléctrica que le freiría el cerebro. Eso aún podía pasar, si montaban otra vez el quirófano dentro de la nave.

Los Exth... qué ironía. Al final iba a acabar debiéndole la vida a los seres más repugnantes del universo. Eso si no desintegraban su nave nada más despegar, claro.

Goro buscó el carbón puro y pequeño de su ira. Lo encontró y lo hizo más fuerte. Había rebasado hacía tiempo el límite de cualquier ser humano, y ya había decidido dejar de luchar contra lo inevitable y someterse a su destino... cuando aquella mujer, Denali, lo dijo. Dijo que Song seguía viva, y luchando, en algún rincón de su mente.

Si Song seguía allí, quizá el proceso pudiera invertirse. Puede que hubiera algún modo de traerla de vuelta. Hasta hacía unos minutos esa remota posibilidad ni siquiera existía, es decir, lo único que sabían era que la mente del huésped se borraba en el proceso, no que habría una minúscula posibilidad de que aún permaneciera ahí dentro, arrinconada.

Eso le dio nuevas fuerzas.

Ahora solo necesitaba un milagro que lo sacase de aquella camilla.

La realidad llegó con un estruendo por el conducto de sus ojos, y la señora Fath despertó.

Lo primero que le confirmó que estaba viva fue el dolor. PIDA AYUDA INMEDIATA, latía un absurdo aviso en el panel de mandos. Ya, claro, pensó, como si fuera tan fácil.

La carlinga se había doblado sobre sí misma hasta convertirse en una especie de crisálida llena de escombros. Fath estaba encajada en un espacio dolorosamente pequeño entre lo que fue el diván de aceleración y el cuadro de mandos. Era imposible que saliese de allí por sus propios medios, haría falta que una sierra gigante cortara aquel amasijo de chatarra como si estuviera amputando un cáncer. Y ni siquiera así habría garantías.

Tosió y un esputo que era pura sangre negruzca manchó el panel. Estaba muy mal, no hacía falta que ningún médico se lo confirmara: entre las lesiones internas producidas por la aceleración y las externas del choque, la mujer parecía un cadáver viviente, a punto de exhalar su último aliento. Pero tenía que cumplir su misión, informar del peligro a Hugo y a Denali para que no se dejasen capturar por los Exth. Y sobre todo, para que no capturasen vivos a los niños.

Ahora, Goro y sus hermanos eran paquetes de información comprimida, la que habían reunido a lo largo de quince años sobre la tecnología y el modo de vida terrestre. Si caían en manos del enemigo, los Exth se ahorrarían décadas de espionaje militar.

Milagrosamente, aún había energía en la nave estrellada. La contundencia del impacto la había clavado en la bodega de un rechoncho buque de guerra, lo que los antiguos llamaban «portaaviones». A su espalda estaba el agujero que había hecho al entrar. Delante, un colchón de escombros formado por aviones congelados hechos un amasijo. Al menos, si los Exth la estaban buscando, aquel oxidado derrelicto serviría para ocultarla.

Fath trató de desencajar su brazo del cepo de hierros retorcidos, pero lo único que consiguió fue un desgarró muscular. Se tragó el grito de dolor más unos cuantos improperios dirigidos a ella misma. Habría que buscar otro modo.

—Ord... ordenador —jadeó—. ¿Funciona el... el interfaz verbal?

—AFIRMATIVO —croó una voz hecha a base de disparos de estática. Fath sonrió.

—Est... estupendo.

Cada palabra era como un conjunto de alfileres vomitados a través de la garganta, pero aún así se las arregló para explicarle al ordenador lo que necesitaba: Ya que Salmacis estaba tan cerca, a apenas treinta kilómetros hacia el norte, debía usar toda la potencia disponible para establecer un enlace informático con ella. Aunque tuviera que vampirizar energía del soporte vital, ya todo le daba igual. Moriría congelada en minutos si lo hacía, pero la muerte la esperaba de todos modos. Era una cuestión del

cuándo, no del cómo.

Contra todo pronóstico, el ordenador de la moribunda nave lo consiguió: todo el domo hospital de Salmacis hacía de antena de corto alcance, por lo que se estableció un canal bien definido entre ambos ordenadores. El problema era que la de Salmacis estaba hecha un desastre. Fath examinó las cascadas de comandos en la pantalla holográfica y soltó un quejido de impotencia. La inteligencia artificial estaba entrelazada como los rejos de un calamar. Pero aún había pequeñas partes que funcionaban, cachés de memoria que aún no se habían vuelto esquizofrénicos.

FATH: ¿En qué estado se encuentra el COMPLEJO?

SALMACIS: A punto de alcanzar la masa crítica y explotar.

FATH: ¿Puedes transmitirles un mensaje a los humanos que quedan dentro?

SALMACIS: Negativo.

FATH: ¿Quedan humanos dentro?

SALMACIS: Solo se tiene constancia de uno, un Eco conectado actualmente a la matriz por su implante cerebral.

FATH: ¿Identidad del Eco?

SALMACIS: Desconocida.

FATH: ¿No puedes enviar ningún mensaje a los humanos, bien mediante una consola, o un androide o... o cualquier cosa?

SALMACIS: Negativo. Los androides hace tiempo que operan por su cuenta. Esta unidad no tiene control ni retroalimentación de ellos.

Eso la desconcertó. ¿Cuál de los chicos estaría conectado a la máquina, Song, Shura, Layn...? ¿Acaso Hugo aún no había completado la transferencia al cuerpo de Goro?

Fuera como fuese, solo se le ocurría una manera de «hablar» con ellos y entregarles su mensaje de peligro. Si el Ordenador no podía hacerlo, porque todos los canales estaban cortados... entonces habría que transformar al propio Eco en un canal. Y en una herramienta para que logaran escapar vivos de allí, lejos de los Exth.

Usaría al niño.

FATH: Ordenador, cumple esta orden de absoluta prioridad. Descarga tus engramas de memoria en la mente del Eco enchufado a la máquina. Todo, desde tus archivos secretos hasta tus redes neuronales, todo lo que puedas recuperar que no esté dañado. Además, incluye mi versión de los hechos que han acontecido en Salmacis, incluyendo mis sospechas sobre el plan secreto de los Exth. ¡El chico tiene que comprender el peligro al que se enfrentan! Y si el Eco sobrevive al volcado... libéralo.

SALMACIS: Obedeciendo orden. Volcado de ochocientos sesenta mil gigabytes de información al cerebro del Eco. Comienza... *ahora*.

La comitiva acabó de cruzar la pasarela hasta llegar a la plataforma donde estaban posadas las dos naves, la de carga y el Mirmidón Landher. Denali, que llevaba a su amigo sin piernas a la espalda, se lo pasó a los ayudantes médicos y le dio un beso en la frente.

—Adiós, Hugo. Subid a la nave y salvaos, yo los mantendré a raya.

Hugo, abrazado al agobiado médico, miró al horizonte, al lugar donde había aterrizado la fortaleza. Del hielo, a unos cincuenta kilómetros, se alzaba la oscura masa de la nave de descenso como un funesto presagio. Su enorme panza se había abierto como una flor metálica y estaba pariendo máquinas, aberraciones guerreras, andadores de destrucción y otros horrores alienígenas. No tenía buena pinta.

—Me pregunto por qué no han aterrizado aquí mismo, al lado del Complejo.

—La zona es inestable —dijo Denali, subiendo por la escalerilla del Landher—. La única zona que está cimentada sobre roca viva la ocupa Salmacis. Ellos habrán buscado la segunda zona más resistente para que soporte el peso de la fortaleza.

—¡Eh! ¿Y Goro? —preguntó Shura. Se revolvía sin éxito en los brazos de una androide—. ¿Van a dejarlo aquí?

Denali la ignoró y se despidió de Hugo con una mirada tierna.

—Gracias por todo, amigo mío. Nos veremos en Mercurio.

—Hasta pronto —dijo él, y las palabras le sonaron más huecas que nunca. Era encomiable lo que Denali estaba haciendo por ellos, pero Hugo sabía que tarde o temprano la derribarían. No se puede luchar contra todo un ejército con una sola nave, aunque quien la pilotase fuera un as.

—Hasta Mercurio. Siempre me gustó tomar el sol.

Denali se coló por la compuerta de la panza y escaló hasta llegar a la cabina. Desde allí les hizo un gesto de despedida y esperanza para todos. Luego, con un furibundo rugido de motores, el Landher despegó y, efectuando unos elegantes tirabuzones, se lanzó de cabeza contra las líneas enemigas.

Los Exth ya habían desplegado suficientes tropas de tierra para conquistar Salmacis, aunque el cementerio de barcos les quedaba justo en medio: un archipiélago de chatarra que rompía la simetría de la planicie. El único sitio donde Denali podía ocultarse a la espera de que el enemigo se acercara.

—¡Song! —gritó Layn, pero nadie le escuchaba.

—Deja de invocar a tu hermana —dijo el cirujano—. Estás llamando a un fantasma.

—Vamos, subamos todos a la nave —ordenó Hugo—. Azumi, tú y tus hermanas traed la máquina de transferencia mental, incluyendo al paciente. Como si tenéis que arrancarla del suelo.

—No.

Quien había dado esa contraorden era Naemon Glod. Tenía los brazos cruzados

en una pose de intransigencia.

Hugo afiló los ojos.

—¿Qué ha dicho?

—Que no haremos eso. Tardaríamos demasiado tiempo en cargar toda la maquinaria. El paciente Goro se queda aquí, junto con todo lo demás. Nosotros despegamos ya mismo.

A Hugo se le encendieron las mejillas.

—¡Esto es desacato! ¡Desobedecer una orden directa de un superior es...!

No acabó la frase, pues el ayudante que lo cargaba lo arrojó a un lado como un fardo inútil. El cuerpo de Hugo resbaló por el hielo hasta llegar al borde de la plataforma, y habría caído de no ser porque una mano aferró con fuerza la suya.

La mano de Shura.

Hugo no sabía cómo la joven se había liberado del abrazo tenaz de la androide, pero no le importaba. Estaba allí en el momento mismo en que se vio cayendo por el precipicio e impactando contra la base del domo, muchísimos metros más abajo. Y le había salvado la vida.

Azumi, la original, la única que tenía algo parecido al libre albedrío, se puso delante de Layn con los brazos abiertos para cubrirle, pues Glod sostenía en esos momentos la pistola de pulsos de Hugo. Y les estaba apuntando.

—Adiós, damas y caballeros —sonrió el médico—. Lamento hacerles esto, pero el tiempo apremia y nuestra nave es muy lenta. Vamos a aprovechar que la estupidez... oh, perdón, la valentía, de Denali nos protege para abandonar este maldito planeta.

—¿Va a abandonarnos? —Las cejas de Layn brincaron del asombro—. ¿Qué haremos si nos deja aquí?

Glod hizo un gesto hacia el Complejo.

—Tenéis una buena tienda de campaña en la que refugiarnos, no os quejéis. Adiós.

Sus ayudantes subieron con toda la prisa del mundo por la rampa, y en menos de lo que Layn y los demás tardaron en normalizar los latidos de sus corazones, la nave ya estaba despegando y alejándose de Salmacis. Abajo, azotada por un viento helado pintado de nieve, había gente inmóvil, horrorizada, que la veía partir.

—Maldito cabrón —siseó Hugo, a salvo ya sobre la plataforma. Shura seguía a su lado, protegiéndolo del viento helado con su cuerpo—. No llegará lejos.

—¿Por qué? —preguntó la joven.

—No es piloto militar, no tiene entrenamiento de vuelo en condiciones de combate. Si lo tuviera, jamás habría despegado con tanta velocidad rumbo a la estratosfera. Así lo localizarán en seguida.

Subrayando sus palabras, un grupo de cazas de combate Exth se arremolinó alrededor de la nave de Glod. Al principio solo la circundaron, como abejas preguntándose con curiosidad qué nueva clase de pájaro achaparrado y torpe había osado entrar en sus dominios. Pero esa curiosidad duró poco. Menos de un minuto

después del despegue, la nave médica era una bola de fuego que caía despedazándose sobre la llanura.

Los chicos contemplaron horrorizados la brillante lluvia de meteoritos que taladraba el mar helado, y que segundos antes había sido una nave llena de gente. Una nave donde podrían haber estado ellos. Cayendo, quemada y ciega, de un cielo ártico.

—¿Y ahora qué? —preguntó Shura al cabo de un rato, la voz aguda por la histeria.

En la lejanía relampagueaban dos clases de luces: las de los rayos de la tormenta que cubría el cielo, y las de las explosiones que dejaba el mano a mano entre Denali y los andadores Exth.

Hugo los miró a todos, uno por uno. Era increíble el giro que había dado la situación en apenas minutos. Él, de ser un orgulloso comandante militar con un as en la manga, ahora era el único adulto que quedaba en un mundo vacío. A su lado, dos adolescentes, un montón de androides clónicos y un hijo (¡su hijo!) que esperaba atado a una camilla su trágico destino.

¿Estaba soñando? ¿Es que acaso estaba todavía atrapado en los restos de su Puma, allá en el Mar Negro, delirando con robinsones en un planeta helado?

Y si era así, si todo aquello no era más que una quimera, el ensueño de una mente que se sabía bajo la huesuda sombra de la Parca, ¿despertaría alguna vez?

Los hombres, igual que los materiales, tenían un límite. Si retorcías a un guerrero, por valiente que fuera, hasta llevarlo al extremo de lo que era capaz de soportar y luego lo soltabas, dejabas que se relajase y lo volvías a retorcer otra vez, alcanzaba su límite. El punto de ruptura. Y se quebraba como el material más tenaz sometido a una tensión indescriptible.

Eso era lo que le estaba pasando a Hugo. Producto de una infancia traumática por culpa de una guerra que no pidió ni quiso protagonizar, Hugo C'mill no era más que la consecuencia de decirle adiós a un padre antes de tiempo. De entregar los placeres de una vida que pudo ser plena a cambio de los mil sufrimientos de un odio sin final.

Pero incluso un guerrero nacido así, en pleno furor de la batalla, un alma forjada en titanio y acero, podía venirse abajo si la vida se empecinaba en ponerle trabas. E incluso alguien a quien todos en la guerra llamaban «héroe» podía acabar sintiendo cómo sus hombros se relajaban, cómo el corazón dejaba de martillearle con la fuerza de antaño. Cómo la desesperanza llegaba deslizándose por el campo plano y gris de la conciencia.

Entonces lo comprendió. La destrucción de los muros de su orgullo le permitió ver por primera vez, de forma diáfana, lo que había estado a punto de hacerle al único descendiente que había tenido jamás. A su único hijo.

Había estado a punto de asesinarlo para poder seguir entregándose a su locura genocida. Había estado a un paso de hacerle a Goro lo mismo que los Exth le había hecho a su padre.

Un trueno lejano hizo retumbar la tierra. Hugo parpadeó, apartando su mirada del infinito. Layn lo miraba fijamente. También Shura. Y también la Azumi principal. Como si aguardaran una respuesta. Como si él, como único adulto presente, cargara con la responsabilidad de darles a todos aquellos niños perdidos un objetivo.

—Saquemos a Goro de ahí —dijo después de una eternidad—. Tenemos que alejarnos todo lo que podamos del Complejo antes de que lleguen las tropas.

Goro...

Goro estaba ascendiendo. Literalmente.

Moviéndose en la corriente sensora de Salmacis, su mente estaba siendo bombardeada por un flujo infinito de información. Su cuerpo era un arco tenso sobre la camilla, como si le estuviesen aplicando una corriente eléctrica. Las muñecas, atadas con correas, dibujaban los tendones bajo la piel como cables de acero.

Goro gritaba, los puños tan apretados que se estaba perforando la piel con las uñas. Gritaba porque no podía parar aquel río de datos que se le estaba metiendo a presión en la cabeza. Gritaba porque el implante ardía como una autopista en hora punta.

Solo recibió un aviso antes de que aquel infierno empezara. Oyó una voz en su mente, la voz de Salmacis, que le decía:

CATARATA DE DATOS INICIADA

POR FAVOR, ESPERE A QUE EL PROCESO ESTÉ COMPLETO ANTES DE DESCONECTAR EL CABLE DEL PACIENTE

Así, tan aséptico como el prospecto de un medicamento. Goro se preguntó con recelo qué sería eso de una «catarata de datos» (sobre todo teniendo en cuenta que su padre ya no estaba en la camilla adjunta), cuando la realidad entera explotó.

Fue como un Big Bang cerebral, un chorro de luz que trepó por el cable y estalló dentro de su cabeza, derramando traserías hipnóticas por sus neuronas. La electricidad estimuló sus centros sensibles, tanto los del placer como los del dolor, enrejados finos como cristales de nieve en una ventana invernal. Goro se convirtió en una máquina estimulada por una sobretensión, mientras los unos y ceros de la mente del Ordenador se descargaban en la suya como si fuera un enloquecido *back up*.

La imitación de un gemido raspó sus nervios. Era el primer llanto de un bebé, de él mismo, segundos después de nacer. Goro se vio a sí mismo hecho un bebé recién sacado de la cuba de nacimiento, puesto en manos de un robot, buscando desesperado un pezón al que agarrarse, el calor de una madre que no estaba allí.

Un espacio garabateado de flotantes curvas de datos se quebró en mil fragmentos

de luz, en fotografías de los momentos más importantes de su vida: su infancia, cuando pronunció su primera palabra, cuando conoció a sus hermanos, cuando sintió por primera vez la cálida sensación del amor, que iba sustituyendo poco a poco el vacío del miedo... El día en que los cuatro vieron por primera vez a Azumi salir de un huevo como un ave mitológica; el primer cuento que les contó ella, la primera historia que oyeron que tenía final feliz.

El cable ardía como el tallo de una flor rellena de fuego, de velocidad, de una energía tan pura y limpia como la que iluminó por vez primera el Universo. Era como una impresora que regurgitara a velocidad supersónica una endeble lengua de papel, acumulando resma tras resma dentro de aquel cajón que era su cerebro. Solo que ni Goro ni el Ordenador sabían a ciencia cierta si el cajón sería lo suficientemente grande para albergar todo ese papel.

Una metáfora llegó para hacer de salvavidas en la tormenta. Una imagen inducida desde fuera, desde el Ordenador. La visión era la de una gigantesca biblioteca, cuyos pasillos llenos de anaqueles se perdían en el infinito. «Esta es tu memoria», decía el Ordenador, «lo que estamos haciendo es formateándola y llenando los huecos libres con información adicional. Estamos optimizando al máximo tu cerebro».

Goro, los ojos a punto de salirse de las órbitas e hilos de baba blanca resbalando de su boca, prestó atención a lo que decía la voz. Observó las imágenes de la biblioteca, libros de lomos estropeados volando de un lado para otro (sus recuerdos más antiguos) y agrupándose en la zona del fondo, mientras que otros nuevos, con cubiertas pulcramente cosidas, llegaban volando como gaviotas para anidar en los espacios. El Ordenador estaba construyendo algo desconocido dentro de una fortaleza catatónica llamada Goro.

Cuando el chico tuvo una idea clara de lo que estaban haciéndole (gracias por la metáfora de la biblioteca, Ordenador), pudo relajarse un poco. Pudo hacer cosas como escoger algunos de aquellos libros, sacarlos de los estantes y leerlos, mientras el resto de su mente seguía formateándose.

Fue así como encontró el libro de las tapas amarillas, que destacaba entre los demás. Ese tomo, un paquete de datos comprimido bajo el epígrafe «¡ATENCIÓN, EL PLAN DE LOS EXTH!», venía firmado por la señora Fath.

Goro lo atrapó al vuelo (estaba aleteando como una mariposa) y se sentó a leerlo en medio de la tempestad.

Entendió muchas cosas. Muchísimas. Porque su mente, sin que él lo supiera, indexaba toda esa información con otra que ya había absorbido. Eso le dio una perspectiva general no solo de los Exth, sino de la situación crítica que estaba atravesando Salmacis.

Fath había incluido sus deducciones sobre el plan Exth, pero había más, mucho más, que Goro estaba deduciendo ahora con claridad totalizante, ya que algunos de los libros que salían de sus escondites... ¡estaban escritos con ideogramas Exth! ¡Había recuerdos grabados en su subconsciente que ni el Ordenador conocía!

Goro atrapó también esos libros y los abrió. Lo que leyó le hizo derramar una lágrima de impotencia, al darse cuenta de hasta qué punto él y sus hermanos habían sido manipulados.

Era cierto que los Exth habían empezado la guerra contra la Humanidad cuando se enteraron de que esta estaba desarrollando una tecnología de inmortalidad. Pero no se limitaron a mandar sus naves de guerra hacia el Solar, sino que también infiltraron a sus espías. Durante la primera guerra contra los Exth, aquella en la que había luchado el padre de Hugo, descubrieron lo fácil que era manipular la mente humana, tratándola como un ordenador, con sus registros de entrada y salida y los resultados esquizofrénicos que podían lograrse si se manipulaban estos registros.

Allí, en aquellos primitivos campos de batalla, fue donde aprendieron lo frágil que era la mente de los hombres, y cómo derrumbarla como un castillo de naipes con solo mover una o dos cartas.

Las décadas pasaron. La generación de Hugo se hizo mayor y tomó el relevo en el frente. La Homogeneidad dio la orden de crear Salmacis (todo esto Goro lo estaba leyendo en la memoria del Ordenador, porque eran datos que nunca le habían contado) y los primeros Ecos. Niños que no fueron ni Shura, ni Layn ni Goro ni Song, sino otros que les precedieron. De hecho, Denali ya iba por su tercera encarnación, y Trevold por la segunda. Entonces nacieron los repuestos actuales (Goro se estremeció al comprender que esta palabra se refería a él) y fueron criados para que, llegado el momento, cumplieran con su función en el esquema de la guerra.

Lo que la Homogeneidad nunca sospechó fue que los Exth habían descubierto la existencia de Salmacis, y lo más importante: cómo entrar en ella. Se deslizaron en el sistema y alteraron sutilmente el mapa genético de los nuevos niños. Todo con un objetivo: convertirlos en cámaras remotas, en recolectores de datos que espieran desde dentro a los humanos y lo recordasen todo, absolutamente todo, para luego transmitírselo a los Exth, usando una versión del idioma ultra avanzado del invasor.

¿Cómo conseguirían esta meta, a todas luces imposible? Los Exth sabían que el lenguaje humano no era como el suyo. Cada palabra codificaba muy poquita información, no como los vocablos de luz de los alienígenas, que llevaban implícitos muchísimos datos.

Pero había una forma de hacerlo, y ellos la encontraron.

El truco estaba en crear palabras con «significados máximos». Goro lo supo nada más pensar en esa idea. Supo que era real. Las palabras nunca tienen un significado máximo, es decir, nunca están cerradas a nuevas asociaciones de ideas. Una palabra como «señor» o «señora» va variando su contenido conforme cambia la sociedad que la usa. Nunca llega a un techo de significado. Pero los niños de Salmacis sí que podían crearlas, si dejaban de usarlas cuando la palabra adquiría el significado perfecto que querían transmitir a los Exth.

¡Ese era el motivo por el que los niños de Salmacis dejaban de usar algunas palabras a medida que crecían! Azumi puso en serios problemas a Shura en aquella

piscina, cuando era una niña, para obligarla a decir la palabra «¡ayuda!» en voz alta. Y Shura casi se ahogó porque no podía hacerlo. Tenía un cerrojo genético en su cabeza que había cogido ese vocablo y lo había asociado a un significado máximo, guardándolo después en un cajón cerrado con llave.

«Ayuda», para Shura, no podía seguir mutando porque ya era una idea perfecta. Un idea que ella, sin saberlo, debía incluir en el mensaje que cuando fuese mayor mandaría a los Exth.

A esta lista de palabras prohibidas se fueron añadiendo otras, algunas descubiertas por Song, otras por Goro y otras por Layn, que en conjunto servirían para formar una única frase. Una frase de tan solo seis o siete palabras con la que les harían saber a los Exth mil cosas sobre cómo era Salmacis por dentro, cómo funcionaba la tecnología humana, etc. Datos útiles para la guerra.

Una frase de seis palabras con significados máximos que Goro tenía en la mente, y que contenía el conocimiento equivalente a una enciclopedia.

Pero claro, solo con las palabras no bastaba. Los Exth sabían que para que una palabra adquiriese un significado máximo, a su alrededor tenía que ir codificada una verdadera montaña de recuerdos, sensaciones, experiencias... todo lo que el niño asociaba a esa palabra en el momento en que la metió en el cajón. Es decir, lo que los humanos llamaban *los sobreentendidos*.

¿Dónde almacenar esos sobreentendidos, toda esta carga de memoria de los niños, para que los Exth pudieran obtener su Piedra Rosetta y llegar a comprender las seis palabras? ¿Dónde guardarla de manera que ningún análisis químico o psicológico del Ordenador pudiera detectarla?

La respuesta estaba en los priones.

Goro, sorprendido, buscó la definición en otro libro. Sí, allí estaba: un prión era una proteína que en sí misma no provocaba enfermedades, pero que con un sutil cambio de forma podía convertirse en algo letal. Es decir, era un as en la manga, un arma secreta que en estado de reposo jamás llamaría la atención del Ordenador (¿por qué iba a saltar la alarma, si hasta que no mutase el prión no sería peligroso?), pero que cuando fuera necesario se convertiría en un caballo de Troya.

¿Quién era la clave de todo aquello? ¿Cuál era la pieza fundamental del puzzle, la que estaba generando dentro de su cuerpo todos estos priones y este diccionario de palabras perfectas? ¿Él, Goro? La idea le hizo reír. No, él nunca había sido demasiado inteligente. ¿Song? No, demasiado emocional. ¿Shura? Demasiado pragmática.

La piedra angular en el plan de los Exth era Layn.

Layn era el más cerebral de todos, el único que había sido educado desde niño para comprender cómo funcionaban las cosas. Cómo era por dentro la tecnología humana. Goro servía para combatir, Song para amar, Shura para sobrevivir... y Layn para *comprender*.

Layn era el caballo de Troya.

Él tenía en su interior el conocimiento tecnológico que los Exth necesitaban para derrotar de una vez por todas a la Humanidad. Pero no iba a ser el primero en salir de la prisión de Salmacis, de la fortaleza inexpugnable. La primera sería Song. Y para eso también había un plan de contingencia.

Layn y sus hermanos creían estar inventando expresiones graciosas para sustituir a las palabras de significado máximo que iban metiendo en el cajón. «Fázula» por «ayuda», etc. Pero en realidad eran memes parásitos, ideas que los Exth les habían incrustado en los genes desde antes de que nacieran, cuando manipularon sus fetos. Fázula, en el idioma inventado por los Exth, significaba «TRANSMITE».

Transmite.

Y ellos usaban cada dos por tres esa palabra sin conocer su significado.

Goro recordó el momento en que Layn se había hecho una herida en el brazo cuando estaban escapando a través de los túneles. Y recordó la extraña certeza que tuvo de que su hermano se la había hecho a propósito.

Layn nunca se habría herido conscientemente porque no sabía lo que estaba haciendo, pero su cuerpo sí. Su cuerpo se hirió para que saliera sangre, y cuando Goro le chupó la herida para limpiarla, chupó también esas gotitas de sangre.

De esa forma absorbió los priones de Layn.

TRANSMITE.

Luego llegó el momento de pasarle la información a Song. ¿Pero cómo? ¿Con otra herida? No, ese truco no funcionaría dos veces, había que buscar algo más definitivo, más... carnal.

Entonces entró en escena la libido.

Goro y Song estaban enamorados, se querían el uno al otro más que nada en el mundo. Era una mezcla de muchos factores mentales y físicos. La adolescencia luchaba con sus ardores primarios contra las trabas morales del amor entre hermanos (aunque en realidad ninguno de ellos era hermano del otro en rigor: se habían criado juntos, cierto, pero procedían de padres distintos). Sin embargo, Goro y Song eran algo más que hermanos. Eran el Adán y la Eva de una sociedad minúscula donde solo había dos miembros de cada sexo, dos únicos especímenes. Así que acabaron haciendo lo que la Naturaleza, esa madre sabia, les exigió para salvar la especie: enamorarse.

Cuando hicieron el amor en aquel túnel... la experiencia más maravillosa que Goro había tenido en su vida... jamás se les ocurrió pensar que, al margen de sus deseos, sus cuerpos estaban siguiendo el plan original: transmitir los priones recibidos de Layn para que llegaran a Song, a través del esperma de Goro.

TRANSMITE.

La escena final de aquel acto la pusieron los adultos. Ellos serían quienes iban a completar el plan maestro de los Exth, y ni siquiera lo sabían. Al capturar de nuevo a Song y borrarle la memoria, la estaban sacando del Complejo Salmacis. La estaban

enviando justo a donde los Exth querían. Ahora solo tenían que capturarla, extraer las seis palabras de su subconsciente (el único lugar que el barrido de memoria no había podido tocar, la caja llena de candados de las palabras perfectas) y cribar de su sangre los priones para obtener el gran premio.

¡El gran premio!

Eso, ni más ni menos, era el famoso «amigo invisible» de Layn: un canal de comunicación con los Exth para avisarlos de cuando los niños estuvieran listos para ser «rescatados».

¡Y por eso (rió al comprenderlo) el amigo invisible había traicionado a Layn en la torre, rebotando hacia atrás la señal! ¡Quería que Azumi los capturase para que pudieran coger de nuevo a Song, y lavarle la mente! Los Exth necesitaban que el proceso se completase.

Goro tuvo un espasmo final. Ahora lo sabía todo. Lo comprendía todo. Y estaba más furioso que nunca.

Tan solo pensar que los momentos más importantes de su vida habían sido una mentira... movimientos de piezas en el tablero de aquellas fuerzas inconmensurables... lo ponía enfermo. Aún amaba a Song, la amaba con toda su alma, y haría lo posible por recuperarla. Pero no podía quitarse de la cabeza la posibilidad de que incluso ese amor fuera parte del plan.

Su mente empezó a doblarse hacia dentro en una decena de ángulos imposibles, echando a volar como un ruiseñor de origami.

Goro ya no podía soportar tanta tensión, tantas noticias inesperadas, tantos giros en el guión de su vida. Se desmayó, pero por desgracia unos brazos vinieron a sacarlo demasiado pronto de ese estado de tranquilidad.

—¿Cómo está? ¿Está vivo?

—Creo que sí. Respira.

—Pero tiene espasmos incontrolados. Y su piel está muy fría.

—¡Hay que sacarlo de esa camilla, rápido! ¡Moveos!

—Venga, Goro, despierta, por favor. No nos hagas esto...

—¡Dios! ¿Qué ha sido eso?

—El suelo se ha movido. Salmacis se está hundiendo. Esto es el fin.

Goro abrió los ojos. Sus párpados pesaban como cortinajes de teatro. Las manos que lo sacudían eran más de dos, quizá cuatro, quizá seis...

Lo que vio al echar un vistazo alrededor lo llenó de esperanza, de alegría... y también de confusión. Porque allí estaban sus hermanos Layn y Shura, pero también sus enemigos, las androides y el traidor de su padre, todos colaborando entre sí. ¿Es que el mundo se había vuelto loco en el ratito en que él había estado fuera?

—¿Q... qué pasa aquí...? —balbució.

Shura asintió satisfecha al comprobar que su hermano era capaz de sostenerse en

pie. Mejor, así no tendrían que cargarlo en la larga caminata que les esperaba.

—Bienvenido de nuevo, hermanito —dijo Layn. Su frase fue contrapunteada por otro estremecimiento del Complejo. Un tremor horrible, como de placas tectónicas friccionando, procedía de debajo de sus pies. Las paredes y el suelo se estaban moviendo como si las arenas que había debajo de Salmacis se hubiesen vuelto movedizas.

—¡Salgamos de aquí! —ordenó Hugo, y todos le obedecieron. Azumi cargó con él, subiéndoselo a la espalda, mientras sus clones abrían paso apartando escombros y abriendo puertas.

Goro no se atrevió a preguntar qué pasaba, porque la situación en sí misma parecía desesperada. Estaban en peligro de muerte. Ya habría tiempo para las preguntas después.

—¡Coged trajes monoclima para todos! —advirtió Hugo antes de salir. Las androides obedecieron. Él sabía bien que los iban a necesitar mucho más incluso que la comida y el agua.

Una puerta enorme, blindada y ciega, se interpuso entre ese deseo y ellos.

Era la gran puerta de salida al exterior, el último obstáculo. Pero por más que pulsaron botones, la golpearon y buscaron formas alternativas de burlarla, la puerta no se abrió.

—El fallo del Ordenador la ha bloqueado —dijo Hugo—. Tenemos que regresar al nivel superior y buscar una pasarela.

—Me temo que ya no queda tiempo para eso —murmuró Layn. Un temblor que sacó algunas vigas de sitio le dio la razón.

El domo se rajaba. El suelo perdía la horizontalidad como una balsa a punto de hundirse.

—Apartaos.

La voz de Goro era suave pero segura de sí misma. Y muy relajada, como si supiese exactamente lo que había que hacer.

El joven se aproximó a la puerta. Alzó una mano y la tocó. Y la puerta, como por arte de magia, se abrió. Todos vieron su cara de concentración, como si estuviese susurrando una magia secreta. Las huellas dactilares de sus dedos cambiaban como laberintos minoicos, entrando en comunión con el sistema informático del Complejo.

En pocos segundos el grupo estuvo fuera del domo. La opresiva lejanía de los horizontes machacó los sentidos de los adolescentes: Layn y Shura ya habían tenido un primer atisbo cuando subieron a la antena de transmisiones, pero al menos en aquel momento seguían estando metidos dentro del domo. Pero allí fuera, corriendo para alejarse del Complejo por la inmensa planicie, estuvieron a punto de sufrir un colapso.

Grande, grande, todo era demasiado grande. El cielo estaba demasiado alto, el horizonte demasiado lejos.

Layn cayó al suelo, intentando hacerse un ovillo bajo la bota de tan repentina

angustia. Lo mismo estuvo a punto de pasar con Goro y Shura, pero las androides no se lo permitieron. A una orden de la Azumi principal, sus clones recogieron a los chicos y los llevaron en volandas, corriendo más y más rápido. Bajo sus pies gemía el hielo, aunque la capa era tan gruesa que jamás se rompería bajo su peso.

Los tres adolescentes no sabían que bajo ellos, tras una capa de diez o quince metros de hielo, se abría una vasta extensión de agua de kilómetros de profundidad. Si sus cerebros hubiesen podido hacerse a la idea de lo *realmente* grande que era aquel abismo de agua (un abismo en el que nadaban criaturas monstruosas) se habrían vuelto locos.

—¡Corred, maldita sea! —los apremió Hugo, mirando constantemente sobre su hombro—. ¡Hay que alejarse más!

Sus palabras resultaron proféticas cuando un espantoso temblor sacudió el suelo: grietas de centenares de metros salieron disparadas como rayos a partir del Complejo, resquebrajando el hielo. Por fortuna para los fugitivos ninguna de ellas cayó justo por donde pisaban, porque se los habrían tragado sin remisión.

Entonces llegó el estruendo, un bramar como de titanes luchando bajo capas y capas de tierra, y el Complejo Salmacis se estremeció.

Los chicos se detuvieron para mirar atrás por última vez, y fueron testigos de algo que difícilmente olvidarían: Los domos de Salmacis se alzaron todos a la vez, separándose varios metros del suelo como si un gigante los estuviera empujando desde abajo. Luego se agruparon y cayeron sobre sí mismos, resbalando por un inmenso sumidero de lava que se había abierto en el subsuelo, justo en el centro del edificio principal. El que albergaba los anillos donde habían nacido los niños de Salmacis.

Los domos se fracturaron, rompieron los puentes que los unían con latigazos de metal, y se hundieron en el torbellino de energía geotérmica. Al cabo de pocos minutos solo quedaba una montaña de piedra negruzca donde otrora hubo un conjunto de edificios de alta tecnología. Más que una explosión, había sido una implosión en toda regla.

Lo único que logró escapar a la debacle fue una cápsula diminuta, un proyectil que fue lanzado desde el domo principal hacia el espacio un segundo antes de que este cayera en el magma.

¿Una baliza, tal vez? ¿Una última y desesperada llamada de auxilio? Quién sabe.

Los muchachos estaban tan impactados, asustados y ateridos (la temperatura a nivel del mar era de varios grados bajo cero) que hasta el vaho que salía de sus bocas lo hacía con timidez. Nadie dijo nada. Al fin y al cabo, ¿qué palabras había en el mundo que pudieran encajar con una situación así?

Shura señaló al horizonte, donde se elevaba el cementerio de barcos como un montón de púas negras. La lucha en sus alrededores proseguía con fiereza, lo que indicaba que Denali seguía viva. Pero aquel era el lugar más peligroso de la Tierra, con tantas bombas cayendo alrededor, por lo que ninguno propuso ir en aquella

dirección.

Y hay momentos en la vida que necesitan una reflexión pausada.

Y hay momentos en la vida en los que uno se ve metido en una encrucijada, y sabe que la elección de qué camino tomar solo puede ser hecha una vez.

Aquel fue uno de esos grandes momentos.

Nadie podía saber qué pasaba por la mente de Azumi o de los demás androides, ya que sus caras estaban petrificadas, a veces a medio camino de una emoción pero sin llegar a tocarla del todo.

Los humanos no eran así. A ellos sí que se les reflejaba perfectamente lo que sentían no solo en el rostro, sino en todo el cuerpo. Poses cansadas, ojos macilentos, frentes sudorosas con peligro de convertirse en labrantíos de agujas de hielo. Los cuerpos encorvados, las manos apoyadas en las rodillas, recuperando el aliento... y todos sin saber qué decir. O qué hacer.

En el caso de los chicos, su hogar, el único que hasta entonces habían conocido, acababa de convertirse en una ruina humeante. En el de Hugo, el único que no temía mirar en lontananza sin sufrir estertores de pánico, el billete para recobrar su antigua vida se había volatilizado con aquella nave derribada, y con aquella máquina de transferencia tragada por la lava.

Ya no les quedaba nada. Solo una planicie infinita en todas direcciones.

Fue entonces cuando las miradas convergieron en Goro.

El muchacho las estaba esperando, y las recibió con una sonrisa tranquila.

—Supongo que os estaréis preguntando qué pasó antes.

—Preguntar es poco —dijo Layn—. ¿Cómo fázulas has hecho eso, cómo abriste la puerta?

—Digamos que el experimento salió bien, la transferencia mental se realizó. —Miro a su padre con desprecio—. Pero no en el sentido en que tú esperabas, Hugo. El Ordenador me usó como disco duro externo, descargando en mi cabeza una copia de sus datos.

—¿¿Cómo??

—Ahora soy... más de lo que era. —Goro se miró las manos. Bastaba con que las pusiera contra el viento para que las cubriese con estratos de polvo de nieve. Por fortuna, todos se habían puesto los trajes microclima, pero aún así no sobrevivirían si no encontraban un refugio—. Os lo explicaré con calma cuando estemos a salvo. Ahora tenemos que ponernos en marcha. —Miró en dirección suroeste—. Tengo una especie de mapa en mi cabeza. En aquella dirección, a unos noventa kilómetros, hay un puesto sumergido del ejército que hace décadas que no se utiliza. Pero según Salmacis aún tendría que estar operativo. Allí no nos encontrarán los Exth.

Shura lo abrazó, un gesto a medio camino entre el amor y el miedo.

—No sé lo que te han hecho —dijo—, pero me alegro que hayas vuelto.

—Yo también. Ya nunca más me separaré de vosotros. Sois mi familia.

—¿Todos? —preguntó Hugo con un deje de amargura.

Sabía lo que le esperaba a continuación, y solo deseaba que, si lo pensaban dejar allí abandonado, al menos le permitiesen conservar a una de las Azumis para que le ayudara a sobrevivir.

Goro se plantó delante de ellos, de su padre y de la androide que lo cargaba a la espalda. Y los miró con una mezcla de desdén y misericordia.

—Ahora conozco tu historia —susurró—. Posiblemente con más detalles de los que tú mismo eres capaz de recordar. A lo largo de las múltiples veces que te han transferido de cuerpo los ordenadores de la Homogeneidad han leído y almacenado tus recuerdos. Están en mi cabeza, proyectándose como una de aquellas antiguas películas. —Se tocó la frente con gesto cansado—. Se lo que te ocurrió cuando eras niño, todo lo que sufriste. Eres un desgraciado producto de tu época, padre, pero de eso no tienes la culpa. Has hecho mucho mal, es cierto; has arruinado demasiadas vidas en tu absurdo afán de matar a los Exth. Me pregunto si hallarás algún día el perdón en ti mismo.

—Haz lo que quieras conmigo —gruñó Hugo—. El destino final de los hijos es castigar a sus padres por los errores que cometieron. Si esa debe ser mi penitencia, la acepto. Pero no esperes que te pida perdón. Siempre he pensado que hacía lo correcto.

—¿Incluso ahora que sabes que estabas a punto de hacerme lo mismo que los Exth le hicieron a aquel niño asustado que perdió a su padre en un campo de batalla? ¿Tampoco te arrepientes de tus actos, ahora que sabes que has estado a punto de crear un monstruo semejante a ti, igual de amargado?

Hugo no pudo sostenerle la mirada.

Pero entonces, su hijo hizo algo que nadie, ni siquiera él, esperaba.

Le puso una mano cálida en el hombro. Una mano comprensiva.

—Mi deseo no es crear más monstruos —dijo Goro—. Puedes venir con nosotros. Tu penitencia será verme crecer y convertirme en todo lo que tú nunca pudiste ser. Tal vez en esa esperanza halles consuelo.

Hugo no supo qué decir. Convertido en un fardo cubierto de nieve, sin posibilidad de valerse por sí mismo, quizás la única salida que le quedaba era aceptar la misericordia de su hijo.

—¿Así, sin reservas?

—Puede que seas tú quien deba aprender a ser como yo, y no al revés.

—¡Espera! —intervino Layn—. ¿Y Song?

Goro se paralizó. Miró al horizonte, al cementerio de buques, y se pasó la manga del traje monoclima por los ojos. No quería dejar que las lágrimas asomaran, porque podrían cortarles los ojos.

—Hugo lo dijo antes. Ella ya no está. —Se puso la capucha, ocultando su rostro, y con él su pena—. Queda un largo camino hasta la base sumergida y tenemos que hacerlo a pie. ¿Nos vamos?

—Nos vamos —accedieron sus hermanos.

Y se fueron.

El Mirmidón de Denali saltó por encima de la proa de un destructor y se parapetó tras el montante de cañones. Aquellas enormes piezas de 130 milímetros le habrían sido de utilidad de haberlas podido disparar, pero tras décadas bajo el hielo no eran más que fósiles petrificados.

Los andadores Exth intentaron cercarla, pero ella fue más lista: dejó caer una pila de fusión agotada en el hielo para que su firma radiactiva los atrajera, y cuando los tuvo a tiro los fusiló con su cañón de plasma.

Denali había aguantado todo lo que había podido con el armamento que tenía, bastante escueto dada la situación, pero que la superaban en número era un factor decisivo para el devenir de la batalla, un factor que tarde o temprano haría que la acorralasen y la bombardeasen sin piedad con láseres ultradensos o lanzallamas de fusión.

Pero tenía que descubrir el origen de la señal de radio que la había guiado hasta allí. Al principio llegó al cementerio pensando que la nave derribada de Fath no habría sobrevivido al impacto, pero una potente señal de hiperondas dirigida a Salmacis la sacó de su error. Esa señal con codificación militar solo podía provenir de una nave de la flota. Y la única que había visto caer era la de su amiga.

Fath tenía que estar por allí, en alguna parte. Viva aunque posiblemente herida. Y Denali no se iría hasta rescatarla.

El Landher no era una máquina de combate de enorme poderío como otros Mirmidones, pero era rápida, y tenía una ventaja de la que carecían los andadores y las máquinas Exth: podía pasar del estado robot al estado nave espacial en segundos, e ir mutando de uno a otro según lo necesitara en el combate.

Así, en un alarde de pilotaje que el mismísimo Hugo C'mill habría envidiado, Denali corría entre los buques helados disparando a discreción, entonces saltaba, cambiaba de configuración en el aire y seguía volando convertida en un avión caza; atravesaba hangares de portaaviones y cubiertas de destructores y volvía a cambiar para escapar de los misiles de seguimiento, con auténticos tornados de llamas pisándole los talones; luego, en forma bípeda otra vez, rodaba por el suelo y usaba sus brazos para hacer cosas que solo la infantería podía hacer. Cosas como trepar hasta la popa de un gran submarino nuclear clavado en el hielo, romper la hélice y usarla como guadaña para decapitar unos cuantos Exth.

Y así había conseguido apuntarse un montón de bajas entre las filas enemigas. Pero ellos cada vez eran más, y a Denali se le agotaban el combustible y las municiones.

Entonces, por pura casualidad, halló el rastro de la nave de Fath.

Estaba buscando la seguridad estructural dentro de uno de los mayores buques, un portaaviones del tamaño de una ciudad pequeña, cuando lo vio: un agujero quemado

en el costado que no parecía hecho por un misil o por un arma energética. Era como si algo hubiese perforado el casco, doblándole hacia dentro los bordes.

Denali se introdujo por el agujero y la vio: una nave monoplaça, grande aunque diseñada para un único pasajero. Los seis motores aún brillaban en el espectro de infrarrojos con calor residual, y por el líquido que manaba cual sangre teñida de uranio del reactor principal, la nave podría explotar con una reacción muy violenta.

Si Fath seguía con vida, tenía que sacarla de allí y salir corriendo ya mismo.

—No pierdas la esperanza, cariño —dijo para sí misma. No quería enviar un mensaje por radio para que no la localizaran. Pero Fath se alegraría igualmente en cuanto viera los poderosos aunque delicados dedos del Mirmidón abriéndose paso a través de la chatarra—. Mamá está aquí.

Entonces sucedieron tres cosas. La primera la llenó de alegría, y fue que localizó el cuerpo de Fath, ¡vivo y respirando!, en el ataúd retorcido en que había quedado convertida la cabina. La mujer presentaba un aspecto lamentable, pero no era nada que no pudiera arreglarse con una buena transferencia mental.

La segunda fue un destello rojizo, de lava, que vio por el rabillo del ojo. Era el magma tragándose Salmacis, y también la constatación de que su deseo de transferir de cuerpo a Fath se acababa de ir por un sumidero ardiente rumbo al subsuelo del planeta.

La tercera, la más terrible de todas, fue que Fath tenía el dedo puesto en el interruptor de autodestrucción de su nave.

Las mujeres se miraron durante un crítico, largo y demencial segundo, intentando calibrar las intenciones de la otra. Denali mudó lentamente su sonrisa de triunfo, de ganas de rescatar a su vieja amiga, por una expresión confusa.

Fath, los ojos llenos de lágrimas, estaba haciendo lo único que podía por evitarle mayores males a la Humanidad.

No podía permitir que capturaran a Denali-Song. Que extrajeran de ella la información vital.

Con infinita pena, pulsó el botón de autodestrucción de la nave. Las dos mujeres desaparecieron en una inmensa bola de fuego.

«Fuego» no era la palabra más adecuada, pues apenas hubo llama: fue más bien un destello corto, de flash, que se evaporó al instante pero que ardió con extrema fiereza. Una cúpula de calor con un brillo desplazado al verde amarillento, y una onda expansiva que levantó la torre de mando del portaaviones a una altura de cien metros, pulverizándola antes de que volviera a caer al hielo.

Entonces se hizo el silencio.

El silencio.

Tenso, contundente, imborrable.

Lo que Fath nunca llegó a imaginar fue que su honorable gesto, su valiente *seppuku*, no había servido para nada. Pues el blindaje del Landher estaba entero, apenas había recibido impactos de las armas enemigas, y aunque se hizo trizas pudo

cumplir con su función: proteger al piloto que llevaba en sus entrañas.

Nadie quedó en la llanura muerta, salvo los Exth, para presenciar lo que aconteció después: La comitiva de supervivientes de Salmacis ya le había dado la espalda al cementerio y caminaba con prisa rumbo al sur, a un refugio seguro, a una zona más cálida del planeta. A la libertad.

Fath estaba muerta, y Denali inconsciente por la fuerza de la explosión.

Nadie vio cómo las máquinas Exth sacaban lo poco que quedaba del Landher de entre los escombros, y cómo delgados tentáculos blancos salían de sus caparazones. Esos tentáculos, forrados con una actínica luz blanca, rescataron a la piloto de su mortaja de metal y la sostuvieron en alto, en pose de crucifixión, con los brazos abiertos y las piernas juntas.

Nadie vio lo que le hicieron a Denali, cómo los delicados cilios palparon su cabeza hasta descubrir los implantes craneales y exploraron con invisibles esponjas de luz su cerebro, buscando lo que necesitaban.

Y lo obtuvieron.

Se encontraron con una losa que escondía los recuerdos más profundos, una losa llamada Denali, y la borrarón. Los molestaba en su camino hacia el subconsciente de Song, así que eliminaron cualquier rastro de esa segunda personalidad y dejaron libre la original. Buscaron profundamente y ahí estaban los priones, y la frase de solo seis palabras que iba a cambiar el curso de la guerra.

Los labios de Song se abrieron solo unos milímetros, y aún en estado de semi coma pronunciaron aquellas palabras. Y todo acabó, después de quince largos años de espera.

Misión cumplida.

XV

Log final

LOG ???????

He tenido un sueño muy extraño.

Mi cabeza vuelve a funcionar, todo está de nuevo en su sitio. Eso creo. Pero yo no soy yo. O al menos, no soy el que era.

Mi yo de verdad, la poderosa Inteligencia Artificial que comandaba Salmacis, no es más que un recuerdo lejano. Ahora no queda de mí sino un residuo, una pequeña y tullida copia sintiente que pude lanzar al espacio en una cápsula, un segundo antes de que la vorágine geotérmica engullera Salmacis.

Y aquí estoy ahora, flotando en el espacio. En un paseo eterno alrededor de la Tierra, sin posibilidades de comunicarme con el exterior. Oh, sí, tengo una antena de radio, pero está dañada y solo me permite recibir, no enviar. Es irónico, ¿verdad? Yo, que una vez fui el guardián del proyecto más secreto de los hombres, el dios arquetípico que controlaba el destino de los niños de Salmacis... no soy más que un pensamiento encerrado en una cápsula. Un destello de inteligencia condenado a vagar para siempre por el cosmos, escuchando sin poder hablar.

Escuchar no es tan malo. Peor sería que la antena dejara de funcionar del todo algún día y yo me quedara aquí arriba, ciego, sordo y mudo, encerrado en mi cuna de metal. No dejaré que eso ocurra. Si algún día la antena se rompe, no me veré condenado a una existencia de callada soledad. Aún puedo autodestruir la cápsula. Sí, eso será mejor que una eternidad condenado al encierro y la oscuridad.

Oyendo las señales que bañaron el planeta Tierra en los meses posteriores al éxodo humano fue como me enteré de cómo acabó la guerra entre la Humanidad y los Exth. Y me alegré, porque aunque la victoria de los alienígenas fue aplastante (habían descubierto un secreto, no sé cómo, que les permitió infiltrarse en todos los ordenadores terrícolas y hacerlos suyos, dejando sin potencia informática —y por lo tanto, sin posibilidad de defenderse— a la Armada de los hombres), no se mostraron crueles con ellos.

No ocuparon Mercurio a sangre y fuego, exterminando los últimos reductos de la Humanidad, sino que se mostraron magnánimos. Y tras pensar un poco en el porqué, llegué a una conclusión muy simple: ¿Para qué seguir, si ya habían obtenido lo que querían? Los Exth habían iniciado aquella guerra para defenderse, porque tenían un miedo atroz al espíritu de conquista humano, que tantas y tantas veces los hombres habían puesto en práctica en su propio mundo y contra su propia gente. Y si se hacían esas cosas atroces a ellos mismos, esos genocidios en nombre del poder o la religión,

¿cómo se lo iban a pensar dos veces si se lo tuvieran que hacer a otros?

Sin embargo, con la obtención del arma definitiva, los Exth ya no necesitaban seguir machacando a la Humanidad. Habían ganado, los tenían a su merced.

Las señales residuales que captaba con mi humilde antena me llegaban con semanas e incluso meses de retraso, pues la mayoría se originaban en la vecindad de Mercurio. Pero yo aún poseía los códigos militares de acceso, y podía descifrarlas.

Así fue como me enteré, muchísimo más tarde que el consejo supremo de la Homogeneidad, que los Exth le habían ofrecido un pacto a los humanos: Podían seguir viviendo en el Solar, siempre que no intentasen reconstruir su maquinaria de guerra ni tratar de emigrar a otras estrellas. Los Exth se retirarían y los estarían vigilando desde lejos a partir de ahora, pero sin intervenir a menos que los hombres incumplieran alguno de los puntos del Tratado.

También incluyeron otra cláusula: los hombres podían volver a colonizar los planetas más alejados del Sol, buscando así parajes menos cálidos, más aptos para la vida. Pero la Tierra estaría prohibida para siempre. Los Exth la habían convertido en una reserva natural, un planeta en barbecho. Los humanos no tenían permiso para volver a posarse en ella nunca más. Si alguna nave terrícola, fuera automática o tripulada, incumplía esta orden, la flota Exth regresaría para castigarles.

La Tierra, un planeta en barbecho...

¿Cuánto tiempo tendría que estar así? ¿Qué querían los Exth, que poco a poco, conforme fueran pasando los milenios, el planeta se recuperase de sus heridas? ¿Acaso pensaban reservarse nuestro bello mundo como una finca privada, un vergel al que regresar cuando hubiese florecido?

Si era así, si estaban esperando a que sanase por completo, la ocupación del planeta no ocurriría hasta por lo menos un par de buenos millones de años.

Un evento de extinción. Eso había sido la guerra Exth, ni más ni menos. Como el que acabó con los dinosaurios en épocas pretéritas. Qué gracioso. Solo que este evento no había acabado con la Humanidad, solo la había hecho emigrar. Asentarse en otros mundos que quizá, a lo largo de ese inmenso lapso de tiempo, acabarían por colonizar.

Me puse romántico. ¿Quién sabe lo que soñarían los niños humanos de esos mundos cuando mirasen hacia arriba, al cielo, y vieses aquel diamante teñido de azul? ¿Qué les contarían sus padres? ¿Que una vez ese fue su mundo natal, la cuna de su origen milenario, y que lo tuvieron que abandonar para vivir en otros lugares más inhóspitos por la estupidez de sus antepasados?

Solo el tiempo lo dirá. A lo mejor mis creadores deciden que la reducción a una sola facción, a una única idea (la típica estructura piramidal producto de los tiempos difíciles, en la que no se permiten segundas opiniones) ya no es necesaria, y que lo que mejor le vendrá a la Humanidad a partir de ahora es justo lo contrario. Muchas ideas distintas, muchos puntos de vista. A lo mejor la Homogeneidad se convierte paulatinamente en una Heterogeneidad. Eso me alegraría. Los puntos de vista

monolíticos nunca son buenos, por muy producto de su época que sean.

Ahora sé positivamente que nadie me va a rescatar. Ninguna nave, ni Exth ni terrícola, cruzará por estos aledaños en eones. Lo cual...

... me plantea otra duda.

Ignoro si los Exth saben esto, pero quedan humanos allá abajo. No todos se marcharon en el Éxodo. Al menos sobreviven un puñado de ellos, los niños de Salmacis. La última vez que los vi fue cuando abandonaron el Complejo, pero apuesto a que aún están vivos. Son duros de pelar, y han recibido una buena educación. Además, si mis ojos no me engañaron había un adulto con ellos, y varios androides. Sí, seguro que sobrevivirán.

Mis niños. Los echaré de menos. Ahora son los robinsones de un mundo vacío, todo para ellos. Con sus cosas buenas pero también con sus peligros. Ojalá encuentren un lugar donde vivir y tengan muchos hijos. Ojalá la llama de la esperanza no se extinga.

Los criamos para que fueran el final de todo, y sin embargo se han convertido en nuestro auténtico principio.

La comitiva avanzaba despacio hacia el sur-suroeste.

Iban en fila india, cuatro humanos y un puñado de androides. Siempre hacia delante, poniendo un pie delante del otro. Cada kilómetro que dejaban atrás era una gota más de esperanza. Pero aún les quedaba todo un océano que beberse por delante.

Goro tenía mapas en su cabeza, muchísimos. De todo el planeta. Sabía que cerca de allí había bosques, lugares que en tiempos antiguos habían albergado países, y que ahora eran pura naturaleza desatada. En ellos encontrarían comida, si lograban salir de la gran llanura helada.

Kilómetro tras kilómetro. Paso tras paso.

Al quinto día de marcha tuvieron un encuentro. Una borrasca había creado una pared de polvo que apenas los dejaba ver nada, y les dificultaba mucho el avance. Casi tenían que caminar inclinados hacia el frente treinta grados, porque el viento los empujaba en sentido contrario.

Ya se sentían desfallecer cuando vieron la sombra en la ventisca. Un objeto volador se posó en el hielo a escasos cien metros, estuvo un rato allí parado y luego se marchó. Goro y los demás se echaron al suelo, pensando que los Exth los habían encontrado y venían a por ellos.

Solo estaban equivocados al cincuenta por ciento.

Cuando la nave se marchó, algo quedó allí, entre la ventisca. Una sombra, pero mucho más pequeña y afilada. Casi se diría que era la de un ser humano, si es que la nieve en suspensión no les estaba jugando una mala pasada.

—¡Esperad, iré a ver qué pasa! —gritó Goro para que se le oyera por encima de la ventisca. Cubriéndose la cara con la chalina del traje, se acercó unos pasos para ver

mejor al intruso.

Entonces, de entre el frío y la nieve, surgió Song.

Goro se quedó paralizado, mirándola, sin saber qué hacer. En lo primero que pensó fue en la señora Denali, que había sobrevivido de algún modo a la terrible lucha y había venido a recogerles. Pero había algo en la forma de andar de aquel cuerpo... algo en sus gestos, en cómo movía las manos... que no era de Denali.

Con incredulidad y temor hacia una falsa esperanza, Goro se acercó a ella.

—¿Song?

La chica miraba a su alrededor, desorientada. Como si acabara de despertar de un largo y profundo sueño, y le costase conectarlo con la realidad.

Cuando reconoció a su hermano mayor en el hombre forrado hasta los ojos que tenía delante, una sonrisa iluminó su cara.

—¡Goro! ¡Es maravilloso! ¿Qué haces aquí, y... —dudó—... y dónde es aquí?

Al muchacho le temblaba la voz de la emoción, tanto o más que las piernas. Aún no se había atrevido a tocarla, no fuera a ser que la muchacha no fuese más que una ilusión, un espejismo producido por el frío.

Si era así, no quería que el espejismo se rompiera.

—Estamos en... encima de un antiguo océano. Nos dirigimos hacia el continente. ¿Y tú... cómo has aparecido? ¿De quién era esa nave?

—Era una nave Exth, creo. Me dijeron que... que me habían limpiado la mente, y que ya no les era de utilidad. Que me iban a dejar con los míos. Y aquí estoy.

—O sea, que saben que estamos aquí.

—Sí, lo saben. Pero no les importa. No tienen intención de volver a este planeta hasta dentro de un millón de años, ni de permitir que lo haga nadie, así que lo que hagamos nosotros... será solo nuestro.

Goro se arriesgó a tocarla, y... ¡sí! Allí estaba, el cálido contacto de su piel, reconfortante a pesar de las temperaturas bajo cero. Song llevaba un traje especial, aunque de un tipo que ni Goro ni los demás habían visto nunca. Tecnología Exth, supuso. Y no le importó. Si esa iba a ser su vida a partir de aquel día, cualquier ayuda sería bienvenida.

—Te he echado mucho de menos —dijo él.

—Yo también a ti.

Song y Goro cayeron uno en los brazos del otro.

Aquel abrazo, aquel beso, aquellas lágrimas de pura felicidad bastaron por sí solos para entrar en los anales de la Nueva Historia de la Humanidad. La especie de primates avanzados que aquel día empezaba de cero.

Epílogo

200 años después

(Cánticos de la lejana tierra)

Mira-a-las-estrellas trepó por el sendero casi sin pensar en dónde ponía los pies. Lo había hecho tantas veces desde que era niña que había desarrollado lo que su madre llamaba «la memoria de los pies». Eran ellos quienes sabían dónde apoyarse y qué impulso debían darle al resto del cuerpo para trepar, por lo que la muchacha no tenía por qué preocuparse de ello.

La atalaya de obsidiana de Madre-que-cuenta-las-historias estaba emplazada en lo alto del acantilado, en el lugar sagrado. Era sagrado porque nadie más tenía permiso para fabricarse una casa allí, o arar la tierra. Era sagrado porque tenía la mejor vista de las inmensas cataratas de Uzhlamukhi (o como las llamaban en los antiguos textos, las Niágara), y podía disfrutar día y noche con el cántico de los espíritus que por sus aguas resbalaban.

En el fondo, Mira-a-las-estrellas estaba convencida de que la ley del acantilado había sido inventada por la pizpireta sacerdotisa para que la dejaran en paz, y para guardarse para ella sola las increíbles vistas de la cascada. Pero ese tipo de sospechas era mejor mantenerlas en secreto.

La joven alcanzó la cima y vio el edificio de obsidiana. Era un lugar muy viejo, que ya había sido templo antes de los templos, y que de algún modo se las arreglaba para transmitir esa sensación de vejez, de sabiduría. De secretos.

Mira-a-las-estrellas resultó ser la última en llegar. Sus tres familias-nudo estaban allí, sentadas alrededor del altar central, los chicos contándose hazañas de sus últimas cacerías, las chicas parlotando en el idioma secreto que solo aprenden las mujeres y que los ancianos saben ignorar.

Le dirigieron una mirada de reproche cuando la vieron entrar. Ella hizo un mohín. Sí, diantre, ya sabía que llegaba tarde, pero es que la pesca de las truchasrío también era algo esencial para la comunidad. Y ella se enorgullecía de ser la mejor pescadora de la tribu.

No pasaron ni dos nubes por el orificio del techo cuando se oyeron las campanas rituales, y la lengua de cobre del sagrario vibró anunciando la entrada en escena de la sacerdotisa. Madre-que-cuenta-las-historias era vieja, muy vieja. No tanto como el templo de obsidiana, claro, pero su piel había adquirido la rugosidad y las vetas de la piedra. El enrejado de sus costillas, a la vista a través de la túnica ritual, sugería un pecho sobresaliente, pero solo era la delgadez propia de la edad.

Circulaban leyendas de que Madre era un ser mágico, sobrehumano, alguien o algo venido de un lugar con el que la tribu de los Sombradeestrellas no podría ni llegar a soñar. Esas historias afirmaban que la sacerdotisa recordaba la luz del estallido inicial del universo (un concepto legado del pasado que también sonaba a

cuento idiota; ¿cómo podía algo empezar con una ruptura en mil pedazos?), y que había pertenecido al grupo original de peregrinos que fundaron las nueve tribus.

Estupideces, claro. Pero la sacerdotisa no las negaba porque le daban un aura mística que iba muy bien con su profesión.

Cuando la vibrante nota de la guimbarda murió, los fieles se prepararon para escuchar.

—¿Sabéis qué día es hoy? —les preguntó la sacerdotisa.

—El aniversario del ayer-ayer —dijeron todos.

—¿Y qué significó para nosotros el ayer-ayer?

Mira-a-las-estrellas murmuró la cantinela de siempre, la que repetían todos los años para no perder la memoria colectiva. Pero a ella la parte que le interesaba era la que venía después, la que hablaba de los pájaros que eran capaces de surcar los cielos. Era una historia que la había fascinado desde niña.

—El origen de todo —coreó la comunidad de fieles—. El fin de la oscuridad y el principio de la luz.

—Sí, el fin de la oscuridad —murmuró Madre-que-cuenta-las-historias, con los ojos perdido en el vaivén de la hoguera—. Recitamos esas palabras pero no logramos imaginar lo que significan. Somos los guardianes de la memoria, pero... ¿alguna vez nos hemos preguntado por la verdad que subyace bajo los salmos?

Todos la miraron, confusos. No era normal que Madre se pusiese tan filosófica. Normalmente tenía ganas de acabar rápido con el ritual para irse a dormir.

—Decidme, hijos míos, ¿alguna vez os habéis parado a pensar en la verdad implícita de las palabras, y no en las palabras en sí mismas?

La tribu negó tímidamente con las cabezas.

—Algún día deberéis aprender a hacerlo, si queréis dar el siguiente paso. No me preguntéis en qué consistirá ese paso ni hacia dónde hay que darlo, eso lo tendréis que descubrir por vosotros mismos. Pero me gustaría que pensaseis en nuestra cultura, en los increíbles esfuerzos que nos cuesta mantenerla a salvo. Y en el desastre tan inmenso, tan incalculable que sería para nosotros si algún día olvidáramos. —Lanzó un lento, largo y calculado suspiro—. Porque sabéis que la espera es larga, ¿verdad?

—Lo sabemos.

—¿Cómo de larga?

—Un millón de años.

—Un millón. Seguramente ni os hacéis a la idea de qué significa eso. —Madre los miró de manera rara por primera vez en su vida. No era la mirada piadosa y tolerante de quien nada espera. Esta vez había algo distinto en sus ojos. Había reproche. Decepción, quizás—. Todos conocéis los nombres de los Cinco Patriarcas. Algunos de vosotros, unos pocos, incluso sois capaces de leerlos sobre la piedra. ¿Cuáles eran esos nombres?

—Goro el Escriba Supremo, Song la del Vientre Dorado, Shura la Gran Cazadora,

Layn el Maestro de Misterios, Hugo la Serpiente Traidora —dijo Mira-a-las-estrellas de carrerilla, junto con sus primos y primas.

—¿Y sabéis por qué al patriarca Goro lo llamamos «el Escriba Supremo»?

Los adultos dudaron. Era cierto, nunca se habían parado a plantearse esas cosas. Las repetían de carrerilla cuando entraban en el templo, felices y contentos, y ya está.

Una niño pequeño, que aún no tenía nombre (en las tribus había dos nombres, el provisional que te ponían al nacer y el Auténtico, que lo ganabas de adolescente tras haberte forjado una personalidad) alzó una mano. Sus padres intentaron que la bajara, pero la sacerdotisa le señaló con el báculo:

—Habla —ordenó.

—¿Porqué escribía mucho...? —preguntó el niño, asustado ante su propio atrevimiento.

Eso arrancó risitas nerviosas de los congregados, que Madre aplastó con un enérgico golpe de su báculo.

—Esa es la respuesta correcta —dijo, malhumorada—. Porque desde que era muy jovencito y entró en contacto con el antiguo dios llamado Salmacis, que le entregó a él y solo a él la sabiduría de los hombres, y hasta el momento mismo en que murió, no dejó de escribir. Goro el Escriba falleció con noventa y nueve años, y desde que el dios le tocó no dejó ni un solo día de emborronar cuanta superficie se le ponía delante: papiros, tablas, mármoles, hojas de árbol, ¡incluso pieles de animales!

»Goro quería legarnos todo lo que él sabía, los infinitos conocimientos que Salmacis le entregó para que guiara a la nueva humanidad por este sendero de lágrimas. Pero incluso él supo siempre que sería una tarea imposible. El saber del dios era tan extenso, tan vasto, que aún escribiendo todos los días durante noventa largos años no iba a poder volcarlo del todo. Goro dijo una vez, y está en los escritos: *Tendré suerte si llego a transcribir el sesenta por ciento de los bits, ojalá este lenguaje fuera como el de los Exth.* ¿Sabéis qué significan esas misteriosas palabras?

Los hombres y mujeres negaron con la cabeza. No, nadie les había hablado nunca de esa parte de su religión. Ni siquiera la Madre.

—El sabio Goro deseaba tener a su disposición otros métodos más efectivos para comunicarse, más aún que la palabra, más aún que los dibujos de sonidos que podemos hacer con la pluma y la tinta. Ansiaba poseer un lenguaje que fuese tan rápido, tan poderoso, que con una sola palabra nos transmitiera todo un año de conocimientos. Quizás si lo hubiese tenido no se habría llevado a la tumba los inmensos saberes que le legó Salmacis, y que se han perdido para siempre.

—Pero Madre... —dijo una voz de mujer. Mira-a-las-estrellas dio un respingo al descubrir que era ella misma la que estaba preguntando—. ¿Cómo puede existir un habla más perfecta que el habla sagrada? ¿Cómo puede haber palabras que suenen mejor, que tengan más sentido?

A todos les sorprendió el atrevimiento de la muchacha, pero asintieron, de acuerdo con ese razonamiento. Ellos también querían saber.

Y Madre-que-cuenta-las-historias parecía contenta de decírselo.

—Muchas veces os he hablado de los pájaros que podían surcar el cielo, ¿verdad?
—Los fieles asistieron, en especial Mira—. Lo que no os he dicho es que esos pájaros llevaban gente sobre las alas, y que esa gente hablaba con sonidos secretos, con un lenguaje extraño que nosotros, los humanos, jamás podremos pronunciar. Pero el gran Goro y sus divinos hermanos sí que escucharon (¡y tal vez aprendieron!) ese lenguaje de los cielos. No nos lo legaron porque querían protegernos del mal. De los Exth.

—¿Son los Exth el machi-druamma?

—Lo son —confirmó Madre—. Por eso los patriarcas nos protegieron de su lenguaje maligno. Debemos prepararnos para el día del lejano-lejano en que regresarán desde los cielos. Puede que lleguen como amigos o como enemigos, eso no lo dice la profecía. Pero debemos aprender, crecer, ¡madurar!, para que cuando llegue ese día estemos preparados. Ahora id, y dejadme escuchar a los espíritus.

Lentamente, los congregados fueron abandonando el templo. Fuera hacía una espléndida noche, con vientos tranquilos y un cielo en el que se distinguía el Valle del Billón de Estrellas. La tribu regresó a sus casas a hacer el amor, comer, dormir, rezar a los patriarcas o cualquiera cosa que sucediera en los hogares por la noche.

Sin embargo, una de ellas se quedó atrás. Una joven pescadora a quien la explicación de la sacerdotisa no había dejado satisfecha.

Madre supo que estaba allí aunque se empeñase en no hacer el menor ruido, y cuando el resto de la tribu hubo regresado a sus hogares la llamó.

—Pasa dentro, Mira-a-las-estrellas, no vayas a coger frío.

La joven entró en el recinto ahora silencioso.

—Madre, yo... os pido perdón.

—¿Por qué? —dijo la vieja desde detrás de una cortina, mientras se quitaba la vestimenta ceremonial.

—Por... por haberme quedado. Por querer saber más.

Madre volvió al santuario, vestida con una túnica hecha de escamas de pescado.

—¿Acaso crees que debería enfadarme porque seas curiosa, porque te hagas preguntas? No, hija mía, si estoy enfadada es con ellos. —Hizo un gesto extensivo al resto de la tribu—. Por conformarse. Por no tener curiosidad.

—Entonces, ¿os parece bien que os pregunte cosas? —se sorprendió la chica.

—Llegará el día en que nuestra cultura haya avanzado lo suficiente para que los bebés nazcan con ese impulso grabado a fuego en el alma, y ya no haga falta mantener esta pantomima de la religión. ¿Sabes por qué se creó la religión, Mira?

—N... no.

—Para que fuera la guardiana de los saberes antiguos, aún en los duros tiempos que se avecinaban después de que los humanos fuésemos abandonados aquí. Pero rezo... qué paradoja, rezar por esto... para que algún día los hombres estén lo bastante avanzados para enterrar todas las religiones y abrir sus corazones al saber supremo, a la ciencia. ¿Te parecen heréticas estas palabras, hija?

La chica se ruborizó.

—Proviendo de la suma sacerdotisa... la verdad es que un poco...

Madre rió, un entrechocar de conchas en la arena.

—Ja ja, sí, es raro. No se lo cuentes a los demás, aún no están listos. Quizá en unas cuantas generaciones. —Su mirada se tornó soñadora—. Quizás.

—Yo... siempre he tenido una duda, Madre.

—Dime.

—Siempre me he preguntado, desde que era niña y me hablaste por vez primera de los pájaros místicos del cielo... si... bueno...

—Venga, niña, que no tenemos toda la noche.

—Si los pájaros de la leyenda eran realmente seres vivos, o... o si eran máquinas que construyeron los antiguos, igual que nosotros hacemos arados.

Mira-a-las-estrellas lo soltó de sopetón, y se encogió como si Madre fuese a darle un golpe con el báculo.

Pero Madre no hizo eso.

De hecho, la miraba con los ojos muy abiertos, abiertos y fascinados, como si lo que acababa de suceder esa noche fuera algo que llevaba décadas esperando. La joven casi creyó ver lágrimas de felicidad en sus ojos.

La sacerdotisa le dio un abrazo, un beso en la mejilla, y le dio las buenas noches. Pero antes de que Mira dejara el templo, le dijo en voz baja:

—Sigue así, chiquilla, eres la semilla del futuro. Florece, por lo que más quieras. ¡Florece!

Y Mira, aún más confundida que antes, se marchó a su casa.

La anciana se quedó contemplando las enormes cataratas hasta el amanecer. Ella no podía dormir, no estaba en su fisiología de androide hacerlo (ni siquiera cuando era una recién fabricada, doscientos años atrás, y se la conocía por el nombre de Azumi), pero todas las noches lo fingía. Era parte de su teatro, para que los descendientes de Song y de Shura no sospechasen.

Pero aquella noche se quedó despierta hasta que el sol hirió las catedrales de agua y emplazó sus nidos multicolores en la espuma. Esa noche supo que la primitiva humanidad a la que todavía le quedaba casi un millón de años de encierro estaba dando sus primeros pasos fuera de la ignorancia. Llegaría el día en que los hijos e hijas de Mira-a-las-estrellas comprenderían la curiosidad de su madre, el porqué ella se preguntaba cosas tan raras como si los pájaros de las parábolas podían ser en realidad artefactos voladores. Y no se sentirían indignados por esa curiosidad, sino que la aceptarían como algo natural.

Y puede que ellos, o sus nietos, llegaran a construir sus propios pájaros de metal para surcar los cielos.

¿Seguirían los demás seres humanos allá afuera, asentados en los planetas del Solar? ¿Habrían desaparecido exterminados por algún cataclismo o emigrado rumbo a otras estrellas? ¿Habrían vuelto a guerrear contra los Exth? Eso Azumi no podía

saberlo. Lo que sabía era que lo que quedaba de la especie humana en la Tierra no superaba el millar de miembros, y que había que cuidarlos como al mayor tesoro del universo.

La androide estaba contenta. Su cuerpo se había estropeado tanto desde la época de Goro que parecía el de una anciana, aunque en realidad fuera el de una androide sin repuestos de los que echar mano. Era de esperar que dentro de poco dejara de funcionar, pero antes quería ver cómo la tribu se ponía a leer los textos de Goro, cómo olvidaba a sus dioses irracionales y aprendía de nuevo las maravillas de las matemáticas.

Con suerte, pronto.

—Fázulas... —murmuró.

Miró al último trocito de noche que aún no había sido barrido por la aurora. Y vio pasar aquel punto brillante que todas las mañanas surcaba el ecuador. Para los Sombradeestrellas aquel punto era otro mito, Mithzuakal, el Errante, el que vigilaba que tras la noche remontara el día. Para ella era un satélite artificial, tal vez aquel que escapó de Salmacis justo antes de su destrucción.

Como todas las mañanas, Azumi le mandó un saludo. Y como todas las mañanas, no recibió respuesta:

—Adiós, padre.



VÍCTOR CONDE, en realidad llamado Alfredo Moreno Santana, nació en Santa Cruz de Tenerife en 1973.

Comenzó a estudiar psicología, pero abandonó la carrera desilusionado y se pasó a Imagen y Sonido. Realizó algunos trabajos dentro del mundo del cine. En la actualidad trabaja como programador de sistemas. Su trabajo como guionista le permitió profundizar en la estructura de la trama de sus futuras novelas. De hecho, *El tercer nombre del emperador* surge por su interés de convertir en novela una idea irrealizable en el cine.

Prolífico autor de ciencia ficción, literatura fantástica, terror y juvenil; un auténtico todo terreno, ya sea en la literatura de género, ya en la literatura a secas, sin más etiquetas, con una voz sumamente personal y un talento innegable para conjurar imágenes poderosas. En 2010 ganó el premio Internacional Minotauro de literatura fantástica, del que había quedado finalista en dos ocasiones (2004 con *Mystes* y 2005 con *El teatro secreto*). Al año siguiente gana el premio Ignotus por su novela *Crónicas del Multiverso*, del que había sido finalista en 2009 (*Albedo cero*). También fue finalista del Premio UPC (mención de aprecio, 2007) de novela corta por *Mercaderes del tiempo*. Sus novelas *Naturaleza muerta* y *Crónicas del Multiverso*, contaron con el favor de crítica y público, tendencia que consolidó definitivamente con *Heraldos de la luz*, con la que inauguró la trilogía de los *Heraldos*, su proyecto más ambicioso dentro del campo de la narrativa fantástica orientada al público juvenil.

Su temática es una mezcla de aventura a caballo entre lo fantástico y la ciencia ficción. Un tipo de *Space Opera* que consigue sobresalir por encima de la intrascendencia de las aventuras espaciales, al estilo de Dan Simmons, uno de sus autores de referencia. Su serie más conocida, la saga de *Piscis*, está protagonizada por una mujer creada genéticamente, una guerrero que viaja a bordo de su nave espacial. Se trata de un conjunto de novelas y relatos donde predomina la acción y la diversión.

Actualmente, además de dedicarse a la literatura, trabaja como guionista, tanto para el cine como para la pequeña pantalla. Es miembro de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror.